

A man with light brown hair and a light beard is sitting on a bed, looking out a window. He is wearing a light blue denim shirt that is open at the chest, revealing his bare torso. He is also wearing a thin chain necklace. The lighting is warm and soft, coming from the window on the left. The background is slightly blurred, showing a window with white curtains and a patterned pillow.

Dominic

Serás mi perdición

BECCA DEVEREUX

Dominic

Serás mi perdición

Becca Devereux

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux, marzo de 2024

Índice

[Nota de la autora](#)

[Hace dos meses](#)

[Hace tres meses](#)

[Hace tres meses](#)

[Hace dos meses](#)

[Hace un mes](#)

[Hace dos días](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Epílogo](#)

[¿Te has quedado con ganas de más?](#)

Nota de la autora

Querido lector:

Ten en cuenta que este libro aborda temas que pueden herir tu sensibilidad. Es un dark romance de mafia. El protagonista es un villano y tiene comportamientos censurables. No es el típico héroe que cualquiera querría en su vida y en ningún momento pretendo romantizar ciertas situaciones o actitudes tóxicas.

Esta historia contiene descripciones gráficas de violencia, tortura y envenenamiento (ninguna ocurre entre el protagonista/ la protagonista). Los personajes son amorales y no es un libro apto para cardíacos. Espero que lo tengas en cuenta antes de comenzar la lectura.

Dominic: Serás mi perdición es una novela conclusiva, sin infidelidad y con un final feliz garantizado. Los *tropes* que vas encontrar son: *enemies to lovers*, matrimonio arreglado, protagonista posesivo y protector, «ella es su debilidad».

Para más información, puedes enviar un email a beccadevereuxautora@gmail.com o seguirme en Instagram: @becca.devereux

Hace dos meses

Dominic

—¡Malditos inútiles! —grito enfurecido. Lanzo el vaso de whisky con fuerza sin importarme que Donatello, uno de mis hombres, se interponga en el trayecto. Por suerte, es lo bastante rápido para agachar la cabeza antes de que el cristal se estrelle contra la pared. Inspiro hondo. ¿Por qué es tan difícil que cumplan mis órdenes? Seguro que me iría mejor si adiestrase a un puñado de monos salvajes. Estoy rodeado de idiotas—. ¿Cuál es la excusa?

Se miran los unos a los otros en silencio. Enarco una ceja, pero no obtengo respuesta. Le doy una patada a una silla, que vuela por los aires hasta aterrizar a los pies de Davide. El susodicho da un respingo. Andrea, que está a su lado, le da un codazo para que relaje la expresión atemorizada. Andrea es listo y sabe que no soporto la debilidad. Supongo que «listo» es un cumplido que le viene grande, pues en el fondo es tan imbécil como los demás. De lo contrario, ya me habrían traído en bandeja la cabeza de Massimo Morello.

—Tú. —Señalo a Roberto, el primero que tengo delante—. Vamos, habla. ¿Tan difícil es cumplir mis órdenes?

Roberto pone cara de querer estar en cualquier otro lugar. Dentro de un volcán en erupción, por ejemplo. O atado a las vías de un tren que se aproxima a toda velocidad. Tampoco lo culpo. Sé que todos me temen, y hacen bien. No tengo paciencia y nunca doy segundas oportunidades. Un pitbull hambriento tiene mejor carácter que yo.

—Morello se ha cubierto muy bien las espaldas. Ha sido imposible que nos acerquemos a ningún miembro de su familia —se disculpa con voz temblorosa—. Lucrezia y Sofía siempre están custodiadas por una decena de guardaespaldas. Morello ha aumentado las medidas de seguridad desde que secuestraste a su esposa...

—¡Hice justicia! —lo corrijo fuera de mí—. Ese perro sarnoso al que todos apodan *Il Diavolo* raptó a mi sobrina. ¿O crees que debería haberme quedado de brazos cruzados? ¿Insinúas que vuestra incompetencia es culpa mía?

—No, Don —responde cabizbajo—. Solo quería explicar por qué no hemos podido cumplir tus órdenes.

—Sois un atajo de incompetentes —escupo con desagrado—. Os pago más de lo que merecéis. La mayoría de vosotros estaba vagando por las calles cuando os di una oportunidad. No necesito excusas, sino hechos.

—Cálmate, Dominic —interviene Marco, que acaba de entrar.

Los hombres se relajan al ver a mi *consigliere*. Es lo más parecido a una figura paterna. Era el mejor amigo de mi difunto padre. Se convirtió en mi fiel consejero cuando toda mi familia fue asesinada y me quedé completamente solo. Le tengo un gran aprecio. Sin embargo, en este momento estoy demasiado furioso para dejarlo estar. Además, todavía no he olvidado que Massimo y Sofía escaparon por su culpa. Si Marco no se hubiera interpuesto, habría matado a

Massimo y a la tonta de su esposa.

La rabia aún me carcome.

—No intercedas a favor de esta panda de fracasados —le espeto indignado—. Les pago demasiado bien. Por tanto, exijo resultados.

—¿Resultados o venganza? —me contradice con total tranquilidad—. Es imposible que nadie se acerque a la familia Morello en este momento. Has contratado a los mejores asesinos a sueldo, pero ni siquiera ellos han podido darte lo que quieres. Déjalo estar por una temporada, Dominic.

—Prefiero morir antes que permitir que ese desgraciado de Morello se salga con la suya. —Pego un puñetazo en el escritorio. Me pone enfermo saber que Massimo está a punto de ser padre con la mujer que ama. No merece ser feliz. Debería estar pudriéndose en el infierno junto al malnacido de su padre. No pude asesinar a El carnicero de Sicilia, pero al menos acabaré con toda su estirpe—. Pagaré un millón de euros a la persona que me traiga a algún miembro de la familia Morello.

—¿Vivo o muerto? —pregunta Davide con tono burlón.

Le lanzo una mirada sombría. Todos dejan de reírse. Mejor, no estoy para bromas. Qué panda de idiotas. No los soporto.

—Prefiero que esté vivo para así poder desquitarme —respondo con malicia.

—¿Eso incluye a Lucrezia y Sofía?

Todavía recuerdo a la española por la que Massimo ha perdido el juicio. Una mujer pequeña y altiva que me produjo jaqueca. No he tenido el «placer» de conocer a Lucrezia, pero ya la desprecio con todas mis fuerzas. Tengo entendido que tiene los mismos ojos verdes del monstruo que asesinó a mis padres, mis hermanas y mi dulce prometida. El odio corre por mis venas cada vez que pienso en ella.

—A cualquiera de ellas. —Hago una pausa. Será mejor que deje las cosas claras—. Ya sabéis lo que pienso sobre la violación. Si me entero de que alguno de vosotros se ha propasado con ellas, sufrirá un castigo peor que la muerte.

Soy un mal hombre, pero tengo mis principios. Mis padres no me educaron para que abusara de las mujeres. No sé qué haré con Lucrezia o Sofía si llegan a caer en mis manos. Todavía no lo tengo claro. Lo único que deseo es que Massimo sufra sabiendo que están a mi merced. Porque matarlo será lo último que haga. Me reservo ese placer.

La venganza es un plato que se sirve frío. He esperado ocho largos años para acabar con los Morello. *Il Diavolo* es un idiota si cree que voy a conformarme con matarlo. Esa sería la opción fácil. Sin embargo, quiero causarle el mismo sufrimiento que padecí. Necesito que entienda lo que se siente cuando te arrebatan a todos tus seres queridos.

Mis hombres asienten. Tal vez lo único que necesitaban era un aliciente económico para cumplir su cometido. Angelo, uno de mis mejores hombres, da un paso al frente.

—Cuenta con ello, Don —me promete.

Salgo del despacho porque necesito estar solo. No soporto la incompetencia. A veces me

gustaría subir a un avión, aterrizar en Sicilia y coger una pistola para acabar con los Morello. El mundo sería un lugar mejor sin esa lacra. Sin embargo, no puedo dejar sola a Antonella. Soy su única familia. La niña es mi bien máspreciado.

—¡Tío Dominic! —exclama al verme.

Acaba de llegar del colegio. Lleva el pelo recogido en dos trenzas y la mochila colgada de un hombro. Corre hacia mí con los brazos extendidos. La alzo y le doy un beso en la mejilla. Antonella es mi mayor tesoro. Es idéntica a Chiara, mi querida hermana mayor. Una punzada de nostalgia me atraviesa el pecho al recordarla. No merecía semejante final. Era una mujer valiente y amable que nunca le causó daño a nadie. Se me revuelven las entrañas al recordar que Massimo secuestró a mi sobrina para castigarme. El cabrón supo cuál era mi punto débil. Jamás me lo perdonaré. Mi sobrina dice que no le hicieron ningún daño, pero Massimo es una rata de alcantarilla. Estoy convencido de que planeaba matarla.

—Estás enfadado —dice con los ojos entornados.

Fuerzo una sonrisa para tranquilizarla. Solo tiene ocho años. Es una niña muy espabilada y perspicaz. Ha salido a su madre. Le prometí a Chiara que cuidaría de Antonella como si fuera mi propia hija. Por eso tengo que acabar con los Morello. De lo contrario, Antonella nunca estará a salvo.

—No estoy enfadado —miento. Le doy un abrazo para que no me vea la cara—. ¿Quieres que juegue contigo?

—¡A las muñecas! —exclama entusiasmada—. Tú serás la princesa Dominica de los Dolomitas.

«Si mis hombres me vieran en este momento...».

Pongo a la niña en el suelo y le doy la mano para que me conduzca a su habitación. Seré la princesa Dominica si es lo que quiere. Haría cualquier cosa con tal de verla feliz. Los Morello me arrebataron a casi toda mi familia. Por suerte, el amor que siento por mi sobrina consiguió mantenerme en pie. Ahora nada ni nadie me parará hasta que logre culminar mi venganza.

Hace tres meses

Lucrezia

No es fácil ser la princesa de la mafia siciliana, sobre todo cuando tu hermano mayor —el líder del clan de los Morello—, ha entrado en guerra con Dominic Falsone, el mayor sociópata de Calabria.

Supongo que todas las historias tienen dos versiones. Si le preguntas a Dominic Falsone, el Don de la mafia calabresa, seguro que le echará la culpa a nuestro difunto padre. En honor a la verdad, papá no fue ningún santo, pues asesinó sin piedad a casi toda la familia de Dominic. Lo apodaban El carnicero de Sicilia porque era una bellísima persona, nótese la ironía. Así que Dominic creció despreciando a nuestra familia.

Nuestro padre falleció por causas naturales y Dominic nunca pudo vengarse de él, por lo que no le quedó más remedio que proyectar su odio hacia sus descendientes. O sea: nosotros. Massimo y yo no tuvimos nada que ver con las crueles decisiones de nuestro padre. Sin embargo, eso no le impidió a Dominic declararnos la guerra. Es de lo que piensan que «de tal palo, tal astilla».

Si le preguntas a Massimo —mi hermano—, te dirá que Dominic Falsone es un sádico hijo de puta que secuestró a su mujer embarazada porque consideró que la mejor forma de torturar a Massimo era criar a su hijo como si fuera suyo. Sí, es un tipo de lo más retorcido. Al final la historia tuvo un final feliz: mi hermano consiguió rescatar a Sofía —su esposa—, y ella está a punto de dar a luz a una niña. Ahora vivimos en aparente calma, a pesar de que sabemos que no estamos a salvo, ya que Dominic Falsone no parará hasta destruirnos...

En resumen; si antes vivía bajo la custodia de una decena de guardaespaldas, ahora casi no puedo salir de casa. Siempre debo informar a dónde voy. No tengo amigos. Si mi hermano considera que mi vida está en riesgo, me prohíbe hacer algo tan normal como ir a la librería.

Muchas gracias, Dominic Falsone. No sabes cuánto te odio.

Stefano me abre la puerta e ignora mi gesto irritado. En el fondo sé que no puedo culparlo. Solo cumple órdenes de Massimo. Tengo veintidós años, pero estoy acostumbrada a que me traten como si fuera una cría. Lo que mi hermano y sus hombres desconocen es que he averiguado la forma de escapar sin que se den cuenta. Lo bueno de ser una chica tímida y de apariencia inofensiva es que todos me subestiman.

Massimo nunca ha dejado que fuera una joven normal, así que he utilizado mi ingenio para tener un poco de libertad a sus espaldas. A los dieciocho conseguí escapar de casa por la ventana de mi habitación. Uno de sus hombres me atrapó, pero me armé de valor y le di un beso para comprar su silencio. Cuando el guardia sonrió como un imbécil, comprendí que una mujer bella y con un propósito es capaz de todo.

Para mi hermano y mi familia soy la dulce Lucrezia Morello, una introvertida jovencita que prefiere pasar desapercibida. Pero ellos no me conocen en realidad. No me juzgues, ha sido

mi forma de protegerme. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? ¿Agachar la cabeza y acatar las órdenes, o fingir que eres una chica buena y hacer lo que te dé la gana? Yo lo tuve bastante claro.

A los dieciocho años perdí la virginidad con aquel guardia. No fue placentero. En aquel momento no entendí por qué todo el mundo estaba obsesionado con el sexo. Pero aquella aventura me reportó muchos beneficios. Paolo me cubría las espaldas cada vez que quería escapar de casa. ¡Al fin era libre! Podía salir de fiesta como cualquier chica de mi edad o emborracharme sin temer las represalias de mi hermano. Al cabo de unos meses, me harté de Paolo, por lo que se puso furioso y me amenazó con revelarle a mi hermano lo de mis escapadas nocturnas. En fin, no hay nada peor que un hombre despechado. Le respondí que Massimo estaría encantado de saber que él había sido el primer hombre en meterse en la cama de su hermana pequeña, por lo que Paolo guardó silencio. Luego conocí a Michael, un estadounidense que estaba de paso en la ciudad y con el que descubrí el verdadero placer. Aprendí a llevar una doble vida: en casa era la dócil y taciturna Lucrezia, pero fuera de la mansión podía ser Angelina, una estudiante de arte adicta a las relaciones de una noche; Caterina, una parlanchina florista que acudía todas las tardes a la misma cafetería para coquetear con el dulce Flavio; o Francesca, una famosa stripper que bailaba en una discoteca y ocultaba su rostro con una máscara de terciopelo rojo. Fueron años de lujuria, desenfreno y exquisita independencia en los que aprendí a conocerme y descubrir cuáles eran mis límites.

Hasta que el cretino de Dominic Falsone secuestró a mi cuñada y le declaró la guerra a nuestra familia. Ahora Massimo me tiene más vigilada que nunca. Jamás salgo de casa sin la protección de un guardaespaldas. Soy como un perro con collar.

Me asfixio.

Odio mi vida.

—No pongas esa cara, Lu —intenta animarme Stefano, el mejor amigo de Massimo—. Algún día tu hermano conseguirá derrotar a Dominic. Entonces dejaréis de vivir amenazados y podrás llevar una vida normal.

Frunzo los labios y guardo silencio. No estoy del todo convencida. Mi hermano es un hombre muy inteligente, pero Dominic ha demostrado ser un rival implacable. Es calculador y cruel. Por el contrario, Massimo se ha ablandado desde que se enamoró de Sofía. No es una crítica, pues me hace feliz que haya encontrado el amor. Por desgracia, la única persona que puede derrotar a Dominic es alguien que carezca de escrúpulos.

Tengo cita para hacerme la manicura en mi local preferido. Stefano y dos de los mejores hombres de Massimo me acompañan al coche. Otro vehículo lleva la delantera y un tercero va detrás, formando un escudo impenetrable. Cierro los ojos y exhalo. Ojalá pudiera ser una chica normal, pero no elegí nacer en el seno de la mafia siciliana. Y, aunque los amo con todo mi corazón, lo único que siempre he deseado es ser una persona corriente que puede tomar sus propias decisiones sin que una legión de escoltas la siga a todas partes.

—¿No quieres algo más atrevido? —insiste Valentina—. Podría hacer algún diseño diferente: lunares, flores, mariposas...

Valentina es mi manicura desde hace cuatro años. Sabe de sobra que me gusta llevar las uñas cortas y pintadas de rosa pálido. Odio los diseños vulgares. ¿Por qué querría tener una maldita mariposa en la uña del dedo pulgar? De todos modos, contengo la crispación y le dedico una sonrisa forzada.

—Tal vez otro día.

Esta es la Lucrezia a la que todos están acostumbrados. La princesa de la mafia, educada y recatada, que nunca da malas contestaciones ni levanta la voz. Tengo que aferrarme a esa versión si quiero sobrevivir en este mundo.

—Como quieras —responde Valentina—. Pero sigo pensando que el rosa es un color aburrido.

Como esta conversación.

Valentina termina de pintarme las uñas mientras soporto una charla anodinada sobre los problemas de vejiga hiperactiva de su madre. La escucho con desinterés y finjo preocupación, aunque no podría importarme menos. Luego pago con tarjeta, le doy una generosa propina en efectivo porque es lo que se espera de una joven adinerada, y salgo a la calle acompañada de Stefano.

—Necesito tomar el aire —le digo cuando me hace un gesto para que entremos en el coche.

—Es peligroso que...

—Solo cinco minutos —le pido con una sonrisa angelical, y añado para desarmarlo—: Por favor.

Stefano cede al instante. Nunca he intentado nada con él; no soy tan tonta. Es el mejor amigo de Massimo. No quiero meterlo en problemas. Además, es un buen hombre y una de las pocas personas en las que mi hermano confía. No pienso arruinar su relación. No obstante, todo sería más fácil si follásemos de vez en cuando. Estoy convencida de que los cinco minutos que le he pedido se convertirían en cinco horas de libertad.

—¡Una boutique infantil! —exclamo con falso entusiasmo. Señalo la tienda que hay justo enfrente—. Voy a comprar algo para mi futura sobrina. Puedes esperarme fuera.

—Iré contigo.

Contengo una mueca. Uf, es imposible tener una pizca de independencia. En cuanto entro en la tienda me abro paso entre los percheros repletos de modelitos para recién nacidos. Escojo varios abriguitos de lana en tonos pastel, un par de bodis a juego y tres pares de patucos. Luego me dirijo a la caja y evalúo al dependiente. Stefano está plantado en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parece que quiere matar a alguien.

—No es mi novio —le digo al dependiente, un joven que rondará mi edad—. El tipo con cara de malas pulgas es mi guardaespaldas. Tengo un hermano bastante sobreprotector.

El dependiente me lanza una mirada comprensiva. Juego con un mechón de mi pelo y le

dedico una sonrisa coqueta. Se sonroja al instante. Ya es mío. En fin, no tengo la culpa de que los hombres se conviertan en unos idiotas cuando una mujer guapa se muestra vulnerable. Típico de los tíos: siempre tienen la necesidad de hacerse los héroes con las mujeres.

—¿Puedo contarte un secreto? —le pregunto en voz baja. Me inclino sobre el escritorio mientras le tiendo la tarjeta de crédito para que Stefano no sospeche. El dependiente asiente con una sonrisa bobalicona—. En realidad solo he entrado porque me muero por fumar un cigarro. Tenía la esperanza de que este establecimiento tuviera una salida trasera.

—La tiene, pero es solo para emergencias...

—¡Genial! —Paso la tarjeta por el lector—. Necesito que me echas un cable con ese grandullón que no me quita la vista de encima. Soy una chica en apuros, y tú pareces un encanto.

Hago un puchero. Echo un vistazo a la placa que lleva colgada de la solapa del jersey: Matteo.

—¿Harías eso por mí, Teo? —pregunto con tono seductor.

—Bueno, si puedo ayudarte...

—Eres un sol. —Le ofrezco una sonrisa cálida—. Fingiré que voy al servicio, pero saldré por la puerta trasera. Cúbreme con el grandullón, Teo. Confío en ti.

Le guiño un ojo y recojo las bolsas. Stefano frunce el ceño, por lo que pronuncio las palabras: «emergencia femenina» para que no se le ocurra acompañarme. En lugar de ir al baño, salgo por la puerta trasera. Dejo las bolsas en el suelo y busco un cigarro dentro del bolso.

Lo que debe hacer una chica para salirse con la suya.

Empecé a fumar a escondidas a los dieciséis años. Fue un estúpido gesto de rebeldía adolescente, pero ahora no puedo dejarlo. Solo fumo cuando estoy estresada. Hoy es uno de esos días.

¿Por qué siempre soy incapaz de encontrar algo dentro del bolso? Descarto un paquete de chicles, un bolígrafo, una barrita de proteínas y... ¡Bingo! Cojo el paquete de tabaco justo cuando me percató de que alguien me está observando. Levanto la cabeza para preguntarle si tengo monos en la cara y veo a un hombre que me está apuntando con una pistola. El corazón me da un vuelco. El bolso se me cae al suelo y ahogo un grito.

—Lucrezia Morello —dice el hombre con marcado acento calabrés.

Un nudo de pánico me atenaza la garganta. Abro la boca para preguntarle qué quiere de mí, pero no consigo pronunciar una palabra. Solo hay un motivo por el que un completo desconocido me apuntaría con una pistola. No soy tan idiota. Tarde o temprano iba a suceder. Dominic Falsone por fin va a cobrarse su venganza.

Hace tres meses

Lucrezia

—Cierra los ojos —ordena el hombre que está apuntándome con la pistola.

Lo miro sin pestañear. Lo calificaría como un tipo apuesto si no estuviera a punto de asesinarme a sangre fría. Es muy alto. Tiene la tez bronceada por el sol y el cabello de un tono castaño miel. Sus ojos son del color de la arena de las playas de Sicilia. Su expresión vacila un instante. Entonces comprendo que no está cómodo con la situación. No parece la clase de hombre que disfruta haciéndole daño a una mujer. Tal vez tenga una oportunidad si juego bien mis cartas.

—Te he dicho que cierres los ojos —insiste con tono ronco. Sostiene la pistola con ambas manos y noto que le tiemblan un poco.

—No —respondo con voz estrangulada.

—¿No? —Resopla. Una gota de sudor resbala por su frente—. No estás en posesión de hacer ninguna objeción, princesita.

—Vas a matarme —murmullo con los ojos bien abiertos—. Al menos quiero mirar a la cara al hombre que va a dispararme.

—Joder... —masculla mosqueado, como si mi actitud no entrara en sus planes—. Date la vuelta o cierra los ojos. No pienso repetírtelo.

—¿O qué? ¿Vas a dispararme? —replico, sin saber de dónde salen mis agallas—. Si vas a matarme, al menos ten la valentía de mirarme a la cara.

Se pasa una mano por el pelo mientras continúa apuntándome. Noto su indecisión. Su mirada resbala por mi rostro. Entonces comprendo que me encuentra atractiva. Quizá le molesta matar a una joven hermosa, o le horroriza la idea de acabar con la vida de una chica indefensa. Sea lo que sea, pienso utilizarlo a mi favor.

—Dominic Falsone —pronuncio su nombre con fingido pesar—. Al final ha conseguido lo que quería. Pero no voy a darle la satisfacción de cerrar los ojos. No he hecho nada malo. No he cometido ningún crimen. Quiero que me mates sabiendo que acabas de disparar a una mujer inocente. No voy a ponértelo tan fácil. Al menos recordarás mi rostro cada vez que intentes conciliar el sueño. Espero que la culpa te atormente.

—No lo entiendes. —Niega con la cabeza. Parece tan torturado que casi siento compasión por él—. Necesito el dinero. Mi madre está muy enferma. Si no te mato, él te hará cosas mucho peores. Es un monstruo. En el fondo te estoy haciendo un favor. Te quiere con vida, pero no soy tan...

—¿...malo? —concluyo.

Exhala un suspiro pesaroso. Levanto la barbilla para demostrarle que no voy a claudicar. Tendrá que mirarme a los ojos si va a disparar.

—¿Por qué no estás asustada? —pregunta contrariado.

—Estoy muerta de miedo —admito en un susurro—. Pero elijo tener dignidad el día de mi muerte. Adelante, dispara. No te guardaré rencor. Solo eres un hombre desesperado que necesita dinero y ha escogido un modo terrible de ganarlo.

—No eres cómo imaginaba.

—¿Cómo creías que era?

—Una zorra cruel y altiva como su difunto padre.

—Odiaba a mi padre —le aseguro sin titubear—. Dominic te ha contado muchas mentiras sobre mí.

El tipo no baja la pistola. Se limita a observar mis labios con un profundo anhelo. Nunca me he considerado una mujer exuberante, pero sé que mis ojos verdes y mis facciones delicadas resultan atractivas para los hombres. Y con el paso de los años he aprendido a ser un montón de versiones de mí misma para conseguir lo que quiero de ellos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto con audacia.

—Todavía no he decidido si voy a perdonarte la vida. —Sigue apuntándome con una mano, pero con la otra me acaricia la mejilla con delicadeza. Me pongo a temblar. Quiero que se sienta culpable de atemorizar a una mujer indefensa e inocente. Al ver que me encojo, deja caer la mano y aparta la vista, avergonzado—. Me llamo Angelo.

—Puedo darte dinero, Angelo.

—Si Dominic descubre que le he fallado, matará a mi madre. De nada me serviría tu dinero.

—Sé que no quieres matarme —digo con atrevimiento—. No eres un mal hombre. Lo veo en tus ojos.

Angelo me mira con desesperación. Sé que está al límite. No se atreve a disparar, pero el peso de la lealtad a su familia es demasiado grande. En este momento se está debatiendo entre el honor y el deber.

—Le diré que no pude acercarme a ti porque estabas rodeada de guardaespaldas —decide agobiado—. No vuelvas a cometer el error de salir sola. Dominic ha enviado a sus mejores hombres. No soy el único que ha venido a por ti.

Baja la pistola muy despacio y no hago ningún movimiento hasta que la guarda detrás del cinturón. Entonces consigo volver a respirar.

—Cuídate, Lucrezia. La próxima vez no tendrás tanta suerte.

Angelo se esfuma por el callejón. No sé qué es lo que me impulsa a seguirlo. Una mezcla de rabia y decisión. Mañana podrían atacar a Sofía o a mi hermano. Tengo que detener a Dominic.

—¡Espera! —grito. Él se detiene de golpe y me mira extrañado—. ¿Y si te propusiera un trato?

Angelo retrocede un paso y me mira con desconfianza.

—¿Qué clase de trato?

Me muerdo el labio para aparentar que vuelvo a ser la joven en apuros a la que ha estado a punto de asesinar a sangre fría. Lo bueno de tener tantas versiones es que he aprendido a leer a los demás. A veces tropiezo con hombres que buscan una mujer sumisa, divertida o dulce. Ahora, al mirar a los ojos a Angelo, sé la clase de mujer que necesita. Puedo ser esa chica. A lo largo de los años he descubierto que la inteligencia es la mejor arma de una mujer.

Así que doy un paso al frente y le regalo una sonrisa cautivadora.

—Ayúdame a derrotar a Dominic Falsone. Sé mi aliado.

Hace dos meses

Dominic

—¡Más alto, tío Dominic! —exclama Antonella.

La empujo en el columpio. Lo hago con cuidado, pues no quiero que sufra ningún daño. Antonella echa la cabeza hacia atrás y me saca la lengua. Parece un hada de los bosques. Viste un tutú rosa, unas alas con purpurina y una diadema de unicornio. El viento despeina su melena de rizos castaños con olor a frambuesa.

Después de la muerte de mis padres, de mis hermanas y de mi prometida, pensé que no sería capaz de levantarme. Sin embargo, esa misma noche sostuve en brazos a una bebé de mejillas sonrojadas que aferró mi pulgar con su manita. En aquel momento supe que la protegería de todo mal. Mi sobrina no sabe que me salvó la vida. Por eso tengo que destruir a nuestros enemigos. Antonella no estará fuera de peligro hasta que aniquile a los Morello. Tengo que vengar a nuestra familia. Se lo debo.

—¡Jo, más alto! —Antonella patalea y arquea la espalda para ganar velocidad.

—Podrías hacerte daño.

—¡Eres un aburrido! —Gira su carita para lanzarme una mirada ofuscada—. Marco me columpia más alto que tú.

—Conque esas tenemos. —Miro a Marco, que nos observa desde el porche. Se le escapa una sonrisa culpable y se encoge de hombros—. ¡Quiero llegar al cielo!

Me limito a columpiarla sin demasiada fuerza hasta que un par de hombres se reúnen con mi *consigliere* y miran en mi dirección. Entiendo a qué han venido. Solo espero que traigan buenas noticias. Massimo Morello me hizo quedar como un idiota cuando consiguió rescatar a su mujer. Ahora mi reputación de Don está en un punto crítico. No puedo permitir que los demás me consideren débil. De lo contrario, estoy perdido.

—Tienes que hacer los deberes —le digo a mi sobrina.

—¿Luego podemos jugar a las muñecas?

—Tal vez.

—¡Eso no es un sí! —protesta enfurruñada.

—Los deberes —insisto con tono categórico.

Antonella se baja del columpio mosqueada, pero entra en la casa porque sabe que no le conviene desobedecerme. Sé que la estoy educando bien. No quiero que se convierta en una de esas princesas malcriadas de la mafia que solo saben ir de compras y fundir la tarjeta de crédito de su padre. En una muchachita insulsa y descerebrada. Alguien del estilo de Lucrezia Morello.

—¿Y bien? —pregunto al acercarme a Marco, Andrea y Davide.

—Buenas noticias —responde Andrea.

—Eso lo decidiré yo.

—Tu plan ha sido un éxito —me explica Marco—. Deberías estar satisfecho. Todo ha salido según lo acordado. La policía ha incautado el cargamento de Massimo y seis de sus hombres han sido encarcelados. Ha perdido más de tres millones de euros.

Una sonrisa malévola se apodera de mis labios. Decidí cambiar de estrategia al ser consciente de que era imposible acercarme a la familia Morello. Ahora estoy centrado en destruir sus negocios. Quiero arruinarlo. En el mejor de los casos, me gustaría ser el culpable de meterlo entre rejas. ¿Por qué no? Soñar es gratis.

—Angelo ha hecho un buen trabajo —digo gratamente sorprendido.

No daba un duro por él desde que me contó que Lucrezia Morello consiguió escapar de sus manos. De hecho, estuve a punto de despedirlo. O peor; matarlo para darle un escarmiento al resto de mis hombres. Pero me pidió una segunda oportunidad y seguí el consejo de mi *consigliere*. Angelo es un tipo inteligente y ambicioso. Su madre está enferma y le prometí una generosa cantidad de dinero a cambio de permanecer en Sicilia y dirigir la operación que he organizado contra Massimo. Acaba de demostrarme que puedo confiar en él.

—Dominic —me llama Ludovica, mi ama de llaves. Tiene esa expresión avinagrada que me hace tanta gracia. Si Marco es mi segundo padre, ella ha sido una especie de abuela. Le encantaría que sentara la cabeza. Por eso se molesta tanto cuando recibo la visita de alguna mujer —. La señorita Camilla lo espera en el vestíbulo.

—Alegra esa cara, Ludovica —bromeo—. Ni que fuera a casarme con ella.

Ludovica masculla un par de palabrotas. Marco, Andrea y Davide se ríen. Es la única mujer que permito que me falte al respeto. No puedo enfadarme con una señora mayor que me cambió los pañales y me enseñó a caminar. Es mi *nonna* política.

—Deberías encontrar una buena mujer —me regaña antes de entrar en la cocina.

Aprieto la mandíbula. Conocí a una buena mujer. De hecho, iba a casarme con ella. Mi dulce Fiorella. Una joven preciosa y repleta de bondad. Pero el padre de Massimo me la arrebató de la forma más cruel.

Una pelirroja alta y curvilínea me espera a los pies de la escalera. Lleva un vestido ceñido de color rojo cereza a juego con su pelo. Al verla se me pone dura. La sensual y cariñosa Camilla. De todas mis amantes, es mi favorita. Una mujer obediente, que solo habla cuando me apetece mantener una conversación y siempre está dispuesta a atender mis necesidades.

—Hola, Cami.

Camilla se vuelve hacia mí. Va maquillada tal y como sabe que me gusta. Un poco de rímel y los labios pintados de rojo. La conocí hace un año y medio en una fiesta. No es la típica mujer que necesita que la colme de joyas y regalos caros. El único pero es que a veces se pone demasiado empalagosa.

—Dominic —dice con tono ronco—. Anoche me quedé con ganas de verte. Tus hombres me dijeron que estabas muy ocupado.

—No deberías haber venido sin avisar.

Sabe de sobra que he contratado un chofer para que vaya a buscarla cuando la necesite. Odio las sorpresas. No quiero que aspire a algo que no estoy dispuesto a darle.

—Me gusta cuando te pones mandón. —Se acerca a mí mientras se desabrocha la cremallera del vestido—. ¿Dónde...?

La agarro de las muñecas con una mano y con la otra le tiro del pelo. A ella se le escapa un gemido. Esbozo una sonrisa satisfecha. La quiero de rodillas, con esa boquita pintada de rojo rodeando mi polla. Hoy no tengo tiempo para preliminares. Ya encontraré la manera de satisfacerla después de obtener lo que necesito.

—Vamos a mi despacho. —Tiro de ella sin una pizca de galantería. Cierro la puerta sin echar el pestillo, pues sé que nadie se atreverá a molestarme. Luego me dejo caer en el sillón y me desabrocho el botón de los pantalones—. Ya sabes lo que quiero.

Me gusta que la pelirroja me obedezca sin rechistar. Va directa al minibar, sirve una copa de whisky y me la entrega. Después se quita el vestido y se arrodilla entre mis piernas. Ha elegido ese conjunto de lencería de encaje negro que tanto me gusta. Le doy un trago al whisky mientras ella baja la cremallera de mis pantalones y comienza a acariciarme. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

«Joder, qué bien se le da...».

Camilla desliza la lengua por mi polla tal y como sabe que me gusta. Enredo una mano en su pelo para que acelere el ritmo. Por un instante pienso en el maldito Massimo Morello, su difunto padre y todo lo que me arrebataron. Arqueo la pelvis para que la pelirroja abra más la boca. Ni siquiera necesito pedirle que se lo trague. Es una puta sumisa. Justo lo que necesito.

—Buena chica. —Le acaricio la mejilla y ella me sonríe—. Quítate las bragas y tumbate en el escritorio.

Camilla se desabrocha el sujetador y se baja las bragas, pero se deja puestos los tacones de aguja, algo que sabe que me vuelve loco. Ahora es mi turno de hacerla disfrutar. No soy tan cabrón para dejarla a medias. Así que me cuelo entre sus piernas y la penetro con dos dedos mientras le acaricio el clítoris con la lengua. Ella se retuerce de placer y grita mi nombre. Me pide más, por lo que cojo un preservativo y me hundo en su interior. Cinco minutos después estamos agotados y sudorosos. Ha sido una transacción satisfactoria para ambos.

Camilla me acaricia la espalda y me da un beso en el hombro.

—¿Quieres que me quede a dormir? —pregunta con voz melosa.

—No, joder —respondo malhumorado—. ¿Qué te ha hecho pensar lo contrario? Pareces tonta.

Me aparto de ella y le lanzo el vestido que hay tirado en el suelo. ¿Por qué las tías tienen que estropear el momento al sugerir ese tipo de gilipolleces? No quiero arrumacos ni compartir mi cama con ella. Solo la necesito para una cosa. Si no puede dármela, será mejor que desaparezca de mi vida.

Me pongo los pantalones y abro la puerta del despacho. Ni siquiera la miro cuando digo:

—Mi chófer te llevará a donde quieras. —Estoy a punto de salir, pero añado—: Menos a mi cama. A estas alturas ya deberías saber que lo único que me interesa de ti es echar un polvo.

Me trae sin cuidado que rompa a llorar. No tiene ningún sentido que aspire a algo más. Se lo dejé bien claro desde el principio. Ni siquiera es la única mujer con la que me acuesto. Hace tres días follé con Carla. La semana pasada tuve una noche movidita con Cristina y Filippa. El hecho de que la llame con más asiduidad que a las demás no implica que sea especial para mí.

Iba a casarme con Fiorella. Ella fue la única mujer con la que estuve dispuesto a sentar la cabeza. El resto son meras suplentes que me proporcionan placer cuando lo necesito. Fin de la historia.

Hace un mes

Lucrezia

Massimo está que trina después de que el cargamento haya sido incautado por los *carabinieri*. No se explica qué ha podido salir mal. Obviamente, jamás podría imaginar que su dulce hermanita está detrás de todo. Pero no encontré otra salida. Si quiero que mi plan salga perfecto, necesito a Angelo. Y la única forma de que Dominic confíe en él es que Angelo le demuestre que es muy valioso.

Massimo jamás permitiría que yo me involucrase en un plan tan disparatado, así que me las ingenié para que sufriera el menor daño posible. Mi hermano y seis de sus mejores hombres tenían que estar presentes el día que el cargamento iba a ser incautado. Por esa razón envenené la cena con una hierba que los mantuvo indispuestos durante unas horas. Así evité que Massimo y sus hombres de confianza estuvieran presentes en la redada. A cambio, he sacrificado a seis peones que no significan mucho para él. Han pagado justos por pecadores, pero confío en que los abogados de Massimo puedan sacarlos pronto de la cárcel. De lo contrario, serán daños colaterales.

Mi hermano se caería de espaldas si supiera que he sido la culpable.

—Tuviste mucha suerte —Sofía le aprieta la mano—. Si hubieras estado allí aquella noche...

—No pienses más en ello —la tranquiliza Massimo—. Todavía no logro entender cómo se enteró Dominic Falsone del recorrido. Ha sido él quien ha avisado a los *carabinieri*. Empiezo a sospechar que hay un topo entre nosotros.

—No puedes culpar a tus hombres sin tener pruebas —lo regaña para que lo deje estar.

—Lu tiene razón —concierda Sofía—. No podemos desconfiar los unos de los otros.

Aprovecho que mi hermano y Sofía se enzarzan en un pequeño debate para escaquearme sin ser vista. Mi guardaespaldas debe de estar a punto de caer como un tronco. Le he echado algunos somníferos en su botella de agua, por lo que pronto se quedará dormido y podré escapar sin ser vista. Primero le digo a Marcella —nuestra ama de llaves—, que voy a quedarme en la habitación porque tengo dolor de cabeza. Luego coloco un par de almohadas debajo de las sábanas y apago la luz para fingir que estoy dormida. Entonces espero a que Alessandro, mi guardaespaldas, sucumba al cansancio. Es el momento.

Media hora después, me reúno con Angelo en un almacén abandonado que se ha convertido en nuestra guarida. Al verme se le ilumina la expresión. Con el paso del tiempo nos hemos hecho muy cercanos. Le prometí que saldría ganando si cambiaba de bando. Hasta el momento he cumplido mi palabra. Dominic acaba de subirle el sueldo por la exitosa operación. Además, le estoy pagando una generosa cantidad de dinero por ser fiel a mi causa. No obstante, sé que el motivo que lo retiene a mi lado es muy distinto.

Lo noto cada vez que nos reencontramos. Se pega a mí como una lapa. Me mira con una

mezcla de admiración y cariño. Es evidente que Angelo me desea. Por desgracia para él, soy lo suficiente calculadora y fría para utilizar este hecho a mi favor.

—El idiota de Dominic está muy contento. Me ha dado la enhorabuena por arruinar el cargamento de Massimo —se burla—. Si él supiera que la hermana de su mayor enemigo está detrás de todo...

—Tengo entendido que es demasiado orgulloso para sospechar algo así —reflexiono—. Está acostumbrado a salirse con la suya. Nunca contemplaría la posibilidad de que una mujer estuviera detrás de lo sucedido.

De repente, la expresión de Angelo se ensombrece.

—Sé que es primordial que Dominic confíe en mí. Pero todavía estás a tiempo de echarte atrás, Lucrezia. No tienes ni idea de la clase de hombre que es. No vas a poder seducirlo. Jamás caerá en tus redes. Te odia demasiado.

—No voy a seducirlo —intento tranquilizarlo—. Voy a matarlo.

—A no ser que él acabe antes contigo.

—Tenemos un plan —le recuerdo—. No me tocará un pelo.

—No lo conoces, Lucrezia —insiste agobiado—. Dominic es un hombre cruel y despiadado. Lo he visto sonreír después de matar a otro tipo a sangre fría. Ese malnacido disfruta haciéndole daño a los demás. Creo que perdió el juicio después de que tu padre masacrara a su familia.

—Todo irá bien. —Le toco el brazo para que se relaje—. Confía en mí, Angelo. Hasta el momento no te he fallado, ¿verdad?

—Ahora eres tú la que está en riesgo —murmura con los ojos brillantes—. No podría perdonarme que ese canalla te hiciera daño.

Apoyo la mano en su mejilla y le sonrío con dulzura. A él se le escapa un suspiro.

—Soy una mujer fuerte.

—Lo sé, pero ese cabrón no tiene escrúpulos. Te torturará de formas terribles. Eres una mujer muy hermosa. ¿Y si intenta...?

Lo callo con un beso que lo pilló desprevenido. Es la primera vez que nos besamos, pero se nota que Angelo lo estaba deseando. Está empezando a flaquear. Lo necesito a mi lado para llegar hasta Dominic. Solo sus hombres de confianza conocen cuál es su paradero. El cabrón es listo y muy precavido. Por eso no puedo permitir que Angelo salte del barco en el último momento.

Rodeo su cuello y lo atraigo hacia mis labios. Un segundo después estamos tumbados en el sofá. Su cuerpo cálido es un refugio en el que me apetece perderme en este momento. Y lo mejor de todo es que voy a conseguir algo mejor a cambio.

—No pienso regalarle mi virginidad a un hombre tan horrible como Dominic —le susurro al oído.

Angelo me mira confundido. No se lo esperaba. Lo bueno de ser una mentirosa

consumada es que puedo resultar muy convincente sin sentir remordimientos. Ahora soy una jovencita inexperta que va a acostarse por primera vez con un mafioso que está loco por ella. Lo que sea con tal de salirme con la mía.

Angelo me acaricia el pelo.

—¿Eres...?

—Sí —miento sin pestañear. Me muerdo el labio para aparentar una vulnerabilidad que no siento—. Nunca he tenido mucha libertad. Albergaba la esperanza de encontrar a un buen hombre con el que me sintiera cómoda. Confío en ti, Angelo. Trátame con delicadeza, por favor.

Angelo me mira emocionado.

—¿Estás segura, Lu? —Me acaricia la mejilla con suma ternura—. Puedo esperar.

—Sé bueno conmigo —le pido en un susurro.

Angelo asiente. Sus besos se vuelven más apasionados mientras me desviste con manos temblorosas. No me arrepiento de lo que estoy haciendo. Ni siquiera de haberle mentado. Solo hay algo mejor que un socio: un hombre enamorado. Porque un hombre enamorado haría cualquier cosa por la mujer a la que quiere.

Y estoy absolutamente convencida de que Angelo está loco por mí. ¿Cómo lo sé? Porque susurra mi nombre y me trata con una ternura que estoy convencida de que jamás ha regalado a otra mujer. Porque me he convertido en la versión que él necesitaba: la dulce y valiente Lucrezia, capaz de sacrificarse para salvar a su familia del malvado Dominic Falsone.

¿Cómo he conseguido enamorar al hombre que intentó matarte? Primero logré que se sintiera culpable. Le demostré que estuvo a punto de cometer un grave error porque soy una jovencita inocente y bondadosa. Luego lo convencí de cambiar de bando. Y no a un bando cualquiera, sino al correcto. Porque en la guerra todos queremos estar en el equipo de los buenos. Por último, acabo de fingir que nunca he tenido relaciones sexuales. Sin embargo, confío lo suficiente en Angelo para perder mi virginidad con él. Eso lo hace sentir importante.

Sí, demasiado típico. Los hombres adoran a las doncellas inocentes y virginales porque tienen la absurda necesidad de ser los primeros.

¿Qué quieres que te diga? No tengo la culpa de que en un mundo hecho para que los hombres triunfen, las mujeres debamos utilizar algunas artimañas para empatar la partida.

Que comience el juego, Dominic Falsone. No tienes ni idea de lo que te espera.

Hace dos días

Lucrezia

Lucrezia Borgia fue una mujer muy infravalorada. Vivió a la sombra de sus hermanos y de su padre, el papa Alejandro VI. La utilizaron como un peón de cambio y la casaron a la fuerza con un hombre que la despreciaba. Pero Lucrezia tenía un secreto: un anillo en el que ocultaba veneno y que utilizaba para asesinar a los enemigos políticos de su familia.

La historia de Lucrezia Borgia me inspiró para cultivar algunas hierbas en nuestro jardín. Dedalera, mandrágora, cicuta y Belladona; mi favorita. Y ahora imagino la intensa satisfacción que sentiré cuando Dominic Falsone se retuerza de dolor mientras echa espuma por la boca y exhala su último suspiro.

—Eres preciosa —me halaga Angelo.

A lo largo de las últimas semanas hemos tenido varios encuentros sexuales. He de reconocer que Angelo no es un mal amante. He tenido que fingir inexperiencia para que no desconfiara de mí. He mostrado paciencia y me he mordido la lengua para no pedirle que probásemos algunas cosas nuevas, pues él cree que le ha tocado la lotería con la princesa virginal. No obstante, me gusta follar con él. Es un hombre apasionado y muy generoso.

—Dominic quiere que regrese a Tropea.

«Tropea. Así que allí es donde se oculta».

Por fin conozco su paradero. He de reconocer que Dominic es muy listo. Solo su círculo de confianza sabe dónde vive. Es lógico que tome precauciones, ya que tiene muchos enemigos.

Estoy tumbada de lado, con la cabeza apoyada en el pecho de Angelo. Me incorporo para mirarlo a los ojos y percibo su inquietud. Ambos sabemos lo que eso significa.

—Tienes que llevarme contigo.

—Lucrezia...

—Es ahora o nunca —insisto—. Lo prometiste. No puedes dejarme tirada después de haber follado conmigo. ¿O acaso es lo único que querías de mí?

—Lucrezia —dice horrorizado. Me sostiene por los hombros—. Sabes de sobra que estoy enamorado de ti. No quiero que vengas conmigo porque tengo miedo de perderte.

—Tenemos un plan.

—Dominic es muy listo. ¿Qué te hace creer que no nos descubrirá?

—Me odia. Piensa que soy una princesita estúpida e insulsa. Nunca imaginaría lo que he tramado.

Angelo respira hondo. Tengo miedo de que su amor por mí le haga echarse atrás en el último momento. Él es mi salvavidas. La única persona que puede llevarme hasta Dominic.

—Aunque tengas razón...

—Saldrá bien. —Le doy un beso para acallar sus dudas. Luego dejo que me abrace. Sé que le encanta sentir que me protege, así que no me queda más remedio que fingir que estoy un poco asustada, a pesar de que lo único que albergo en este momento son muchísimas ganas de matar a Dominic—. Estamos juntos. Eso es lo que importa.

Angelo me aparta el pelo de la cara y me da un beso en la sien.

—Te quiero, Lu.

Tengo un nudo en la garganta que me impide hablar. No estoy enamorada de él. Nunca podría amar a un hombre tan ingenuo. Quizá le he cogido un poco de cariño, pero eso es todo.

—Y yo —miento.

Supongo que hay un sitio reservado en el infierno para las mentirosas como yo.

—Prométeme que dejarás que te traiga de vuelta a casa si corres algún peligro.

Asiento sin mirarlo. No pienso regresar a Sicilia hasta haber acabado con Dominic Falsone. Ese hombre ha amenazado a mi familia. Mi hermano y mi cuñada están a punto de ser padres. No puedo permitir que les haga daño. Merecen ser felices.

—Todo saldrá bien —insisto con renovada confianza.

Angelo tiene que partir al día siguiente, así que actúo con naturalidad delante de mi familia. Al menos Sofía no se quedará sola, pues su amiga Mónica ha venido para permanecer a su lado durante el último trimestre del embarazo. Stefano parece muy contento con la nueva invitada, así que apenas me echa cuenta. Y Massimo está demasiado preocupado por Dominic como para cerciorarse de lo que estoy a punto de hacer.

Releo la nota que he escrito por última vez. Sofía se preocupará y Massimo montará en cólera, pero cuando la lean ya estaré muy lejos. Estoy cansada de vivir bajo el ala protectora de mi hermano. Es hora de jugar mi propia partida. Ahora es mi turno de proteger a la familia.

Queridos Massimo y Sofía:

Espero que podáis perdonarme al cabo de un tiempo. Sé que os enfadaréis mucho después de leer esta carta, pero no puedo mirar para otro lado mientras Dominic Falsone intenta destruir a nuestra familia. Sois todo lo que tengo, os quiero demasiado. Por eso he decidido zanjar esta absurda guerra de la única forma posible: voy a casarme con Dominic Falsone.

Massimo, por favor, no temas por mí. Soy más fuerte de lo que crees. Te juro que estaré bien.

Sofía, mi gran amiga. Sabes que por mi futura sobrina soy capaz de todo. Ni se te ocurra culparte de mi decisión. Soy una adulta (espero que consigas explicárselo a mi hermano).

No me busquéis ni tratéis de detenerme. Cuando leáis esta carta ya estaré subida al

avión.

Os quiero,

Lucrezia.

El corazón me va a mil por hora cuando dejo la nota en la cama. Me apresuro a coger el bolso y salgo corriendo de la habitación. Me tropiezo con Marcella en el vestíbulo y le digo que estaré en la piscina tomando el sol. Pero, en cuanto la pierdo de vista, me escabullo hacia la puerta trasera y espero a que los guardias caigan rendidos por los somníferos que he puesto en sus bebidas. Cinco minutos después, salgo de la mansión y voy a encontrarme con Angelo.

Puedo hacerlo.

Hoy es el primer día de mi nueva vida.

Quizá todos tengan miedo de Dominic Falsone, pero no me conocen.

Tengo un propósito.

Soy una mentirosa.

Haría cualquier cosa por proteger a los míos.

Soy mucho más peligrosa que él.

Capítulo 1

Dominic

—Una velada magnífica, Dominic —me alaba Bernardino.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no apuñalarlo con el cuchillo de sierra. Podría clavárselo en la yugular y apenas tardaría unos segundos en desangrarse. Sé que le haría un favor a la humanidad. Este cerdo no merece seguir respirando. Por desgracia, los Falsone y los Bagarella han sido aliados desde hace tres décadas. No puedo matarlo solo porque sea un sádico hijo de perra con gustos de lo más retorcidos. La mitad de los hombres que hay en este salón creería que he exagerado.

Marco, que me conoce demasiado bien, hace un comentario para romper el silencio. Sabe que estoy al límite. No sería la primera vez que deshago una alianza política porque siento un profundo desprecio por mi socio. Por suerte para Bernardino, en este momento no me sobran los aliados. De lo contrario, lo apuñalaría sin miramientos hasta que mi sonrisa satisfecha fuera lo último que viera.

A veces, ser el Don de la mafia calabresa tiene sus limitaciones. Por culpa de Massimo Morello me he visto obligado a mantener alianzas y buscar socios hasta debajo de las piedras. Tengo la intención de hacer una limpieza después de acabar con Massimo. Mientras tanto, no me queda más remedio que soportar a los tipejos como Bernardino Bagarella.

Estas reuniones me producen una mezcla de sopor e irritación. Mi deber como líder del clan de los Falsone es mantener unida a la familia, aunque eso implique rodearme de personas como Bernardino. Los negocios de la mafia son complicados y las puñaladas por la espalda están garantizadas. Por eso nadie daba un duro por mí cuando a los dieciocho años me vi obligado a relevar a mi padre después de que El carnicero de Sicilia acabase con toda mi familia. La mayoría de los hombres que hoy me rinden pleitesía creían que el reinado de los Falsone había llegado a su fin. Supusieron que un chaval que acababa de perder a sus seres queridos sería incapaz de imponerse, pero les demostré que el odio es un motivo muy poderoso para seguir en pie. Ahora los Falsone somos más fuertes que nunca. Me ha costado hacerme respetar. He cometido muchos crímenes para que estos hombres sepan que no soy un Don al que les conviene traicionar.

Me percato de que Davide y Andrea se han enzarzado en una acalorada discusión. Davide señala en mi dirección, pero Andrea lo coge del brazo. Ni siquiera necesito hablar con ellos para saber que algo va mal.

—Averigua qué sucede —le susurro a Marco al oído.

Mi *consigliere* se levanta con disimulo para hablar con ese par de patanes. Saben de sobra que la paciencia no es mi virtud. Conozco a Davide desde que era un niño, y Andrea fue el ahijado de mi padre. Sin embargo, el hecho de que sean mis amigos no significa que sea incapaz de echarles la bronca cuando están a punto de arruinar una reunión muy importante.

«¿Qué demonios...?».

De repente, Marco se interpone entre Andrea y Davide, que están a punto de llegar a las manos. Mi *consigliere* es un hombre que no se altera con facilidad, pero en este momento parece al borde de sufrir un ictus. Joder, ha debido de suceder algo gordo. No me queda más remedio que disculparme con mis socios, que me lanzan algunas miradas curiosas cuando me levanto. Andrea y Davide ponen cara de circunstancia al verme. Fuerzo una sonrisa para demostrar a los demás que tengo la situación controlada. En realidad quiero estrangular a mis amigos por ponerme en evidencia delante de los hombres más poderosos de Italia.

—¿Cuál es el problema? —pregunto sin rodeos.

—Lo siento, Dominic —se disculpa Andrea. Está muy nervioso. Mala señal—. Le he dicho a Davide que no te interrumpiese mientras estabas reunido.

—Tiene que saberlo —replica Davide—. No puede esperar.

—¿Saber qué? —inquiero al borde de mi escasa paciencia.

—Deberíais haberla sacado de aquí —les recrimina Marco—. ¿Cómo se os ha ocurrido traerla a la reunión? ¿En qué estabais pensando?

—Ya te he dicho que nosotros no la hemos traído. La hemos encontrado caminando desorientada por la entrada. Al principio nos hemos asustado al verla tan herida. La hemos invitado a pasar porque creíamos que necesitaba ayuda, y luego la hemos reconocido —se excusa Davide—. Pensé que Dominic querría verla cuanto antes. Ha sido un regalo caído del cielo.

—O del infierno —masculla Andrea—. Esa pobre criatura ha debido de sufrir mucho.

—No entiendo quién ha sido capaz de hacer algo así.

—Ni yo.

—¿Dónde está? —les pregunta Marco.

—¿Dónde está quién? —replico impaciente.

—La hemos dejado en la cocina —responde Davide.

—En la cocina —repite Marco con incredulidad—. ¡Sois un par de idiotas! Nadie puede verla en esas condiciones. Pensarán que nuestro Don ha tenido algo que ver con lo que le ha sucedido.

—¿De quién cojones habláis? —inquiero impaciente—. ¿A quién habéis encerrado en la cocina?

—Lu... —comienza a decir Davide.

No puede terminar la frase, pues una mujer alta y de larga cabellera negra entra en el salón, convirtiéndose en el centro de todas las miradas. Se hace el silencio. Todos la miran boquiabiertos; no es para menos. Tiene la cara ensangrentada y su vestido está desgarrado a la altura de los muslos. Es evidente que la han atacado.

Todo el mundo se queda impactado. Siento el impulso de envolverla con mi chaqueta y sacarla de aquí, hasta que me doy cuenta de que su cara me suena de algo. La observo con suspicacia. Soy incapaz de reconocerla con los ojos emborronados por el maquillaje y el rostro

cubierto de sangre.

—Tú. —Me señala con un dedo tembloroso. Su voz está teñida de rabia—. Mira lo que me han hecho tus hombres.

Retrocedo horrorizado sin poder evitarlo. No soy un tipo impresionable, pero su aspecto maltratado me deja mudo. Un aluvión de recuerdos me golpea. La sangre, la indefensión, la impotencia. No puedo hilar un pensamiento coherente. Lo único que veo son las magulladuras de su rostro y el vestido hecho jirones.

—¿No tienes nada que decir, Dominic Falsone? —Da un paso en mi dirección. Andrea y Davide la agarran del codo para detenerla. Ella se revuelve como una fiera—. ¡Quitadme las manos de encima!

Les hago un gesto para que la suelten. Esta mujer ya ha sido demasiado maltratada. Las imágenes de los cuerpos inertes de mi madre, de mis hermanas y de mi prometida me provocan náuseas. Sé que ninguno de mis hombres sería capaz de ponerle una mano encima a una mujer inocente. Debe de haber sido un error. Sin embargo, hay algo en su mirada que vuelve a dejarme bloqueado. Sus ojos. Son los mismos ojos de...

—¡Animal! ¡Malnacido! —me insulta la joven.

Es casi tan alta como yo. Delgada y frágil como un pajarillo, lo que no le impide caminar hacia mí con temeridad. Niego con la cabeza para que Marco y los demás se mantengan al margen. Sus ojos verdes me tienen hipnotizado. Ya he visto antes esos ojos. Una oleada de rabia me sacude de la cabeza a los pies al comprender por qué el tono esmeralda es tan familiar para mí. Inclino la cabeza hacia un lado.

«Pero ¿qué...?».

—Morello —la palabra brota de mis labios con repugnancia.

La joven se detiene. Su rostro es una máscara de desprecio que intenta rivalizar con el mío. Sin embargo, mi odio es más profundo y visceral cuando la reconozco. Me atenaza las entrañas hasta que apenas puedo respirar.

—Sí —responde con la cabeza bien alta—. ¿O acaso no me has reconocido detrás de toda esta sangre?

—Dominic —me llama Marco en voz baja.

Lo ignoro y estudio a la joven que tengo delante. Alta y esbelta como un junco. Estoy convencido de que detrás de toda esa sangre hay una belleza innegable. Sus ojos verdes me tienen hipnotizado. Los mismos ojos verdes del hombre que asesinó a mi familia. No hay duda de que es ella.

—Le has puesto precio a mi cabeza. —Alza la voz para que todos los presentes la escuchen. Ha logrado captar su atención. Se dirige a ellos—. Soy Lucrezia Morello.

Mis aliados comienzan a murmurar. La observan con una mezcla de curiosidad y horror. Sé lo que están pensando. Al mirar a Lucrezia Morello reconocen a sus mujeres, hijas y nietas. Es una princesa de la mafia. Tenemos un código. Todos lo saben.

Por un instante, creo que ella esboza una media sonrisa. O debo de haberlo imaginado,

pues le flaquean las piernas y cae de rodillas. Davide, Andrea y Marco me miran sin saber qué hacer. Por primera vez en mi vida estoy congelado por el desconcierto. La situación me supera.

—Dominic Falsone le puso precio a mi cabeza —les explica Lucrezia a los demás con tono ronco. Guardo silencio, pues es cierto—. Pero sus hombres prefirieron divertirse conmigo antes de...

Lucrezia se tapa la cara y rompe a llorar. Un murmullo de quejas se apodera del salón. Parpadeo confundido. No doy crédito a lo que acaba de insinuar. Sé que ninguno de mis hombres abusaría de una mujer. Es una línea que jamás he permitido que crucen. Puedo ser muchas cosas. Un mal hombre, desde luego. Pero no soy la clase de bestia que permite que sus subordinados se propongan con una mujer.

«Maldita mentirosa...».

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no arrastrarla fuera del salón. Sé lo que mis socios están pensando en este momento. Hay líneas que nunca mafioso traspasaría. Nuestras mujeres son intocables. Lucrezia Morello es la hermana de mi enemigo, pero también es la princesa de la mafia siciliana. Merece cierto respeto. Hay una gran diferencia entre asesinarla y ordenar que abusen de ella. Y esa jodida embustera lo sabe.

—Dominic —protesta Leonardo, uno de mis mayores socios—. No puedo tolerar algo así. Todos apoyamos que hayas entrado en guerra con los Morello, pero eso no te da derecho a...

—De ninguna manera voy a hacer negocios con un Don que es capaz de ordenar que violen a la hermana de Massimo Morello —lo interrumpe Anthony—. Tengo tres hijas, por el amor de Dios. ¡Nuestras mujeres merecen respeto!

Casi todos se levantan para apoyar a Anthony. Incluso el bastardo de Bernardino Bagarella, conocido por sus gustos depravados, pone el grito en el cielo. Alguien masculla que no va a tolerar que trate a sus hijas y mujeres como si fueran unas vulgares rameras. Marco intenta aplacarlos, pero no lo escuchan. Estoy perdido si no logro reconducir la situación. Por el raballo del ojos me percató de que Lucrezia ha dejado de temblar. Aprieto los puños. Ya me encargaré de ella a su debido momento.

—Silencio —exijo sin perder la calma.

Las voces se van apaciguando poco a poco. Sé que he perdido su apoyo, pero eso no significa que sean tan estúpidos como para dejar de respetarme.

—Lamento lo que te ha sucedido —digo con frialdad. Lucrezia me mira sin decir nada. Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol. Se ha metido al público en el bolsillo. Lo último que debo hacer justo ahora es perder los estribos—. Todo el mundo conoce mis desavenencias con tu familia. Sin embargo, jamás ordenaría algo semejante. Te aseguro que los culpables pagarán por lo que han hecho. Tienes mi palabra.

—¿Y qué hay de mi honor? —replica, clavando sus ojos verdes en los míos con una ferocidad que me sorprende—. Tus palabras no resarcirán el daño que me has hecho. Soy una Morello. Conoces nuestras leyes. Merezco algo más que una disculpa.

«No tienes idea de lo que tú y tu familia merecéis...».

Bernardino, Anthony y los demás murmuran que un acto tan deleznable no puede quedar

impune. Comprendo que debo jugar bien mis cartas. Ya tendré tiempo de poner en su sitio a esta arpía. Si no quiero perder aliados, más vale que reconduzca la situación.

De mala gana, me acerco a ella y le ofrezco una mano. Lucrezia duda durante unos instantes, hasta que al final la toma. Su mano pequeña y pálida está fría. Para mi sorpresa, el contacto no es desagradable. Solo por eso la odio todavía más. Esta mujer solo debería provocarme asco y rabia.

Se pone de pie con fingido esfuerzo. Observo su rostro ensangrentado y me pregunto cómo se las habrá apañado para orquestar semejante ardid. Algo parecido al respeto crece en mi interior.

—Sabes que no puedo devolverte tu honor. —Le impido que suelte mi mano. Quiero que entienda que sigo estando al mando, a pesar de que haya ganado—. Pero si hay algo que pueda hacer por ti...

—En realidad, sí —responde en voz alta para que todos la escuchen—. Debes casarte conmigo.

Suelto su mano de golpe. Todos murmuran. Estoy bloqueado por el arrojo de esta mentirosa. Lucrezia Morello no es en absoluto como la había imaginado.

—Pondrás fin a la guerra con mi hermano —dice con tono categórico—. Nuestro matrimonio unirá nuestras familias. No quiero que haya más sufrimiento ni víctimas. Es lo mínimo que merezco.

Los murmullos se hacen más intensos. Lucrezia acaba de ganarse la aprobación de la mayoría de mis socios. El resto está tan sorprendido como yo. Ni siquiera Marco, mi *consigliere*, es capaz de abrir la boca.

No me queda más remedio que aceptar que la hermanita de mi mayor enemigo es más lista de lo que había supuesto. Por desgracia para ella, no tiene ni idea de con quién está a punto de casarse. Voy a lograr que se arrepienta de lo que ha hecho.

Me llevo su mano a mi boca para darle un casto beso en los nudillos. Me gusta la sensación de pillarla desprevenida. Mis socios asienten en señal de aprobación. No me ha quedado más remedio que aceptar este disparate de compromiso.

Me inclino hacia Lucrezia y rozo el lóbulo de su oreja con mi boca. Ella se estremece por el contacto. Hace bien en tenerme miedo.

—Te arrepentirás de esto —le susurro al oído.

Lucrezia se sobresalta cuando le pongo una mano en el centro de la espalda para conducirla fuera del salón. Tenemos mucho de lo que hablar. Estoy deseando conocer a mi futura esposa.

Capítulo 2

Dominic

Ordeno que trasladen a Lucrezia en otro coche porque no soporto respirar el mismo aire que ella en este momento. Todavía sigo muy afectado. No puedo quitarme de la cabeza sus ojos verdes. Me recuerdan demasiado al hombre que asesinó a mi familia.

La rabia me carcome por dentro. Necesito calmarme o voy a cometer una locura. En realidad no se me ocurre una locura peor que casarme con la hermana de mi mayor enemigo. Sé que he hecho lo correcto, pues no había otra forma de salir airoso de la situación. Los matrimonios arreglados son algo típico de mi mundo. Lo que pasa es que lo último que imaginaba cuando me desperté esta mañana era que terminaría amarrado a Lucrezia Morello.

Es una puta pesadilla.

Una broma de mal gusto.

Un giro inesperado del destino.

Joder, esa zorra me ha pillado desprevenido.

—Has hecho bien en aceptar el matrimonio —me dice Marco.

Gruño a modo de respuesta. Me pellizco el puente de la nariz. Todavía me cuesta digerir lo que acaba de suceder. No puedo creer que esa princesita se haya salido con la suya. Me ha obligado a bajarme los pantalones delante de mis aliados. Y juro por Dios que pienso devolvérselo con creces.

—No tenías otra opción.

—Dime algo que no sepa.

—Puedes utilizar el matrimonio a tu favor —sugiere—. Si te casas con Lucrezia, estarás más cerca de su hermano. Deberías tomártelo como un golpe de suerte.

Le lanzo una mirada asesina que no consigue intimidarlo.

—No me siento afortunado de estar atado a una mujer a la que desprecio. —Recuerdo el rostro ensangrentado de Lucrezia y cierro los ojos con fuerza—. Tú deberías saber mejor que nadie que mi odio hacia los Morello no se reduce solo a Massimo.

—Sé de sobra lo que sientes por esa familia —responde con sequedad—. Eres un hombre inteligente y resolutivo. Seguro que podrás apreciar las ventajas de este matrimonio cuando dejes de estar enfadado.

—Esa bruja ha conseguido engañarlos a todos.

Me sigue pareciendo increíble que tuviera el valor de presentarse en la reunión. Davide y Andrea la encontraron deambulando por los alrededores del hotel, pero yo no creo en las casualidades. Hay muchas cosas que no sé sobre Lucrezia Morello. Tengo que empezar a conocer a mi futura esposa. Lo estoy deseando.

—¿Crees que ha mentido? —pregunta desconcertado—. A mí me ha parecido muy convincente.

Abro los ojos para mirar a mi *consigliere*. Es increíble que a él también lo haya engañado.

—Sabes que ninguno de mis hombres violaría a una mujer —replico indignado—. Nunca he tolerado esa clase de comportamientos.

—Les ofreciste un millón de euros a cambio de capturar a Massimo o a alguno de los miembros de su familia —me recuerda. La tirantez de su tono me fastidia. Ya sé lo que opina acerca de mis planes de venganza. Le tengo mucho aprecio, pero Marco es demasiado pusilánime—. Quizá alguno de ellos se haya extralimitado.

—No se atreverían a hacer algo así. —Sacudo la cabeza. Recuerdo la sonrisa triunfal de Lucrezia al comprender que se había salido con la suya. Es una gran actriz, pero la he calado a la primera—. Me respetan demasiado.

—Parecía desesperada e indefensa —la defiende Marco. Respiro hondo porque me está sacando de mis casillas—. ¿Por qué querría casarse con el hombre que intentó asesinar a su hermano y secuestró a su cuñada? No tiene sentido. Cualquier otra mujer huiría en dirección contraria.

Tengo clarísimo que Lucrezia Morello no se parece en nada al resto de las mujeres que he conocido.

—Supongo que cree que el matrimonio unirá a nuestras familias. Algo así como un acuerdo de paz.

No puede estar más equivocada.

O tal vez hay algo que se me escapa. Recuerdo el brillo desafiante de sus ojos verdes. El amago de su sonrisa sibilina. Puede que Lucrezia también me haya engañado a mí después de todo. Mi futura esposa es una incógnita que voy a resolver.

—Va a arrepentirse de haberme dejado en evidencia —prometo en voz alta—. Tienes razón, Marco. Puedo aprovechar este giro de los acontecimientos para acercarme a *Il Diavolo*.

Pronuncio su apodo con tono burlón. La última vez que nos vimos me demostró que era un hombre débil. Me pregunto cómo reaccionará cuando sepa que voy a casarme con su hermanita. Soy incapaz de no sonreír al imaginar su cara de espanto. Sé lo importante que es Lucrezia para Massimo. Me pregunto qué estará dispuesto a hacer para recuperarla. Supongo que lo averiguaré cuando nos casemos y ella descubra que el verdadero diablo es el hombre con el que ha decidido desposarse para proteger a su hermano.

—¿Dónde está? —le pregunto a Davide.

—La hemos trasladado a una habitación libre porque quería darse una ducha —responde con un hilo de voz. Sabe que en este momento no estoy para bromas—. ¿Deberíamos llamar a un

médico para que la atienda?

Esa farsante no necesita la ayuda de ningún médico. Andrea y Davide me miran expectantes. Joder, no puedo creer que también los haya engañado a ellos. Estoy rodeado de idiotas.

—Quiero que la vigiléis las veinticuatro horas del día.

—Angelo está custodiando su habitación —me informa Andrea—. Entonces, ¿no llamamos a un médico?

Definitivamente son tontos.

Mis amigos me persiguen con la mirada cuando entro en la casa. Voy directo hacia la habitación que han asignado a mi futura esposa. La palabra todavía se me atraganta. No puedo creer que vaya a casarme con esa impostora. La impotencia me nubla el juicio cuando me tropiezo con Angelo, que parece muy nervioso.

—No se ha movido de aquí —me informa.

—No quiero que salga de esta habitación hasta que yo lo ordene.

—De acuerdo, Don.

Angelo se interpone en mi camino cuando voy a girar el pomo. Lo miro con fastidio. ¿A qué ha venido eso?

—Disculpe, Don. Creo que debería saber que su... *prometida* está en el baño.

Me inclino hacia él de modo que lo obligo a retroceder.

—Si vuelves a cortarme el paso, te arrancaré la mano —le advierto. Angelo asiente y se echa a un lado—. Te convertirás en su sombra. No dará un paso sin que yo lo sepa. Si consigues escapar, serás tú quien pague las consecuencias. ¿Ha quedado claro?

Angelo asiente en silencio, así que doy por hecho que lo ha entendido. Es uno de mis mejores hombres, pero hoy no estoy de humor para que me contradigan. Por eso entro sin llamar y voy directo al baño. Esta vez seré yo quien la pille desprevenida. En efecto, Lucrezia pega un grito cuando me ve entrar. Cierro la puerta, me cruzo de brazos y me apoyo en el marco. Ella retrocede asustada. Tiene los ojos muy abiertos y aferra la diminuta toalla contra su pecho como si creyese que voy a arrancársela y a tomarla por la fuerza.

No podría estar más equivocada. Jamás la veré de *esa* forma, aunque reconozco que es más atractiva de lo que pensaba.

De hecho, es muy bella. Tanto que el odio se tambalea frente a un anhelo inesperado.

«Vaya, esto sí que es una verdadera sorpresa».

Echo un vistazo porque me pertenece. Al fin y al cabo, vamos a casarnos. Ella se pone rígida al darse cuenta de lo que hago. Recorro sus pantorrillas desnudas. Tiene unas piernas largas, delgadas y pálidas. La toalla le tapa hasta los muslos y se ciñe a sus escasas curvas. Por alguna inexplicable razón, no puedo apartar la mirada de su cuerpo. Lo que en un principio iba a ser un escaneo para intimidarla se convierte en algo más oscuro y peligroso que no logro controlar. Me imagino lo que hay debajo de la toalla y un inesperado ramalazo de deseo me

recorre la columna.

¿Qué diantres ha sido eso?

Trago saliva, incapaz de apartar los ojos de ella. Levanto la cabeza para seguir descubriendo qué más sorpresas me depara esta mujer tan inesperada como atractiva. Me arde la sangre cuando observo las gotas de agua que resbalan por su clavícula y se pierden por el nacimiento de sus pechos.

—¿Qué estás... —farfulla con voz ronca—... haciendo?

Quiero responderle que solo pretendo averiguar si voy a casarme con una mujer hermosa, pero ya he descubierto la respuesta antes de mirarla a la cara. Ahora que no está cubierta de sangre puedo apreciar sus facciones. La boca carnosa y entreabierta. La nariz recta, cubierta de pecas que se desparraman por las mejillas. Los pómulos de una verdadera diosa. La curva pronunciada de sus cejas, las pestañas oscuras y los ojos... esos malditos ojos. Los mismos ojos del asesino de mi familia.

Retrocedo conmovido.

He perdido la puta cabeza. Por un instante me he sentido atraído por esta condenada mujer. No volverá a pasar. Solo necesito mirarla a la cara para recordar por qué la odio tanto.

—¿No sabes llamar a la puerta? —protesta con un hilo de voz mientras agarra la toalla como si su vida dependiera de ello.

—Tranquila —respondo con desagrado—. No eres mi tipo.

No parece en absoluto ofendida. De hecho, diría que mi comentario le ha quitado un gran peso de encima.

Observo el pequeño moratón de su mejilla. Eso es todo. No hay rastro del supuesto ataque. El agua ha limpiado la sangre. Ahora no podré averiguar si era suya. Qué conveniente.

—No pareces tan traumatizada como antes —comento con ironía—. Me alegro de que te hayas sobrepuesto tan rápido a semejante tragedia.

Espero que se venga abajo y admita que se lo ha inventado todo para obligarme a casarme con ella. Sin embargo, levanta la barbilla con obstinación para sostenerme la mirada. Hay un brillo feroz y poderoso en sus ojos.

—Quiero que salgas del baño —me ordena, como si ella estuviera al mando de la situación.

Reconozco que su valor me la pone dura. Si no fuera la hija del hombre que asesinó a mi familia, casi sentiría admiración por esta joven que me ha forzado a casarme con ella en un absurdo intento de proteger a su hermano.

Me acerco a ella con tanta rapidez que vuelvo a pillarla desprevenida. Ahoga un grito y retrocede hasta que se choca con la pared. Esbozo una sonrisa malvada. Está temblando.

—¿Me tienes miedo?

Ella no responde. Se limita a observarme con una mezcla de angustia y desprecio. Al menos, el sentimiento es mutuo. No puedo evitar poner dos dedos bajo su barbilla. Me sorprende

que su piel sea tan suave. Aspiro su olor sin poder evitarlo. Huele a flores silvestres. Su aroma se cuela tan dentro de mí que, durante unos segundos, permanezco paralizado por el estupor. Hasta que por fin consigo recuperar el control. Entonces acerco mi rostro al suyo y la miro con dureza.

—Deberías tenerme miedo —le aseguro—. Voy a convertir tu vida en un infierno.

Retiro la mano como si me diera asco tocarla, a pesar de que no he sentido precisamente repulsión. Ni siquiera me molesto en cerrar la puerta del baño. Creo que ha captado el mensaje. Ahora sabe quién está al mando.

Marco tenía razón: no hay mal que por bien no venga.

Lucrezia Morello se va a arrepentir de haberse cruzado en mi camino. Le suplicaré a su hermano que la rescate. Y, cuando lo haga, me lo servirá en bandeja. Entonces acabaré con *Il Diavolo* de una vez por todas.

Capítulo 3

Lucrezia

Sigo temblando después de que Dominic haya salido de la habitación. No sé cuánto tiempo he permanecido con la espalda pegada a la pared. Pueden haber sido minutos u horas. El caso es que todavía aferro la toalla con desesperación, a pesar de que soy consciente de que mi futuro marido podría habérmela arrancado si hubiera querido.

«Tranquila, no eres mi tipo», fueron sus palabras. La forma que tuvo de desnudarme con la mirada me hizo sentir expuesta y vulnerable. Había un sentimiento inconfundible en sus ojos: odio. Visceral, primitivo y arrollador. Porque voy a casarme con un hombre que me desprecia y con toda seguridad intentará acabar conmigo, a menos que yo sea más rápida y lo asesine antes. Al fin y al cabo, para eso estoy aquí.

Dominic Falsone ha resultado ser tan horrible como imaginaba. Es un tipo intimidante, poderoso y cruel. No tengo la menor duda de que hará todo lo que esté en su mano para convertir mi vida en un infierno. No espero menos de él.

Es atractivo, canturrea la voz de mi conciencia.

«Y un maldito psicópata».

La primera vez que lo vi en el salón estaba tan concentrada en bordar mi papel de víctima que apenas reparé en su apariencia. Primero tuve que librarme del cretino que me encerró en la cocina. Un tal Donatello al que logré reducir de un botellazo en la cabeza cuando cometió el error de darme la espalda para ofrecirme un vaso de agua. No siento compasión por ninguno de los hombres que trabajan para Dominic. Si no lo hubiera pillado por sorpresa, jamás habría aceptado casarse conmigo. Por desgracia para él, nuestro mundo tiene unas normas. Dominic no podía permitir que sus socios creyeran que es un violador de princesas de la mafia.

Mi reflejo me devuelve la sonrisa. Tengo un pequeño moratón en la mejilla. Angelo se negó a pegarme, así que me golpeé contra la pared. Luego me bañé en sangre de cerdo para resultar más convincente. Me habría gustado grabar las caras de todos los hombres que se quedaron pasmados al verme. Lo único que me fastidia es que Dominic haya averiguado que le he mentado. Tenía la absurda esperanza de haberlo convencido. Todo sería más fácil si él me viera como una chiquilla frágil y asustada. Si confía en mí, tendré una oportunidad de matarlo.

Debería haber imaginado que el odio que siente por mi familia le impediría compadecerse de mí...

¿Cómo voy a seducir a un hombre que me desprecia?

¿Cómo voy a acercarme a él si cada vez que me mira parece estar a punto de estrangularme?

¿Cómo voy a matarlo y luego fingir que ha sido un accidente?

Estoy malhumorada cuando termino de vestirme. Tenía la impresión de que Dominic sería un hueso duro de roer, pero supuse que lograría metérmelo en el bolsillo. Al fin y al cabo,

los hombres adoran a las víctimas. No hay nada que les guste más que salvar a una mujer en apuros.

Lo he subestimado.

Es un hombre retorcido, inteligente y despiadado. Se ha convertido en el líder de la mafia calabresa. Es el tipo más temido de Italia. Se ha ganado a pulso su reputación.

—¿Lucrezia?

Me llevo una mano al pecho. Luego me relajo al ver a Angelo. Por un segundo he temido que Dominic hubiera regresado para acabar conmigo.

Angelo mira hacia ambos lados para cerciorarse de que nadie lo ve entrar en mi habitación. Luego cierra la puerta y corta la distancia que nos separa con rapidez. Un segundo después, sus manos acunan mis mejillas y me mira con intensidad. Sus ojos desprenden pura calidez.

Está preocupado por mí.

—No he podido evitar que entrara —se lamenta.

—No ha sido culpa tuya. —Le resto importancia—. Dominic solo quería comprobar la mercancía. Me temo que no le he causado muy buena impresión.

—Lucrezia. —Apoya su frente contra la mía y me abraza con fuerza—. Sigo pensando que ha sido un error traerte aquí. Déjame que te lleve de regreso a Sicilia. Todavía estás a tiempo de...

—Después de haberlo conocido, estoy más convencida de lo que voy a hacer —lo interrumpo con una serenidad que no sé de dónde proviene—. Es una bestia.

—¿Se supone que debo quedarme más tranquilo?

Angelo se niega a soltarme cuando intento poner distancia entre nosotros. Le pongo las manos en el pecho para que me mire a los ojos. No voy a permitir que su amor estropee mis planes. Estoy aquí para acabar con Dominic. Eso es lo único que importa.

—Lograré ganarme su confianza.

—Dominic no es ningún idiota.

—Está cabreado porque lo he dejado en evidencia delante de sus socios. Es lógico que haya reaccionado mal.

—¿Te ha puesto la mano encima? —se teme.

Niego con la cabeza. No le ha hecho falta tocarme para que me temblaran las piernas. Tampoco es necesario que Angelo sepa que Dominic me ha amenazado con convertir mi vida en un infierno.

—No me ha tocado —le explico—. Me ha visto medio desnuda y ni se ha inmutado.

—Capullo —sisea Angelo—. Eres una mujer hermosa.

Su cumplido me hace sonreír. No me importa que Dominic intentara insultarme cuando me dijo que no soy su tipo. Es cierto que todo sería más fácil si lograra seducirlo. Sin embargo,

siento un poderoso alivio por no tener que meterme en su cama. El simple hecho de imaginar que me pone las manos encima me produce náuseas.

—Al menos ahora sé que no vas a tener intimidación con él —dice más tranquilo—. No sabía lo que había sucedido dentro del baño. Me estaba volviendo loco. He estado a punto de entrar para pegarle un tiro.

Doy un respingo. Si lo hubiera hecho, los hombres de Dominic habrían acabado con nosotros. Debo matarlo y fingir que ha sido un accidente. Es la única forma de proteger a mi familia y salir impune.

—Nos meterías en un problema si actuases de forma impulsiva.

Angelo asiente de mala gana. Sabe que tengo razón. Su amor es un arma de doble filo. No habría conseguido llegar hasta Dominic de no ser por él. Sin embargo, ahora temo que haga alguna tontería para intentar salvarme.

—Quiere verte —dice para mi sorpresa.

Pensé que me dejaría tranquila. Supongo que va a cumplir lo que me prometió en el baño. Un nudo de inquietud me revuelve el estómago, pero intento enmascarar mi expresión para no alarmar a Angelo.

—No tienes por qué hacerlo —insiste—. Pídemelo y te sacaré de aquí.

—No le tengo miedo —miento.

Angelo suspira. Le acaricio el brazo.

—No importa lo que pase entre nosotros. No intercedas.

Angelo aprieta la mandíbula. Sé que acabo de pedirle algo muy complicado.

—No sé si seré capaz de mirar para otro lado en caso de que te haga daño, Lucrezia. — Me mira con desesperación—. ¿Qué clase de hombre sería?

—Uno que respeta mi decisión y no me trata como si fuera una estúpida damisela en apuros.

—Joder. —Se frota la cara. Luego me empuja contra la pared y me da un beso furioso y breve—. Estoy loco por ti, Lucrezia.

Le devuelvo el beso para mantener a raya la inquietud que amenaza con derrumbarme. Me pierdo en sus labios carnosos. Angelo es un amante generoso y pasional en el que siempre encuentro el consuelo que necesito.

Sé que estoy jugando con fuego. Alguien podría descubrirnos. ¿Qué pensaría Dominic si supiera que estoy acostándome con uno de sus hombres? La pregunta me obliga a apartarme de Angelo.

—De ahora en adelante debemos tener más cuidado.

Me da un pico antes de apartarse de mala gana. Tengo clarísimo lo que Dominic nos haría si supiera la verdad. Menos mal que voy a matarlo antes de que consiga averiguar mis intenciones.

Capítulo 4

Lucrezia

Me sudan las manos cuando entro en el salón. No hay rastro de Dominic, por lo que me pongo más nerviosa. Estoy convencida de que quiere hacerme esperar para causarme más ansiedad. Estupendo, lo ha conseguido.

Uf, necesito un cigarro.

Echo un vistazo a mi alrededor con una mezcla de curiosidad y pánico. He de reconocer que Dominic tiene un gusto exquisito. O tal vez haya contratado a un decorador, porque me niego a creer que el hombre que lleva tanto tiempo amenazando a mi familia haya sido capaz de crear una estancia tan acogedora y a la vez moderna. Los tonos de los muebles son cálidos, los techos altos y el suelo de madera de un precioso color arce. La estancia está llena de luz, que se filtra por un inmenso ventanal con vistas a una preciosa playa de agua turquesa y arena rosa. La casa está construida en la cima de un acantilado escarpado rodeado de olivos. Por si fuera poco, dispone de un pequeño helipuerto y una puerta privada con acceso a la cala. Dominic no ha escogido esta casa al azar. Es una localización estratégica y de difícil acceso para sus enemigos.

Hay estanterías repletas de libros que llegan hasta el techo. Una escalera corrediza está apoyada en mitad de la librería. Me acerco con interés para observar los escalones. Alguien los ha decorado con pegatinas de unicornios y purpurina rosa.

Antonella.

Sonríó al recordar a la pequeña. Luego me sobreviene una intensa amargura al acordarme de que mi hermano secuestró a la sobrina de Dominic con la intención de que él dejara de amenazarnos. Sé que estaba desesperado por protegernos. Sin embargo, jamás lo justificaré. Utilizó a una niña inocente para hacerle daño a nuestro mayor enemigo, por lo que se puso a su misma altura.

Doy un paseo por la estancia para intentar mantener a raya el miedo que atenaza mis entrañas. Hay lápices de colores desperdigados por el suelo, cuentos infantiles en el sofá y un puñado de folios en la mesa auxiliar. Cojo un dibujo en el que aparecen una niña de rizos castaños y un hombre rubio que se dan la mano en la orilla de una playa bañada por un intenso sol.

Dominic y Antonella.

Lo dejo donde lo he encontrado con una mueca de desagrado. Pobre criatura inocente. No quiero imaginar cómo la habrá criado Dominic. Se volvió loco cuando Massimo la secuestró. No deja de ser un psicópata, pero supongo que la querrá de una forma retorcida e incomprensible para cualquier ser humano decente.

Hay un enorme cuadro que me llama la atención. No hay que ser un lince para descubrir que es un retrato familiar. Siento una profunda aprehensión al observar los rostros apacibles de los padres de Dominic, ajenos al horror que vivirían al cabo de unos años. Tengo entendido que

eran queridos por todo el mundo, lo que me obliga a preguntarme cómo es posible que criaran a un hijo tan sádico. Hay dos jóvenes rubias y muy guapas que comparten los mismos ojos azules de la matriarca. Un niño de sonrisa cálida e inocente posa entre ellas. En la imagen no debe de tener más de diez años.

El pequeño Dominic Falsone.

Observo con incredulidad al querubín rubio de ojos azul cielo. Por un instante siento un pellizco de compasión. Se quedó huérfano a los dieciocho años y perdió a casi toda su familia a manos de mi padre. Luego recuerdo que Massimo y yo no tuvimos nada que ver. Por aquel entonces yo solo tenía catorce años y mi hermano todavía no se había convertido en Don. Sabíamos de sobra la clase de persona que era nuestro padre, pero nunca imaginamos que pudiera ser tan cruel. Si hubiéramos podido detenerlo...

—¿Te gusta tu nuevo hogar? —pregunta una voz grave y ronca a mi espalda.

Estaba tan absorta que ni siquiera lo he oído llegar. Me doy la vuelta muy despacio porque todavía no estoy preparada para encararlo. Un sudor frío me recorre la nuca y el miedo me oprime la garganta. Los ojos calculadores de Dominic se encuentran de golpe con los míos. Nadie me había mirado con tanto desprecio.

Sus labios están torcidos en una mueca malvada. Tiene las manos metidas en los bolsillos y me observa como si yo fuera un insecto al que podría pisar en cualquier momento. Mi primer instinto es retroceder. Sé que he cometido un error cuando su sonrisa despiadada se ensancha. Está disfrutando al atemorizarme.

Creo que he olvidado cómo respirar.

—Te he hecho una pregunta, *cariño*.

El tono despectivo con el que pronuncia esa palabra me obliga a reaccionar. Soy una mujer alta, pero él me saca media cabeza. Su presencia imponente me hace sentir diminuta. Débil. Ridícula. Así que levanto la barbilla para demostrar que no le tengo miedo, lo cual es absurdo porque estoy aterrada.

—No me llames así —respondo con una voz rasposa que no reconozco.

Dominic inclina la cabeza hacia un lado. Ahora, su sonrisa es burlona. Sus ojos emiten un destello violento y salvaje. Hay algo mal en él. Una belleza fría, desprovista de emoción. Porque tiene la apariencia de un apuesto ángel que ha descendido al infierno.

—¿Cómo debería llamarte? —Sigue mirándome de esa forma que me hace sentir expuesta—. ¿Mentirosa? ¿Farsante?

Un súbito calor se apodera de mis mejillas. Me fastidia ser tan pálida porque así no logro enmascarar la vergüenza que me invade.

Abro la boca para responderle, pero me deja petrificada al darme la espalda. Se dirige al minibar con pasos resueltos. Me cabrea que desprenda tanta seguridad en sí mismo. Sirve dos copas de whisky con deliberada lentitud y luego se gira para ofrecerme una. Niego con la cabeza. He vuelto a quedarme sin habla.

—La vas a necesitar —insiste sin perder esa sonrisa sarcástica que se clava en mi pecho

como una daga envenenada—. Hazme caso, Lucrezia.

Acepto la copa de mala gana. Algo me dice que tiene razón. Sin embargo, soy incapaz de beber. De hecho, creo que estoy a punto de vomitar.

—Reconozco que tienes agallas. —Sus palabras me pillan desprevenida. Escoge una butaca de cuero que hay junto al minibar y se sienta con elegancia. Bebe la mitad de la copa de un trago ante mi atenta mirada—. Nunca imaginé que la hermana de mi mayor enemigo me forzaría a casarme con ella para proteger a su familia. Has sido absolutamente imprevisible. Enhorabuena, Lucrezia. Hay pocas personas que tengan la capacidad de sorprenderme.

Guardo silencio. Estoy convencida de que su cumplido es un arma de doble filo, por lo que no le quito la vista de encima mientras apura su copa de un largo trago. Me siento estúpida aquí de pie mientras él está al mando de la situación.

Lo odio tanto que vuelve a faltarme al aire.

—¿Qué te pasa, querida? —inquire observador—. Te has puesto pálida.

—No soy tu querida —le espeto con el poco arrojo que me queda.

—Vamos a casarnos —me contradice con una calma que me pone los pelos de punta—. Eres mía, *querida*.

—No soy... —abro la boca para respirar—... *tuya*.

Sus ojos se transforman. Ya no son un cielo despejado, sino una tormenta violenta, oscura y devastadora. Retrocedo otro paso por puro instinto de supervivencia. Me desprecio más por ello. No quiero que sepa la intensa reacción que provoca en mí.

Dominic levanta la mano y yo me encojo. Enarca las cejas, como si mi reacción le hubiera pillado desprevenido. Un par de segundos después, vuelve a esbozar la misma sonrisa burlona que tanto me saca de mis casillas.

—No voy a golpearte —dice sin emoción—. No es mi estilo.

—¿Y cuál es? —replico con un hilo de voz.

—Nunca le pondría la mano encima a una mujer —me informa con frialdad—. No soy esa clase de monstruo.

—Seguro —respondo con ironía.

No debería entrar en su juego, pero no he podido evitarlo.

—Soy peor —me informa sin perder la sonrisa. Se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas bajo la barbilla—. Soy la clase de hombre con el que te vas a arrepentir de haberte casado.

Tengo un nudo en la garganta que me esfuerzo en tragar. No voy a permitir que me intimide. Sé que debería hacer un esfuerzo para ganarme su confianza. Sin embargo, en este momento la rabia me puede más que el sentido común.

—Amenazar a la mujer con la que vas a casarte es de mal gusto —digo con la voz temblorosa—. No esperaba menos de ti, Dominic Falsone.

—Casi tanto como ser una mentirosa que me ha forzado a casarme con ella.

—No he men...

—No saldrás de esta casa sin mi permiso —me interrumpe con brusquedad—. Tendrás que acompañarme a las reuniones en las que requiera tu presencia. Por supuesto, te comportarás con la rectitud que cabría esperar de mi esposa.

—¿Me estás poniendo normas? —pregunto atónita.

—Siempre estarás vigilada por uno de mis hombres —me ignora—. Si intentas escapar, lo pagarás caro.

—¡No soy tu maldita sirvienta! —exclamo indignada.

—Vas a ser mi esposa —contesta sin inmutarse—. Mas vale que sepas a qué atenerte mientras vivas bajo mi techo.

Me ha dejado tan atónita que soy incapaz de responder. Estoy intentando procesarlo cuando vuelve a la carga. Se ha puesto de pie. Tengo que forzarle a no dar un paso atrás, pese a que mi instinto de supervivencia me grita que huya de él.

—Sé que ahora mismo te estás preguntando qué pasaría si me desobedecieras —me lee la mente. Acorta la distancia que nos separa y me pone dos dedos debajo de la barbilla para que lo mire a los ojos. Su contacto me quema. Es repulsivo. No quiero que me toque—. Si intentas escapar, te aseguro que el hombre que te haya estado custodiando lo pagará muy caro. En el mejor de los casos podría perder una mano, si me siento generoso. Lo cual sucede poco a menudo. En el peor de los casos, ordenaría que le cortasen la cabeza. Ya te he dicho que nunca golpearía a una mujer, pero no tengo reparos con los hombres que me decepcionan.

Abro los ojos de par en par. No puedo creer que me esté amenazando con herir a uno de sus hombres si intento escapar.

—Eso no es justo —protesto en un susurro.

—Tienes razón —Sus ojos recuperan ese brillo malicioso—. Nuestro matrimonio no va a serlo para ti.

Aprieto los puños. Tengo que contenerme para no golpearlo. No sé cómo consigo mantener a raya la ira.

Lo odio. Lo odio. Lo odio.

—A menos que admitas que te lo has inventado todo. —Me pilla desprevenida al tocarme el pelo. Doy un respingo. Deja caer la mano con tanta rapidez que casi me pregunto si ha sucedido en realidad—. Todavía estás a tiempo de paralizar esta farsa, *querida*.

Levanto la barbilla.

—No sé de qué me hablas —respondo ufana—. Tus hombres me atacaron. Asume la responsabilidad de los actos de aquellos que trabajan para ti.

—¿En serio?

—Sí —respondo sin vacilar.

Dominic se encoge de hombros. Su actitud me obliga a entornar los ojos. No sé lo que está tramando.

—¿Quiénes eran? —exige saber.

—No lo sé.

—Tendrás que ser más específica.

—¡No lo sé! —exclamo alterada—. Estaba oscuro, no les vi la cara...

—Seguro que recuerdas algo —insiste con un tono glacial que me estremece—. ¿Eran altos? ¿Tenían tatuajes? ¿Barba? Voy a pensar que me estás mintiendo si no me das más detalles.

Me muerdo el labio. Sé que tengo que contarle algo si quiero que lo deje estar. Pero no puedo acusar falsamente a ninguno de sus hombres, así que decido darle una descripción imprecisa para que no pueda hacer nada al respecto.

—Me abordaron por la espalda —balbuceo para salir del paso—. Me llevaron a un callejón oscuro y solitario. Uno de ellos era alto y moreno. Al otro apenas lo vi. Me dijeron que actuaban en tu nombre y que habías puesto precio a mi cabeza. Un millón de euros, para ser más exactos. ¿O también vas a negarlo?

Parafraseo lo que me contó Angelo para resultar más convincente. Lo último que espero es que Dominic asienta con gesto pensativo.

—Con eso será suficiente.

Se marcha ante mi mirada incrédula. No sé a dónde ha ido. Supongo que no debo seguirlo. Me retuerzo las manos con nerviosismo. Quizá haya logrado convencerlo. En ese caso, no tengo de qué preocuparme. No puede hacer nada con los detalles inconexos que le he ofrecido.

Al cabo de unos minutos que se me hacen eternos, Dominic regresa con un par de hombres que lo siguen con la cabeza gacha. Uno de ellos es alto y moreno. El otro es rubio y desgarrado. Es la primera vez que los veo. El más alto le pregunta a Dominic por qué los ha hecho llamar, pero el Don le ordena que guarde silencio.

—No... —comienzo a decir.

—Tranquila, *querida*. —Pego un saltito cuando Dominic saca una pistola del cinturón de sus pantalones. Abro mucho los ojos y pongo las manos en alto para defenderme. Él me guiña un ojo—. Ya te he dicho que eres mía. Nadie te tocará o te mirará, Lucrezia.

Todo sucede tan rápido que ni siquiera puedo gritar. Dominic se da la vuelta y dispara al rubio en el pecho. El tipo se estrella contra la pared. Su rostro está conmocionado por la sorpresa. Un hilo de sangre brota de sus labios. Se desploma en el suelo.

Está muerto.

—¿Qué...? —mascullo el otro.

—Traidores —sisea Dominic.

El hombre intenta huir, pero Dominic es más rápido. Le descerraja un tiro en la cabeza. Su cadáver cae a mis pies. Me quedo paralizada por el estupor. La sangre resbala por el suelo.

hasta manchar la suela de mis zapatillas. Ni siquiera entonces consigo moverme.

Los ha asesinado a sangre fría.

Están muertos...

Por mi culpa.

Me tapo la boca con las manos. Me sobreviene una oleada de náuseas y me flaquean las piernas. Caigo de rodillas y el vaso que estaba sosteniendo se estrella contra el suelo.

—Espero que sepas apreciar lo que acabo de hacer por ti —me susurra Dominic al oído—. Ha sido mi regalo de bodas.

De repente, lo veo todo borroso. Un nubarrón negro se instala en mi campo de visión. La voz de Dominic me llega lejana hasta convertirse en un murmullo difuso. Lo último que pienso antes de perder la conciencia es que voy a casarme con un hombre sin escrúpulos. Un asesino. Un demonio con cara de ángel y el corazón podrido por el odio que va a convertir mi vida en un infierno, tal y como me ha prometido.

Capítulo 5

Dominic

Ludovica pone cara de disgusto al ver semejante desastre. Mi *nonna* política es una adicta a la limpieza. Esbozo una expresión angelical para ganarme su perdón, por lo que suelta un resoplido. Ya se le pasará. Si algo he aprendido con el paso de los años es que no puedo hacer nada que disguste a la mujer que me crio como si fuera su hijo. Soy su ojito derecho.

—Las manchas de sangre no salen con facilidad del parquet —se queja.

—No tienes por qué limpiarlo. —Le doy un beso en la mejilla que consigue ablandarla—. Ya se encargará otra persona.

—Llevo toda la vida manteniendo impoluta esta casa —responde con tono orgulloso—. Nadie limpia tan bien como yo.

—Como quieras —intento contener la sonrisa—. Solo era una sugerencia.

Ludovica vuelve a observar la escena con desaprobación. En ese instante aparecen Andrea y Davide para llevarse los cuerpos. Andrea deja escapar un silbido al verlos. Davide me mira de reojo y opta por guardar silencio.

—Pensé que ibas matarlos en la próxima reunión para dar ejemplo entre los demás —comenta Andrea extrañado.

—He tenido que improvisar. —Me agacho para observar de cerca a Lucrezia. Todavía no se ha despertado. Tengo que contener el impulso de apartarle el pelo de la cara. Hace un rato disfruté al tocarle la barbilla y luego perdí la cordura al acariciarle el pelo. No volverá a suceder. Al mirarla de cerca recuerdo el desprecio que siento por todos los Morello—. Al final me han resultado de utilidad para otro cometido.

Davide frunce el ceño al ver a Lucrezia.

—¿Los has matado delante de ella?

—¿Tú qué crees?

Davide pone cara de desaprobación. Andrea se limita a agarrar al tipo rubio por las piernas para arrastrarlo fuera del salón.

—Que no era necesario —me recrimina—. Has traumatizado a esa pobre chica.

—No es una pobre chica —respondo sin poder dejar de observarla—. Es una mentirosa y la hermana de mi mayor enemigo. Si no me hubiera obligado a casarme con ella, ahora estaría muerta. Pero tengo otros planes para ella.

—¿Hacer que se desmaye cada dos por tres?

—Haz el favor de llevarte a esa rata lejos de mi vista. —Señalo el cadáver—. Y aprende a cerrar la boca. No soporto que intentes hacerme sentir culpable.

—Dudo que sirviera de algo —masculla antes de agacharse para trasladar el cadáver del

traidor.

Tenía planeado matarlos en la próxima reunión, pero al final lo he adelantado. No pude evitarlo cuando Lucrezia me mintió a la cara. Pensé que se vendría abajo con un poco de presión. Reconozco que me sorprendió que no se achantara. Ahora tendrá que vivir sabiendo que esas alimañas han muerto por su culpa, aunque la realidad sea bien distinta. Hace un par de semanas descubrí que esos traidores me habían robado parte de un cargamento de cocaína. Nadie me traiciona y vive para contarlo. Al menos han sido de utilidad.

¿No debería haberse despertado ya?

Lleva más de cinco minutos inconsciente. Cuando se desmayó tuve que sujetarla para que no se golpeará la cabeza contra el borde de la mesa. Luego la dejé en el suelo con sumo cuidado. Lo que le dije iba en serio. Hay una gran diferencia entre querer hacerle daño a *Il Diavolo* y pegarle a su hermanita. Nunca he golpeado a una mujer y esta no será la primera vez. Puede que Lucrezia tenga los mismos ojos del asesino de mi familia, pero jamás le pondré una mano encima. No obstante, hay otras formas de hacerla sufrir por los pecados de su padre y, de paso, vengarme de ella por esta pantomima de compromiso...

—Despierta —le ordeno. Mi mano es más rápida que mi cerebro. Aparto un mechón de su frente. El tacto de su piel es tan suave como la seda. Quién lo habría imaginado—. Vamos, despierta, *querida*.

Pronuncio esa palabra para sacarla de sus casillas, pero no obtengo resultado. Esbozo una mueca consternada.

¿Por qué diantres no se despierta?

¿Y si no se encuentra bien?

Un momento, ¿por qué cojones me importa tanto?

—Está conmocionada —dice Ludovica. Está frotando la mancha de sangre con una esponja—. Debe descansar.

Parece absolutamente inofensiva, pero yo sé la verdad. Es la hija de una bestia. Tiene *sus* ojos. Es la hermana de mi mayor enemigo. La sangre de los Morello corre por sus venas. A mí no me engaña.

—¿Qué esperabas? —me regaña mi *nonna*—. Has asesinado a dos hombres delante de ella.

—No recuerdo que fueras tan amable con Sofía.

Ludovica pone mala cara al recordar a la española. Secuestre a la mujer de Massimo para vengarme de él por haber raptado a mi sobrina. Ludovica fue absolutamente desagradable con ella. Siempre se ha puesto de mi parte. Así que no entiendo por qué ahora me viene con estas.

—Su voz chillona me daba dolor de cabeza —se justifica—. Pero esa chiquilla merece mi respeto. Te ha obligado a sentar la cabeza. Ha decidido casarse con su enemigo para salvar a su familia. No conozco a muchas princesas de la mafia que hubieran hecho lo mismo. Es valiente. Me gusta.

—Es la hija del hombre que asesinó a mi familia —le recuerdo. Mi voz es un rugido de

ira.

Ludovica frota las manchas con energía. Ni siquiera se ha inmutado por mi reacción.

—No te he educado para que dejes tirada a una mujer desvalida —me regaña—. ¿Por qué no llamas a Andrea o Davide para que la trasladen a su habitación?

No quiero que ellos le pongan las manos encima. Algo primitivo y desconcertante se apodera de mí al imaginar que la cargan en brazos. Le dije que era mía. Iba completamente en serio. ¿Qué clase de hombre sería si dejase que otro se encargara de las necesidades de mi mujer? Nuestro compromiso es una farsa, pero no voy a permitir que ninguno de mis hombres la toque.

Ahora me pertenece.

Ludovica no me quita la vista de encima cuando cargo a Lucrezia. Envuelvo un brazo alrededor de su cintura y paso otro por debajo de sus rodillas. No pesa nada. Lucrezia murmura algo que no logro entender. Ahora que la tengo tan cerca puedo observar el mapa de pecas que surca su nariz y se desparrama por sus mejillas. Sus pestañas largas y sus cejas negras y tupidas contrastan con una piel marfileña. Tiene la boca carnosa, entreabierta y tentadora. Un anhelo inesperado se apodera de mi cuerpo, lo que me obliga a echar la cabeza hacia atrás para mantener la distancia. Nunca me han gustado las mujeres delgadas, así que no entiendo por qué la observo como si fuera la primera vez que cojo en brazos a una mujer.

Maldita sea, no puedo sentirme atraído por esta farsante. Ni siquiera puedo mirarla a los ojos sin que el pasado me golpee con fuerza.

—No es tu tipo —comenta Ludovica—. Solo por eso me gusta más.

La fulmino con la mirada, pero mi *nonna* está demasiado concentrada en limpiar la sangre como para prestarme atención.

—No me gusta —le aclaro—. La odio.

El hecho de que guarde silencio me hace sentir más miserable porque ambos sabemos que tengo entre mis brazos a una mujer preciosa. Tal vez no lo pude apreciar la primera vez que la vi cubierta de sangre, pero solo necesité echarle un segundo vistazo para descubrir que mi futura esposa es tan bella que eso me obliga a recordar que es una Morello.

Me tropiezo con Angelo cuando salgo del salón. Se queda pasmado al verme. Sé lo que debe de estar pensando. Estoy cargando a la hermana de mi mayor enemigo. La contradicción es evidente.

—¿Quiere que me ocupe de ella, Don?

Me entran ganas de pegarle un puñetazo en la cara, pero no lo hago porque entonces tendría que soltar a mi futura mujer. Y lo único que tengo claro en este momento es que no voy a permitir que ningún hombre le ponga las manos encima mientras yo viva.

—Ella es asunto mío —le ladro—. No la mires ni respire cerca de ella.

—Me has pedido que la vigile...

—De lejos —le aclaro hecho una furia—. Mantén la distancia con mi prometida. Si le hablas, te corto la lengua.

Mierda, ¿qué mosca me ha picado? ¿Desde cuándo soy tan posesivo?

Subo las escaleras con Lucrezia en brazos. Vuelvo a percibir ese aroma a flores silvestres que me la pone tan dura. Me pregunto si siempre olerá igual. Al despertarse, al hacer ejercicio, al tener un orgasmo... La aprieto contra mi pecho cuando se mueve un poco. No voy a permitir que se caiga. De eso nada. Ni siquiera sé por qué de repente me preocupa tanto su bienestar. Me digo a mí mismo que muerta no me sirve de nada. ¿Cómo voy a acercarme a *Il Diavolo* sin Lucrezia? La necesito con vida.

«La quiero con vida».

Me las apaño para abrir la puerta de su habitación con ella en brazos. Luego la dejo en la cama con cuidado de no despertarla. Lucrezia se tumba de lado y vuelve a hablar en sueños. Quiero ser lo primero que vea al despertar, pues tenemos muchas cosas de las que hablar. Cojo una silla y me siento enfrente de la cama.

Tengo la impresión de que podría observarla durante varios días y no lograría desentrañar el misterio que supone Lucrezia Morello.

Lucrezia se despierta sobresaltada. Menos mal, estaba a punto de llamar al médico. Ha dormido más de cuatro horas. Debería haberme ido a mi habitación, pero no podía marcharme hasta cerciorarme de que se encontraba bien. No me siento culpable de haber matado a esos hombres delante de ella. Lo que siento no pueden ser remordimientos, joder. Sin embargo, me quedo más tranquilo cuando ella me observa con recelo.

—Asesino... —murmura con voz ronca.

—Sí. —Me reclino en la silla. No sé qué otra cosa podría decir—. ¿Necesitas que llame a un médico?

—Quiero que te largues.

Me pone de buen humor que vuelva a mostrar ese carácter valiente y tozudo. Lo contrario habría sido una decepción.

—Tú no das las órdenes aquí. —Señalo la bandeja repleta de sándwiches que hay en la mesita de noche—. Es la una de la madrugada. He pensado que tendrías hambre.

—No soy la clase de persona a la que un asesinato le abre el apetito —responde indignada.

Su respuesta es válida, pero sigo pensando que debe alimentarse. No voy a permitir que mi prometida muera de hambre. La quiero vivita y coleando el día de nuestra boda.

—Come —insisto—. Te has desmayado. Necesitas reponer fuerzas.

—¿Ahora te preocupas por mí? —replica estupefacta—. ¡Has asesinado a esos hombres delante de mí! ¿Qué clase de sádico...?

—¿No te ha gustado mi regalo de bodas? —la interrumpo con tono mordaz—. Pensé que

estarías agradecida de que hubiera matado a los hombres que te hicieron daño. Ya no tienes nada que temer.

—Esos hombres no...

—¿... fueron los que te agredieron? —termino la frase por ella—. Maldición, *querida*. ¿Me estás diciendo que me he equivocado? Porque en ese caso tendré que seguir buscando a los culpables para hacer justicia. Lo que te pasó no puede quedar impune. Ahora eres mi prometida. Tu seguridad es mi prioridad.

Lucrezia está petrificada. Ambos sabemos que no va a admitir la verdad. A una parte perversa y retorcida de mí le encantaría saber hasta dónde está dispuesta a llegar con esta farsa.

—No —responde con un hilo de voz—. Fueron ellos. Se acabó, Dominic. No quiero más muertes.

—Bien. —Me inclino hacia delante y señalo la comida—. Ahora, come.

—No tengo hambre —responde asqueada—. Quiero un cigarro.

—Ya no fumas.

Frunce el ceño.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nos prometimos.

—¿Y eso por...?

—El tabaco acorta la esperanza de vida. No voy a permitir que te suicides.

Se queda perpleja.

No lo hago porque me importe su bienestar. Ni de coña. Es imposible. No soporto el olor a humo y así puedo torturarla. Jamás me preocuparé por ella. Es evidente que nuestro compromiso me ha dejado un pelín traumatizado.

—Te puedo comprar chicles de nicotina. —*Un segundo, ¿qué narices...?* —. Come, Lucrezia.

Doy por hecho que se mostrará más reticente, pero para mi sorpresa se sienta, coge un sándwich y algo afilado que guarda con disimulo debajo de la almohada cuando cree que no la estoy mirando. No prueba bocado. Al cabo de un rato vuelve a dejar el sándwich en la bandeja. Tiene los ojos vidriosos. Es una actriz maravillosa, lo reconozco. Se merece un Óscar.

—No puedo —musita con la cabeza gacha—. Por favor, no me obligues a comer.

—Puedo pedir que te preparen otra cosa si la comida no es de tu agrado —le sigo el juego.

—Tengo ganas de vomitar.

—Como quieras. —Me levanto para retirar la bandeja y la dejo en una mesa que hay cerca de la puerta. Luego regreso para tomar asiento enfrente de ella. Lucrezia está sentada con la espalda muy recta—. Solo por curiosidad, ¿qué pretendes hacer con el cuchillo que has escondido debajo de la almohada?

Se abalanza sobre mí como una fiera. Me pilla desprevenido que tenga tanta fuerza, pero ambos sabemos que no tiene nada que hacer contra mí. La agarro de las muñecas antes de que consiga apuñalarme. La zarandeo para que suelte el cuchillo. Ella me fulmina con la mirada. El desprecio que hay en sus ojos intenta rivalizar con el mío.

—¿Ese es tu gran plan? —me burlo de ella—. ¿Vas a intentar matarme con un arma que yo mismo he ordenado que colocaran en la bandeja para saber hasta dónde serías capaz de llegar?

—¡Suéltame! —grita mientras se retuerce—. ¡Eres un asesino!

La aprieto contra mi pecho. Mi reacción la pilla con la guardia baja y se queda paralizada. Inclino mi rostro de manera que mi boca permanece a escasos centímetros de la suya. Dios, qué bien huele. Me pregunto a qué sabrán sus labios.

—Dime algo que no sepa.

—¡Me haces daño! —se queja con los ojos anegados de lágrimas.

—No te haría daño si no hubieras intentado apuñalarme —la reprendo con suavidad. Aflojo mi agarre, pero no la suelto—. Ahora lo pilló. Pensé que querías casarte conmigo para que firmase la paz con tu hermano, pero supongo que eres tan tonta que has creído que podrías matarme.

—¡No es cierto! —exclama acalorada—. ¡Me has traumatizado! ¡Te tengo miedo! ¿Cómo esperabas que reaccionara después de lo que me has obligado a presenciar?

Lucrezia ahoga un grito cuando la empujo para que se tumbe en la cama. Una de mis rodillas se cuela entre sus piernas y sostengo sus brazos por encima de su cabeza. La aprisiono con mi propio peso. Me mira con los ojos bien abiertos. La he inmovilizado con escaso esfuerzo.

—No tienes nada que hacer contra mí —le digo con arrogancia. Mis ojos se clavan una fracción de segundo en sus labios—. Tienes mi respeto, Lucrezia. Engañaste a mis socios y me has forzado a hacer algo que me cabrea. Sin embargo, no vas a salirte con la tuya. Te lo dije, *querida*. Ahora eres mía.

—No te atrevas a tocarme —murmura con la voz estrangulada por el miedo.

—No te tocaría de *ese* modo aunque me suplicas que lo hiciera.

Vale, me he marcado un farol. Es preciosa. Tanto que me duele estar tan cerca de ella.

—Tienes sus ojos —digo enfadado.

Mis palabras despiertan algo en ella. Intenta empujarme en vano. Sé que le he hecho daño. Su expresión dolida parece sincera.

—No soy como él —susurra.

—Tal vez —admito sin poder dejar de mirarla—. Pero cuanto te miro no puedo ver otra cosa.

—Entonces quítate de encima de mí. Si tanto asco te doy...

—Te diré cómo van a ser las cosas entre nosotros de ahora en adelante —desoigo su exigencia—. Si vuelves a intentar apuñalarme, lo pagarás caro. Si vuelves a mentirme, el menor

de tus problemas será que te obligue a presenciar la muerte de dos hombres. Yo estoy al mando. No me causarás problemas. Pórtate bien.

—¿Algo más? —pregunta mientras intenta empujarme para que me aparte de ella.

—Sí.

Lucrezia se queda inmóvil. No puedo evitar la tentación de soltarle una muñeca para meter un mechón de pelo detrás de su oreja. Se estremece de miedo. Yo, por el contrario, he sentido algo más poderoso al tocarla.

—Come —le ordeno—. No voy a permitir que mueras de hambre.

Me incorporo con rapidez. Necesito poner distancia entre nosotros o voy a perder la poca cordura que me queda.

—No hace falta que finjas que te importo.

—¿Quién ha dicho que me importes? —replico furioso—. Que te necesite con vida no significa que me importes. No te equivoques conmigo, querida. Nunca podría llegar a sentir algo remotamente parecido al aprecio por la hija del hombre que asesinó a mi familia.

Salgo de la habitación a toda prisa. Estoy cabreadísimo. Tal vez porque, por un instante, la atracción que siento por esa mentirosa ha superado al desprecio. No logro entenderlo.

Odio a los Morello.

Prometí que acabaría con todos ellos.

El odio es lo único que me ha mantenido en pie durante los últimos ocho años.

¿Qué cojones me pasa?

¿Acaso he perdido la puta cabeza?

Capítulo 6

Lucrezia

Permanezco alterada varias horas después de que Dominic se haya marchado. Me ha dejado encerrada, así que tampoco tengo nada mejor que hacer aparte de estar cabreadísima con él. Pero, sobre todo, estoy enfadada conmigo porque no es propio de mí ser tan impulsiva.

No sé en qué estaba pensando cuando intenté apuñalarlo. Se supone que debo parecer una víctima. ¿Cómo voy a ganarme su confianza si trato de clavarle un cuchillo en el pecho?

Maldito Dominic Falsone...

¿Qué clase de Don mata a dos de sus hombres para darle una lección a su prometida? Sé que él sabe que le he mentado, pero ¿acaso no tiene escrúpulos? ¿No siente un ápice de remordimientos por haber asesinado a dos hombres inocentes? Qué preguntas tan estúpidas. Pues claro que no.

Dominic no tiene corazón.

Su alma está podrida.

El único motivo por el que no me ha matado es porque pretende acercarse a mi hermano gracias a nuestro futuro matrimonio.

A no ser que yo sea más rápida y acabe antes con él.

Mi cuerpo se tensa al escuchar el inconfundible sonido de una llave abriendo la cerradura. Doy por hecho que mi prometido ha vuelto para seguir atormentándome, por eso se me escapa un suspiro de alivio cuando veo a una mujer mayor de semblante desabrido. Estoy convencida de que es Ludovica, el ama de llaves. Sofía, mi cuñada, me habló de ella. Me contó que es una anciana amargada que le hizo la vida imposible.

La observo con cautela. He de jugar bien mis cartas. Tengo que ganarme la aprobación de todas las personas cercanas a Dominic. Ya tendré tiempo de vengarme de esta vieja bruja que trató tan mal a Sofía.

—No has cenado —comenta con desaprobación al ver la bandeja de comida.

Finjo estar aterrada. Agacho la cabeza y cruzo las manos en mi regazo. No quiero que me vea como una amenaza.

—No tengo hambre —respondo con un hilo de voz—. Por favor, no se lo digas a Dominic. No quiero que despertar su ira.

—Ambas sabemos que Dominic no te pegará por no haber comido —me corta con sequedad—. No sé qué pretendes, pero soy demasiado mayor para caer en tu trampa. No juegues a hacerte la víctima conmigo. No cuela.

Hago un gran esfuerzo para no poner cara de fastidio.

—No estoy jugando a nada —respondo sin alterarme—. Dominic ha matado a dos

hombres delante de mí. Es normal que haya perdido el apetito.

—Ya sabías con quién ibas a casarte cuando lo pusiste contra las cuerdas delante de todos sus socios. —Ludovica coge la bandeja y la deja en la mesita de noche—. No soy tu criada. Si no comes ahora, este será tu desayuno. O tu almuerzo. Tú decides.

Algo me dice que no debo llevarle la contraria a esta anciana. Además, empiezo a tener hambre. Cojo un sándwich y le doy un pequeño mordisco.

—No es un asesino frío y despiadado —me explica—. Esos hombres se ganaron su destino.

Me cuesta tragar, por lo que dejo el sándwich en la bandeja. No sé a qué se refiere. Hace unas horas vi a un hombre que mató sin remordimientos a dos personas inocentes que no pudieron defenderse. Y lo peor de todo es que lo hizo para darme una lección. Ni siquiera le importó deshacerse de dos de sus secuaces. Ese es Dominic Falsone.

—¡Lucrezia! —exclama una voz infantil.

Una niña de bucles castaños entra corriendo en la habitación. Ludovica intenta detenerla, pero ella es más rápida y consigue esquivarla. Antonella salta a la cama y me da un abrazo que me pilla desprevenida. Estoy tan aturdida que tardo un buen rato en devolvérselo. Me siento un poco mejor al achuchar a la niña. Su pelo huele a chuches y me abraza como si no quisiera soltarme.

—¡Hola! —exclamo sin poder ocultar mi felicidad. Adoro a esta pequeñaja. No puedo creer que la sangre de Dominic corra por sus venas. Sin embargo, yo jamás culparía a un niño de los pecados de su familia. No soy igual que él—. ¡Cuánto me alegro de verte!

La niña se aparta para lanzarme una mirada recelosa. Apenas puedo contener una sonrisa. Tiene las mejillas sonrojadas y la nariz arrugada. Es adorable.

—No me mientas —responde enfurruñada—. Sé que el tío Dominic ha sido malo contigo.

—Antonella, no puedes estar aquí —la reprende Ludovica.

La respuesta de la niña consiste en abrazarse a mi cintura. Ludovica gruñe exasperada. Pongo cara de inocencia y le doy un beso en la frente. Esta pequeña es mi debilidad desde el primer momento que la vi.

—Si te casas con mi tío, serás mi tía —dice muy alegre. Siento una punzada de culpabilidad porque lo único que quiero es acabar con ese malnacido—. No pareces muy contenta. No te preocupes. El tío Dominic no te hará daño si yo se lo pido.

Se me escapa una risilla nerviosa. Estoy absolutamente convencida de que Dominic se deshará de mí cuando no le resulte de utilidad. Nada ni nadie podrá cambiarlo, ni siquiera su querida sobrina.

—¿Dónde has escuchado que tu tío va a casarse? —inquire disgustada Ludovica.

—Tengo ocho años, pero no soy una niña tonta —contesta Antonella con chulería—. Los adultos hablan mucho cuando creen que nadie los está escuchando.

Ludovica sacude la cabeza con incredulidad. Le doy otro abrazo a la niña mientras

intento contener la risa. Antonella es muy espabilada para su edad. Seguro que dentro de unos años conseguirá salirse siempre con la suya.

—¡Antonella! —la llama Dominic a gritos—. ¿Dónde te has metido?

Me pongo en tensión al escuchar la voz de mi prometido. La niña aferra mi mano como si quisiera infundirme valor, lo que en el fondo es tan irónico como triste. Unos segundos después, Dominic aparece en el umbral. Está despeinado y sus ojos tienen un brillo agotado, hasta que me ve abrazada a su sobrina y su expresión se convierte en una máscara de desprecio.

—Aléjate de ella —me ordena con rabia.

Durante un instante me niego a soltar a la niña, pues no estaba haciendo nada malo. No tengo la culpa de que Antonella me haya buscado. Pero hay algo tormentoso y violento en la expresión de Dominic. Algo que me impulsa a pensármelo mejor, por lo que dejo de abrazar a la niña.

—Antonella ha entrado sin que pudiera hacer nada por evitarlo —le informa Ludovica—. Le dije que tenía prohibido entrar en la habitación de Lucrezia.

—¡Quería saludarla! —exclama Antonella, que se abraza con fuerza a mi cintura—. ¡Quiero jugar con ella! ¡Somos amigas!

—Antonella —dice Dominic. Su voz está teñida de una calma peligrosa—. Vuelve a tu habitación.

—¡No!

—Antonella —insiste Dominic sin alterarse, a pesar de que sus ojos están clavados en mí con un odio que me pone los pelos de punta—. Haz lo que te digo. Ahora.

No quiero que la niña sea testigo del mal temperamento de su tío, así que le acaricio el pelo con ternura.

—Obedece a tu tío, tesoro —le pido con voz temblorosa.

La niña tarda lo que me parece una eternidad en soltarme. Se baja de la cama y le saca la lengua a Ludovica. Luego sale de la habitación arrastrando los pies. Al pasar junto a su tío, lo mira ofuscada y da un pisotón en el suelo para mostrar su disconformidad. Dominic le hace un gesto a Ludovica para que acompañe a la niña. Siento una creciente inquietud en el estómago cuando nos quedamos a solas.

—No ha sido culpa mí... —comienzo a decir.

—No vuelvas a abrazar a mi sobrina —me advierte. Su voz está teñida de una rabia candente.

—Ha entrado corriendo y ha saltado a mis brazos —me justifico indignada—. ¿Qué querías que hiciera?

Dominic aprieta la mandíbula. Sus ojos refulgen de un odio visceral que le devuelvo con creces.

—¿Crees que soy idiota? —replica fuera de sí—. Tu hermano secuestró a mi sobrina y tú lo ayudaste.

—Nunca he defendido que...

—La maltratasteis —me recrimina con dureza—. La alejasteis de mí.

—Yo no...

—Tú también formaste parte del secuestro —me contradice con dureza—. Pudiste devolverla a su hogar, pero decidiste apoyar a tu hermano. Eres igual de culpable que ese miserable.

Sus palabras me hieren de forma inesperada. Siempre he culpado a Massimo de haber secuestrado a Antonella. Por eso intenté hacer su estancia en nuestra casa lo más agradable posible. La niña nunca fue maltratada. Massimo se equivocó, pero no es la clase de monstruo que Dominic insinúa. Ni yo tampoco.

—Mi hermano no habría secuestrado a tu sobrina si tú no...

—No es necesario que finjas que te preocupas por ella —me espeta asqueado—. Antonella no necesita tu falso cariño. Y te juro que, si vuelves a acercarte a ella, aunque solo sea para devolverle un abrazo, lo pagarás muy caro.

Tengo un nudo en la garganta cuando lo miro a los ojos. Sé que ha hablado totalmente en serio. Lo veo capaz de estrangularme si vuelvo a abrazar a su sobrina.

La impotencia me llena los ojos de unas inesperadas lágrimas que intento contener. No pienso llorar delante de él. Antes muerta. No voy a darle ese gusto.

—Eres el peor hombre que he conocido —digo con rabia—. Sin embargo, nunca he culpado a Antonella de tus pecados. A pesar de que tú sí me culpas a mí por las acciones de mi padre.

Me pongo de pie y levanto la barbilla. Quiero que sepa que no me ha vencido. No tengo nada de lo que avergonzarme. Él no puede decir lo mismo. Sus manos están manchadas de la sangre de muchas personas inocentes. Y yo pienso acabar con él.

—Lamento profundamente los crímenes que cometió mi padre contra tu familia. Ojalá pudiera cambiar el pasado. Me trae sin cuidado que no me creas, porque es la verdad —digo sin vacilar—. En el fondo lo sabes, Dominic. El único monstruo de esta habitación eres tú.

Dominic ladea la cabeza. Una sonrisa malvada se apodera de sus labios.

—Todos somos el villano en la historia de otra persona —dice.

Se da la vuelta y sale de la habitación. Me derrumbo en la cama al escuchar que cierra la puerta con llave. Me limpio las lágrimas con el puño del jersey, pues no pienso llorar por las palabras hirientes de ese psicópata.

Tiene razón, no soy una víctima. Porque, en esta historia, yo seré su verdugo.

Capítulo 7

Lucrezia

Odio estar encerrada.

Ya me he mordido todas las uñas de la mano izquierda y soy incapaz de estar quieta. No he parado de dar vueltas por la habitación. La rabia y la impotencia me comen por dentro. ¿Y si Dominic decide encarcelarme hasta el día de nuestra boda? En ese caso acabaré volviéndome loca.

Por suerte, Angelo aparece en el momento en el que estoy a punto de lanzar una silla contra la puerta. No sé cómo se las ha apañado para entrar, ni me importa. De hecho, me alegro tanto de verlo que me levanto de un salto y corro a darle un achuchón.

Sienta de maravilla abrazar a un hombre que no me mira como si fuera lo peor, ni me odia, ni me trata como si respirar el mismo aire que yo le resultase repulsivo. Los brazos fuertes de Angelo y su olor a gel de baño me reconfortan. Me invade una oleada de esperanza cuando me acaricia el pelo y me dice que todo irá bien, pues es justo lo que necesito oír.

—Ya ha pasado —me susurra al oído—. Estoy aquí, Lu.

—¿Cómo has abierto la puerta?

—Mi hermano mayor me enseñó a forzar cerraduras.

—Voy a tener que aprender. Seguro que me será de utilidad de ahora en adelante —contesto irritada, pues estoy convencida de que voy a pasar muchas horas aquí confinada.

Angelo me muestra una llave.

—¿Qué tal si te doy la llave de la habitación?

Se la arrebato sin poder evitarlo. Tengo ganas de comérmelo a besos.

—¿Cómo la has conseguido?

—Ludovica tiene una copia de todas las llaves de la casa. He entrado en su habitación sin que se diera cuenta y he hecho un duplicado. —Angelo me aprieta la mano con delicadeza—. Utilízala con cabeza, Lu. Siempre habrá un guardia apostado en tu puerta. No te la he entregado para que camines a hurtadillas por la casa. Lo mejor será que salgas por la habitación contigua, que no está ocupada. Tienes que entender que me juego mucho si Dominic descubre...

—No me pillarán —le prometo. Jamás haría algo que lo pusiera en peligro. No soy estúpida—. Solo la usaré en caso de emergencia.

Angelo se pasa una mano por el pelo. Ignoro la punzada de culpabilidad que me invade ante su nerviosismo. Solo ha robado la llave porque sabe que no soporto estar encerrada. Lo ha hecho por mí. Porque Angelo está enamorado y haría cualquier cosa que le pidiera, aunque eso lo pusiera en peligro. Ambos sabemos cuál sería la respuesta de Dominic si descubriera que Angelo es mi amante y me está ayudando. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

—Tengo que volver —dice apurado—. Alguien podría darse cuenta de que no estoy en mi puesto. Se supone que debo estar delante de tu puerta vigilando que no escapes.

—Espera... —Le acaricio el pecho con un dedo juguetón—. No puedes irte sin recibir una recompensa.

—Lu, sabes que no lo he hecho por...

—Lo sé. —Lo agarro de la camisa para atraerlo a mis labios y siento el poder que ejerzo sobre él cuando se le acelera la respiración—. Y por eso te mereces más lo que estoy a punto de hacer.

Estoy jugando con fuego, pero no me importa quemarme justo ahora. Necesito olvidar mi último encontronazo con mi prometido. El desprecio visceral de sus ojos todavía me atormenta. Ni siquiera sé por qué me afecta tanto. Sabía de sobra la clase de hombre que era Dominic. Sospechaba que su odio hacia los Morello le impediría confiar en mí. No obstante, a una parte irracional de mí le fastidia que Dominic no sea la clase de ingenuo al que siempre me ha sido tan fácil manipular. Porque me exaspera que no haya caído en mi trampa, al igual que me enfurece que me culpe de los crímenes de mi padre.

La necesidad con la que beso a Angelo me pilla casi tan desprevenida como a él. Aplasto mi boca contra la suya en un intento por olvidar la mirada repleta de desprecio de Dominic. Nuestras lenguas se encuentran y a él se le escapa un gemido. Apoya las manos en mis mejillas y me besa con demasiada ternura. Con una delicadeza que ni quiero ni necesito, pues lo que de verdad deseo es que la pasión me consuma hasta que se lleve toda la ira. Hasta que no quede nada.

—Lu... —murmura contra mis labios—. Para, podrían pillarnos.

Apoyo mi frente contra la suya y cierro los ojos. Me cuesta respirar. Tiene razón; se me ha ido la cabeza. Esta no soy yo. Estoy corriendo un riesgo innecesario al poner nuestras vidas en peligro. Cualquiera podría entrar a buscar a Angelo si no lo encuentra en su puesto. Pero, de todos modos, me fastidia que pueda tener un ápice de cordura cuando acabo de besarlo. No tiene ningún sentido. Definitivamente, Dominic Falsone saca lo peor de mí.

—¿A qué hora acaba tu turno? —le pregunto.

—A las diez y media. Luego me releva Andrea. Todos tenemos orden de no entrar en tu habitación. Parece que al Don no le gusta que estén cerca de lo que es suyo. —Me regala una sonrisa cargada de picardía—. Si él supiera lo que hacemos cuando no nos ve.

«Le daría igual. No me desea. Ni siquiera puede estar cerca de mí sin sentir repulsión. Pero nos mataría porque lo habríamos hecho quedar como un pelele».

—No soy suya —respondo indignada, y añado en un arrebato—: Nos vemos a las tres en el jardín.

—Lucrezia, no es sensato que...

—¿No tienes ganas de acostarte conmigo? —No le dejo hablar, pues ya sé la respuesta. Le doy un beso breve y cálido y luego lo empujo hacia la puerta—. Nadie nos descubrirá.

Angelo se marcha con una sonrisa bobalicona en los labios. Todos los hombres son

iguales: piensan antes con el pene que con el cerebro.

Sé que estoy arriesgándome demasiado al verme con Angelo, pero tengo una necesidad ilógica de vengarme de Dominic. No le encuentro ningún sentido. Debería sentirme aliviada de que me encuentre repulsiva. Al menos no tendré que meterme en su cama. Sin embargo, me fastidia que Dominic sea tan diferente a la mayoría de los hombres con los que me he cruzado, pues siempre he conseguido de ellos lo que quería. Solo tenía que poner cara de inocencia, batir las pestañas y coquetear un poco para salirme con la mía.

El tiempo pasa muy despacio cuando estás encerrada en una habitación que carece de distracciones. No tengo un libro o una mísera televisión. El muy cerdo quiere matarme de aburrimiento. Falta media hora para mi encuentro con Angelo cuando decido asomarme a la ventana, pues mi habitación también carece de balcón. Dominic ha hecho bien en asignarme este dormitorio. No habría dudado en escaparme por el balcón si las cosas se hubieran puesto feas.

Lo último que espero ver es a mi prometido coqueteando con una pelirroja voluptuosa y muy atractiva. La pelirroja y yo nos parecemos en el blanco de los ojos. Está llena de curvas bien proporcionadas. Tiene mucho pecho y las caderas generosas.

Pongo mala cara.

¿En serio, Dominic? ¿Tenía que ser pelirroja?

«Me da igual. Que haga lo que le dé la gana».

Así que esta es la mujer con la que sacia sus asquerosas necesidades. Ahora entiendo por qué me encuentra tan desagradable. Soy una tabla de planchar al lado de esa mujer exuberante. Siempre me he considerado demasiado alta y delgada. Una Kendall en un mundo lleno de Kim Kardashian. Al principio me molestaba, pero luego comprendí que podía sacarle mucho partido a mi físico y que no hay nada más atractivo que una mujer que desprende seguridad en sí misma.

La pelirroja le toca el brazo a Dominic y se pone de puntillas para decirle algo al oído. Me pregunto qué le habrá contado, aunque supongo que esos dos solo tendrán conversaciones banales. Además, no me importa. Que se divierta con ella todo lo que quiera. Que se divierta con ella el poco tiempo que le queda antes de que yo acabe con él.

Me aparto de la ventana justo cuando Dominic levanta la cabeza en mi dirección. Creo que no me ha visto. Es mejor así, pues no me apetece que se lleve una impresión equivocada conmigo. No tengo la menor intención de jugar la carta de la mujer celosa. De eso nada. Si quiere divertirse con su amiguita, no me convertiré en un obstáculo.

A las tres menos veinte de la madrugada_utilizo la llave que me ha dado Angelo para escapar por la habitación contigua. Primero coloco varias almohadas debajo de las sábanas por si a alguien le da por entrar para comprobar que estoy dentro. Luego me cercioro de que Andrea está apostado en la puerta y doblo la esquina justo cuando coge el móvil. Creo que estaba jugando una partida al Candy Crush.

Un brazo me rodea la cintura y una mano me tapa la boca. El corazón me da un vuelco. Mierda, me han pillado. No lo entiendo. He tenido mucho cuidado de que nadie me viera.

—¿Te he asustado? —murmura la voz juguetona de Angelo en mi oído.

Le pego un codazo para que me suelte. Después me doy la vuelta y lo fulmino con la

mirada. No ha tenido gracia. Estoy al borde de la taquicardia. Por un instante he pensado que Dominic me pegaría un tiro, al igual que hizo con aquellos dos pobres hombres.

—Idiota —siseó.

—Me dijiste que tendrías cuidado. —Angelo me da un pequeño tirón del pelo—. Cualquiera podría haberte descubierto. Lo que estamos haciendo no es ningún juego, Lu.

—Ya lo sé. —Suelto un bufido—. He sido muy precavida. Me estabas esperando detrás de ese arbusto. ¡No es justo!

—¿Y crees que Dominic sí lo será si descubre que somos amantes?

—No tiene por qué enterarse. —Le doy un empujoncito para que entre en el cobertizo—. Además, si él tiene amiguitas, no veo por qué yo no puedo divertirme contigo.

Angelo frunce el ceño y se queda parado. No me gusta cómo me mira.

—Has conocido a Camilla.

—Supongo que es la pelirroja a la que he visto desde mi ventana.

—La misma —concuerta—. ¿Estás molesta por que Dominic se acuesta con otras mujeres?

—¿Qué? —Se me escapa una risilla incómoda—. No podría darme más igual.

—Pareces enfadada.

—Estoy furiosa porque mató a dos hombres inocentes delante de mí y luego me encerró en una habitación. Ah, y me culpó de haberle devuelto el abrazo a su sobrina y me advirtió que no volviera a acercarme a ella —le explico indignadísima—. ¡Me da igual con quién se acueste! Por mí como si se tira a todas las mujeres de Calabria. Que exprima al máximo el tiempo que le queda antes de que acabe con él.

Angelo sacude la cabeza, impresionado por mi actitud. Lo he dicho en serio. ¿Por qué debería molestarme la actitud de Dominic? Me da igual que me restriegue por la cara a su amante. Lo desprecio más de lo que él me odia. Es un ser ruin y malvado. Jamás podría verlo de otra forma.

—Es ridículo que hayas llegado a pensar que estoy celosa —lo sermoneo mientras le desabrocho los botones de la camisa—. Estamos hablando de Dominic Falsone. Es un monstruo.

—Todas las mujeres lo consideran un tipo muy atractivo. Tiene bastante éxito.

Arrugo la nariz y tuerzo la boca. A ver, reconozco que Dominic es agradable de mirar. Es muy alto, tiene unos rasgos varoniles y sus ojos azules son el complemento perfecto para su cabello rubio. Pero debería estar loca si me sintiera atraída por semejante bestia. Supongo que su dinero y posición lo hacen tan interesante para algunas mujeres. Yo, por el contrario, solo siento náuseas, miedo y rabia cuando lo tengo cerca.

—¿Podemos dejar de hablar de ese idiota? —sugiero con tono meloso. Le quito la camisa y le acaricio el pecho. A él se le dilatan las pupilas.

Angelo entierra una mano en mi pelo.

—Te mataría si supiera que lo has llamado idiota.

—Idiota, perturbado, psicópata... —Le doy un beso en el hombro—. La lista es larga y de lo más ofensiva. Y si vuelves a sugerir que puedo sentir algo más que desprecio por ese monstruo, te aseguro que también te insultaré a ti.

—Tienes una boquita muy sucia.

—Cállame si te atreves.

Me besa justo como necesito. Tira de mi pelo para que eche la cabeza hacia atrás y ahonda en el beso. Le clavo las uñas en la espalda cuando me empuja contra la pared. Dios, sí. Por fin me está dando lo que ansiaba con desesperación.

—Te quiero —susurra contra mi barbilla antes de volver a besarme.

Intento ignorar esas dos palabras que tambalean mi mundo por los motivos equivocados. Porque no deseo su amor, aunque me sea de mucha utilidad. No lo deseo porque no puedo corresponderlo, a pesar de que me gustaría ser capaz de amar a un hombre que me quiere con tanta devoción.

—Te quiero —repite mientras me acaricia la boca con la suya.

Cierro los ojos con fuerza y lo beso para que se calle de una vez. Le desabrocho la bragueta y luego me bajo los pantalones a trompicones. Quiero que me tome contra la pared. Sin dulzura. Sin pronunciar palabras que no puedo repetir porque ya le he mentido demasiado.

—Me gusta que seas tan delgada. —Me coge de las caderas sin esfuerzo y rodeo su cintura con mis piernas.

Dominic prefiere a las mujeres voluptuosas como la pelirroja, me atormenta la vocecita.

«Oh, cállate».

Le muerdo el cuello a Angelo y él se sobresalta.

—Fóllame fuerte, por favor.

La desesperación de mi voz me pilla tan desprevenida como a él. Angelo se lo toma al pie de la letra y me empotra contra la pared. Sus embestidas son duras y rápidas. Me encanta que lo hagamos sin condón. Utilizo una inyección anticonceptiva cada tres meses para prevenir los embarazos y ambos estamos sanos. Es una gozada sentir cómo me llena... hasta que vuelve a abrir la boca.

—Lo eres todo para mí.

Cinco palabras que me enfrían de golpe. Supongo que soy una mala persona. A cualquier otra mujer le encantaría oír semejante revelación mientras está a punto de llegar al orgasmo. A mí, sin embargo, me deja helada. La pasión se esfuma y mi libido se desploma. Al menos tengo la decencia de fingir que estoy disfrutando porque no quiero herir los sentimientos de Angelo. Sé que no es culpa suya. Seguro que hay algo mal en mí.

De lo contrario, no disfrutaría ante la idea de matar a un hombre.

De lo contrario, no estaría corriendo este riesgo.

De lo contrario, sentiría un ápice de remordimiento porque, en el fondo, soy tan mala como mi enemigo.

Capítulo 8

Lucrezia

Nos estamos vistiendo a toda prisa cuando escuchamos unas voces. Angelo se pone delante de mí para protegerme, lo que resulta innecesario porque los hombres no entran en el cobertizo. Se ponen a charlar delante de la puerta, por lo que no nos queda más remedio que esperar a que se marchen.

—Se ha pasado tres pueblos.

—¿Qué esperabas, Davide? —le responde el otro con retintín—. Todos sabíamos que Dominic no desperdiciaría la oportunidad de vengarse de los Morello.

—Me sigue pareciendo muy cruel que haya asustado a esa pobre chica —insiste Davide—. Tú la has visto, Marco. Lucrezia Morello es inofensiva y está aterrorizada.

Mis labios se curvan en una sonrisa orgullosa. Pobrecillos, no podrían estar más equivocados. Ni soy inofensiva ni estoy muerta de miedo.

—Y es una Morello —le recuerda Marco—. La hija del hombre que mató a los padres, las hermanas y la prometida de Dominic. Algo así no se olvida con facilidad.

—Ha matado a dos hombres delante de ella —insiste Davide—. De acuerdo, esos bastardos se lo merecían. Pero Lucrezia piensa que los ha asesinado porque ella los señaló. Esa pobre chica debe de estar traumatizada por la culpa.

—Ya sabes cómo es Dominic. Ha decidido matar dos pájaros de un tiro. Se ha deshecho de dos traidores y le ha dado una poderosa lección a su prometida. Seguro que Lucrezia lo piensa dos veces antes de volver a jugársela. Ahora sabe a quién se enfrenta.

Retrocedo un paso y me tropiezo con el pecho de Angelo. Él me pone las manos en los hombros para que me quede quieta. No es necesario, pues acabo de quedarme paralizada por el estupor.

No puedo creerlo.

Ese maldito embustero...

Uy, es más listo que tú.

«Todavía queda mucha partida»

—¿Crees que se acostará con ella? —pregunta Davide con tono jocoso—. Seguro que a Massimo Morello le daría un infarto. Su dulce hermanita en manos de Dominic...

—No seas idiota —lo sermonea el otro—. Para Dominic, Lucrezia siempre será la hija del asesino de su familia. Es una Morello. Esa chica tiene suerte de que Dominic tenga un código. De lo contrario, ya estaría muerta.

—Camilla se marchó hace una hora —Davide suelta un silbido—. La pelirroja está muy buena. Tienes razón. Dominic siempre está bien acompañado. No está tan desesperado para

fijarse en Lucrezia.

Los hombres se marchan al cabo de un rato. Angelo me toca el brazo, pero no muevo ni un músculo.

—¿Estás bien? —me pregunta con suavidad.

Asiento con la boca seca. Una sensación ardiente me sube por la garganta. Mi cuerpo está en tensión. Quiero gritar hasta quedarme afónica o golpear algo. No estoy bien, pero lo estaré.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea.

—Tráeme raíz de belladona lo antes posible.

La belladona es una planta muy tóxica. Las bayas son peligrosas, pero la parte más letal es la raíz. En dosis bajas puede producir cambios en la saliva, el sudor o las funciones digestivas. Una sobredosis causa un aumento del ritmo cardíaco y de la presión arterial. En el peor de los casos, la belladona puede producir la muerte.

Por desgracia para Dominic, sé cómo utilizarla y enmascarar su sabor.

Me despido de Angelo y regreso a la casa con cuidado de que nadie me vea. Mi habitación está al final del pasillo y debo pasar por delante de la de Antonella. Sé que no debería detenerme enfrente de su puerta, pero no puedo evitarlo cuando la escucho reír. El sonido de su risa siempre me pone de buen humor.

—¿Me lees un cuento, tío Dominic?

Me sobresalto al oír su nombre. Mi primer impulso es salir corriendo. Estaría en un grave apuro si me descubriese fuera de mi habitación. Sin embargo, algo me empuja a espiar detrás de la puerta.

—Es muy tarde, Antonella. —La voz que utiliza con la niña me resulta del todo extraña. Está provista de una dulzura impropia para alguien de su calaña—. Solo he venido a verte porque has tenido una pesadilla.

—Un cuento con final feliz, por fa —le suplica—. El cuento de la princesa Serafina siempre me ayuda a dormir.

—Te estoy malacostumbrando, ratona.

La niña rompe a reír y le pide que pare, por lo que doy por hecho que le está haciendo cosquillas. Me arriesgo a echar un vistazo por la puerta entreabierta. En efecto, Dominic ha iniciado una guerra de cosquillas con su sobrina.

—¡No vale! —exclama ella sin poder dejar de reír—. ¡Eres más fuerte que yo!

—Te leeré el cuento, pero no puedes fingir que tienes una pesadilla para que venga a tu habitación.

—¡No he fingido!

—¿Qué hemos dicho sobre mentir? —la regaña.

Antonella hace un puchero y abraza a su osito de peluche. Dominic le da un pellizco cariñoso en la mejilla que logra hacer sonreír a la niña. Mi corazón se ablanda sin poder evitarlo. Es obvio que ese desgraciado adora a su sobrina. Y a mí me cuesta odiarlo cuando lo veo actuar como un padre.

—No puedo decir mentiras —murmura de mala gana—. Estoy enfadada contigo porque no me dejas ser amiga de Lucrezia.

La espalda de Dominic se tensa. No puedo verle la cara, pero sé que se le ha cambiado la expresión.

—Lucrezia me gusta. Y tú tampoco puedes decirme mentiras, tío Dominic. ¿Por qué no puedo ser su amiga?

Qué niña más lista. Nos cae bien.

«Y tanto que sí. A diferencia de su tío».

—Es complicado, ratona. —Dominic la arropa y le da un beso en la frente—. Te lo explicaré cuando seas mayor.

—Pero...

—Érase una vez una princesa llamada Serafina, que vivía en un reino encantado y...

—¡Eso es trampa!

—¿No quieres escuchar el cuento de la princesa Serafina!

—Sí —responde enfurruñada—. Pero has cambiado de tema. No soy tonta.

—Y tanto que no. —Dominic sacude la cabeza y se ríe. Me sorprende que tenga una risa ronca y grave que no me resulta desagradable—. La princesa Serafina era valiente y una gran arquera.

—¡Como Mérida!

Me muerdo el labio y dejo de mirar. La culpa me atenaza el pecho hasta que apenas puedo respirar. A veces olvido que Dominic es valioso para otras personas. Sigue siendo un monstruo, pero es el único padre que conoce Antonella. Y yo voy a acabar con él porque haría cualquier cosa con tal de proteger a mi familia. Voy a dejar huérfana a una niña. Esa es la clase de persona que soy.

Así es la vida. En ocasiones nos vemos obligados a hacer cosas de las que no nos sentimos orgullosos para sobrevivir. Porque he decidido que solo hay una forma de salvar a los míos: voy a envenenar a Dominic Falsone. Solo así libraré a mi familia de su constante amenaza.

Capítulo 9

Dominic

Regreso a mi habitación después de haber conseguido que Antonella vuelva a dormirse. No ha sido fácil. Mi sobrina sabe que es mi debilidad y no tiene reparos en fingir una pesadilla a las tantas de la madrugada para que le cuente un cuento. Y lo peor de todo es que soy demasiado blando para regañarla.

Ni siquiera ha mostrado un ápice de interés en el regalo que le ha hecho Camilla; un caballito de madera que ha acabado olvidado en una estantería de su habitación. Antonella se ha negado a jugar con el caballo, ya que lo que de verdad le gustan son las Barbies. Debería haberla sermoneado por esa falta de gratitud, pero la visita inesperada de Camilla me ha puesto de malhumor. O quizá ya lo estaba por culpa de Lucrezia, que primero se hizo la víctima y luego intentó apuñalarme. El caso es que recibí a Camilla con frialdad y la despaché sin miramientos cuando se puso cariñosa, pues no tenía ganas de acostarme con ella, y eso es bastante raro porque siempre me apetece echar un polvo, sobre todo si se trata de la pelirroja.

Camilla se marchó perpleja y cabizbaja mientras Lucrezia nos espiaba desde la ventana de su habitación y sacaba sus propias conclusiones. No me engaño. Sé que lo único que mi futura esposa siente por mí es miedo. Y repulsión, si me pongo generoso. Ojalá hubiera podido fastidiarla un poco. Al menos sentiría que tengo un ápice de poder sobre esa condenada mujer que me ha forzado a casarme con ella.

Maldita sea, sé que fui muy injusto cuando la descubrí abrazada a mi sobrina. Sobre todo teniendo en cuenta que fue Antonella quien entró en su habitación. Pero solo intento proteger a la niña. Y me cabrea que Lucrezia se haga la inocente, dado que su hermano secuestró a mi sobrina con las peores intenciones. ¿Acaso debo alegrarme de que esté cerca de Antonella? Todos los Morello son iguales. A mí no me engaña con su cara de no haber roto un plato. Y menos después de haber intentado clavarme un cuchillo en el corazón.

Debería haber follado con Camilla. Al menos ahora estaría contento. No entiendo por qué no me alegré de verla. Siempre me ha resultado una mujer muy atractiva. Sin embargo, lo único que sentí al tenerla cerca fue cansancio y apatía. Por eso sentí tanto alivio cuando se marchó.

Supongo que los últimos acontecimientos me han pasado factura. La repentina aparición de Lucrezia, nuestro absurdo compromiso, su capacidad para meterse a mis hombres en el bolsillo, su piel húmeda, su olor a flores silvestres, sus preciosos ojos verdes...

Un momento, ¿qué? Sus ojos me repugnan. No son bonitos. Me recuerdan al desgraciado de su padre.

Me tumbo bocarriba en la cama y me doy un masaje en las sienes. Necesito dormir ocho horas. El cansancio me está pasando factura.

Recuerdo lo que me dijo.

«Lamento profundamente los crímenes que cometió mi padre contra tu familia. Ojalá

pudiera cambiar el pasado. Me trae sin cuidado que no me creas, porque es la verdad».

Me cuesta creer que fuese sincera. Para mí todos los Morello son escoria. Massimo ni siquiera intentó frenar a su padre. ¿Qué clase de hijo permanece a la sombra mientras su padre masaca a sus enemigos? Respecto a Lucrezia, solo tenía catorce años y sé que no tuvo ni voz ni voto, pero luego creció colmada de lujos y bajo el mismo techo del asesino de mi familia. Incluso fue al funeral de ese miserable. No puedo perdonar a una mujer que defendía a ese malnacido. Es igual de culpable que él porque decidió mirar para otro lado.

El mundo está lleno de malas personas. Algunas aprietan el gatillo y otras se quedan mirando. Para mí, todas son igual de culpables.

Un ruido me sobresalta. Ya es demasiado tarde para coger la pistola que guardo en el primer cajón de la mesita de noche. Suelo dormir con ella debajo de la almohada, pero esta noche me he quedado grogui.

Un error que va a costarme muy caro.

Mis ojos se acostumbran poco a poco a la oscuridad. Hay una silueta a los pies de mi cama. Un destello metálico brilla en la penumbra. Tardo varios segundos en comprender lo que está sosteniendo con ambas manos. Es mi pistola.

—¿La echas de menos? —pregunta una voz femenina y burlona—. Estabas tan adorable dormido...

Tengo que contenerme para no abalanzarme sobre ella. Soy más fuerte, pero no tan rápido como una bala. Sé que me dispararía antes de que consiga desarmarla.

—Enciende la luz, *querido* —pronuncia la última palabra con tono mordaz—. Quiero verte la cara.

Hago lo que me ordena porque puede que tenga una oportunidad si consigo verla. Estiro el brazo hasta encontrar el interruptor de la luz. Mis ojos se tropiezan de inmediato con los suyos. Su boca carnosa se curva en una sonrisa de medio lado.

—Lucrezia —digo con los dientes apretados.

—¿Sorprendido?

Me encantaría responder que no, pero, en realidad, no sé cómo se las ha apañado para colarse en mi habitación. Se supone que Angelo o alguno de mis hombres debía estar apostado en su puerta. Vaya, es más lista de lo que creía.

—He matado a ese idiota —me lee la mente—. Igual que haré contigo, después de que me divierta un poco.

Frunzo el ceño. ¿A qué diantres se refiere?

Lucrezia vuelve a pillarme desprevenido cuando me lanza unas esposas. No sé de dónde las ha sacado.

—Espóstate, querido —me ordena sin perder la sonrisilla.

—Estás loca.

—No estoy loca —me contradice sin pestañear—. Soy mala. Es diferente.

—¿Ah, sí?

—Y tanto. —Me hace un gesto con la pistola para que me dé prisa—. Las locas no saben lo que hacen. Las malas personas sí y no sienten remordimientos.

La observo con una mezcla de rabia y algo mucho más peligroso. Debería sentir asco. Ahora estoy a su merced. Sin embargo, bajo la superficie hay un deseo que me deja sin respiración. Porque soy incapaz de no quedarme mirándola embobado mientras me esposo como si fuera su maldito perro faldero. Sobre todo cuando lleva puesto un corpiño de encaje negro con unas braguitas a juego que dejan poco a la imaginación. Y lo peor de todo es que ella se da cuenta de cómo la miro y sonrío con suficiencia.

—Se te da fatal fingir que no me encuentras atractiva.

—Eso no es...

Lucrezia apoya el cañón de la pistola contra la parte más preciada de mi anatomía. Doy un respingo y ella se ríe con malicia. No tengo nada que hacer. Estoy esposado y ella tiene un arma.

—Si vuelves a mentirme, te pego un tiro.

—Adelante —le espeto.

—Ahora no eres tú el que da las órdenes, *querido*.

—Deja de llamarme...

—Te fastidia, eh. —Apoya una mano en mi pecho y me da un fuerte empujón para que me tumbe. Ni siquiera sé por qué no opongo resistencia cuando coge otras esposas, las engancha a las mías y me encadena al cabecero de la cama—. Mucho mejor así, Dominic.

—¿Qué pretendes? —pregunto receloso.

Forcejo con impotencia y ella se echa a reír. El sonido de su risa no me resulta desagradable, lo que me deja todavía más confundido. De repente, Lucrezia me coge la cara y apunta la pistola contra mi pecho. Su boca queda a escasos centímetros de la mía.

—Quiero divertirme con mi futuro marido.

—Has perdido la puta cabeza —digo horrorizado.

—Vamos, *querido* —ronronea. La mano que tiene la pistola se desliza hacia abajo. Me pongo tenso cuando vuelve a apoyarla contra mi entrepierna—. No finjas que no lo estás deseando.

Se me cae el alma a los pies cuando me percató de que estoy excitado. La tengo tan dura que casi estoy a punto de suplicarle que me desabroche los pantalones y acabe con esta tortura. No sé cómo ni cuándo ha sucedido. Lo único que entiendo es que deseo a esta zorra mentirosa que me está apuntando con una pistola.

—Tranquilo. —Me acaricia el cuello con la boca hasta que me estremezco—. Será nuestro secreto.

Mi pulso se dispara y entrecierro los ojos para no mirarla. La odio casi tanto como necesito que me folle. Es una locura. Y, sin embargo, sé que voy a perder la cabeza si no la tengo. Si no dejo que haga conmigo lo que quiera.

—Lucrezia...

Me acaricia la erección por encima de los pantalones hasta que se me escapa un gruñido. Luego me da un mordisco fuerte en el cuello que me enfurece y me excita al mismo tiempo. Quiero matarla y hacerla mía. Joder, me está volviendo loco.

—Pídemelo por favor, Dominic —me susurra al oído.

Me odio a mí mismo cuando tiro de las esposas porque me muero por tocarla y giro la cabeza para buscar sus labios con desesperación. Lucrezia aparta la cara antes de que consiga darle un beso.

—Por favor —murmuro con voz ronca.

Lucrezia no suelta la pistola mientras me desabrocha los pantalones. Tampoco cuando se sienta a horcajadas encima de mí, echa la cabeza hacia atrás y deja que la llene. Joder, es magnífica. Una jodida diosa. Esto no se parece en nada a... nada. Es demasiado. Nunca había sentido algo parecido.

—Te odio —le digo mientras me cabalga.

Cierro los ojos porque me niego a mirarla. Sé que entonces estaré del todo perdido.

—Y yo a ti —responde antes de acariciarme los labios con los suyos—. Te odio tanto que no sé si pegarte un tiro o seguir follándote.

Despierto de golpe, completamente horrorizado y empapado en sudor. Estoy a oscuras y solo en mi habitación. Enciendo la luz para descubrir que no hay rastro de Lucrezia por ninguna parte. Eso no me impide abrir el cajón de la mesita de noche para encontrar mi pistola. No siento alivio cuando la cojo.

Estoy desconcertado.

Aterrado.

Y muy furioso.

¿Cómo he podido tener un sueño erótico con esa bruja?

Agacho la cabeza para comprobar algo que ya sabía. Joder, me he corrido. Me he corrido mientras fantaseaba con que Lucrezia me ataba al cabecero de la cama y me apuntaba con mi propia pistola.

¿Ahora resulta que me va el sado?

Definitivamente he perdido la cabeza.

Me cambio de pantalones a toda prisa y salgo disparado de la habitación sin soltar la pistola. Necesito cerciorarme de algo. Sé que es una mala idea, pero la ira es una pésima consejera a la hora de tomar decisiones. El pobre Donatello se sobresalta al verme. Tiene los ojos muy abiertos al mirar la pistola.

—¿Ha salido de la habitación?

Donatello tarda varios segundos en responder, hasta que entiende lo que le estoy preguntando.

—No, Don. No me he despegado de la puerta.

Le arranco las llaves y entro sin miramientos. Tal y como esperaba, Lucrezia está durmiendo como un angelito. Su cabello negro esparcido sobre la almohada, la boca carnosa entreabierta y la naricilla cubierta de pecas. Es tan preciosa que me duele mirarla. La imagen debería calmarme, pues todo ha sido fruto de mi perversa imaginación. No obstante, el corazón se me desboca al mirarla. Porque tiene la misma sonrisa que me ha hecho perder la cordura en el sueño.

—Lucrezia. —Su nombre escapa de mi garganta de forma involuntaria.

De repente, abre los ojos y me mira.

Ahí están. Esos ojos verdes. Los mismos que se han colado en mis sueños para torturarme. Los ojos del asesino de mi familia. La prueba de que es una Morello. La razón por la que debo odiarla.

Al principio, no reacciona. Se limita a observarme con cautela sin mover ni un solo músculo. Ni siquiera sé si está asustada o en shock. Hasta que se percata de la pistola que sostengo. Entonces agarra las sábanas. Una reacción vulnerable. Humana. Por fin un gesto real.

—Buenas noches, *querida*.

Me doy la vuelta y salgo de su habitación sin molestarme en cerrar la puerta. Ni siquiera sé por qué he ido a verla. Una parte de mí necesitaba saber que solo había sido un sueño. Que yo seguía estando al mando. Que todavía tengo el poder.

Pero lo último que siento es que soy poderoso cuando entro en el baño y me doy una ducha de agua helada para bajar la erección. A pesar de que solo ha sido un sueño, sigo sintiendo el tacto suave de sus labios y su olor se me ha metido tan dentro que temo volver a dormirme, porque me acojona que esos ojos verdes vuelvan a colarse en mi mente.

Hasta que me robe la poca cordura que me queda.

Hasta que olvide lo mucho que la odio.

Capítulo 10

Dominic

Estoy que me subo por las paredes a las ocho menos cuarto de la mañana. Aunque, claro, no he dormido nada. Después de la ducha de agua, fría fui incapaz de conciliar el sueño. Cada vez que daba una cabezada, Lucrezia se colaba en mis fantasías vestida con ese conjunto de lencería y apuntándome con mi pistola. Así que encendí el portátil y me puse a trabajar.

Ahora estoy agotado y de malhumor.

Ludovica, que me conoce bastante bien, decide cocinar mi desayuno favorito para levantarme el ánimo: panqueques de ricota y cruasanes cubiertos de glaseado de azúcar. Me sabe mal hacerle un feo, pero no tengo apetito y me conformo con un café que debería inyectarme en vena si quiero sobrevivir el resto del día.

—Tienes que desayunar —dice irritada.

Le doy un pellizco a un cruasán para que lo deje estar. La respuesta de Ludovica consiste en un gruñido resignado. Marco, que está leyendo el periódico, sí da buena cuenta de la comida. Luego se marcha a toda prisa porque tiene una reunión a la que hoy no me apetece asistir. De lo contrario, cabe la posibilidad de que mate a alguien que no se lo merezca porque estoy de un humor de perros.

—¿Una mala noche? —me pregunta Ludovica con tacto.

—Algo así.

Me mira comprensiva y se sienta a mi lado. Ni siquiera sé qué edad tiene. Mi *nonna* ha sido una constante en mi vida desde que era un crío. Era la mujer que me obligaba a comer verduras, la que me ponía tiritas cuando me caía del tobogán y la que nunca se ha separado de mi lado, sobre todo cuando más falta me hizo. De no ser por ella, jamás habría sido un buen padre para mi sobrina.

Al mirarla comprendo que el paso de los años ha sido demasiado cruel con ella. Ella también perdió a su familia. Que no tengamos la misma sangre no significa que no le haya dolido tanto como a mí. Adoraba a mis hermanas y a mis padres. Por eso sé que me entiende mejor que nadie.

Me da una palmadita afectuosa en la mano y me regala una mueca parecida a una sonrisa. A lo largo de los años casi nunca la he visto sonreír. Es la mujer más dura que conozco.

—¿Has vuelto a tener pesadillas? —pregunta con suavidad.

Le suelto la mano sin poder evitarlo. Ludovica es la única persona que está al tanto de mis pesadillas. Jamás lo he hablado con nadie más. Fue ella la que me encontró tirado en el suelo y chillando como un crío un par de días después de que mi familia muriese. Al cabo de los años logré controlarlas, pero a veces regresan para recordarme que no estuve en casa para proteger a los míos. Que, en el fondo, soy el mayor culpable por no haber podido salvarlos. Y nunca podré perdonármelo.

—No exactamente.

Ludovica enarca una ceja. Mi respuesta la ha confundido. En fin, ¿qué puedo decirle? Me niego a contarle a nadie que he tenido un sueño erótico con mi prometida. Es tan repugnante como vergonzoso. ¿Qué pensaría de mí si supiera que fantaseo con la hija del hombre que asesinó a mi familia? Debería consultarlo con un psiquiatra. Seguro que sufro algún trastorno.

—Estás sometido a mucho estrés. Desde que tus padres y hermanas murieron y te quedaste a cargo de Antonella...

—Los mataron —la corrijo airado.

—Sí, Dominic. —Suspira con pesar—. No es algo que ninguno de nosotros haya podido olvidar, por desgracia. Lo que intento decir es que tal vez deberías tomarte un descanso. Has tenido una vida muy complicada. Nunca pudiste disfrutar de tu juventud. No tendrías esa rabia si...

—No soy una buena persona, Ludo —la contradigo sin una pizca de autocompasión—. He hecho cosas terribles. Sabes que he matado y torturado a muchas personas para conseguir mis objetivos. He tenido que hacer cosas de las que no me siento orgulloso para ganarme el respeto de mis socios. He cruzado un montón de límites. No nos engañemos. Perder a mi familia no justifica en lo que me he convertido, pero tampoco cambiaría ninguna de mis decisiones. No se puede estar en el lado equivocado de la ley y seguir siendo un buen hombre. No funciona así.

Ludovica aprieta los labios. En el fondo sabe que tengo razón, aunque su amor la ciegue y sea incapaz de aceptarlo. Lucrezia me dijo una gran verdad:

—Soy un monstruo.

—Los monstruos también pueden ser felices.

—Ludovica...

—Ahora comprendo por qué actúas de esa forma desde que ella llegó a tu vida.

Me pongo tenso.

—¿Qué insinúas? —pregunto, pues con «ella» sé que se refiere a Lucrezia.

—Te veo tal y como eres, Dominic. Al contrario de lo que algunas personas creen, el amor no es irracional ni ciego. Porque cuando amas de verdad, ves a las personas tal y como son y aprendes a querer todas sus partes, incluso aquellas feas y desagradables —reflexiona—. Sé quién eres. Un buen hijo, un buen hermano y un buen tío al que le ha tocado hacer de padre. Y también eres un asesino y el Don que dirige a nuestra gente. Te conozco tan bien que sé que jamás has sido un hombre que disfrute de la crueldad gratuita. Por eso no entiendo que te divierta torturar a Lucrezia. No me entra en la cabeza que...

—¿... quiera hacerle daño a la hermana de mi mayor enemigo? ¿A la hija del asesino de mi familia? —concluyo iracundo—. Entonces no me conoces tan bien como crees, Ludovica.

—Oh, y tanto que sí. —Pega un golpe en la mesa—. Te cambié los pañales cuando solo eras un mocoso llorón y malcriado. Y ahora eres un hombre enfadado. Pero, sobre todo, estás muerto de miedo.

—¿Yo? —Saco pecho—. La edad te está haciendo delirar, *nonna*.

—Estoy perfectamente, Dominic. —Me fulmina con una mirada orgullosa—. Has crecido creyendo que eras un monstruo. Por eso te da tanto miedo aceptar que cabe la posibilidad de que tu futura esposa no sea lo que habías dado por hecho. Por eso te niegas a conocerla. Estás aterrado.

—Por el amor de Dios, Ludovica —respondo hecho una furia—. Si sigues delirando no me quedará más remedio que meterte en un asilo. ¿Acaso te has oído? —Tiro la taza de café al suelo de un manotazo. Ludovica ni siquiera se inmuta—. ¡Estamos hablando de Lucrezia Morello! Lo único que veo cuando la miro es una mujer insulsa e insignificante a la que ni siquiera encuentro atractiva. No es mi tipo. Debería estar agradecida de que tenga un código que me impide pegarle un tiro. —Ludovica se encoge ante mi tono implacable—. ¿Sigo siendo lo bastante bueno para ti, *nonna*? Espero que por fin hayas aceptado la clase de hombre que soy y no vuelvas a mencionarme a esa maldita mujer.

Me doy cuenta de que no estamos solos. Siento una presencia a mi espalda y me doy la vuelta para gritarle al desgraciado que haya entrado en la cocina que no es momento de molestarme. Me quedo petrificado al ver a Lucrezia. Joder, se me ha olvidado que le había pedido a Angelo que le ordenase bajar a desayunar. Por su expresión atenta sé que ha escuchado lo suficiente. Espero verla furiosa o afectada, pero solo se muestra impasible.

—Me han dicho que debía bajar a desayunar —comenta con tono monótono—. ¿Puedo sentarme a la mesa o vas a pegarme un tiro?

Abro la boca para decirle que me importa una mierda lo que haya oído, pero que no voy a tolerar una sola broma. Ludovica es más rápida que yo y se levanta para retirar una silla.

—Eres más que bienvenida, Lucrezia.

Pongo mala cara. Lo que más rabia me da es que mi prometida no parece en absoluto dolida por mis palabras. Cualquier otra mujer estaría asustada, llorosa o enfadada. Sin embargo, mi opinión le resbala. Incluso me atrevo a decir, por la sonrisilla maliciosa que asoma a sus labios cuando pasa por mi lado para sentarse, que en el fondo le encanta haber sido la protagonista de la conversación.

Es el colmo. Me levanto de un salto cuando se sienta a mi lado porque estoy a punto de perder la cabeza. No puedo estar tan cerca de ella sin recordar el maldito sueño erótico. Ella me mira de reojo, como si supiera lo que me pasa. Y eso me enfurece todavía más porque no puedo soportar que sea consciente del poder que tiene sobre mí.

—Todo tiene una pinta deliciosa, Ludovica. —Le da un sorbo al zumo de naranja y coge un cruasán—. Es una lástima que Dominic no tenga apetito. Menos mal que su insulsa, insignificante y para nada atractiva prometida jamás le haría ascos a un buen desayuno.

Lucrezia entorna los ojos cuando le da un bocado. Se le escapa una especie de gemido que convierte mi sangre en lava. Por un doloroso instante no puedo dejar de mirar sus labios. Tiene la comisura manchada de azúcar. Ella se da cuenta y se limpia con un dedo que luego se lleva a la boca. Me pilló mirándola justo cuando lo está lamiendo. Algo primitivo y oscuro se apodera de mí.

—Andrea te llevará a elegir tu vestido de novia cuando termines de desayunar.

A ella se le cae el cruasán. Su expresión desencajada es un auténtico regalo. No sé por qué acabo de decidir que quiero verla vestida de blanco. Es ridículo. Nuestro compromiso es una farsa. No obstante, no renunciaré al placer de verla caminando hacia el altar con un vestido que solo acentuará su belleza.

Porque ahora es *mía*.

—¿Algo más, *querido*? —pregunta con retintín.

—Elige un vestido que te quede bien —contesto, lo cual es absurdo porque estaría preciosa con una bolsa de basura—. A ver si eres capaz de impresionarme.

Sé que la he sacado de sus casillas cuando aprieta el tenedor como si quisiera clavármelo en el cuello. Salgo de la cocina ya que de lo contrario seré incapaz de seguir fingiendo que no me siento atraído por mi futura mujer. Algo del todo inapropiado si tengo en cuenta que la odio y quiero matar a su hermano. Porque sé que estaré perdido si logra averiguar que la deseo con todas mis fuerzas. Entonces comprenderá que ha ganado y lo utilizará para destruirme.

Capítulo 11

Dominic

—¿Hace cuánto se fueron Andrea y Lucrezia? —le pregunto a Davide.

Mi amigo me mira extrañado. Reconozco que es una pregunta inusual dadas las circunstancias. Estamos enterrando el cadáver de un inspector corrupto que creyó que podía hacer un trato con la mafia y seguir trabajando para los *carabinieri*. Al menos ha aprendido una valiosa lección antes de palmarla: nadie me traiciona y vive para contarlo.

—Unas tres horas. —A mi amigo se le escapa un gruñido cuando hunde la pala en el montón de arena—. Ya sé que eres el jefe, pero no me vendría mal que me echases un cable. Te prometo que no se lo contaré a los demás. Tu reputación de tipo duro estará a salvo conmigo.

—¿Cuánto tarda una mujer en elegir un vestido blanco? —lo ignoro—. Le dije a Andrea que no quería que estuviese mucho tiempo fuera de casa.

No entiendo por qué están tardando tanto. ¿Y si su hermano ha conseguido rescatarla? *Il Diavolo* no sabe dónde vivo, pero supongo que estará desesperado por recuperar a su hermanita. Me entra el pánico. Mierda, debería haber llamado a una modista para que viniese a tomarle medidas a Lucrezia. No tendría que haberla dejado salir de casa.

Davide deja de cavar, se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano y me mira. No me gusta su expresión.

—¿Qué? —replico a la defensiva.

—En primer lugar, no entiendo por qué de repente quieres verla vestida de novia. Pensé que este matrimonio te irritaba.

—Desde luego que me irrita —lo atravieso con la mirada—. Pero habrá algunos invitados y no quiero que se lleven una impresión equivocada. Necesito que mi futura mujer esté perfecta el día de nuestra boda. Las apariencias importan, Davide. Principalmente porque esa bruja me ha forzado a casarme con ella. No quiero que nadie tenga la sensación de que no tengo la situación controlada.

—Es que no la tienes. —Davide vuelve a coger la pala cuando lo miro con ganas de matarlo—. Eh, yo solo digo que este matrimonio te ha pillado tan desprevenido como a los demás. Al menos no tienes de qué preocuparte. Lucrezia es muy hermosa. Seguro que estará a la altura de lo que se espera de la mujer de Dominic Falsone.

—Solo la has visto una vez y, por lo que recuerdo, estaba cubierta de sangre.

—Esta mañana me he tropezado con ella antes de que subiera al coche. —Davide deja escapar un silbido de aprobación—. Es una sílfide. Ya sé que a ti te gustan más curvilíneas, pero a mí me la pone muy du...

No sé en qué momento he cruzado los dos metros que nos separan para agarrarlo del cuello. Davide abre mucho los ojos y suelta la pala. Ni siquiera aflojo el agarre cuando el color

abandona su rostro. Quiero partirle el cuello. Me importa una mierda que seamos amigos desde que éramos unos críos. Aprenderá a cerrar la boca cuando se trata de mi prometida o lo estrangularé lentamente hasta que exhale su último aliento.

—Te aconsejo que finjas ser ciego cuando se trata de ella —le advierto con los dientes apretados—. A no ser que quieras que olvide el poco aprecio que siento por ti en este momento.

Davide asiente con gran esfuerzo y lo suelto de un empujón que casi lo tira de espaldas. Mi amigo me mira con los ojos vidriosos por culpa de la conmoción. Está pálido y apenas puede respirar. A lo lejos, Marco se acerca a nosotros y ralentiza el paso al ver lo que acaba de suceder. Sabe que ahora necesito mi espacio.

No es la primera vez que Davide y yo llegamos a las manos, así que no me preocupa que se lo tome como algo personal. Mi amigo tarda unos instantes en recuperarse. Inclina la espalda y apoya las manos en sus rodillas para tomar aire. Luego sacude la cabeza con incredulidad y suelta una carcajada ronca.

—Mis disculpas, Dominic —dice sin dejar de reír—. No sabía que te gustara tanto.

—No me gusta —le ladro fuera de mí—. Pero es *mía*.

—*Tuya*, lo capto. No recordaba que fueras tan posesivo con las mujeres —me provoca—. No te importó que me sumara a la diversión cuando se trató de Camilla o Monique.

Tiene razón. En alguna ocasión hemos hecho un trío con la pelirroja o con la explosiva Monique. Pero esto es diferente. No sé en qué sentido y no me veo capaz de averiguarlo. Solo necesito que entienda que le arrancaré los ojos a cualquiera que se crea con derecho a mirar a mi prometida.

—Termina de enterrar a ese cerdo —le ordeno.

Davide me mira algo indignado y sé que no es porque haya intentado estrangularlo —sabe cómo me las gasto—, sino porque me niego a ayudarlo. Qué le den. Debería haberlo pensado antes de hablar de los atributos físicos de Lucrezia. Así sabrá a qué atenerse de ahora en adelante.

Lo dejo con el entierro, me limpio las manos con un pañuelo de tela y voy a encontrarme con Marco, que me espera delante del coche fumando un puro. Al verme entorna los ojos con suspicacia. Me encojo de hombros para que sepa que no tiene de qué preocuparse. Además, sabe de sobra que lo respeto demasiado para intentar estrangularlo. Era el mejor amigo de mi padre y lo más cercano a una figura paterna que hay en mi vida.

—¿Va todo bien entre Davide y tú?

—Sigue siendo el mismo bocazas. Nada alarmante.

Marco niego con la cabeza. Sé que aprecia a Davide y Andrea, aunque la mayor parte del tiempo esté pelando con ellos porque entre ambos no suman una neurona.

—Acabo de tener noticias de *Il Diavolo*.

Mi *consigliere* me estudia con cautela. Cada vez que menciona a mi enemigo me pongo de mala hostia. Esta vez no me ha pillado desprevenido. Sabía que Massimo daría señales de vida tarde o temprano. Era de esperar.

—¿Qué me ha ofrecido? —intuyo.

Sé que Massimo se habrá vuelto loco al saber que Lucrezia y yo vamos a casarnos. Casi perdió la cabeza cuando secuestré a Sofía. Debe de haber dado por hecho que estoy maltratando a su hermanita.

—Cualquier cosa —contesta Marco—. Dice que te dará lo que quieras a cambio de que le devuelvas a su hermana.

—No puede darme lo que quiero. —Rechazo el puro que me ofrece con un gesto de mano. Es un mal hábito que dejé hace un par de meses porque mi sobrina me dijo que olía a humo—. Qué idiota.

—Ha accedido a cambiarse por su hermana.

Sonríó sin poder evitarlo.

—No esperaba menos de él.

Sabía que Massimo se ofrecería para salvar a su hermana. Un comportamiento típico de *Il Diavolo*. No sé por qué no lo llaman *Il Martire*. Le pega más.

—Ha suplicado tener una reunión contigo.

—Conque ha suplicado... —Se me escapa una carcajada grave—. Joder, qué bien me siento de repente.

—¿Qué respuesta debo darle?

Tengo a Massimo justo donde quería. Podría acabar con esta farsa y aceptar su vida a cambio de la de Lucrezia. Sin embargo, todavía no voy a renunciar a ella. Es demasiado pronto. *Il Diavolo* tiene que sufrir antes de morir. Es lo mínimo que se merece. Y, mientras tanto, yo puedo disfrutar de la compañía de mi futura mujer.

—Dile a nuestro amigo Alonzo que busque a una candidata con las mismas características físicas de Lucrezia.

Marco me mira con creciente interés. Alonzo trabaja en una funeraria y a veces colabora con nosotros.

—¿Qué pretendes?

—Necesito una mano lo más parecida posible a la de mi dulce prometida —le explico—. Para que Massimo crea que pertenece a su hermana.

Al principio, Marco se muestra un poco horrorizado, hasta que asiente con algo cercano a la aprobación.

—Tienes una mente de lo más retorcida. No sé a quién has salido.

—La vida me ha obligado a improvisar sobre la marcha —contesto orgulloso—. Quiero que el regalo para *Il Diavolo* vaya acompañado de la siguiente nota: «Me encanta disfrutar de la compañía de tu hermanita. Con una mano sigue siendo muy útil para satisfacerme. ¿Por qué iba a renunciar a mi esposa?».

Marco se queda petrificado. Espero que me diga que he ido demasiado lejos, pero se

limita a asentar.

La venganza es un plato que se sirve frío y yo he esperado ocho largos años para acabar con Massimo Morello. Me encantaría ver la cara que pondrá cuando reciba mi «regalo». Mientras él se angustia creyendo que estoy torturando a su hermana, yo estaré de camino al altar con una prometida que tiene las manos intactas. Porque nadie le va a tocar un pelo a Lucrezia Morello. Sin embargo, *Il Diavolo* sufrirá hasta el último momento pensado que estoy torturando a su hermanita. No se me ocurre una mejor venganza.

Si él supiera que estoy dispuesto a matar lentamente a cualquiera que se atreva a mirar con deseo a Lucrezia o a respirar cerca de ella, sabría que no hay lugar más seguro para su hermana que estar a mi lado. Porque protejo con ferocidad todo lo que me pertenece. Y, aunque la odio con todas mis fuerzas, ya he decidido que Lucrezia es mía. Solo mía.

Jamás voy a renunciar a ella.

Capítulo 12

Lucrezia

Andrea no me quita la vista de encima en ningún momento. Dominic debería estar orgulloso de su fiel perro guardián. No hay quien le dé esquinazo.

Estoy aburridísima. No tengo ningún interés en escoger mi vestido de novia. Di por hecho que la ceremonia sería discreta, por lo que supuse que me casaría en vaqueros. No entiendo por qué de repente Dominic ha decidido que quiere que vaya vestida de blanco. Bueno, en realidad sospecho sus motivos.

Es un jodido bipolar.

Un psicópata.

Un monstruo.

Disfruta torturándome de formas tan retorcidas que, a su lado, soy un angelito caído del cielo.

Sé que sus palabras deberían resbalarme. Al fin y al cabo, lo último que quiero es su afecto. Voy a matarlo. Para eso estoy aquí. ¿Qué más me da que me considere insulsa, insignificante y para nada atractiva?

Pero me importa, maldita sea. Ha herido mi orgullo y no seré capaz de olvidar que voy a casarme con un hombre que me desprecia. Uno al que le van más las pelirrojas voluptuosas, me considera poco agradecida y al que jamás podré seducir porque piensa que soy poca cosa para él.

Lo peor de todo es que, cada vez que creo llegar hasta él, Dominic vuelve a dejarme descolocada.

¿De qué coño va?

Anoche me dio un susto de muerte al aparecer sin previo aviso en mi habitación armado con una pistola. Me dejó conmovida. Pensé que iba a pegarme un tiro, hasta que me dio las buenas noches y se marchó. No pude volver a conciliar el sueño. Supongo que solo quiso torturarme. Va a cumplir la promesa que me hizo: convertirá mi vida en un infierno. No esperaba menos de él, pero ¿acaso no posee un punto débil? Todos lo tenemos, ¿no?

—¿Has acabado ya? —Andrea llama a la puerta del vestidor.

—¡Un segundo!

Me miro en el espejo y hago una mueca. No es el vestido de novia de mis sueños, pero tendrá que valer. No pienso esforzarme en resultarle atractiva a Dominic cuando es evidente que me ha ordenado que elija un vestido blanco porque solo quiere fastidiarme.

«Elige un vestido que te quede bien. A ver si eres capaz de impresionarme».

Deberíamos intentarlo impresionarlo, canturrea la voz.

«¿Tú de parte de quién estás?».

Aprieto los labios y me clavo las uñas en las palmas de las manos hasta que estoy a punto de hacerme sangre. Uy, y tanto que voy a sorprenderte, *querido*. Seré la última persona en la que pienses cuando tengas una muerte lenta y dolorosa.

Lanzo el vestido blanco por encima de la puerta para que Andrea lo atrape. Ese tendrá que servir. Ojalá a Dominic le parezca tan insulso como a mí.

—¿Estás segura? —me pregunta Andrea—. Todavía tenemos tiempo.

—Es mi estilo —miento.

—Como quieras.

Al cabo de unos minutos, salgo del vestidor con la firme decisión de devolverle a Dominic todo el daño que ha hecho a mi familia. Sigo sin entender los motivos retorcidos que lo llevaron a irrumpir anoche en mi habitación. Estaba medio dormida, pero estoy convencida de que tenía una erección. ¿Y si es tan sádico y enfermo que fantasea con matarme? Puede que eso lo ponga cachondo. Estamos hablando de Dominic Falsone, que secuestró a la mujer de mi hermano, pensó en criar a su hijo y vive por y para odiar a mi familia.

No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza cuando regresamos a la mansión de Dominic. Mi prometido ha ordenado que me quede encerrada en la habitación, así que me tumbo bocarriba y miro el techo, pues no tengo nada mejor que hacer.

Estoy contando las flores del papel de la pared cuando alguien entra con sigilo. Me abrazo a la almohada por puro instinto de supervivencia, lo que es absurdo porque no podría protegerme de una bala. Al ver a Angelo se me escapa un profundo suspiro de alivio. Pensé que Dominic había regresado para pegarme un tiro.

—Acordamos que debíamos tener más cuidado —le reprocho.

Sé que estoy siendo injusta con él, ya que he sido yo la que lo ha metido en este lío. Pero es imposible que no esté muerta de miedo después de que Dominic se colara de madrugada en mi dormitorio.

Me percató de que Angelo sonríe de medio lado y tiene la mano metida en el bolsillo trasero del pantalón. Me siento con la espalda muy recta.

—¡Lo has conseguido!

—Baja la voz. —Se acerca a mí y me entrega un frasco—. ¿No querrás que Dominic se entere de lo que te he traído?

Sujeto el frasco mientras me muerdo el labio. Mi determinación es inquebrantable. Voy a hacerlo. Nada ni nadie me detendrá. No es algo de lo que me sienta orgullosa, pero no me queda otra salida.

—Puedo hacerlo yo si me explicas...

—No —respondo con tono rotundo—. Es cosa mía.

—Matar a un hombre es algo con lo que debes vivir durante el resto de tu vida. Da igual que ese hombre sea Dominic Falsone y se lo merezca. Para mí no sería la primera vez, Lucrezia. Ya tengo las manos manchas de sangre.

«Yo también».

Me guardo el frasco en el bolsillo de la sudadera y doy la conversación por concluida. Mi amante nunca podría imaginar que guardo un secreto que, a veces, me impide dormir por las noches.

Ya sé lo que se siente al matar a un hombre. Y tiene razón. No importa que la persona se lo merezca. Si tomas esa decisión, tendrás que vivir con la culpabilidad durante el resto de tu vida.

Le he prometido a Angelo que esperaría antes de utilizar la raíz de belladona, pero no veo por qué habría de hacerlo si puedo evitar pasar por el altar. En el fondo le estoy haciendo un favor a Dominic. Él aborrece este compromiso tanto como yo. Al menos uno de nosotros podrá escapar con vida de esta pantomima.

En cuanto cae la noche y la casa se queda en silencio, salgo por la habitación contigua y me cercioro de que Davide, el guardia que hay apostado delante de mi puerta, no me vea. Sé que estoy jugando con fuego al deambular por la casa. No sé qué excusa podría poner si me tropiezo con uno de los guardias. Jamás vendería a Angelo, pero Dominic daría por hecho que hay un traidor entre los suyos.

El corazón me va a mil por hora cuando me cuelo en su despacho. Ya sé dónde voy a colocar la raíz de belladona. Voy directa al decantador de whisky y vierto una cantidad suficiente para liquidar a un elefante. Ha sido más fácil de lo que esperaba. Me sudan las manos cuando me doy la vuelta para regresar a mi habitación. Entonces abro la puerta y me doy de bruces con Dominic.

Pego un grito y retrocedo dos pasos.

Él me observa adormilado.

Va descalzo y solo viste unos pantalones de pijama. Desnudo de cintura para arriba es todavía más imponente. Está en muy buena forma física. Jamás habría imaginado que el elegante Dominic Falsone pudiera tener tantos músculos y un abdomen tonificado en el que se puede rayar queso.

Dominic tiene los ojos hinchados por culpa del cansancio. Su expresión confusa me haría gracia si no supiera que está a punto de matarme. Es extraño que me parezca arrebatadoramente atractivo al verlo medio desnudo y despeinado. Supongo que el pánico me está jugando una mala pasada.

—¿Qué...?

—Estás dormido —digo para salir del paso.

Cruza los brazos, se apoya en el marco de la puerta para cortarme el paso y ladea la cabeza. Sus ojos vuelven a tener ese brillo feroz y despiadado tan característico. Ha pasado de ser un hombre aletargado al depredador al que estoy acostumbrada. Se me corta la respiración y

un nudo me aprisiona el estómago.

Alguien va a morir esta noche... y no será él.

—Buen intento. —Esboza una sonrisa socarrona que me pone los pelos de punta—. Ahora dime la verdad, Lucrezia.

Doy un paso atrás para poner distancia entre nosotros. Tal vez pueda escapar si consigo apuñalarlo con el abrecartas que hay en el escritorio. Sus ojos se desvían hacia el abrecartas y enarca una ceja. Su sonrisa burlona se ensancha.

—No eres más rápida ni más fuerte que yo —me lee la mente—. Adelante, inténtalo. Será divertido ver cómo fracasas.

—Yo... —Me muerdo el labio e intento poner cara de buena—. Estaba agobiada y necesitaba que me diera un poco el aire.

Dominic entra en el despacho y cierra la puerta. Su actitud confiada me pone más nerviosa. Sigo retrocediendo mientras se acerca hasta que termino con la espalda pegada a la librería. Quizá podría noquearlo con algún pesado libro. El brillo malicioso de sus ojos me confirma que conoce mis intenciones. Ahora va un paso por delante de mí.

—¿Cómo has salido de tu habitación? —exige saber.

—No te acerques a mí. —Odio que mi voz sea tan suplicante.

Dominic ignora mi petición y me acorrala contra la librería. Coloca las manos a cada lado de mi cabeza y me mira a los ojos. Me tiemblan las piernas. Estoy a la merced de un hombre que tiene todo el poder. Su brazo me roza el hombro cuando me muevo para intentar poner distancia entre nosotros. Él aprieta la mandíbula. Su reacción me pilla desprevenida. No sé a qué ha venido. ¿De repente le fastidia que lo rehúya? No tiene ningún sentido, pues nuestra aversión es mutua.

—No estás en posición de exigirme nada. —Sus ojos se clavan por un instante en mi boca, lo que me deja todavía más descolocada—. Voy a preguntártelo por última vez, *querida*. ¿Cómo has escapado de tu habitación?

—Forcé la cerradura de la habitación contigua —miento para salir del paso—. Uno de los hombres de mi hermano me enseñó hace un par de años. No es muy difícil.

—Mientes.

—No.

Le sostengo la mirada a duras penas, aunque lo único que quiero es darle un empujón y salir corriendo. Sé que sabe que le estoy mintiendo, pero me aferro a la minúscula posibilidad de convencerlo.

—No te conviene mentir al hombre con el que vas a casarte.

Me deja petrificada cuando me toca el pelo. Luego, con deliberada lentitud, me acaricia la mejilla con el pulgar. Me pongo rígida por culpa del contacto. Él sigue con la mirada los movimientos de su dedo, como si se hubiera quedado hechizado.

—¿Qué haces? —protesto con la boca seca.

No sé si no me ha oído o no quiere responderme. Tampoco entiendo por qué, de repente, me toca como si le resultara atractiva. Él me odia. Le resulto insulsa. Me vio medio desnuda y dijo que no era su tipo. Anoche se coló en mi habitación para pegarme un tiro. Los hechos hablan por sí solos.

—No eres tan buena mentirosa como crees. —Su caricia se detiene. Pone dos dedos debajo de mi barbilla y me obliga a mirarlo—. ¿Qué se supone que debo hacer contigo?

—Aléjate de mí —le ordeno con voz temblorosa.

—No me apetece.

La bofetada que le doy nos deja petrificados a ambos. Sé que acabo de firmar mi sentencia de muerte. Dominic se acaricia la mejilla. Le he pegado tan fuerte que tiene la marca de mis dedos grabada en la piel. Estoy tan horrorizada por lo que acabo de hacer que me tapo la boca con las manos.

—Me has asustado —balbuceo—. Yo... no...

—Acabas de pegarme —contesta atónito.

Ahora es él quien me pilla desprevenida. Me empuja contra la librería e inmoviliza mis muñecas por encima de mi cabeza. Se me escapa un gemido de sorpresa que lo hace sonreír. Está desquiciado. Es el único motivo que encuentro para que clave una mirada hambrienta en mis labios.

—Ahora sí que no sé lo que voy a hacer contigo —dice con una voz grave y ronca que me acaricia la piel. Baja su cabeza hasta que nuestros bocas quedan a escasos centímetros—. Eres una caja de sorpresas, Lucrezia.

—¿No estás enfadado? —pregunto descolocada.

—¿Quieres que lo esté? —replica con tono mordaz—. ¿Quieres verme enfadado, *querida*? Pégame otra vez y tal vez lo averigües.

Dominic me suelta.

Me quedo tan descolocada que soy incapaz de moverme cuando me libera de su agarre.

No lo comprendo.

Lo he abofeteado. Me odia. Entonces ¿por qué no me ha matado?

Me deja todavía más a cuadros cuando retrocede un par de pasos para darme espacio. Entonces *casi* puedo volver a respirar con normalidad.

—¿Quién te ha ayudado a escapar?

—Nadie —respondo mirándolo a los ojos—. Ya te lo he dicho, he forzado la cerradura. No habría tenido la necesidad de escapar si no me hubieras encerrado en una habitación sin ninguna distracción. Estaba aburrida. No volverá a suceder.

—Desde luego que no. —Me dedica una mirada que me deja helada—. Cuando descubra quien te ha ayudado a escapar, lo destriparé con mis propias manos.

—Ha sido cosa mía —insisto agobiada—. Nadie me ha...

—Dominic, tenemos que hablar sobre los albaneses. —Andrea entra en el despacho y se queda desconcertado al vernos—. Pensé que estabas solo.

Dominic me observa durante un instante que se me hace eterno. No logro descifrar qué hay detrás de esa mirada oscura. Todavía estoy intentando asimilar que no me haya matado después de haberme encontrado en su despacho y haberle dado una bofetada.

—Acompaña a mi prometida a mi habitación y dile a Davide que se quede con ella hasta que yo vuelva.

Un segundo, ¿a su habitación?

—¡No puedes hacer eso! —protesto escandalizada.

—Sí puedo —me contradice sin inmutarse—. De hecho, puedo hacer mucho más.

Corta la distancia que nos separa, me coloca un mechón detrás de la oreja y se inclina para susurrarme al oído:

—Gracias por demostrarme que debo vigilarte muy de cerca. —Su respiración cálida me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja—. No veo el momento de quedarme a solas contigo.

Es oficial: he subestimado a Dominic Falsone, y ahora voy a pagar las consecuencias.

Capítulo 13

Dominic

Andrea acaba de explicarme que nuestros socios albaneses han saboteado uno de nuestros cargamentos. La noticia no me pilla por sorpresa, pues nunca confíe del todo en ellos. Lo que de verdad me molesta es que estaba a punto de lidiar con mi complicada prometida y ahora tengo que encargarme de este acto de rebelión.

Nadie subestima a Dominic Falsone y vive para contarlo.

Entonces, ¿por qué no he actuado cuando Lucrezia me ha abofeteado? Mi cerebro debe de estar muy jodido, pues he tenido una ganas tremendas de besarla después de sentir sus dedos en mi mejilla. Todavía me escuece. Mi salvaje prometida pega muy fuerte. Nunca imaginé que mi tipo de mujer sería violenta y mentirosa. Esto se pone cada vez más interesante.

—¿Quieres que yo me encargue? —sugiere Andrea—. Parecías muy ocupado antes de que te interrumpiera.

Su tono acusador me pone de malhumor. Él no lo entiende. ¿Cómo iba a hacerlo? Yo todavía estoy tratando de digerir que siento una atracción incontrolable por Lucrezia Morello.

—Mi compromiso no es asunto tuyo —le espeto—. Yo me ocupo de él.

Me refiero al tipo que han encontrado saboteando uno de nuestros camiones. Ese pobre desgraciado solo es un peón y voy a sacarle información. Nunca me ha importado mancharme las manos de sangre. Es cierto que cuento con hombres que se encargan de estos menesteres, pero no puedes pedirle a los demás que hagan algo para lo que tú no tienes estómago.

En la vida hay que tener agallas.

El tipo está en el sótano, amarrado a una silla. Está amordazado e intenta chillar cuando me ve llegar. Me quito la americana y me remango los puños de la camisa con deliberada lentitud. Luego me dirijo a la mesa que contiene los instrumentos de tortura, escojo una pequeña navaja y me acerco a él. Ya está llorando antes de que le quite la mordaza.

—Esta noche vas a morir —le informo con frialdad—. Tú eliges si es una muerte rápida o lenta y dolorosa. Nada ni nadie va a cambiar tu destino. Puedes decirme todo lo que necesito oír o empezaré a cortarte los dedos. Si creo que me estás mintiendo, te cortaré otra cosa. Si, aun así, decides que no quieres compartir lo que sabes conmigo, buscaré a tus hijas y las torturaré delante de ti.

Jamás le pondría una mano encima a una mujer, ni tampoco torturaría a un familiar inocente para conseguir información, pero sé qué cara poner y qué tono emplear para resultar convincente.

Diez minutos después, consigo lo que quiero y le regalo una muerte rápida. Por fin voy a poder reunirme con mi prometida. Lo estaba deseando.

¿Quién la habrá ayudado a escapar de su habitación?

¿Qué estaba tramando en mi despacho?

Lo único que tengo claro es que hay un traidor entre los míos. Y, cuando lo encuentre, le demostraré a Lucrezia Morello por qué ha cometido un error al creer que podría vencerme.

—No puedo creer que Bernardino Bagarella se haya aliado con los albaneses para derrotarte —dice Marco con incredulidad.

—Yo sí —respondo sin alterarme—. Siempre ha sido un idiota arrogante.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada, por el momento. —Marco me mira confundido—. Bernardino no sabe que estamos al tanto de su traición. Pretendo seguir utilizándolo hasta que las aguas se calmen. No es el momento de iniciar una guerra. Primero me casaré con Lucrezia y acabaré con *Il Diavolo*. Luego me ocuparé de Bernardino. Todo a su debido momento.

Marco asiente con aprobación.

—Sabia decisión.

—Hay algo más.

Lo pongo al tanto de mis sospechas. Marco me escucha con una creciente inquietud hasta que termino.

—¿Estás seguro de que hay un traidor entre nosotros? Es una acusación muy seria. Los hombres no estarán contentos si creen que empiezas a desconfiar de ellos.

—Es demasiada casualidad que Lucrezia deambulara malherida por los alrededores del hotel. Alguien la llevó hasta allí. Y no me trago que haya conseguido forzar la cerradura. Estoy convencido de que uno de los nuestros la ha estado ayudando.

Obviamente, Marco, Andrea y Davide están descartados. Marco es como un padre, y les confiaría mi vida a Andrea y Davide, aunque a veces tengamos nuestros más y nuestros menos.

—Donatello, Angelo y Lorenzo han sido los hombres que han estado a cargo de Lucrezia. Tiene que ser uno de ellos —resuelvo pensativo—. Fingiré que creo a Lucrezia. Al final terminará cometiendo un error y me llevará hasta el traidor.

—¿Serás capaz de actuar con normalidad con ella? —teme mi *consigliere*—. Te conozco. Sé lo mucho que odias a su familia. No te culparía si quisieras castigarla después de lo que ha hecho. Por eso, tal vez deberías alejarte de ella mientras...

—No.

Mi respuesta se gana una mirada ceñuda de Marco.

No voy a alejarme de mi prometida justo cuando he decidido que me pertenece. No sé a dónde me llevará esta nueva obsesión. Lo único que tengo claro es que voy a mantenerla muy cerca de mí hasta que se me pase. Tal vez me he encaprichado de ella porque sé que no puedo

tenerla.

Menos mal que esto último tiene solución.

Capítulo 14

Lucrezia

Estoy sentada en la cama de Dominic Falsone.

Davide está dentro de la habitación y no despega los ojos de mí. Suelto un bufido y me cruzo de brazos para demostrarle que no soy una amenaza. Al fin y al cabo, no puedo hacer nada mientras me vigila sin pestañear.

Me pregunto qué habrá planeado Dominic.

Tal vez decida matarme lentamente. Seguro que eso le divertirá. Lo que no entiendo es por qué no reaccionó después de que lo abofeteara. Mi prometido es una incógnita.

Doy un respingo cuando la puerta se abre. Aprieto los puños y me pongo tensa al ver a Dominic. Tiene la camisa y las manos manchadas de sangre. Supongo que se ha ocupado personalmente de los albaneses a los que se refirió Andrea. Mi corazón se paraliza de golpe cuando mis ojos se encuentran con los suyos. Hay una emoción violenta y contenida en su mirada que me pone los pelos de punta.

—Puedes irte —le ordena.

Davide obedece y sale de la habitación. Menos mal que estoy sentada, porque me tiemblan las rodillas y sé que me caería si intentase ponerme en pie. Dominic se desabrocha los botones de la camisa sin dejar de mirarme. Intento sostenerle la mirada, pero mis ojos resbalan sin querer por su pecho.

—¿Qué haces? —pregunto con la boca seca.

—Voy a darme una ducha. —Camina hacia el baño, pero frena antes de entrar—. No te molestes en intentar escapar. La puerta está cerrada con llave y Davide está justo al otro lado.

Se me escapa un suspiro de alivio cuando entra en el baño. Ni siquiera se molesta en cerrar la puerta. Por un instante, al ver cómo se desnudaba, pensé que intentaría forzarme.

Escucho el agua correr y me muerdo la uña del dedo pulgar. Es evidente que está intentando jugar conmigo. De acuerdo, puedo resistir su manipulación. Solo tengo que mostrarme firme. Jamás delataré a Angelo. Sé lo que Dominic le haría si averiguase la verdad. No soy una traidora ni una desagradecida.

—¿Por dónde íbamos?

Se me cae el alma a los pies al ver a Dominic en el umbral del baño. Solo lleva unos pantalones de pijama. Tiene el torso húmedo y algunas de gotas de agua resbalan por su pecho. Su cabello rubio está despeinado y mojado.

Es tan guapo como malvado. Lo odio.

—¿Quién te ha ayudado a escapar, cariño?

Me sobresalto al escuchar el apodo. Ya estamos.

—No me llames así.

—¿Por qué? —replica con una sonrisa canalla—. Vamos a casarnos. Deberíamos empezar a tutearnos.

—Al menos podrías ponerte una camiseta —farfullo colorada.

—¿Mi desnudez te molesta?

—Me desagrada.

—Qué mentirosa. —Sacude la cabeza y sus ojos brillan con una emoción que me deja descolocada—. Nunca imaginé que tener una esposa pudiera ser tan divertido.

—Todavía no estamos casados —le recuerdo con aspereza.

—Pronto lo solucionaré.

Se sienta a los pies de la cama, por lo que me echo hacia atrás para poner distancia entre nosotros. Él ladea la cabeza y entorna los ojos. Una sonrisa sibilina vuelve a asomar a sus labios.

—No es necesario que culpes a ninguno de tus hombres por lo que ha sucedido. Entiendo que estés molesto conmigo, pero no quiero que haya más muertes —digo con voz trémula—. Puedes torturarme si es lo que te place. No me sacarás nada. Yo soy la única culpable.

—Es curioso. El hombre al que acabo de matar también dijo lo mismo. Solo tuve que cortarle un par de dedos y apuñalarlo en el estómago para que cambiase de opinión y me dijese todo lo que necesitaba saber.

La bilis me sube por la garganta. Es un demonio.

—Seguro que te lo pasarías en grande haciéndome daño.

Dominic deja de sonreír. Sus ojos se oscurecen hasta convertirse en un océano profundo y devastador.

—Nadie va a tocarte un pelo, Lucrezia. Ni siquiera yo.

Su tono categórico me deja sin aliento. No puede hablar en serio. Sé que me desprecia. Tal vez se trate de otro intento de manipulación para que baje la guardia.

—Ahora resulta que tienes escrúpulos —replico con tono mordaz.

—Muy pocos.

Se levanta de la cama, por lo que retrocedo al dar por hecho que va a acercarse a mí. Vuelve a dejarme descolocada cuando se dirige a la cómoda y abre un cajón. Me fastidia no poder leer sus intenciones. Nunca me había pasado con nadie. Los hombres siempre han sido un libro abierto para mí, pero con Dominic no sé a lo que atenerme.

—Espóstate al cabecero, *cariño*.

Me quedo atónita al ver las esposas que me entrega.

—Estás de broma.

—No tengo un gran sentido del humor.

Las esposas cuelgan de su dedo índice. Dominic las balancea delante de mi cara. Respiro

hondo en un intento por no perder la poca calma que me queda. Estaré a su merced si hago lo que me ordena.

—¿Prefieres que lo haga yo? —Dominic se arrodilla a mis pies y pone las manos en mis muslos. Contengo las ganas de darle una patada para que se aparte. Contra todo pronóstico, el roce no es desagradable. Un intenso calor se apodera de mis piernas. Las cierro con fuerza para contener esa sensación tan extraña—. No voy a dormir contigo sin tomar ciertas precauciones. Te he subestimado, *querida*. No volveré a cometer el mismo error.

—¡No vamos a dormir en la misma cama!

—Oh, desde luego que sí. —Sus manos ascienden hasta mi rostro y aprisiona mis mejillas—. Vete acostumbrando, Lucrezia. Vas a dormir en mi cama de ahora en adelante.

Me cuesta respirar al tenerlo tan cerca. Creo que él lo sabe y por eso no me quita las manos de encima. Me cabrea que no me resulte tan repulsivo como intento hacerle creer. Le tengo miedo, por supuesto. Pero hay algo más confuso y poderoso que está naciendo entre nosotros.

—Estás enfermo —balbuceo.

Dominic sonrío de medio lado, como si acabara de hacerle un cumplido. Me pongo tensa cuando me aparta un mechón de la cara con delicadeza. Su roce provoca una tormenta de emociones en mi interior para la que no estoy preparada. La verdad me aplasta el pecho como una losa de hormigón. Estoy tan conmocionada que me cuesta respirar.

¿Qué demonios me está pasando? ¿De repente lo deseo? Joder, no puede ser. Lo odio. Me repugna. Debo de estar delirando. El pánico me está jugando una mala pasada.

—No voy a acostarme contigo —declaro con la escasa determinación que me queda.

—En mis sueños nunca sucede de esa forma.

Lo miro extrañada. No sé a qué diantres se refiere.

—Además, para eso ya tienes a la pelirroja —le recuerdo—. Puedes tener todas las amantes que quieras. No me importa. Me conformo con que te mantengas alejado de mí.

Dominic deja de acariciarme y me mira confundido por unos segundos. Entonces se ríe. Su reacción me pilla tan desprevenida que soy incapaz de abrir la boca.

—Qué curioso.

—¿Qué es curioso? —replico con desconfianza.

—Tú.

Se pone de pie, atrapa mi muñeca y me esposa con rapidez al cabecero. Me quedo paralizada por el estupor, hasta que comprendo lo que acaba de suceder e intento tirar de las esposas. Permanezco un par de minutos forcejeando hasta que me doy por vencida.

—¿Ya estás más tranquila?

—Te odio tanto...

No me queda más remedio que tumbarme de lado para dejarle espacio en la cama. No

pienso quitarle los ojos de encima. Seguro que se despertará en mitad de la noche e intentará asfixiarme con la almohada. Por eso me deja todavía más desconcertada que me tape con la manta antes de apagar la luz.

—Buenas noches, Lucrezia.

—Lo serán para ti.

Obviamente no voy a pegar ojo con un psicópata durmiendo a mi lado. Uno que acaba de alardear de haber torturado a un hombre y huele de maravilla. Así que me aparto de él todo lo que me permiten las esposas hasta que estoy a punto de caerme de la cama.

Lo odio.

Cielo santo, cuánto lo odio.

Capítulo 15

Dominic

Sé que no está dormida.

No la culpo. Es una mujer inteligente que jamás bajará la guardia si debe compartir la cama con su mayor enemigo. Por eso intenta fingir que ha sucumbido al sueño, a pesar de que siento la rigidez de su cuerpo a escasos centímetros del mío.

No la he tocado, aunque me muero de ganas. Sería muy fácil estirar el brazo y enterrar la mano entre sus muslos para demostrarle que puedo satisfacerla. Y luego, que me odie todo lo que quiera. Una cosa no quita la otra.

Pero no soy esa clase de hombre. Jamás he forzado a una mujer y hoy no será la primera noche, incluso si se trata de Lucrezia Morello, la hija del hombre que asesinó a mi familia. Porque los monstruos también tenemos un código. El mío es no hacer daño a mujeres inocentes y niños, aunque supongo que mi prometida no tiene un pelo de inocente. Quizá por eso me gusta tanto. Por lo visto, somos más parecidos de lo que creía.

—No puedes dormir.

Lucrezia no responde. Permanece inmóvil, como si quisiera hacerme creer que se ha rendido al cansancio. Me hace gracia que siga intentando engañarme. Estoy convencido de que siempre se sale con la suya con los hombres. Por desgracia para ella, la calé desde la primera vez que la vi. Tiene ese brillo astuto en los ojos que es imposible ocultar.

—No hace falta que finjas que estás dormida —me burlo.

Mi comentario consigue hacerla estallar.

—Solo te estaba ignorando.

—¿No puedes dormir porque estás asustada? —doy por hecho—. No tienes nada que temer. No voy a hacerte daño.

Su respuesta es una carcajada desprovista de humor. No me cree. Hace bien, aunque haya sido sincero con ella. Me gusta que sea desconfiada. A la gente ingenua nunca le va bien en la vida.

—Tienes mi palabra, Lucrezia.

—Tu palabra no vale una mierda para mí —responde con la voz impregnada de rabia.

—La tuya tampoco tiene demasiado valor —le recuerdo, intentando contener la risa—. No has dejado de mentirme desde que entraste a la fuerza en mi vida.

—Te recuerdo que eres tú el que me ha esposado a su cama.

—Estoy tomando precauciones. Eres peligrosa.

—Y tú un psicópata.

No lo niego. Supongo que lo soy. Los psicópatas distinguen el bien del mal y no sienten remordimientos a la hora de hacer daño a otras personas. Ya no recuerdo la última vez que lamenté haber matado a alguien. En mi mundo, el fin justifica los medios. Así son las cosas. Además, ella es la hermana del líder de la mafia siciliana. Sabe de sobra cómo se las gasta un Don.

—Espósame al cabecero de otra cama —sugiere esperanzada.

Casi me resulta gracioso que tenga tantas ganas de librarse de mí mientras yo solo quiero estar lo más cerca posible de ella.

—¿Y privarme del placer de tu compañía?

—Estás mal de la cabeza.

—En ese caso, *cariño*, lamento decirte que somos tal para cual.

—¡Deja de llamarme cariño! —exclama alterada.

Está forcejeando en vano con las esposas. Me pregunto qué haría si consiguiera liberarse. No sé por qué ese pensamiento me la pone tan dura. Tiene razón. Estoy mal de la cabeza.

—Como quieras, *querida*.

—¡Tampoco me llames querida! —deja escapar un gruñido de frustración al comprender que no puede soltarse—. Sé que esto te parece muy divertido, Dominic. Pero no tiene ni puta gracia. Si tuvieras un ápice de decencia, me tratarías con el respeto que merezco y no disfrutarías torturándome.

Me quedo paralizado por el estupor. ¿Cree que la he esposado al cabecero de mi cama como una especie de tortura psicológica? Porque iba en serio cuando le he dicho que cometí un error al subestimarla. Por eso voy a vigilarla muy de cerca de ahora en adelante. No hay otra verdad oculta. No pretendo humillarla ni asustarla. Ya no.

—Voy a dejarte una cosa muy clara, Lucrezia —digo con tono grave, y siento que ella se tensa—. Ambos sabemos que soy un mal hombre, pero tú no eres una jovencita inocente o indefensa. Estás esposada a mi cama porque eres una jodida embustera y no me fío de ti. Ese es el único motivo. Estás en tu derecho de creer que voy a hacerte daño o que esto se trata de algún tipo de tortura mental, pero te he dado mi palabra: no voy a herirte. Puedes dormir tranquila.

Lucrezia no responde. Me pregunto qué hay dentro de esa cabecita tan calculadora. Ha conseguido embaucar a uno de mis hombres para llegar hasta mí, me ha forzado a casarme con ella delante de los hombres más poderosos de Calabria, y estoy convencido de que quiere deshacerse de mí para salvar a su familia. Joder, odio a los Morello. No obstante, esta arpía mentirosa y astuta tiene todo mi respeto.

—Me sentiría más cómoda si encendieras la luz —dice al fin.

Debería castigarla por haber escapado de su habitación y haberme abofeteado, pero me inclino encima de ella hasta que la oigo contener el aliento. Huele de maravilla. Se me pone dura cuando su pelo me roza la barbilla. Tengo muchísimas ganas de hundirme dentro de ella, pero me limito a encender la lamparita que hay en su mesita de noche. Luego, con gran esfuerzo, me aparto de ella y me tumbo en mi lado de la cama, ofreciéndole el espacio que sé que necesita

para tranquilizarse. Yo, por el contrario, lamento cada centímetro que nos separa.

—¿Mejor así?

—Sí —responde con voz áspera.

Está temblando.

Joder, está asustada.

¿Por qué lo está? Acabo de tener un gesto de buena voluntad. Sumo uno más uno y lo comprendo de golpe. Le ha dado tanto asco tenerme encima que habrá dado por hecho que iba a forzarla. Me entran ganas de darme de hostias. No puedo creer que desee a la única mujer que me mira como si fuera un virus contagioso.

—Sé que no vas a creerme, pero no tienes nada que temer de mí. Yo nunca...

—No vuelvas a decir que no haces daño a las mujeres —me interrumpe con un hilo de voz—. Secuestraste a mi cuñada...

—... para vengarme de tu hermano porque había secuestrado a mi sobrina.

—... cuanto te enteraste de que estaba embarazada, quisiste robarle a su bebé para criarlo como si fuera tuyo.

Me quedo callado. No puedo defenderme de eso. Quería que Massimo sintiera lo mismo que yo cuando te arrebatan lo que más amas. Y sigue siendo mi objetivo. El hecho de que desee con cada fibra de mi ser a su hermana pequeña no cambia nada.

—Y, por si fuera poco —añade con tono afilado—, le pegaste un tiro a mi cuñada cuando mi hermano la rescató. ¿Y tú eres el que dice que no hace daño a las mujeres?

Aprieto los dientes. De acuerdo, se me fue la cabeza cuando el puto Massimo Morello de los cojones secuestró a Antonella. ¿Qué esperaba? Su padre me arrebató a mis seres queridos. A mis padres, mis hermanas y la pobre Fiorella. Durante todos estos años he vivido atormentado por la culpa de no haber podido salvarlos y la ferviente necesidad de proteger a Antonella de toda amenaza. Mi sobrina es lo único bueno que tengo en la vida. Por eso, cuando la secuestró, quise aniquilar a cualquier persona que le importase a *Il Diavolo*. A la mierda, ni siquiera me arrepiento. Le arrancaré la cabeza a cualquiera que le haga daño a Antonella.

—No pienso disculparme contigo por haber protegido a Antonella.

—No esperaba menos de ti —replica con ironía—. No te recrimino el querer proteger a Antonella. Es una niña maravillosa. La diferencia entre nosotros es que yo jamás culparía a un niño de los pecados de su familia.

—Tú hermano no era ningún niño cuando vuestro padre masacró a mi familia.

«Podría haberlo detenido», quiero gritarle. Si no hubiera sido un maldito cobarde, podría haber derrocado a su padre antes de que asesinara a mi familia. Pero decidió mirar para otro lado. Nunca se lo perdonaré. Si Massimo hubiera actuado, tal vez mis padres, mis hermanas y mi prometida seguirían con vida. ¿Cómo no voy a odiar al hombre que tuvo la oportunidad de salvar a mis seres queridos y decidió agachar la cabeza? Es tan culpable como su padre.

—¿En serio crees que Massimo habría podido frenar a mi padre? —su tono es incrédulo

y enfadado—. No tienes ni idea, Dominic. Ni puñetera idea.

—Yo habría hecho algo de estar en su lugar.

—Tú no le llegas a mi hermano ni a la suela de los zapatos.

Me quedo de piedra cuando tira de las esposas para enseñarme el dedo corazón. Si no estuviera tan cabreado, me echaría a reír por ese gesto tan infantil. Respeto su lealtad. Es admirable que defienda a Massimo, incluso si su maldito hermano es un jodido cobarde que se quedó de brazos cruzados mientras su padre torturaba y masacraba a mi familia. Tenía veintiséis años. ¡Podría haberlo frenado! ¿De verdad pretende hacerme creer lo contrario?

—Buenas noches —digo con frialdad.

—Que te jodan.

Capítulo 16

Lucrezia

Me cuelo en su habitación a pesar de que mi padre nos ha ordenado que nos mantengamos alejados de ella. Necesito verla y saber que está bien. Es mi madre. Tal vez nunca se ha comportado como tal, pero no puedo culparla cuando su marido es peor que el demonio.

—Mamá —susurro.

Tiene las rodillas abrazadas contra el pecho, como si esperase un nuevo golpe. Pero papá no la ha tocado. Esta vez se ha limitado a insultarla hasta quedarse afónico. Al verme, percibo esa mezcla de indiferencia y repugnancia a la que ya me tiene muy acostumbrada. Me pregunto si alguna vez nos habrá querido a Massimo y a mí.

—¿Estás bien? —pregunto con cautela.

—No deberías estar aquí.

Su tono es frío y huraño. Ya ni siquiera echo de menos tener una madre amorosa como la del resto de mis amigas. Me conformaría con que no nos despreciara. Nuestro padre siempre ha sido vil y retorcido, así que jamás hemos esperado que él nos viera como algo más que peones de su macabro juego. Pero a ella sigo sin entenderla. No logro comprender qué hemos hecho mal para que nos mire como si fuéramos el peor error de su vida.

—Solo quería saber que...

—Ojalá no hubieras nacido. —Sus palabras se clavan en mi corazón para resquebrajar la poca inocencia que me queda—. Creí que ese monstruo me dejaría en paz después de haberle dado un heredero varón. Pero me forzó hasta que volvió a dejarme embarazada. Odio mirarte todos los días. Eres el recuerdo de lo que me hizo.

Retrocedo conmovida y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Yo no tengo la culpa...

—Eres igual que él —dice con asco—. Sois iguales que él.

—Massimo y yo no somos... —balbuceo.

—Dos monstruos. Los hijos de un monstruo son monstruos. Eso es lo que sois. Tu maldito padre necesita que sea su trofeo, pero jamás podré querer a ese malnacido ni sentiré un ápice de amor por sus hijos.

—Tus hijos —la corrijo sin poder dejar de llorar—. Por mucho que te duela, somos tus hijos.

Mi madre suelta un grito desde lo más profundo de la garganta. Es tan desgarrador que me hace retroceder hasta la puerta.

—¡Te odio! —me grita fuera de sí—. ¡Os odio! ¡Sois como él!

Alguien me saca a rastras de la habitación mientras le suplico a la madre que nunca me

ha querido que deje de decir que me odia. Que no me parezco en nada a él. Que no tengo la culpa de que él sea mi padre.

—¡No soy como él! —chillo rota de dolor—. ¡No es culpa mía!

Unos brazos me estrechan contra un pecho duro y cálido. Me retuerzo y grito. El hombre que me abraza deja que lo golpee. Alguien entra en la habitación y le pregunta si va todo bien. Él le ordena que se largue. La puerta vuelve a cerrarse y yo sigo gritando, llorando y golpeándolo hasta que me quedo completamente vacía.

—Tranquila —me susurra al oído una voz grave—. Estás a salvo, Lucrezia.

—No es culpa mía —musito sin dejar de llorar—. No soy como él. No lo soy. No soy como él.

—No es culpa tuya.

Me estrecha entre sus brazos cálidos y fuertes. Siento que, en este momento, él es lo único que me sostiene y me impide perder la cordura. Estoy tan conmocionada y dolida por los recuerdos de un pasado del que llevo tanto tiempo huyendo que no reacciono cuando me frota la espalda y me promete con voz grave que no es culpa mía. Que todo va a estar bien. Que ahora estoy a salvo.

No sé por qué lo creo. Hay algo poderoso y salvaje en su voz. Una confianza aplastante que consigue tranquilizarme. Hasta que su boca se posa en mi frente y me da el beso más dulce, protector y desconcertante que he recibido en toda mi vida.

Abro los ojos de par en par y veo el rostro preocupado de Dominic a través de las lágrimas. No sé en qué momento me ha desatado, pero solo tardo un segundo en recobrar mi instinto de supervivencia y le doy un empujón para apartarlo de mí. Él ni siquiera se inmuta.

—Por fin has vuelto —dice aliviado.

Como si le preocupase mi bienestar. Como si... le importara.

—Aléjate de mí.

Mi voz es demasiado débil para que me haga caso. Sin embargo, Dominic sale de la cama sin objetar. Se me queda mirando de una forma que me oprime el pecho. Tengo el rostro empapado por las lágrimas. Estoy en mi momento más vulnerable. No soporto que sea él quien me haya visto perder el control.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta con tacto.

Me limito a asentir. Tengo un nudo en la garganta y sé que romperé a llorar de nuevo si le respondo.

—¿Tus pesadillas son muy frecuentes?

Me niego a creer que esté preocupado por mí. Debe de estar jugando conmigo. Seguro que quiere que baje las defensas y confíe en él. Así me hará más daño cuando vuelva a ser el hombre que me odia por mi apellido.

—Lucrezia...

Levanto las manos para que no siga. Mantengo la mirada clavada en las sábanas arrugadas. Si lo miro a los ojos, estoy perdida. Porque no hay nada que necesite más en este momento que un abrazo y un puñado de palabras reconfortantes. Ojalá Massimo o Marcella estuvieran aquí. Ellos me quieren de verdad. No como mis padres. No como Dominic.

Siento una mezcla confusa de alivio y abandono cuando Dominic se marcha. Creo que habría perdido la cabeza si él no me hubiera despertado. Ha sido sorprendentemente tierno. No lo entiendo. No quiero comprenderlo.

Me acaricio las muñecas doloridas.

Me ha desatado.

¿Por qué, de repente, finge que le importo?

¿Qué gana con ello?

Hace pocos días me prometió que convertiría mi vida en un infierno. Sabe que le he mentado. Lo he abofeteado. Ese hombre me odia, por el amor de Dios. No puede abrazarme y susurrarme palabras de consuelo después de haber tenido una pesadilla. Va a conseguir que pierda el juicio.

—He pensado que te vendría bien.

Me pongo tensa cuando reaparece con una taza de... *Un segundo* ¿chocolate caliente? Parpadeo confundida. Sí, es una humeante taza de chocolate caliente. Tengo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas. Marcella —mi niñera y lo más parecido que he tenido a una madre—, siempre me prepara un chocolate caliente cuando tengo una pesadilla.

Observo a Dominic con suspicacia cuando deja la taza en la mesita de noche. Él comprende lo que estoy pensando.

—No está envenenada.

Sabe que no me fío de él, así que vuelve a coger la taza y le da un pequeño sorbo. De repente, siento la absurda necesidad de posar los labios sobre la taza para sentir el regusto de los suyos.

Sí, algo patético e irracional, producto, probablemente, de que todavía sigo conmocionada por la pesadilla.

—Bebe un poco, te sentirás mejor.

Lo acepto a regañadientes, pues necesito beber algo dulce y entrar en calor. Dominic vuelve a pillarme desprevenida cuando me tapa las piernas con la manta. Definitivamente estoy alucinando. No tiene sentido que esté cuidando de mí.

—Si pretendes que me fíe de ti después de haberme visto en mi momento más vulnerable...

—¿Podemos firmar una tregua por una sola noche? —sugiere con un tono esperanzado que derriba todas mis defensas de golpe—. Mañana puedes volver a odiarme. Pero permite que esta noche cuide de ti, Lucrezia.

—No entiendo qué ganas con esto.

—No soporto que llores.

Aferro la taza con ambas manos y lo miro a los ojos. Parece sincero y decido fiarme de mi instinto. Nunca lo había visto tan deshecho. Es como si supiera lo que se siente. Es como si...

—Tú también tienes pesadillas —adivino. Sé que he dado en el clavo cuando permanece en silencio—. Por eso sabías lo que tenías que hacer.

—No voy a irme de la habitación —me aclara—. Pero puedo dormir en el suelo si eso te hace sentir más cómoda.

Le doy un sorbo al chocolate para ocultar el rubor que tiñe mis mejillas. No soporto dormir sola después de tener una pesadilla. Normalmente me acurruco con Marcella para que ella me cante una nana. Sé que es infantil, pero me calma.

—No quiero dormir sola.

Dominic me mira como si no me hubiera oído bien. Pongo los ojos en blanco.

—No me hagas repetirlo en voz alta.

Doy por hecho que va a aprovechar la situación para tomarme el pelo, por eso me sorprende tanto que se tumbe a mi lado en la cama. Mi cuerpo se relaja de inmediato. Si fuera Marcella, le pediría que me abrazara y me prometiera que no me va a suceder nada malo. Pero no es mi niñera. Es un hombre que me odia y ha jurado destruir a mi familia. Todo es muy absurdo.

—¿Qué...? —El corazón me da un vuelco al sentir su brazo alrededor de mi cintura.

—Sé que quieres que te abrace, pero eres demasiado orgullosa para decirlo, y yo ya he decidido que te daré todo lo que necesites sin que tengas que pedírmelo —murmura con voz ronca contra mi nuca. Quiero protestar que se equivoca, pero lo único que escapa de mis labios es un gemido de alivio cuando me estrecha contra su pecho duro y cálido. Porque me siento a salvo—. Descansa, Lucrezia. Mañana será otro día. Esta noche no tienes nada que temer.

Lo peor de todo es que le creo.

Ahora confío en Dominic Falsone. Mañana espero recobrar el buen juicio para volver a odiarlo. Pero, esta noche y en sus brazos, me siento inesperadamente protegida.

Capítulo 17

Dominic

Me despierto abrazado a una mujer muy hermosa, y también muy empalmado. Se me escapa un gruñido de dolor. He pasado la mejor y la peor noche de mi vida. El olor de Lucrezia es la droga más adictiva que he probado nunca. Por no hablar de lo bien que me he sentido al apretar su cuerpo delgado contra el mío. Y la sensación protectora que me invadía cada vez que ella estaba a punto de sucumbir a una pesadilla y la acunaba con suavidad para que supiera que estaba a salvo conmigo. Joder, estoy en un lío. Hace unos días le prometí que lamentaría haberme dejado en evidencia delante de mis socios, y ahora lo único que quiero es encontrar la forma de retenerla a mi lado. A cualquier precio.

Es la primera vez que comparto la cama con una mujer para otra cosa que no sea follar. Ni siquiera le he permitido a Camilla dormir conmigo. Esto no tiene ningún sentido. Pero me siento tan bien...

Obviando el hecho de que mi polla está a punto de estallar. Es increíble que no haya perdido el control. Apenas habré descansado un par de horas, pues estaba demasiado ocupado imaginando cómo le bajaba el pantalón del pijama, le arrancaba las bragas y me hundía dentro de ella. Por suerte para mi prometida, todavía me queda una pizca de decencia. Se lo debo a mis padres. Ellos me educaron para que fuera un hombre que siempre tratase con respeto a las mujeres. Un buen Don. Un tipo con principios en un mundo de mierda. En fin, sé que estarían muy decepcionados al ver en lo que me he convertido.

Me aparto de mi prometida con mucho esfuerzo. Quiero seguir abrazado a ella, aunque me vaya a estallar la erección. Me gustaría apartarle el pelo de la cara, darle un beso en la mejilla y preguntarle qué le apetece desayunar. Quiero mimarla y protegerla. Quiero...

«Pero ¿qué cojones...?».

Salgo de la cama hecho una furia. Me paso las manos por el pelo y observo a la mujer que duerme plácidamente en mi cama. Puedo soportar esta atracción salvaje. Lo que jamás me entrará en la cabeza es que me preocupe por ella. Porque la odio, joder. Es una Morello, maldita sea. No puedo olvidarlo.

Sin embargo, el corazón se me encoge al recordar que anoche tuvo una pesadilla. En aquel momento me pareció tan frágil que quise entrar en sus sueños para aniquilar a la persona que le hacía tanto daño.

No dejaba de repetir que no era culpa suya. Que no era como él. Y soy lo bastante listo para comprender que se refería a su padre. Porque si algo he aprendido después de conocer a Lucrezia es que los hijos no son culpables de los pecados de sus padres. Excepto *Il Diavolo*, al que voy a enviar directo al infierno y con el que doy por hecho que me reuniré cuando la palme, pues yo tampoco soy un buen hombre.

—Eres un gran problema, *cariño* —le digo en voz baja.

Voy al cuarto de baño, me quito los pantalones y entro en la ducha. No me siento mejor después de que me golpee el chorro de agua tibia. Sé lo que necesito: la boca carnosa de Lucrezia en mi polla. Me encantaría correrme dentro de ella. Agarrarla del pelo, clavársela hasta el fondo de la garganta y mirar sus ojos verdes mientras me succiona hasta el alma.

Me masturbo con esa maravillosa imagen en la cabeza. Ya he llegado a la conclusión de que Lucrezia va a ser mi perdición. Tal vez logre vencer esta obsesión tan primitiva si me acuesto con ella. Pero algo me dice que nunca tendré suficiente. En lo que respecta a Lucrezia, siempre querré más. Ni siquiera he probado sus labios y estoy convencido de que querría morir pegado a su boca.

—Lucrezia...

Echo la cabeza hacia atrás, pongo los ojos en blanco y acelero el ritmo. Aprieto mis huevos con la otra mano e imagino que es la suya la que me lleva al abismo. Es todo lo que necesito para correrme como un animal. Entonces abro los ojos y me encuentro con la expresión boquiabierta de Lucrezia.

Por un instante, creo que la lujuria me ha jugado una mala pasada. Hasta que ella retrocede conmocionada y choca con la puerta. Tiene la mirada clavada en mi miembro todavía erecto. Un buen hombre pensaría «mierda, me ha pillado», y soltaría alguna excusa para salir del paso. Pero soy demasiado arrogante para sentirme avergonzado de que me haya descubierto masturbándome mientras pronunciaba su nombre. Así que me limito a apoyar la espalda en la pared de azulejos y sigo acariciándome la polla con lentitud.

La tengo más dura que antes.

—Yo... —balbucea con los ojos muy abiertos— pensé que te habías ido. No estaba husmeando. Solo quería usar el baño.

—¿Quieres ayudarme? —pregunto con malicia—. Sé que lo necesitas tanto como yo.

Sus mejillas se tiñen de un intenso rubor. Se lame el labio inferior y se me escapa un gemido por culpa de ese gesto involuntario y tremendamente sexy del que estoy convencido de que no ha sido consciente. Está despeinada, sonrosada y hambrienta de algo que puedo darle si tiene las agallas de venir hasta aquí. Porque su reacción acaba de demostrarme que esta atracción no es unilateral.

—Lucrezia, entra en la ducha —le ordeno con voz ronca—. Ponte de rodillas, abre la boca y sé una buena chica conmigo. Luego te lo compensaré con creces.

Ella se queda paralizada por el estupor. Sus ojos siguen el recorrido de mi mano derecha. La muevo de arriba abajo para enseñarle cómo me gusta que me toquen. Estoy convencido de que va a obedecerme. Se muere de ganas. Lo veo en sus ojos. Por eso me pilla tan desprevenido cuando sacude la cabeza y sale de su estado de shock. Entonces forcejea con la manilla de la puerta durante unos segundos en los que es incapaz de abrirla y luego huye despavorida sin mirar atrás.

Maldigo para mis adentros.

«Por muy poco».

«Pronto serás mías, *cariño*».

Al fin y al cabo, no puede escapar eternamente de lo que está naciendo entre nosotros.

Capítulo 18

Lucrezia

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Oh, joder. Acabo de ver a Dominic Falsone masturbándose en la ducha mientras pronunciaba mi nombre y, en lugar de haber querido matarlo, he sentido unas ganas tremendas de desnudarme, ponerme de rodillas y abrir la boca como una puta sumisa. Porque observar cómo se daba placer a sí mismo es lo más erótico que he visto en mi vida.

Estaba fantaseando contigo, murmura la vocecilla de mi cabeza. *Te ha puesto a mil.*

La ignoro y camino hacia mi habitación con Davide siguiendo mis pasos. Me encierro de un portazo. Necesito estar a solas. Buena suerte si se atreve a entrar. Menos mal que es lo bastante avisado para quedarse al otro lado.

«Vaya, vaya».

Sonríó sin poder evitarlo.

«No soy tan insulsa, insignificante y para nada atractiva como decías, Dominic. Porque resulta que me deseas y te moría de ganas de que entrara en esa ducha para meterme tu polla en la boca».

Y tú también lo deseas, estúpida, me reprocha de nuevo la voz.

Mierda, ¿qué me está pasando? ¿Desde cuándo me van los tipos tóxicos? ¿En qué momento me he convertido en la clase de ingenua que se sienta atraída por un psicópata narcisista que quiere destruir a mi familia?

Debe de ser el síndrome de Estocolmo. Vale, él no me ha secuestrado. Fui yo la que lo pilló por sorpresa y lo obligó a casarse conmigo. Pero supongo que estoy confundida porque anoche me reconfortó en un momento vulnerable, y nadie puede negar que Dominic Falsone es un hombre muy muy atractivo.

Lo sigo despreciando con todas mis fuerzas. Estoy convencida de que soy capaz de separar la atracción del odio. En el fondo es una ventaja, porque ahora sé que Dominic me desea y puedo utilizarlo a mi favor si no consigo matarlo antes.

Solo tengo que mantener la cabeza fría y las manos apartadas de él. A no ser que vuelva a esposarme al cabecero de su cama. En ese caso estoy bien jodida.

Alguien llama a la puerta. Respiro hondo, enderezo la espalda y finjo estar al mando de la situación. No voy a volver a pensar en el cuerpo desnudo de Dominic. Ni de coña. Ni en el tamaño de su polla. Porque la tiene enorme, cómo no. El muy desgraciado está hecho para poner a prueba el autocontrol de cualquier mujer que no sea ciega.

—Hola —saludo a Davide con sequedad.

El hombre de confianza de mi némesis me mira con suspicacia. Creo que sospecha que ha sucedido algo dentro de la habitación de Dominic. Me ha visto salir muy alterada. No es tonto.

—Dominic quiere que bajes a desayunar.

—Pensé que iba a tenerme siempre encerrada en la habitación.

—Parece que ha cambiado de opinión.

«No te emociones. Es evidente que está jugando contigo. Te está manipulando para que confíes en él. Anoche cuidó de ti y ahora finge que le importa tu bienestar. Pretende que bajes la guardia. Así te hará más daño cuando te destruya».

Sigo pensando que está muy bueno. Date una alegría. La vida son dos días.

«¿Te puedes callar?».

Soy tu subconsciente. El dueño de tus mayores deseos y anhelos prohibidos. Tranquila, tu secretito está a salvo conmigo.

Uf, maldita voz interior.

Soy más lista que él. Puedo mantener a raya esta atracción tan inoportuna y que culminará cuando lo mate. Entonces podré volver con mi familia y fingiré que nunca me sentí tentada por nuestro mayor enemigo.

Capítulo 19

Dominic

Davide todavía me mira con desconfianza, lo que me pone de peor humor del que ya estaba. No pienso darle explicaciones. Lucrezia es asunto mío y yo decido cómo resolverlo. Me importa un carajo que todos se hayan quedado descolocados cuando la he invitado a desayunar con nosotros como si fuera una más de la familia. Me conocen lo suficiente para saber que no toleraré que nadie me ponga en entredicho.

Me sienta como una patada en el estómago que Lucrezia me ignore con tanta facilidad. Ha vuelto a convertirse en esa joven calmada y en apariencia inofensiva que ambos sabemos que no tiene nada que ver con la mujer calculadora e inteligente que se ha metido a la fuerza en mi vida. Porque Lucrezia Morello no tiene un pelo de tonta.

Me fastidia más de lo que estoy dispuesto a admitir en voz alta que ni siquiera me mire de reojo mientras que, por el contrario, yo no puedo quitarle los ojos de encima. Joder, me la estoy follando con la mirada. Iré derecho al infierno, de eso estoy seguro. Mientras tanto, averiguaré la forma de conseguir que se meta en mi cama por su propia voluntad. Porque sé que me desea tanto como yo a ella. Bueno, tal vez eso haya sido una exageración. *Me desea*, a secas. Lo que yo siento por ella va más allá de la lógica. Es peligroso, salvaje y muy irracional.

Tengo que acostarme con ella antes de que cometa alguna locura.

Ni siquiera me molesta que esté cerca de Antonella. Eso es muy malo. Mi sobrina es la persona más importante de mi vida y debería enfurecerme que Lucrezia la regañe por no comerse todo el desayuno, como si la niña le importase. El problema es que soy incapaz de cabrearme con ella cuando anoche descubrí una faceta suya que me dejó muy impactado. Así que ya no puedo seguir culpándola por los pecados de su padre, pues sé que sus pesadillas son fruto del dolor que la persigue por ser la hija de ese monstruo.

—Ha llegado —me informa Marco en voz baja.

Me pongo en pie justo en el momento que Lucrezia levanta la cabeza. Nuestras miradas colisionan. Puedo ver más allá de su fachada impertérrita. En sus ojos hay recelo y algo más denso que no logro descifrar. Aparta la vista y me percató de que aprieta el tenedor con mucha fuerza mientras vuelve a regañar a Antonella por no comer lo suficiente.

—¡No puedes echarme la bronca! —protesta mi sobrina—. Tú no eres mi madre.

Lucrezia se queda petrificada por semejante contestación. Mi lengua es más rápida que mi cerebro.

—Sí puede —la contradigo para sorpresa de ambas—. Lucrezia y yo vamos a casarnos. Formará parte de nuestra familia y la obedecerás al igual que a mí.

—A ti casi nunca te hago caso —responde con una risilla. Engulle un trozo de beicon y habla con la boca llena—. ¿Eso significa que serás mi tía? ¿Por qué vais a casaros si no os lleváis bien? Quiero un hermanito. ¿Cómo se hacen los bebés?

—Eh... —Me rasco la nuca. Ludovica, que está fregando los platos, me lanza una mirada malhumorada—. Termina de desayunar. Andrea te llevará al colegio.

—¡Tío Dominic! —protesta enfurruñada—. No has respondido a mis preguntas.

—No hables con la boca llena. Es de mala educación —le riñe Lucrezia, que me está mirando como si quisiera matarme—. Nadie va a darte un hermanito. Tu tío te explicará cómo se hacen los bebés cuando cumplas doce años. Y vamos a casarnos porque, a veces, en nuestro mundo, el matrimonio solo es un negocio.

Me cabrea que tilde el compromiso de ser un negocio, pues ambos sabemos que lo nuestro es mucho más complicado.

—Yo solo voy a casarme por amor —promete mi sobrina.

—Eso espero. —Lucrezia le da una palmadita cariñosa en la mano—. Nadie debería aspirar a menos.

Si las miradas mataran, ya estaría muerto y enterrado. Ni siquiera se inmuta cuando la intimido desde la distancia. Me entran ganas de gritarle que no fui yo quien nos puso en esta situación. Yo no fingí que me habían atacado, interrumpí una reunión muy importante, vomité un montón de mentiras y la arrastré a este compromiso en el que el amor brilla por su ausencia.

—¿Qué demonios ha sido eso? —me pregunta Marco cuando salgo de la cocina hecho una furia.

Eso se llama Lucrezia Morello y va a volverme loco.

—¿Dónde está? —ignoro su pregunta porque no puedo darle una respuesta sincera.

—En tu despacho. —Mi *consigliere* me mira preocupado—. Davide me ha contado que anoche te pilló abrazándola y que le llevaste un chocolate caliente a la cama. No te reconozco, Dominic. Nunca has sido cariñoso. Te estás poniendo en plan blando. ¿Qué mosca te ha picado? Creí que la odiabas.

Aprieto la mandíbula. Menudo golpe más bajo.

—Davide debería aprender a mantener la boca cerrada. ¿De verdad te parezco un puto blandengue? Te recuerdo que tenía dieciocho años cuando me convertí en Don. He perdido la cuenta del número de personas a las que he matado. Jamás me ha temblado la mano a la hora de quitar una vida. De hecho, tú fuiste el que me frenó cuando estuve a punto de matar a la mujer de Massimo. Siempre has sido la voz de mi conciencia. ¿Y ahora me vienes con esas?

—Ella te hace débil. Corrígeme si me equivoco —guardo silencio porque tiene razón—. Te has obsesionado con tu prometida. Nunca pensé que tendrías que decirte algo así, pero creo que has olvidado que es la hermana de *Il Diavolo*.

—No —le espeto irritado—. Te aseguro que no lo he olvidado.

Sin embargo, cuando entro en mi despacho para reunirme con el sobrino de Bernardino Bagarella, tengo la impresión de que estoy cometiendo un grave error al mantener a Lucrezia Morello cerca de mí.

Michele Bagarella es el sobrino de Bernardino, el mismo hombre que me ha traicionado con los albaneses y al que desprecio desde que tengo uso de razón. Todavía no he acabado con él porque es un aliado muy útil. La venganza es un plato que se sirve frío y aún lo necesito en mi guerra contra *Il Diavolo*. Ya me desquitaré con él después de deshacerme del hermano de Lucrezia. La paciencia es una virtud.

Michele es casi tan despreciable como su tío. Una de sus mayores aficiones son las jovencitas virginales. Lamentablemente, no puedo matarlo sin desatar una guerra con Bernardino y los albaneses. Todo a su debido tiempo.

—Deberíamos elegir otro recorrido —sugiere en cuanto entro en el despacho—. Las cosas no salieron bien la última vez. Mi tío está muy disgustado por lo sucedido con los albaneses. Ha perdido mucho dinero por tu culpa.

Enmascaro mi rabia bajo una máscara gélida. Bernardino me las pagará por su traición, pero todavía no. El conocimiento es poder.

—Dile a tu tío que no se preocupe por las pérdidas. El próximo cargamento llegará a su destino sin problemas.

Lo que no sabe este idiota es que el camión con el cargamento correcto ya ha zarpado por una ruta alternativa. Voy a tenderles una trampa. Bernardino, como la rata traidora que es, les indicará a los albaneses la ubicación del camión equivocado, y ellos se llevarán una sorpresa cuando lo incauten y descubran a cientos de hombres armados. Así me libraré de los albaneses y pondré a Bernardino contra las cuerdas.

Será una masacre. Me encantan los finales felices.

—¿Una copa? —le pregunto con falsa cordialidad.

Michele asiente. Es la clase de alcohólico que nunca rechazaría un buen whisky. Sirvo una sola copa, pues tengo jaqueca por culpa de mi encontronazo de hace unos minutos con mi prometida.

Michele se bebe la copa de un trago.

—¿Ya te has follado a esa zorra?

Su pregunta me pilla con la guardia baja. Michele se ríe como si acabara de hacer la broma más elocuente. Aprieto los puños. Al final resulta que sí voy a acabar con él antes de tiempo.

—¿Acabas de insultar a mi prometida? —pregunto con una calma peligrosa.

—Todos sabemos que se la tienes jurada a los Morello. Nadie te culpará por divertirte con esa putilla. Tiene pinta de ser una frígida de cojones. Nada que no se pueda resolver con un poco de mano dura.

Cruzo la distancia que nos separa como una exhalación para hacer que se trague su lengua. Voy a matarlo lentamente por haber insultado a Lucrezia. A la mierda la contención. Apenas le he puesto las manos encima cuando se tambalea hacia atrás. Maldito cobarde. Su

rostro pierde todo el color y abre la boca como si el aire hubiera abandonado de golpe sus pulmones.

Lo miro confundido. ¿Qué le pasa? Ni siquiera lo he tocado.

Michele se retuerce de dolor y me mira con los ojos desorbitados por culpa del miedo. Sabe que va a morir. Un hilo de sangre brota de sus labios antes de desplomarse sobre el escritorio como el saco de mierda que es.

Está muerto.

Marco entra en el despacho al escuchar el golpe. Se queda mirando a Michele con expresión descompuesta.

—¿Qué has hecho? —me recrimina—. ¡Tenías un plan! Ibas a utilizar a Bernardino hasta que dejara de serte de utilidad. ¿Cómo vas a explicarle que te has cargado a su sobrino?

Le doy una patada a Michele para comprobar que no respira. Luego me encojo de hombros.

—A mí no me mires —respondo tan desconcertado como él—. No me ha dado tiempo a matarlo. Alguien ha sido más rápido que yo.

Marco se agacha para inspeccionar a Michele. Chasquea la lengua y señala la copa de whisky que hay en mi escritorio.

—Lo han envenenado.

Me quedo inmóvil por culpa de la conmoción. Michele ha empezado a sentirse mal después de beber el whisky que yo mismo le he servido. Todos los días tomo una copa. Anoche sorprendí a Lucrezia en mi despacho y estaba muy nerviosa y asustada. Me rasco la barbilla y me echo a reír sin dar crédito.

Me quito el sombrero con ella. Es más retorcida de lo que pensaba.

—El veneno era para mí.

—¿Qué...?

—Lucrezia ha intentado matarme.

Marco se queda perplejo. Va hacia el decantador y coge la botella para observarla. Sacude la cabeza sin dar crédito.

—¿Cómo sabes que ha sido ella?

Le explico que anoche la pillé en mi despacho.

—Tienes que deshacerte de esa mujer.

—No. —Esbozo una amplia sonrisa. Tengo otros planes—. Voy a hacer algo mucho mejor.

—Dominic, no sé qué se te está pasando por la cabeza, pero...

—Somos almas gemelas —le digo sin poder dejar de sonreír.

Mi *consigliere* me observa como si me hubiera vuelto loco. Él jamás podrá entenderlo.

Lucrezia y yo somos iguales. Mi mentirosa, astuta y valiente prometida ha intentado matarme para proteger a su familia. Algo muy parecido al respeto crece en mi interior.

Ahora más que nunca quiero que sea mía.

Sí, lo sé. Tengo el cerebro muy jodido. Otro decidiría deshacerse de la mujer que ha intentado matarlo. Pero yo no soy un hombre cualquiera.

Capítulo 20

Lucrezia

No sé a qué está jugando Dominic, pero no voy a caer en su trampa. Ahora resulta que no le importa que pase tiempo con su sobrina o la regañe por no alimentarse como es debido. Todavía no he olvidado que hace unos días se puso hecho una furia cuando la encontró en mi habitación.

«No cuela, Dominic. Nuestro odio es mutuo, al igual que esta ridícula e inoportuna atracción».

Pues te lo follarías encantada, me sermonea la voz.

«¡Cállate!».

Al menos me ha dejado un poco más a mi aire. Davide se ha convertido en mi sombra y me sigue a todas partes, pero ya no estoy obligada a permanecer encerrada en una habitación. Lo malo es que Dominic ha perdido la confianza en el resto de sus hombres y ahora Davide se turna con Andrea para vigilarme. Es lógico; son sus dos hombres de confianza. Eso significa que voy a permanecer alejada de Angelo. En el fondo nos vendrá bien estar distanciados. No quiero que Dominic sospeche de él, y tengo muy claro que la vena sobreprotectora de mi amante podría jugar en mi contra.

Estoy apoyada en la barandilla del mirador con vistas a la playa de agua cristalina y arena rosa. Se me escapa un suspiro de añoranza. Echo muchísimo de menos mi hogar. Adoraba dar largos paseos por la orilla de la playa y jugar al ajedrez con Massimo. Sé que voy a perderme el nacimiento de mi sobrina, lo que me parte el alma. Mi hermano se ha sacrificado por nosotros durante toda la vida y ahora me toca a mí proteger a la familia. Por eso no me arrepiento de la decisión que he tomado.

—Aquí estás.

Su voz es una caricia cálida e inesperada. Me pongo en alerta de inmediato. Intento que el pánico no me traicione. Mantengo la vista clavada en el mar y la espalda muy recta. Tengo que fingir que no planeo matarlo.

—Déjanos solos —le ordena a Davide.

Estoy atacada antes de que su amigo se marche. Ni siquiera lo miro cuando se coloca a mi lado. Él, por el contrario, me está observando con muchísima calma.

—Buen intento —dice con tono burlón—. Reconozco que has vuelto a sorprenderme. No esperaba que tuvieras tantas agallas.

Lo miro de reojo. No sé a qué se refiere.

—¿De qué hablas?

—Envenenar el whisky ha sido una jugada *casi* maestra.

Me pongo pálida. Un sudor frío me corre por las sienes. Siento como un centenar de arañas trepan por mi columna. Oh, dios, lo había olvidado. Anoche sucedieron tantas cosas que

parece que hace más tiempo que envenené el whisky. Y Dominic lo ha averiguado.

No está muerto.

¿Por qué diantres no la ha palmado?

Qué mala suerte.

Estoy furiosa conmigo misma. Me giro hacia él con una fingida entereza y lo miro sin pestañear. Estaré perdida si parezco asustada.

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, *cariño* —responde con sorna. Cualquiera diría que la situación le divierte—. Sé que has sido tú. Anoche te pillé en mi despacho.

—Te repito que no sé de qué me hablas. —Levanto la barbilla con ademán orgulloso—. Tu acusación es de muy mal gusto, Dominic. Se cree el vulgar asesino que todos son como él. Yo jamás he matado a nadie. Soy incapaz de hacerle daño a una mosca.

Hay un brillo malicioso e inteligente en sus ojos. Se inclina hacia delante, pero me niego a retroceder. Estoy cansada de demostrar que le tengo miedo. Agarra la barandilla, con las manos a cada lado de mi cuerpo. Me tiene encerrada. El pánico trepa por mi garganta. Las comisuras de su boca se elevan en una sonrisa. Debería estar furioso por mi intento de asesinato. Está fatal de la cabeza.

—Mentirosa —murmura a escasos centímetros de mi boca—. Mi despiadada, calculadora y bella prometida.

Trago saliva.

No entiendo a este hombre. ¿Por qué tiene la mirada clavada en mis labios como si quisiera besarme? ¿He intentado matarlo! Por el amor de dios, cualquier hombre con sentido común se vengaría de mí por lo que he hecho.

Levanto los brazos para apartarlo de mí. De repente, el aire se ha enrarecido. Todo es demasiado confuso. No puedo pensar con claridad. Un calor asfixiante se apodera de mi cuerpo cuando mis manos se apoyan en su pecho para darle un empujón que no lo mueve ni un centímetro.

—Aléjate de mí —le ordeno con un hilo de voz.

—No es lo que quieres —me contradice con arrogancia—. Esta mañana deberías haber entrado en la ducha para chupármela, *cariño*.

—Oblígame —lo reto.

—No hace falta. Te mueres de ganas.

No puede estar hablando en serio. Maldito arrogante...

—Estás delirando. Primero me acusas de haber intentado envenenarte y luego presumes de que quiero meterme tu polla en la boca. —Sus ojos se oscurecen cuando me lamo el labio inferior con deliberada lentitud—. Necesitas ayuda, Dominic. Has perdido el juicio.

—Te tengo *tan* calada que resulta muy divertido que intentes manipularme. —Me encojo

cuando levanta una mano al dar por hecho que va a golpearme como escarmiento por haber intentado matarlo. Por eso me pilla tan desprevenida que me acaricie la mejilla con algo muy parecido a la ternura—. Apuesto a que nadie te conoce de verdad, *mentirosilla*. ¿Sabe tu hermano de lo que eres capaz? Seguro que no. De lo contrario, no me habría suplicado que te dejase regresar a Sicilia. Quiere intercambiarse contigo. Es muy generoso por su parte. Menudo idiota, eh. No sabe que no tiene nada que temer porque eres una fierecilla embustera y astuta capaz de apañárselas muy bien sola.

—¡Deja en paz a mi hermano! —exclamo horrorizada. Decido ignorar el hecho de que ha dado en el clavo—. No lo metas en esto.

Dominic esboza una mueca malévola antes de continuar con su caricia. Su pulgar se desliza por mi cuello y se me acelera el pulso. No quiero que me toque. O sí. No lo sé. Me tiene demasiado confundida.

—No voy a perder el tiempo hablando de él. En este momento no podría importarme menos. —Su otra mano se desliza por mi cintura y logra que me estremezca con algo muy cercano al placer—. Tú, por el contrario, eres muy interesante.

—Voy a vomitar —miento al sentir las yemas de sus dedos recorriendo mi garganta—. Me das asco, Dominic.

Sus ojos brillan de pura perversión. Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Si no lo golpeo es porque sé que no tendría nada que hacer contra él.

—Este matrimonio va a ser tan divertido y excitante... —Entierra la cara en mi pelo y aspira mi olor como un animal.

No me está poniendo cachonda. En absoluto. No me van los hombres tóxicos.

Un calor líquido me recorre el vientre cuando clava la mano en mi cintura y me aproxima más a su cuerpo. No hay un mínimo resquicio de espacio entre nosotros. Me está matando. Sé que no debería querer más.

«Oh, mierda. Quiero más».

—Debo castigarte por lo que has hecho. Has matado al sobrino de Bernardino Bagarella. Esa sabandija me va a declarar la guerra. Me has causado un grave problema, Lucrezia.

Un segundo. ¿He matado a un hombre cuando intentaba acabar con él? La culpa me oprime el pecho hasta que me impide respirar con normalidad. Dominic se percata de que algo no va bien y se aparta un poco para darme un respiro.

—No lo lamentes. Era un violador de niñas. Tenía planeada una muerte más lenta y dolorosa para él. Tú simplemente has acelerado su final.

Me siento algo más aliviada después de conocer quién ha sido la víctima. Otra persona no podría vivir con el remordimiento. Sin embargo, no es el primer hombre al que mato. Algún día me plantearé por qué su muerte no pesa sobre mi conciencia. Pero no será hoy.

—Yo no he sido —insisto con una desesperación que resulta patética—. No me culpes de tus problemas, Dominic.

—Conque esas tenemos. —Vuelve a acercarse a mí. Pone sus manos en mis mejillas. Me

arde la cara—. Si lo prefieres, puedo llamar uno a uno a mis hombres. Los torturaré hasta que alguien admita haber sido el culpable.

¿De verdad sería capaz de desquitarse con un puñado de hombres inocentes solo para que le diga la verdad? Algo me dice que no. Es imposible que sea tan sádico. Debe de haber un resquicio de bondad en su interior.

—Haz lo que te dé la gana —contesto con frialdad—. El destino de tus perros no podría importarme menos. Cualquiera que te sirva merece un destino peor que la muerte.

—Vaya. —Hay un deje de sorpresa en su voz y algo demasiado parecido al regocijo—. Empiezas a mostrar tu verdadera cara, *querida*.

—Si vuelves a llamarme «querida» o «cariño», te juro que echo la pota.

Dominic por fin me suelta y yo puedo volver a respirar. Me agarro a la barandilla porque me tiemblan las piernas. Él me mira con algo oscuro y primitivo. No sé lo que hay dentro de esa mente tan perversa. No quiero averiguarlo.

—Tienes razón. No merece la pena que torture a mis hombres para desvelar una verdad que ambos sabemos.

Intento no sonreír. Lo sabía. No es tan terrible como aparenta.

—Ando falto de efectivos —añade con tono pragmático—. No puedo tener más bajas. Marco se enfadaría y Ludovica estaría de malhumor porque le tocaría limpiar semejante desastre. No merece el esfuerzo.

Me pongo enferma.

—Eres el mismísimo demonio.

—No, *cariño* —contesta con una sonrisilla—. Yo soy peor.

Me alejo poco a poco de él sin quitarle la vista de encima. Sé que ahora va a castigarme. No necesita demostrar que he sido yo. Ambos sabemos la verdad. Ya he llegado a la conclusión de que jamás podré manipularlo.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Voy a casarme contigo.

—Eso ya lo...

—Mañana.

Me pongo tensa. No puede querer casarse conmigo un día después de que haya intentado envenenarlo. No es normal.

—Me muero de ganas de que sea nuestra noche de bodas —pronuncia cada palabra como si fuera una promesa.

—Nunca seré tuya.

Dominic es tan rápido que no lo veo venir. Vuelve a aplastarme contra la barandilla, sostiene mi barbilla con dos dedos y me obliga a mirarlo. En sus ojos hay una determinación que me consume.

—Tú ya eres mía. No necesito ponerte un maldito anillo en el dedo para demostrarlo. Me perteneces desde que te vi cubierta de sangre, me sonreíste y diste por hecho que iba a casarme contigo. —Se inclina hacia mí y tiemblo de la cabeza a los pies cuando su boca roza la mía sin llegar a besarme—. Somos tal para cual, Lucrezia.

Capítulo 21

Dominic

—¿Estás seguro de esto? —insiste Marco por enésima vez. No le importa ganarse una mirada airada. Está poniendo a prueba mi escasa paciencia. Me conoce de sobra y sabe que nunca cambio de opinión después de haber tomado una decisión, incluso si me ata de por vida a una mujer que me está robando toda la cordura—. No hay necesidad de que te precipites. Solo hace un par de semanas que ella entró en tu vida...

«Suficiente tiempo para saber que quiero que sea mía».

—Cuando la viste por primera vez pensé que ibas a matarla, pero ahora me da la impresión de que... —carraspea incómodo—, no lo sé, Dominic. ¿Por qué tengo la corazonada de que no te casas con ella para utilizarla contra tu mayor enemigo? ¿Qué sientes exactamente por Lucrezia Morello?

«Unas ganas tremendas de follarme esa boquita de mentirosa y torturarla de un montón de formas deliciosas hasta que se quede afónica de tanto gritar mi nombre».

El resto ya lo iré viendo sobre la marcha. No soy un hombre que suela improvisar, pero con mi futura mujer no sé a qué atenerme. Ayer por poco la beso a la fuerza cuando me dijo que nunca será mía. Qué ilusa. Siempre consigo lo que quiero, y ella no va a ser la excepción. Ya encontraré una forma de meterle en esa cabecita calculadora que somos dos puñeteras almas gemelas.

—Dominic —reitera mi *consigliere*—. Te he hecho una pregunta.

—Y yo te estaba ignorando porque no quiero perderme el momento en el que ella entre por esa puerta —respondo con la mirada clavada en la entrada de la iglesia por la que Lucrezia debe aparecer del brazo de Andrea.

—Joder —a Davide se le escapa una risa perpleja—. Nunca pensé que conocería a una mujer capaz de domar a Dominic Falsone. Te tiene comiendo de la palma de su mano.

—Repítelo —lo animo sin despegar los ojos de la puerta.

Davide se rasca la nuca y guarda silencio. Sabia decisión.

El corazón me va más rápido de lo normal. Hay una lista reducida de invitados porque quería una ceremonia íntima y a la vez lo suficiente convincente para que a nadie le quede ninguna duda de la veracidad de este matrimonio. He invitado a algunos de mis socios más importantes para que hagan correr la voz. La noticia le llegará a Massimo sin que tenga que mover un dedo. Ojalá pudiera ver la cara que pone cuando se entere de que me he casado con su hermanita. Si él supiera que Lucrezia no necesita que nadie la defienda...

El corazón me da un vuelco en el momento que Lucrezia entra en la iglesia. No puedo ver a nadie más. Tengo que contener el impulso de acercarme a ella y arrastrarla hacia el altar. Está caminando tan despacio que siento que la distancia que nos separa es una puta condena. Grabo en mi retina cada detalle para poder recordarlo en un futuro. Su cabeza erguida en una postura

orgullosa que solo me hace desearla más. El pelo recogido acentúa sus facciones bellas y delicadas. Apenas va maquillada y el vestido es muy sencillo. Algo me dice que lo ha hecho a posta para cabrearme, como si quisiera decirme que este matrimonio le importa un comino. Sin embargo, ha conseguido el efecto contrario. Porque es el reflejo de la elegancia más exquisita.

Se me escapa una sonrisa de pura complacencia.

Es todo lo que había deseado sin saberlo. Es más de lo que esperaba. Es mejor de lo que ahora comprendo que necesitaba.

Es perfecta.

El temblor de sus manos la delata. Está nerviosa. Ojalá pudiera decirle que no tiene nada que temer. No soy ni nunca seré un buen hombre. La primera vez que la vi quise matarla por ser una Morello. Ahora lo único que tengo claro es que acabaría con cualquiera que supusiera una amenaza para ella, y le daría todo lo que desee para conseguir que me mirase con una pizca de afecto.

Tengo el alma tan podrida que, por un instante, estoy a punto de arrancarla de los brazos de Andrea y acompañarla hasta el altar para que todos sepan que me pertenece. Logro contenerme porque no quiero montar una escena ni asustarla más de lo que ya está. A mí no me engaña. Camina como si la estuvieran conduciendo al patíbulo.

La amenazaste con convertir su vida en un infierno, me recuerda la voz de la conciencia que no sabía que tenía. Y mataste a dos hombres delante de ella para darle una lección.

«Puedo pasar el resto de mi vida demostrándole que no hay un lugar más seguro para ella que permanecer a mi lado».

Y voy a quedármela, aunque no me la merezca. Eso está fuera de discusión. La opinión de Marco, Davide o Andrea me resbala. Siempre he tenido muy claras cuáles son mis prioridades, y Lucrezia Morello acaba de ascender a la cima de mi lista de obsesiones.

—Estás preciosa —le digo cuando por fin llega hasta mí.

Lucrezia me ignora y mantiene la vista clavada en el cura que va a officiar la ceremonia. No me fastidia que no me dé las gracias ni me devuelva el cumplido. Sé que soy un hombre muy atractivo. Me odia, lo tengo clarísimo. Del mismo modo que no necesito escuchar que me desea porque es tan obvio que hasta me excita que intente negarlo.

Le rozo la mano en un impulso primitivo. Está temblando como si fuera un pajarillo frágil. Por primera vez desde que entró en mi vida no tiene la situación controlada. Para mí es como un libro abierto. Apuesto a que nadie la conoce de verdad. Esta mujer tiene tantas caras y aristas que ha aprendido a sobrevivir siendo una impostora.

Vuelvo a tocarle la mano y ella la aparta. Esta vez no se lo permito. Entrelazo nuestros dedos y percibo que se le escapa un gemido, tal vez fruto del pánico o de la atracción que finge que no siente por mí. Prefiero pensar que se debe a esto último. El ego no me cabe dentro del pecho. Joder, qué ganas tengo de llegar a la parte del beso. Me muero por probar esos labios que deben de ser exquisitos.

Ella respira hondo cuando el cura nos obliga a repetir aquello de sernos fieles y amarnos hasta que la muerte nos separe. Me vuelvo para quedar de cara a ella y la miro a los ojos. Quiero

que comprenda que voy muy en serio cuando digo:

—Yo, te recibo a ti, como esposo, y me entrego a ti por completo. Prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separe, Lucrezia. —Me inclino hacia ella y noto cómo se le escapa el aire. Le aparto un mechón de pelo de la cara, rozándole la mejilla a propósito, y me tomo la libertad de añadir algo de mi propia cosecha—. Nos tomaremos lo de la fidelidad al pie de la letra, *cariño*. Si otro hombre te toca, le cortaré las manos y le obligaré a comérselas. Y luego lo mataré lentamente para que todos sepan que yo no comparto lo que es mío.

El pobre sacerdote está a punto de caerse de espaldas. Se escuchan murmullos estrangulados en la iglesia. Ludovica, sentada en primera fila, me lanza una maternal mirada censuradora. Un par de asientos detrás, una señora se santigua. Davide y Andrea intentan contener la risa y Marco les da un codazo para que guarden silencio. Pero la única reacción que me importa es la de la mujer con la que estoy a punto de casarme y que, en este momento, me mira boquiabierta y horrorizada.

Estoy convencido de que está haciendo un gran esfuerzo para no echar a correr. Eso, desde luego, sería la comidilla de la 'Ndrangheta. Si intenta huir, la atraparé antes de que consiga dar dos pasos y la arrastraré de nuevo hacia el altar. A la mierda la cortesía. Nunca he sido fan de las bodas aburridas.

Un segundo.

¿Por qué me mira como si...?

Tiene los ojos vidriosos, y no precisamente por culpa de la emoción. Intenta apartar la mirada, pero no se lo permito. Sostengo su barbilla con dos dedos y la observo sin pestañear para autoconvencerme de que no han sido imaginaciones mías. Que el tipo miserable, podrido, celoso y controlador que hay dentro de mí está sacando conclusiones precipitadas.

Si ha tenido la desfachatez de engañarme mientras yo no podía ni siquiera pensar en otra mujer que no fuera ella, juro por dios que no me limitaré simplemente a cortarle las manos al desgraciado que haya tocado lo que me pertenece. Haré algo muchísimo peor.

—¿Lucrezia? —pregunto con la voz teñida de una rabia descontrolada.

Marco, Davide y Andrea me miran agobiados. Saben que estoy al borde de cometer una locura. Y no precisamente contra ella. A Lucrezia jamás le tocaré un pelo, pero voy a desquitarme con el cabrón que se haya atrevido a respirar demasiado cerca de ella.

Lucrezia recobra la compostura, yergue la espalda y me dedica la mirada angelical más falsa que he visto en mi vida. Genial, acaba de dejarme las cosas muy claras. Voy a matar a ese desgraciado.

—Eres un romántico —sisea.

—No sabes cuánto.

—Su... turno, Lucrezia —murmura el cura con voz estrangulada.

Le tomo las manos entre las mías por si se le ocurre que es un buen momento para escapar. Las cojo con suavidad y a la vez firmeza. Ella abre la boca, pero no pronuncia una sola

palabra. Los segundos transcurren con lentitud y a nuestro alrededor los invitados empiezan a cuchichear. Justo cuando estoy a punto de exigirle que diga la promesa matrimonial, ella carraspea, como si fuera lo más difícil que ha hecho en la vida.

— Yo, te recibo a ti, como esposa, y me entrego a ti por completo. Prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separe —dice de carrerilla. Se vuelve para mirar al cura y añade con un tono repleto de desdén—: ¿Podemos saltarnos la parte del beso? No soy fan de las muestras de afecto en público.

La sangre me hierve en las venas. Juro que a Davide se le escapa un gemido entrecortado y Andrea intenta aguantarse la risa. Debería matarla por ponerme en evidencia delante de mis hombres, pero hago lo único sensato que se me ocurre.

La cojo de los hombros y aplasto mi boca contra la suya.

Capítulo 22

Lucrezia

No.

No.

¡No!

Dominic Falsone me está besando.

El aire abandona mis pulmones y el corazón me late desenfrenado. Se ha apoderado de mi boca como si le perteneciera. Sus manos están clavadas en mis hombros. No me aprieta con fuerza y podría apartarme de él si quisiera. Esa es la cuestión; que no me alejo.

¿Por qué no lo hago?

Porque nunca, nadie, me había besado así.

Este beso no tiene nada de casto o inocente. Es todo lo que debería ser un beso: ardiente, devastador, posesivo. *Exigente*. Me arrebató la posibilidad de pensar cuando separo los labios para respirar y su lengua se enreda con la mía. Un gemido ronco y desesperado brota de mi garganta. Quiero más. Lo necesito. Mis manos se aferran a las solapas de su chaqueta para recuperar el equilibrio. Me rodea la cintura con sus brazos fuertes como si supiera que me flaquean las rodillas. Percibo un murmullo a nuestro alrededor, pero me trae sin cuidado que estemos dando un verdadero espectáculo. Me importa un bledo lo que un puñado de desconocidos piensen de nosotros.

Dominic aprisiona mi labio inferior entre sus dientes y me da un pequeño tirón, como si quisiera marcarme. Una de sus manos se entierra en mi pelo y la otra se posa en mi cintura para acercarme más contra su pecho, como si acaso fuera posible. Porque no hay un milímetro de espacio entre nosotros y, aun así, no me parece suficiente.

El mundo deja de existir. Lo único que siento es la suavidad de su boca, el calor abrasador que desprenden sus manos y lo hábil que es con la lengua para hacerme romper las reglas.

Madre mía, qué bueno es. ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin esto? Por la forma en la que sonrío contra mis labios y enreda mi pelo en su puño, comprendo que sabe lo que estoy pensando. Puede que sea una farsante, pero a él nunca he conseguido engañarlo. Se ha colado entre mis grietas y ha derribado sin esfuerzo los ladrillos del muro que he construido a lo largo de los años para mantener a todos —incluidos los que más me importan—, alejados de mí.

Algo muy parecido a un quejido brota de mis labios cuando él pasa la lengua por mis labios, jugando conmigo. Lo desprecio por arrebatarme el control. Y quiero que siga besándome hasta que deje de importarme que diga que soy suya porque ambos sabemos que él también me pertenece.

Me invade el alivio en el dulce instante que vuelve a presionar su boca con fuerza contra

la mía. Esto es lo que siempre he querido: un hombre con el que no tenga que fingir que soy la inocente Lucrezia Morello. Alguien que me vea sin máscara y decida que quiere quedarse conmigo.

Me encanta que no sea dulce o cariñoso. No lo necesito. Ningún hombre me había besado como si le perteneciera. Ningún hombre me había besado desdibujando todos los límites entre el bien y el mal. Ningún hombre me había besado como si estuviera dispuesto a prenderle fuego al mundo solo para conservarme a su lado.

El beso es despiadado. No tenía ni idea de que un beso pudiera llegar a serlo. Porque al besarme me está diciendo tantas cosas que tengo el cerebro abotargado. «Deja que otro te toque y lo mato», he captado el mensaje. Debería estar horrorizada, joder. Entonces, ¿por qué lo único que deseo es que siga besándome hasta que consiga hacerme creer que vivimos en un mundo en el que no somos enemigos?

Enemigos.

La palabra retumba en mi cabeza.

Eso es lo que somos; enemigos.

Él intentará matar a mi hermano. Es una amenaza para mi familia. ¿Cómo he podido olvidarlo? ¿De repente un beso me convierte en una tonta?

Hace unos segundos ha prometido que le cortará las manos a cualquier hombre que me toque y se las dará de comer. Se me encoge el corazón al pensar en Angelo, cuyo único error ha sido enamorarse de mí.

Me aparto de él y vuelve a apoderarse de mi boca, pero esta vez no se lo permito. Intento empujarlo para quitármelo de encima. A él se le escapa un gruñido de frustración al comprender que he cambiado de opinión. Forcejeamos durante unos segundos hasta que se hace a la idea y acepta la derrota. O más bien me concede una tregua, pues el brillo malicioso de sus ojos no deja lugar a duda sobre sus intenciones.

Tengo los ojos vidriosos y la cara encendida por la rabia y la vergüenza. No sé cómo he podido bajar las defensas con él. Soy una imprudente. Y una imbécil.

—Por Dios bendito —murmura el cura. Creo que está al borde de sufrir un infarto. Pobre hombre.

—Deja de resistirte. —Dominic vuelve a sostenerme por los hombros y contempla mis labios con un hambre voraz—. Me estás poniendo en evidencia.

—Aparta tu asquerosa boca de la mía. —Me tiembla la voz.

Las comisuras de su labios se curvan en una sonrisa que es el colmo de la pura arrogancia.

—No te ha parecido tan asquerosa cuando se te ha escapado ese gemido —me contradice muy calmado—. Apuesto a que si meto una mano entre tus piernas, descubriré que estás mojada y preparada para que te atormente con otra cosa que no será esta *asquerosa* boca que no puedes dejar de mirar embobaba.

Me sobresalto y pongo los ojos como platos.

—Estamos rodeados de personas. No te atreverías.

—¿A follarte sobre los peldaños de esas escaleras? —desvía la mirada hacia las escaleras que hay a nuestros pies y luego vuelve a observarme con una sonrisa maliciosa—. Ponme a prueba, cariño.

Ni siquiera se molesta en hablar en voz baja. De pronto, soy consciente de todas las personas que hay a nuestro alrededor. Les hemos dado un espectáculo que jamás olvidarán. El cura se santigua y reza una plegaria. Davide y Andrea se miran de reojo, casi llorando de la risa. Marco sacude la cabeza y me observa como si yo fuera el auténtico problema. El resto de los invitados están atónitos. Menos mal que Dominic ha tenido la decencia de no traer a Antonella a la boda. No sabría cómo explicarle que su adorado tío es un canalla.

—Cuidado. —Me ofrece su brazo con galantería para ayudarme a bajar las escaleras—. Esos tacones son muy altos. No quiero que te caigas.

Enderezo la espalda y me aferro a su brazo de mala gana. Lo que faltaba es que tropezase delante de un montón de extraños.

Dominic acerca su boca a mi oreja y esta vez tiene la decencia de susurrar:

—Te juro que cuando encuentre al cabrón con el que has estado follando, voy a destriparlo con mis propias manos.

Trastabillo en el primer escalón y me sujeta para que no llegue a caerme. No me entra en la cabeza que pueda ser tan cruel y delicado al mismo tiempo. Debe de tener un trastorno de la personalidad, en plan Jekyll y Mr. Hyde.

—Soy virgen —miento para salir del paso.

—Y yo un santo.

Tiene la desfachatez de sonreír a los invitados mientras me conduce a la salida.

Capítulo 23

Dominic

Lucrezia no me dirige la palabra durante la celebración. Se sienta muy erguida, no prueba bocado y responde con monosílabos a las felicitaciones de los invitados. Es el vivo reflejo del orgullo. Si intenta demostrarme que el beso le ha quitado el apetito, no cuela. Tengo demasiada seguridad en mí mismo para venirme abajo porque a ella le haya dado por hacerse la digna.

A mí me ha dejado tan sorprendido como a ella la urgencia con la que respondió a mi beso. No necesito que infle mi ego y me diga que lo disfrutó tanto como yo. No soy un tipo inseguro.

Lo reconozco; se me fue de las manos. Solo iba a ser un beso rápido para ponerla en su sitio por haberle pedido al cura que nos saltásemos esa parte. Pero supe que había subestimado mi propio deseo cuando descubrí que su boca es más dulce de lo que había imaginado. Y me olvidé del sacerdote, los invitados, el lugar en el que nos encontrábamos y estuve a punto de arrancarle las bragas y follarla sobre el altar. Lo sé, deberían prohibirme la entrada de por vida a la casa de Dios.

Me inclino hacia ella para hablarle al oído. Se tensa, como si hace unas horas no hubiéramos resuelto la cuestión sobre nuestra atracción. Me sienta como una patada en el estómago que me rehúya. No lo voy a negar.

—¿Quieres que nos vayamos? —le pregunto.

—Como si te importara lo que yo quiero.

Le aparto el pelo de la cara y le acaricio la mejilla con el pulgar. Ese simple roce basta para que se me ponga más dura que una piedra. Creo que soy el hombre más obsesionado del mundo con su mujer. Y solo nos hemos besado.

—Nunca subestimes la importancia que tienen tus necesidades para mí —respondo con voz queda—. Te lo preguntaré de nuevo: ¿quieres que nos vayamos?

—Sí —dice sin mirarme.

Al menos esta vez no me ha mentado.

La tensión se puede cortar con un cuchillo durante el trayecto en coche. Lucrezia tiene el rostro vuelto hacia la ventanilla. No puedo dejar de mirarla de reojo. Nunca imaginé que me casaría con otra mujer que no fuera Fiorella. Al pensar en mi antigua prometida siento una punzada de dolor y remordimientos. Me duele el pecho. Fiorella y Lucrezia no se parecen en nada. Donde quiera que esté, espero que Fiorella pueda llegar a perdonarme. Fui un cerdo egoísta. Murió por mi culpa. Sé que podría haberlo evitado. Ella no tendría que haber estado allí.

—¿Estás bien?

Tardo varios segundos en comprender que Lucrezia me está hablando. Me mira con sus enormes ojos verdes. Los mismos que me recordaban al asesino de mi familia y que ahora me

parecen preciosos. Si no la conociera, creería que está preocupada por mí.

—Perfectamente —respondo con sequedad.

Me percató de que tengo la mano en el pecho como si estuviera al borde de sufrir un ataque al corazón. Lucrezia enarca las cejas.

—La emoción de la boda ha podido contigo —se burla.

Agradezco que decida lanzarme una pulla y vuelva a pegar la cara a la ventanilla. No quiero que se lleve una impresión equivocada conmigo. Tengo una única debilidad y estoy convencido de que la utilizaría en mi contra.

—Acelera, Donatello —le ordeno al chófer—. Quiero llegar cuanto antes a nuestra casa.

—Tu casa —me corrige Lucrezia.

—*Nuestra*.

Ella suelta un bufido.

—Estás chiflado si piensas que algún día llegaré a considerar que es mi casa.

—Yo no te pedí que te casaras conmigo —le recuerdo cada vez más irritado—. Te sentirás segura en nuestra casa, porque ahora también es tuya. Mis hombres cuidarán de ti cuando yo no esté. Cubriré tus necesidades y pagaré cualquier capricho que tengas sin importar lo caro o ridículo que sea. Porque eres mi mujer y no va a faltarte de nada mientras yo respire. Así que, Lucrezia, por supuesto que nuestra casa será tu hogar.

Sé lo que está pensando: «no por mucho tiempo». Se casó conmigo para destruirme y uno de mis hombres la ha estado ayudando. Ese tipo va a lamentar haber nacido. Es una promesa.

Miro a Donatello por el espejo retrovisor. Ni siquiera se inmuta. Sé que Lucrezia no soltará prenda. Así que voy a optar por otra estrategia para descubrir al traidor.

—Estás de coña.

Tiene los ojos desorbitados y el rostro congestionado por la ira.

—Es nuestra noche de bodas —contesto con tono zalamero—. ¿Qué esperabas?

Levanta los brazos para que no me acerque a ella. Pongo los ojos en blanco. A estas alturas ya debería haber comprendido que no voy a forzarla. No es mi estilo. Quiero que sea *mía* porque ella me entregue su cuerpo, no porque yo lo reclame.

—No voy a permanecer tres días en la misma habitación que tú —dice con voz aguda—. Además, tendrás cosas que hacer.

—Nada más interesante ni placentero que pasar tiempo contigo.

—Un imperio criminal que dirigir...

—Puedo tomarme tres días libres.

—¡No quiero estar encerrada tanto tiempo contigo! —estalla fuera de sí.

Ni siquiera pierdo el tiempo en discutir con ella. Entro en el baño para darme una ducha y dejo la puerta abierta con la esperanza de que se anime a entrar. No cuela, es una lástima. Lo habríamos pasado muy bien.

Ya he ordenado que trasladen sus escasas pertenencias a mi habitación. Para ella van a ser tres días de tortura, pero yo voy a pasármelo en grande poniendo a prueba lo mucho que me desea.

Sé que el hombre que la ha estado ayudando perderá la cabeza cuando no salgamos de mi habitación durante tanto tiempo. Yo sería capaz de tirar la puerta abajo, pero esa sabandija es demasiado cobarde para salvar a Lucrezia. Dará por hecho que Lucrezia y yo nos lo estamos pasando en grande. Ese cretino debe de quererla mucho si se ha atrevido a traicionarme. Estoy convencido de que se delatará el solo, sin que yo tenga que mover un dedo. Porque cuando transcurran los tres días de encierro, permitiré que Lucrezia deambule por la casa y fingiré que me fío de ella, pero Andrea la vigilará en todo momento. Estoy convencido de que en algún instante bajará la guardia y su amante será lo suficiente estúpido para acercarse a ella.

Se me revuelve el estómago al pensar que otro la ha tocado antes que yo. No lo entiendo. Jamás he sido un tipo celoso o posesivo. Siempre le he dicho a Camilla o a cualquier mujer con la que he me acostado que no aspiraba a una relación seria y que me importaba un bledo la exclusividad. ¿Por qué es diferente con Lucrezia? Ni siquiera me ha engañado. No es como si tuviéramos una relación. Sí, estamos casados. Pero eso no significa que nosotros...

«Joder, voy a matar a ese cabrón».

Salgo del baño con una toalla atada a la cintura y bastante decepcionado de que Lucrezia no haya decidido acompañarme. Me quedo desnudo y no me dedica una mísera mirada, lo que me toca bastante la moral. Me pongo los pantalones del pijama de mala gana.

Ha construido una barricada de almohadas para separar la cama. Tengo que contener la risa porque no quiero cabrearla más. Por hoy ya hemos discutido suficiente.

—Buen intento.

Tiro las almohadas al suelo. Lucrezia me está dando la espalda. Se pone de pie en cuanto arrojo la última almohada.

—De acuerdo —dice con diplomacia—. Dormiré en el suelo.

—Vas a dormir en mi cama. Conmigo.

Lucrezia se vuelve muy despacio hacia mí. Abre la boca, pero la cierra de inmediato al encontrarse con mi expresión dura.

—No eres ningún perro para dormir en el suelo. —Me tumbo en mi lado de la cama y le dejo un hueco bastante grande para que no me roce si es lo que quiere—. No voy a tocarte si tú no me lo pides.

—Si algún día te pido que me toques —murmura mientras se tumba muy lejos de mí— te suplico que me encierres en un psiquiátrico, porque entonces significará que he perdido el juicio.

—Bueno. —Pongo los brazos detrás de mi cabeza y ensancho una sonrisa—. Dicen que

todo lo malo se pega, *cariño*. Y resulta que yo perdí el juicio la primera vez que te vi.

Lucrezia me da la espalda, murmura una palabrota y se tapa con el edredón. Definitivamente va a ser una luna de miel muy movidita.

Capítulo 24

Lucrezia

Me despierto abrazada a Dominic como un koala. Necesito un momento para hacerme a la idea de que lo que sucedió anoche no fue una pesadilla. Estamos casados. Tengo una alianza de oro rosa en el dedo anular que lo demuestra. Hemos dormido en la misma cama. Y, para mi sorpresa, Dominic ha cumplido su palabra y no me ha tocado.

Por desgracia, yo no puedo decir lo mismo.

He utilizado su pecho desnudo como almohada y tengo una pierna entre las suyas. Debería sentirme asqueada. Bueno, asco no es precisamente lo que siento. Dominic huele de maravilla, está calentito y parece inofensivo mientras duerme. Su respiración relajada y los latidos rítmicos de su corazón me informan de que no se está haciendo el dormido.

No sé en qué momento de la noche me he acercado a él. Juro que cuando me rendí al cansancio estaba agazapada en el borde de la cama. Es como si nuestros cuerpos fueran dos polos opuestos que se atraen sin remedio.

Ahora tengo que alejarme de él sin despertarlo. Sería fácil si no tuviera la mano derecha en mi cintura y mi rodilla no estuviera apoyada en su —trago saliva— miembro erecto. Por lo visto es de los que se levantan muy contento. Ya sé que está muy bien dotado, así que más vale que me aparte antes de que las cosas entre nosotros vuelvan a ponerse demasiado calientes.

—Lucrezia... —murmura con voz ronca.

Me quedo muy quieta. Por un instante creo que lo he despertado, hasta que sigue roncando y comprendo que está soñando. Apoyo una mano en su pecho con delicadeza para echarme hacia atrás y le rozo la barbilla con la boca sin querer. Esa leve caricia me estremece con algo que sé que no debo sentir. Dominic esboza una sonrisa y vuelve a abrazarme.

—Sé cariñosa conmigo —farfulla todavía ausente. Se me acelera el corazón cuando siento su mano en mi trasero—. Me gusta que me esposes al cabecero. Eres tan mala...

Pongo los ojos como platos. ¿Está fantaseando con que soy yo la que lo ato al cabecero de la cama? Esta faceta suya me deja tan descolocada que se me escapa una risilla. Dominic se despierta y me mira con el ceño fruncido.

—Buenos días, bello durmiente —digo para salir del paso—. Ahora, quítame las manos de encima para que pueda salir de la cama.

Pongo cara de ofendida para darle a entender que ha sido él quien me ha abrazado. Permanece aturdido un buen rato en el que me muestro irritada para no fingir que me gusta muchísimo estar encima de él.

—Quítame la puta mano del culo, Dominic —le ordeno cuando me entran unas ganas irrefrenables de subirme a horcajadas encima de él.

—De acuerdo. —Aparta la mano—. Así que vas a fingir que he sido yo el que te ha

abrazado esta noche. Porque recuerdo perfectamente cómo te quedaste dormida y me buscaste como si fuera tu osito de peluche. No sabía que te pusieras tan mimosa, *cariño*.

Un intenso calor me sube por el rostro. Él esboza una sonrisa remolona y se despereza. Es injusto que sea tan guapo recién levantado. Tiene el pelo rubio despeinado, los ojos azules más bonitos que he visto en mi vida y esa mueca arrogante que lo hace tan jodidamente atractivo.

Lo odio.

Qué va, canturrea la vocecilla. Si lo odiaras de verdad, no lo habrías abrazado como si fuera tuyo.

—Hubo un momento de la noche en el que temí por mi integridad —dice con tono jocosos—. Te frotaste contra mi polla como una gatita en celo y pensé que me ibas a arrancar los pantalones y te la ibas a meter en la boca. Me sentí *casi* violado, Lucrezia.

—¡Eso es mentira!

Salgo de la cama hecha una furia y me tropiezo con la pila de almohadas que hay en el suelo. El corazón se me va a salir del pecho. Me pongo de pie, le doy una patada a la mesita de noche y profiero un alarido. Dominic me contempla encantado de la vida mientras yo soy incapaz de dejar de hacer el ridículo.

Ahora sí que lo odio.

—No te preocupes —le resta importancia—. Me gustó.

—¡Mentiroso! —grito avergonzada—. Puede que, eh, te abrazara sin querer. Pero nunca haría esas cosas de las que me acusas. Ni en un millón de años. Soy una persona decente, a diferencia de ti.

—Estabas dormida. No eras dueña de tus acciones. Lo dejaré pasar, *mi amor*.

—No me llames... —Respiro hondo. Solo intenta sacarme de mis casillas. Tengo que ser más lista—. Argh, ¡olvídame! Voy a darme una ducha. ¿Debo echar el pestillo o puedo fiarme de ti?

—Depende. —Tiene la desfachatez de ponerme ojitos—. ¿Quieres que te frote la espalda? Por mí encantado.

Lo señalo con un dedo mientras camino hacia atrás en dirección al baño y no le quito la vista de encima. Me fastidia que haya conseguido alterarme sin haber salido de la cama.

—Eres un hombre despreciable, ruin y...

Se le escapa un bostezo. Me agacho para coger una almohada, se la lanzo con todas mis fuerzas y entro en el baño. Doy un portazo y echo el pestillo, pero sigo sin sentirme a salvo. El sonido de su risa traspasa la puerta.

—¡Avísame si cambias de opinión, *cariño*!

Me desplomo en el suelo, con la espalda pegada a la pared. Me aprieto las sienes y cierro los ojos con fuerza. De acuerdo, no estaba preparada para la faceta *graciosa* de Dominic. Pensé que el sentido del humor no era lo suyo. Pero, por lo visto, siempre se viene arriba cuando se trata de mí.

Ni siquiera ha tenido la decencia de ponerse una camiseta. Se pasea por el dormitorio presumiendo de abdominales. Es el colmo de la arrogancia. Qué asco le tengo.

Por favor, acuéstate con él y ahórranos este bochorno.

—¡Cállate! —le ordeno a la voz de mi cabeza.

Dominic levanta la cabeza del libro que está leyendo y me mira con el ceño fruncido. Genial, ahora va a pensar que estoy loca, además de ser una ninfómana noctámbula.

—No he abierto la boca.

—No hablaba contigo.

Mira a su alrededor para constatar que estamos solos. Pongo los ojos en blanco. No hacía falta.

—A veces hablo conmigo misma —le explico. De repente, se me ocurre una idea brillante para acojonarlo—. Las voces de mi cabeza no me dejan en paz. Por eso he intentado abusar de ti esta noche. Tal vez lo próximo que me pidan sea que te apuñale mientras estás dormido. Deberías mantener la distancia si no quieres salir herido.

Dominic sigue leyendo. Casi parece aburrido.

—Buen intento.

Tengo que hacer algo para que cambie de opinión. No podemos estar tres días encerrados en esta habitación. Tengo miedo de que Angelo crea que me está tratando mal y decida intervenir. Estoy convencida de que Dominic ha decidido que tengamos esta luna de miel para que Angelo entre en pánico. No cuela que de repente disfrute del placer de mi compañía. Me desea, ha quedado bastante claro. Lo único que me mantiene a salvo es que no me he acostado con él. Sé que en cuanto lo haga dejará de estar obsesionado con mi cuerpo y se deshará de mí para hacerle daño a mi hermano.

Enciendo el televisor y pongo *Grease* a todo volumen para fastidiarlo. Dominic se limita a coger unos cascos y sigue leyendo. Mierda, voy a tener que ser más creativa. O drástica.

Finjo estar muy interesada en la sosa de Sandy mientras urdo un plan. En serio, no soporto que esa pánfila vaya detrás de Danny, que es un capullo integral que solo sabe fardar delante de sus amigos. Aprovecho que Dominic entra en el baño para levantarme de un salto y cotillear por la habitación en busca de un arma. No encuentro ningún objeto punzante ni una mísera pistola. Qué decepción. Un Don como él debería estar armado. Massimo siempre duerme con una semiautomática debajo de la almohada. ¿Acaso es tan arrogante que no tiene miedo de que lo ataquen en su propia casa? O quizá ha sido más listo y se ha deshecho de las armas antes de encerrarme aquí con él.

Me puede la curiosidad y voy hacia la mesita de noche en la que ha dejado el libro. Doy por hecho que estará leyendo algo del estilo de Stephen King o Clive Barker. No espero menos de una mente perturbada como la suya.

Le doy la vuelta a libro y contemplo la portada con incredulidad. Oh, venga ya. ¿En serio? ¡No puede estar leyendo *El principito*! Esto no tiene ningún sentido. Es Dominic Falsone. La palabra escrúpulos no entra dentro de su vocabulario.

Hojeo el libro sin dar crédito. Hay anotaciones en los márgenes y frases subrayadas. La caligrafía es femenina. Sé que estuvo prometido. Quizá el libro perteneciera a su difunta novia. Se me encoge el corazón por culpa de la empatía. El estómago se me retuerce con algo tóxico y repugnante que no pueden ser celos.

—Era de mi madre —me explica.

Dejo el libro en la mesita de noche como si me hubiera pillado haciendo algo malo. No sé por qué siento un alivio tan poderoso.

—Su libro favorito. Me gusta leer sus comentarios y las frases que subrayó cuando la echo de menos.

La naturalidad con la que habla de sus sentimientos —unos que creí que no tendría— despierta algo cálido e inesperado en mi interior. Dominic lee un libro que perteneció a su difunta madre, que fue asesinada por el malnacido de mi padre.

—Dominic, lo siento...

Levanta el brazo para que pare.

—No te disculpes por algo que no fue culpa tuya. Solo tenías catorce años, ¿no?

Asiento sin poder hablar. En este instante me fio de él. No parece albergar resentimiento hacia mí. Sus ojos carecen del odio que me dedicó la primera vez que me vio. Tal vez haya una minúscula esperanza de que pueda hacerlo cambiar de opinión. Prefiero aferrarme a ella antes que tener que matarlo. No soy como mi padre. Yo no disfruto haciéndole daño a los demás.

—No podrías haberlo detenido.

«Pero Massimo sí», le falta añadir. Porque sigue culpando a mi hermano de no haber frenado a mi padre.

—Erais muy cercanos —comento con prudencia—. He visto el retrato familiar que tienes en tu despacho. Parecíais una familia muy unida. Pídeme que pare si me estoy pasando de la raya. Solo quiero conocer a las personas que mi padre te arrebató.

Contra todo pronóstico, Dominic se sienta en el borde de la cama y me deja espacio para que lo acompañe. No parece enfadado, sino hastiado de llevar una carga tan pesada como la pérdida.

—Sí que estábamos muy unidos. Mis padres nos adoraban. Mis hermanas eran unas chiquillas maravillosas. Tuve la enorme suerte de nacer en una familia rodeada de amor. —Me percató de que ha decidido no hablar de su prometida. Sé que mi padre también la mató—. Creo que te habrían caído mejor que yo. Mi padre tenía debilidad por las personas fuertes, le habrías gustado. Mi madre podía pasar horas leyendo y siempre tenía una palabra amable para los demás. Isabella era la más parecida físicamente a mí, pero Chiara me entendía mejor. Nunca me habría perdonado que la salvara a ella en lugar de Antonella.

Conozco la historia mejor de lo que cree. Me ha atormentado durante todos estos años. Sé

que su hermana mayor estaba viva cuando él llegó a la casa. Los médicos no pudieron salvar a la madre y el bebé, por lo que lo obligaron a elegir entre la vida de Chiara y la de su sobrina. Se me encoge el pecho al imaginar lo duro que debió de ser para él.

Le aprieto la mano con delicadeza. Ojalá pudiera tragarme parte de su dolor. Nadie debería haber sufrido semejante pérdida.

—Mis padres se querían tanto...

—Hasta que mi madre se interpuso entre ellos —se me escapa.

Dominic suelta mi mano y me mira con intensidad. Sé que he metido la pata hasta el fondo. No he podido evitarlo. Sus padres estaban casados cuando mi madre y Enrico se conocieron en la ópera. Ella se marchó con él, sin importarle que mi padre movería cielo y tierra para encontrarla. Por eso siempre los he culpado por igual de las muertes de la familia de Dominic. Ella sabía de lo que mi padre era capaz, pero le trajo sin cuidado y llevó la desgracia la familia Falsone.

—Tu madre no se interpuso entre mis padres —me contradice muy tranquilo—. Ellos ya estaban separados desde hacía un par de años. Se llevaban bien y eran grandes amigos. Mi madre se quedó a vivir con nosotros y era habitual que mi padre viniera a visitarnos. Incluso pasaba las fiestas con nosotros. No sé cómo lo hicieron, pero aprendieron a quererse de otra forma. Supongo que tener tres hijos los ayudó a comprender que lo mejor para todos era una separación amistosa.

—No lo sabía. Pensé que...

—Nunca he culpado a tu madre de lo sucedido. Es natural que quisiera escapar de aquel monstruo.

—Tú no conociste a mi madre —replico con aspereza.

—Nunca la vi en persona. Mi padre jamás nos la presentó. Creo recordar que mi madre habló un par de veces de ella. Dijo que tenía los ojos más tristes del mundo y se alegraba de que mi padre pudiera hacerla sonreír.

—No quiero seguir hablando de ella. —Me pongo de pie y él me mira extrañado. No es para menos, pues he sido yo la que ha sacado el tema—. Es que...

—Tranquila, no tienes por qué darme explicaciones —le resta importancia—. Estaré aquí si algún día quieres compartir esa parte de tu vida conmigo.

—¿Por qué iba a querer compartir algo semejante contigo? —replico a la defensiva—. Somos enemigos. Odias a mi familia. ¡Quieres matar a mi hermano!

No lo niega. Se limita a mirarme de esa forma tan profunda e indescifrable que me hace sentir expuesta y vulnerable.

—No somos tan distintos, Lucrezia —dice con algo muy cercano a la tristeza—. Tengo la impresión de que ambos hemos sufrido bastante y hemos encontrado la forma de salir adelante. Yo me he convertido en un cabrón sin escrúpulos, y tú en una mentirosa que tiene miedo de mostrarse a los demás porque cree que no la aceptarán tal y como es. Por eso te escondes.

Me asusta la facilidad con la que ha dado en el clavo. Massimo y Marcella ni siquiera me

conocen. Para ellos soy la jovencita tímida y frágil a la que tratan como si estuviera hecha de cristal. No tienen ni idea de todos mis engaños. Porque hace mucho tiempo que aprendí a protegerme. Ni siquiera Sofía, mi cuñada y mi mejor amiga, conoce mi verdadera cara. Me he esforzado demasiado para ser lo que todos necesitaban: dulce, apocada, cariñosa, servicial. Estarían horrorizados si supieran que soy una auténtica farsante.

Sí, por eso me escondo. En el fondo de mi alma, siempre he sabido que no soy una buena persona. Quizá Dominic tenga razón y no seamos tan distintos después de todo.

Capítulo 25

Lucrezia

—¿Cuál es tu comida favorita? —me pregunta Dominic cuando mi estómago ruge.

Es la primera vez que me dirige la palabra desde que dijo que no somos tan distintos. Ha estado leyendo, haciendo flexiones —es tan fuerte como aparenta—, y trabajando con el portátil. En ningún momento se ha puesto una camiseta; para qué. Es como si me dijera: «sé que te mueres de ganas de tocarme. Ven a por lo que es tuyo».

«No es mío».

Estáis casados.

«Por poco tiempo».

—Lucrezia —insiste con tono paciente—. Apenas has comido en todo el día. ¿Qué te apetece cenar?

Tiene razón. Esta mañana no pude desayunar y apenas probé bocado en el almuerzo. No lo he hecho para fastidiarlo. No soy tan tonta para matarme de hambre. Tengo que estar fuerte si quiero enfrentarme a él. Lo que pasa es que soy la clase de persona a la que los nervios le quitan el apetito. Nada como pasar un día entero encerrada bajo el mismo techo del mayor enemigo de mi familia —que no deja de descolocarme— para poner a prueba mi templanza.

Uf, no me reconozco. Odio no tener la situación controlada. Siempre he sabido cómo manejar a las personas; en concreto a los hombres. Sin embargo, Dominic es un rompecabezas que no logro descifrar. Cruel, dulce con su sobrina, peligroso, volátil, arrogante y, en ocasiones, me muestra una ternura que me deja desconcertada. Hay demasiados adjetivos para describirlo y siento que ninguno dará del todo en el clavo.

—¿Quieres que te siente en mi regazo y te dé de comer como a una niña mala? —sugiere con tono provocador. Su comentario provoca que lo fulmine con la mirada y él sonríe de lado porque al fin le he prestado atención—. No me mires así. Antonella me obligó a perfeccionar la técnica del avioncito. Deberías haber intentado darle de comer cuando era un bebé que escupía las papillas.

—Habría sido digno de ver —reconozco intentando no sonreír—. Cualquier ser humano que te escupa a la cara me cae bien.

—Tú también le gustas. Ahora podréis pasar mucho tiempo juntas. Le vendrá bien tener una influencia femenina. No se lo digas a Ludovica, pero está un poco mayor para correr detrás de mi sobrina.

Enarco una ceja. Está jugando conmigo. Pero tengo la impresión de que él jamás utilizará a la niña en mi contra. La quiere demasiado.

—¿Por qué ya no te importa que me acerque a Antonella? —le pregunto sin rodeos—. Me dejaste muy claro que te horrorizaba que una Morello estuviera cerca de tu sobrina.

—Eso fue antes de presenciar cómo tenías una pesadilla y entender que tu mayor temor es parecerte a tu padre. Entonces comprendí que jamás seré capaz de culparte por sus crímenes, ni tampoco compararte con él, por mucho que haya intentado odiarte en vano.

Me pongo tensa. No quiero hablar de mis pesadillas con él. Cierro los puños y contraigo la mandíbula.

—No sabes nada de mí —le advierto—. De lo contrario, no intentarías convencerme de que es tan fácil hacerte cambiar de opinión.

—Créeme —sus ojos se oscurecen— nadie consigue hacerme cambiar de opinión cuando tomo una decisión. Soy un hombre con las ideas muy claras. Simplemente tardé algo de tiempo en aceptar que prefiero follar contigo que odiarte.

Trago saliva.

Eso ha sido muy directo.

Me mira como si tuviera la intención de tumbarme en la cama, arrancarme la ropa y cumplir su promesa. Un calor ardiente me sube por las piernas. Mis rodillas parecen hechas de gelatina. Me apoyo con disimulo en el borde del escritorio para no perder el equilibrio.

—Buena suerte con eso —contesto con una ironía que pretende enmascarar mi inquietud —, no follo con hombres que quieren matar a mi hermano.

—¿Ni siquiera con un hombre que te pone tan cachonda?

—Guau, tienes el ego del tamaño de una catedral.

—Aspiro a tener un matrimonio cimentado en la sinceridad. Ya sé que a ti te van más las mentiras, pero te sugiero que empieces por las verdades más fáciles. Mírame a la cara y dime que el beso que nos dimos en la iglesia no te gustó.

—No me gustó —miento como una bellaca.

Dominic se cruza de brazos. El amago de una sonrisa vuelve a nacer en sus labios. Su actitud exuda determinación, como si yo fuera una chiquilla díscola que no sabe lo que quiere y él tuviera todas las respuestas que necesito en la palma de su mano. Cree que solo es cuestión de tiempo que le suplique que me folle.

—Y los tíos arrogantes no me ponen cachonda —añado para tocarle la moral.

Enarca las cejas.

—Me excita que seas tan mentirosa.

—Estás trastornado.

—Ven y compruebas lo trastornado que estoy —me anima con tono socarrón—. Solo tienes que pedírmelo por favor y aliviaré el ardor que tienes entre las piernas. Puedo ser muy complaciente. Te dejaré tan satisfecha que no podrás andar derecha durante varios días. Ni siquiera podrás tocarte sin pensar en mis manos. Y, sin intentas buscar a otro para que te dé lo que no eres capaz de suplicarme por las buenas...

—¿Le cortarás las manos y le obligarás a comérselas? —le recuerdo con aspereza.

—Eso por descontado —sonríe con malicia—. En realidad, iba a decir que ambos sabemos que no podrás follar con otro sin ponerle mi cara. Porque será mi nombre el que pronuncies cuando te corras.

Se me escapa un gemido ahogado.

Hostia puta.

Me agarro al escritorio en un intento absurdo por mantener la compostura que me ha robado con sus palabras. El beso que compartimos en la iglesia me viene a la mente. Imagino cómo sería tener su boca en mi cuello, en mi vientre, en todas partes. Trago saliva.

—Quiero *fettuccine* a la carbonara —digo para salir del paso—. Con mucho queso parmesano.

—¿Algo más?

«Que me folles sobre este escritorio hasta que olvide cuánto te odio».

—No.

Voy al baño porque debo poner distancia entre nosotros. De lo contrario, cabe la posibilidad de que me abalance sobre él, y no para matarlo. Maldito sea. ¿Por qué tiene que decir esas cosas? Es muy difícil resistirse a un hombre que te mira como si supiera cuáles son tus debilidades y estuviera dispuesto a utilizarlas para desarmarte.

Cenamos mientras vemos *Uncharted*. Dominic me ha dejado elegir la película. Me ha sorprendido que no juzgara mis gustos cinéfilos. Me gusta el cine de acción porque es entretenido y me impide pensar. Odio los dramas y las películas románticas.

—Eres una caja de sorpresas —comenta cuando termina la película.

Recoge los platos, los deja en una bandeja y abre la puerta para depositarla en el suelo del pasillo. Luego vuelve a cerrarla y se sienta a mi lado. No me siento incómoda al estar en su cama. A estas alturas ya he comprendido que no va a obligarme a hacer nada. Prefiere que sea yo la que dé el primer paso y demuestre lo mucho que lo deseo.

—Te toca. Elige otra película. —Es lo justo.

Su muslo me roza cuando se vuelve para mirarme.

—No quiero ver una película. Pregúntame lo que quieras.

Lo observo extrañada.

—¿A qué viene eso?

—Eres mi esposa. Quiero que me conozcas.

—¿Te ha sentado mal la cena?

—Venga, Lucrezia. No eres una cobarde. Seré sincero contigo. Uno de los dos tiene que

luchar por este matrimonio.

Pongo los ojos en blanco. En serio, qué hombre. Me queda bastante claro que no es de los que se rinden. Solo le intereso porque se lo estoy poniendo muy difícil. A Dominic no hay nada que le guste más que salirse con la suya.

—De acuerdo. —Será bueno que baje la guardia. Si consigo conocerlo mejor, tal vez logre llegar hasta él y pueda hacerlo cambiar de opinión sobre Massimo—. ¿Cuál es tu color favorito?

Se ríe. Y su risa es... de otro jodido planeta. Es la primera vez que lo escucho reír de verdad. No hay una pizca de malicia o sarcasmo. Es una risa grave, amplia y auténtica que me calienta el pecho.

—¿En serio? —Sacude la cabeza—. Pensé que me harías una pregunta más complicada.

—El mío es el azul.

—Negro, supongo. —Se encoge de hombros—. Me gusta el negro. Sirve para cualquier ocasión.

—Qué práctico —bromeo—. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?

Me mira con los ojos entornados. Sé lo que está pensando: no estoy haciendo la clase de preguntas que él esperaba. Lo tengo justo donde quería. Si consigo que se relaje, podré llegar poco a poco hasta él sin que se dé cuenta.

—Salir a correr por la playa me despeja. Pero lo que más me gusta es pasar todo el tiempo que puedo con Antonella. Crece demasiado rápido. Es muy injusto. Algún día se convertirá en una adolescente malhumorada y pensará que soy un coñazo. Mientras tanto, haré todo lo posible para que sea una niña feliz. Mi mayor aspiración en la vida es ser su persona favorita. Y el día que tenga un novio, probablemente me dé un infarto.

Mi corazón se ablanda como un chicle. Es imposible odiar esta versión de Dominic. Por eso tengo que encontrar una solución que no consista en matarlo. No puedo arrebatárselo a Antonella. Es un buen padre.

—Chiara estaría orgullosa de lo bien que has criado a su hija.

—No es una pregunta.

—Por si acaso alguna vez te entran dudas.

—Acabas de hacerme un cumplido —dice extrañado.

Tiene razón. Ni siquiera he debido esforzarme.

—¿Qué harás si te pido el divorcio? —le suelto.

—No vas a divorciarte de mí —responde categórico—. Siguiendo pregunta.

—Solo me casé contigo para proteger a mi familia —desenrollo la verdad con suavidad—. No tiene sentido que me ate a un hombre que no va a darme lo que más quiero.

—Te puedo dar muchas cosas, Lucrezia. Solo tienes que pedírmelas. Pondría el puto mundo a tus pies si es lo que quieres.

—¿Podrías llegar a confiar en mí?

—Ambos sabemos que cometería un grave error si lo hiciera. No soy idiota. Te subestimé en una ocasión. ¿O acaso vas a dejar de intentar manipularme algún día?

Me muerdo el labio. Es justo lo que pretendo, pero él no es un ingenuo como Angelo.

—Lo haría si tú me dieras lo único que de verdad me importa —contesto con sinceridad—. ¿Quieres que sea tuya? ¿Quieres que te deje hacer conmigo lo que te plazca? ¿Quieres que te prometa que jamás intentaré escapar? Puedo jurártelo, Dominic. Solo necesito que tú me ofrezcas algo a cambio: olvídate de esa absurda venganza que tienes contra mi hermano. Su muerte no te devolverá a tus seres queridos. Él no tuvo la culpa. Massimo no podría haber salvado a tu familia.

—Para. —Su voz es un rugido de rabia.

—Por favor, escúchame. Mi hermano no es el hombre que tú crees. El odio te ciega. Comprendo que necesitas culpar a alguien porque no pudiste vengarte del verdadero culpable. Nadie debería vivir una pérdida como la tuya. Lo que mi padre le hizo a tu familia fue atroz y...

—Primero degolló a mi madre —me explica con la voz afilada—. Era una mujer que nunca le había hecho ningún mal a nadie. Le dio igual que mis hermanas lloraran aterrorizadas y que mi padre le suplicara de rodillas que no lo hiciera.

Cierro los ojos. Conozco demasiado bien la historia. El malnacido que tengo por padre se encargó de contármela sin ahorrarme ningún detalle. Todavía recuerdo su sonrisa maquiavélica cuando me miró a los ojos y me advirtió con una calma gélida que yo correría el mismo destino que mi madre si alguna vez me atrevía a desafiarlo.

—Dominic, no es necesario que...

—Lo es —me interrumpe con aspereza. No hay rastro del hombre amable que se preocupa de que me alimente y es buen padre. Vuelve a ser el Don despiadado que me da tanto miedo—. Luego obligó a mi padre a mirar mientras sus hombres les daban una paliza a mis hermanas. A Isabella le rompieron las dos piernas y la azotaron más de cincuenta veces. Su cuerpo no pudo soportar más dolor y murió por culpa del shock. La dejaron completamente desfigurada.

» Chiara no corrió mejor fortuna. Mi padre le prometió que le rajaría la barriga para sacarle el bebé y por eso la dejó para el último momento mientras ella contemplaba horrorizada como les ordenaba a sus esbirros que violaran a Fiorella, mi prometida. Fiorella era virgen, pero eso les trajo sin cuidado. Tu padre se lamentó de que yo no estuviera allí para poder contemplar lo que le hacían a mi prometida. Mi pobre hermana no pudo soportarlo e intentó salvarla. Le pegaron un tiro. Mi padre perdió la cordura al ser testigo de cómo asesinaban brutalmente a su familia y le suplicó que lo mataran. ¿Puedes imaginarte lo impotente que tuvo que sentirse para rogarle a aquel hijo de puta que lo matara? Solo quería reunirse con su familia. Él se lo había arrebatado todo. Lo que le hizo a mi padre es demasiado atroz para describirlo. Te ahorraré los detalles. —Sin embargo, los conozco. Mi padre se encargó de que estuviera al tanto del alcance de su crueldad—. Jamás me perdonaré no haber llegado a tiempo para salvarlos. Nunca olvidaré aquella imagen. Chiara todavía seguía con vida. Mi dulce hermana se desangró en mis brazos y me suplicó que salvara a su hija.

Dominic tiene los puños apretados y los ojos brillantes de rabia. Tengo miedo de hacer algún ruido. Ni siquiera me atrevo a respirar.

—¿Sabes por qué conozco todos los detalles?

Guardo silencio. Dominic me mira expectante.

—Respóndeme, Lucrezia.

—Mi padre te envió una carta. Me obligó a leerla en voz alta —respondo. Mi confesión lo pilló desprevenido. ¿Acaso cree que fue el único al que hirió ese malnacido?—. Le rogué que no me obligara a seguir leyendo. Pero, como ya sabes, con él nunca sirvieron las súplicas.

Mi padre la escribió de su puño y letra. Le describió minuciosamente el asesinato de su familia y le aseguró que él correría un destino peor. Por aquel entonces Dominic solo tenía dieciocho años.

—Nunca me perdonaré no haber salvado a mi familia.

Lo miro horrorizada.

—No fue culpa tuya.

—Debería haber estado allí —me ignora—. Tampoco me perdonaré no haberlo encontrado antes de que muriese por causas naturales. He cometido muchos crímenes, pero el único que de verdad me atormenta es no haber asesinado a tu padre. Mi único consuelo durante todos estos años ha sido arrebatarme a su primogénito: el hombre que se lavó las manos mientras él masacraba a mi familia.

Retrocedo presa de la conmoción.

Dominic nunca cambiará de opinión. Ha volcado el odio que siente por mi padre en mi hermano. No tengo más remedio que acabar con él si quiero proteger a mi familia. Aunque su muerte pese para siempre en mi conciencia.

Capítulo 26

Dominic

Me despierto empalmado. *Qué novedad.*

Y con un cuchillo pegado a mi garganta. *Esto sí que no me lo esperaba.*

¿Estoy muy enfermo si admito que me excita el hecho de tener a una mujer hermosa sentada a horcajadas encima de mí que quiere rajarme el cuello? Es una pregunta retórica. Conozco la respuesta.

—¿Sorprendido? —pregunta mi esposa con una voz casi tan afilada como el cuchillo que sujeta.

—No —respondo con sinceridad—. Vi cómo te lo guardabas después de pelar aquella manzana.

—Me has dejado un cuchillo porque no me consideras una amenaza —reflexiona indignada. Me hace un pequeño corte en el cuello del que brota un hilo de sangre—. Vuelves a subestimarme, *cariño*.

Es oficial: estoy muy cachondo.

—Me gusta que me hables con tanto afecto mientras amenazas con matarme. De hecho, me pone. Deberíamos probarlo más a menudo.

Sus ojos echan chispas. Me hace otro corte, esta vez muy cerca de la yugular. Solo tiene que clavarme el cuchillo en la carótida. Problema resuelto. Jamás la culparía por elegir a su hermano. La familia siempre es lo primero.

—Un centímetro más arriba y te desangrarás en menos de un minuto. Nadie podrá salvarte la vida. Ponme a prueba, *querido* esposo. —Me lanza una mirada peligrosa y cargada de determinación. Quiero comérmela a besos por ser justo la clase de mujer que sabía que era: astuta, valiente y decidida. Ahora sé que no cometí un error al casarme con ella. Estoy orgulloso de que sea mía—. ¿Por qué sonrías? ¿Crees que no seré capaz?

—Te tiemblan las manos —digo con suavidad.

No es culpa suya. Me desea, eso le complica el asunto de apuñalarme. Seguro que no vacilaría si se tratase de otro hombre. Lucrezia Morello es capaz de todo. Por eso somos almas gemelas.

No quiero herir su ego. Esperaré un rato antes de desarmarla. Pesa tan poco que me resultará muy fácil quitármela de encima.

—Tiemblo porque me has obligado a hacer algo que no quiero —contesta hecha una furia—. Quería perdonarte la vida, Dominic. No quiero dejar huérfana a Antonella. Pero no me has dejado otra opción. Siempre elegiré a mi familia por encima de todo.

—Y te respeto por ello. La lealtad es importante.

—Deja de burlarte de mí. —Me clava la punta del cuchillo a pocos milímetros de la carótida—. No me da miedo matar. Ya tengo las manos manchadas de sangre y no siento remordimientos.

—Envenenar por equivocación al objetivo equivocado no cuenta. Sobre todo si la víctima se lo merecía.

Me descoloca que me sonría con suficiencia.

—Michele Bagarella no fue mi primera víctima —dice para mi sorpresa—. ¿Lo ves, Dominic? No tienes ni idea de lo que soy capaz.

Tardo menos de dos segundos en comprender que he vuelto a subestimarla. Lucrezia mueve la muñeca para clavarme el cuchillo en la vena y consigo desarmarla antes de que me apuñale. Le hago una llave con las piernas que la tira de espaldas y me pongo encima de ella con cuidado de no aplastarla. Ahora es ella quien tiene el cuchillo en el cuello. Las tornas han cambiado.

—Interesante —admito con la voz ronca por el esfuerzo—. No te creía capaz.

Se revuelve como una fiera y tengo que apartar el cuchillo de su piel suave cuando le hago sin querer un corte. Joder, va a terminar haciéndose daño por ser tan tozuda.

—¡Suéltame! —me exige como si ella estuviera al mando de la situación—. ¡Aléjate de mí!

—La adrenalina te nubla el juicio, *querida*. Ahora no estás en potestad de darme órdenes.

—Pues márame. —Sus ojos echan fuego—. No voy a pedirte perdón ni a suplicar por mi vida.

—No quiero que te disculpes ni que me ruegues que no te mate. —Clavo el cuchillo con tanta fuerza en el cabecero de la cama que lo hundo hasta la empuñadura. Ha quedado a escasos centímetros de su cabeza. Ella se queda petrificada. Sé que está asustada porque cree que podría haber fallado. Se equivoca. Tengo muy buena puntería y jamás pondría su vida en peligro por una cuestión de orgullo—. Prefiero aprovechar la situación para darte una lección.

Le acaricio la mejilla y se estremece. Tiene la piel más exquisita que he tocado en mi vida.

—No necesito lecciones tuyas, asqueroso y maldito...

Le robo un beso para que se calle. Mi paciencia tiene un límite. No tengo ganas de malgastar el tiempo escuchando sus mentiras cuando puedo hacer algo más placentero. Ella se revuelve mientras me apodero de sus labios y le sujeto las muñecas por encima de la cabeza para inmovilizarla. Me muerde la boca hasta hacerme sangre y eso me pone todavía más.

Los dos respiramos con dificultad cuando me aparto para mirarla a los ojos. Tiene el pelo de una leona, los labios hinchados y la expresión conmocionada. Ambos sangramos, estamos cabreados y muy cachondos. Su cara nunca podrá mentirme.

—Dijiste que no ibas a forzarme —protesta escandalizada.

—Primera lección: nunca te fíes de mí. —Le doy otro beso solo porque puedo y me apetece—. Segunda lección: no voy a forzarte, pero voy a conseguir que me pidas que te folle.

—¡Jamás!

Intenta darme un rodillazo en la entrepierna que bloqueo de puro milagro.

—Tercera lección: la próxima vez que intentes matarme, no esperes a que me despierte antes de clavarme el cuchillo.

—Lo tendré en cuenta —responde jadeando—. ¿Ya has terminado con tus lecciones? Genial, quítate de encima.

—Cuarta lección. —Acerco mi rostro al suyo y le acaricio la mandíbula con la boca. Sonrío satisfecho al escuchar cómo se le acelera el pulso—: Si quieres que me crea que no estás deseando que te folle, deja de estremecerte y de gemir cuando te toco. Porque, *cariño*, no resultas para nada convincente.

—¡Te odio!

—Me importa una mierda.

Esta vez la beso sin una pizca de delicadeza. Me apodero de su boca con hambre y urgencia. Pongo las manos en sus mejillas y me apropio de su lengua cuando no le queda más remedio que abrir la boca. Emite ese gemido al que me refiero; el que no hace una mujer que no quiere lo mismo que tú. El que me confirma que, si le subo el camisón y meto una mano entre sus piernas, descubriré que está mojada y preparada para mí.

Dios, qué bien sabe. Tiene la boca más dulce que he probado en mi vida. Le lamo los labios muy despacio y sostengo su rostro para que no se resista. Se le escapa un murmullo de protesta que me confirma que quiere más. Me vuelve loco. Me encanta y a la vez me fastidia que no se rinda. Es la mujer más especial que he conocido en mi vida, y tengo la puñetera suerte de estar casado con ella.

—Pídemelo, Lucrezia —susurro contra sus labios—. Pídemelo con educación y te follaré como sé que estás deseando.

Ella separa los labios. Contemplo su boca con absoluta veneración, esperando oír las dos palabras mágicas que me harán enterrar la cabeza entre sus piernas. Le daré todo lo que quiera: fidelidad, protección, lujuria, devoción. Cualquier cosa que me pida es suya. Solo tiene que ser sincera conmigo.

—Dilo, cariño. Me muero por descubrir a qué sabe tu coño. —Le acaricio el cuello con la boca y se retuerce debajo de mi cuerpo—. Te juro que se me da muy bien.

—Eres un puto creído.

—¿Quieres averiguar si me estoy marcando un farol?

—¡Te odio!

La miro con incredulidad. Joder, ¿en serio? Voy a tener que esforzarme más. O, quizá, emplear otra táctica más persuasiva.

Me acomodo entre sus piernas y me froto contra sus caderas. Ella jadea sorprendida.

—Mira lo que me haces —le susurro al oído. Le doy un pequeño mordisco en el lóbulo—. Pues imagínate cómo disfrutarías si te subo el camisón y me quito los pantalones. Tengo la

polla así de dura por ti. Ninguna mujer me pone tanto como tú. Solo debes pedírmelo, Lucrezia. Dilo y seré tuyo.

—Nunca —le tiembla la voz.

Sin embargo, separa las piernas para que encajemos mejor. Ella gime y yo gruño. Nos está matando. Apoyo una mano en su cadera y me muevo muy lento. Suelto sus muñecas, dando por hecho que me golpeará, pero ella me clava las uñas en la espalda y me envuelve con sus piernas para que estemos más unidos.

—No piensas suplicar, eh. —Le doy un pequeño mordisco en el cuello—. Lo entiendo, preciosa. Eres tremendamente orgullosa. Me gusta.

—Pues tú a mí no.

—Tu coño no opina lo mismo.

Para demostrárselo, empujo las caderas contra ella para que sienta mi erección. Se le escapa otro gemido y aprieta las piernas entorno a mi cintura para que estemos más unidos. Lo sabía, menuda mentirosa. Su orgullo la obliga a decir que me odia, pero su cuerpo la traiciona.

La beso con una necesidad salvaje y me froto contra ella. Me sobra la ropa. Sus manos vuelan a la cinturilla de mis pantalones y comienza a bajarme la bragueta. De repente, se queda paralizada al comprender lo que ha estado a punto de hacer. Se me escapa la risa.

—Sin tocar, mentirosa. Solo se lo permito a las chicas buenas que me dicen la verdad.

Le robo otro beso y ella me muerde a modo de protesta. Forcejamos hasta que se rinde de nuevo. Me desarma que sea tan obstinada.

Lucrezia arquea la espalda para buscarme. La beso muy despacio mientras le subo el camisón y le acaricio la pantorrilla. Los quejidos que brotan de su garganta son el sonido más erótico que he escuchado en toda mi vida.

—Pídeme que pare —le susurro al oído.

Silencio.

Mi mano asciende por el interior de su muslo. No forcejea ni me grita que me aparte. Al final he comprendido cuál era el camino correcto. Terminará suplicándome. Lo tengo clarísimo. Pero, esta noche, le demostraré que puedo conseguir que se rinda de otra forma igual de placentera.

—Dime que no quieres esto —insisto. Le doy un beso en la barbilla. Mi mano llega hasta sus bragas de encaje. Apoyo la palma en su pubis y ella deja de respirar—. Solo tienes que decir «no». Y pararé, te lo juro.

Silencio.

Mi dedo índice recorre su abertura por encima de la tela. Ella solloza de placer y separa más las piernas. Se frota contra mí. Su desesperación es tan intensa que no puedo soportarlo más. Le arranco las bragas y apoyo el pulgar en su clítoris. Se le escapa un gemido entrecortado que me sacude la polla.

—Eres perfecta.

—No lo soy —balbucea.

—Para mí sí.

Trazo círculos lentos y la miro embobado mientras se retuerce de placer e intenta no emitir ningún sonido que la delate. Me encanta ver cómo lucha contra lo que le ofrezco. Mi preciosa guerrera. Tan excitada y testaruda. Siento que soy el hombre más afortunado del mundo al hacerla disfrutar. Ni siquiera espero recibir lo mismo. Esto ya es más que suficiente para mí. He ganado la puta lotería. Y, cuando por fin admite su derrota, deja de morderse el labio y murmura:

—Dominic...

Escuchar cómo pronuncia mi nombre casi provoca que me corra sin quitarme los pantalones. La penetro con un dedo y me maravillo con lo cálida y estrecha que es. Sus paredes se aprietan contra mi dedo. Qué puta maravilla.

—Tienes un coño perfecto —digo antes de robarle un beso—. Y estás tan húmeda como imaginaba.

—Te odio... —murmura con debilidad.

Introduzco un segundo dedo y los arquea para encontrar ese punto mágico que sé que la hará estallar de placer. Lucrezia se sobresalta. Me agarra de la muñeca como si tuviera miedo de que la abandonara justo cuando está a punto de llegar al clímax.

—Soy tuyo. No me voy a ningún lado —le prometo—. Córrete para mí.

Acelero el ritmo y ella se las apaña para montar mi mano. Arquea la pelvis y acompaña mis movimientos. Es absolutamente perfecta. Le susurro al oído que es mía y que jamás la dejaré marchar. Sonríe como un idiota cuando llega al orgasmo y grita mi nombre hasta que se le quiebra la voz.

Nuestras miradas se encuentran. Sus ojos son el brillo de la derrota y el agotamiento. Retiro mis dedos sin dejar de mirarla, abro la boca y pruebo su sabor. Ella me observa impresionada.

—Quinta lección. —Acerco mi rostro al suyo—: Te dije que pronunciarías mi nombre cuando te corrieras.

Capítulo 27

Lucrezia

Estoy tumbada bocarriba en la cama de Dominic. Él está entre mis piernas. Apenas puedo respirar. Quiero abrazar su cuerpo cálido. Enterrar la cara en su pecho para ocultar mi vergüenza. Todo es demasiado confuso.

Me ha follado con sus dedos.

He gritado su nombre.

Estoy saciada y exhausta.

Te ha ganado.

El alcance de lo que acaba de suceder me golpea con fuerza.

Has dejado que el hombre que quiere matar a tu hermano te masturbe. Has gemido su nombre. Te has abierto de piernas para él como una vulgar ramera. Casi le suplicas que te folle.

Dominic entorna los ojos al percibir la tensión de mi cuerpo. No le da tiempo a acariciarme la mejilla en un intento de tranquilizarme. La rabia me hace más rápida. Le clavo la rodilla en un costado y él se hunde hacia delante. Así consigo quitármelo de encima y agarro con las dos manos el cuchillo que hay clavado en el cabecero. Ni siquiera sé cómo me las apaño para arrancarlo. Creo que la ira me otorga una fuerza descomunal.

—¡Desgraciado!

Lo apuñalo con rabia en el antebrazo que utiliza para taparse la cara. He fallado. Quería rajarle el cuello. Dominic consigue atrapar mi muñeca, pero me da tiempo a cambiar el cuchillo de mano. Soy demasiado torpe con la izquierda, lo que no impide que le aseste una cuchillada en el hombro.

Hay sangre por todas partes. Ojalá le haya hecho mucho daño. Es lo mínimo que se merece por...

—Joder —gruñe.

Intento asestarle otra puñalada, pero esta vez es más rápido y me pilla desprevenida al hundirme dos dedos en las costillas. Un dolor sordo me hace perder el equilibrio y el cuchillo resbala de mi mano. Dominic me lo arrebató y lo lanza hacia el otro extremo de la habitación, demasiado lejos de mi alcance. Eso no impide que intente salir de la cama para recuperarlo y terminar el trabajo.

—¡Para! —me abraza por detrás, inmovilizando mis brazos por delante del pecho. Tiene la boca pegada a mi nuca—. ¡Estate quieta, Lucrezia! Maldita seas. Vas a conseguir que te haga daño y es lo último que quiero.

—¡Voy a matarte! —Echo la cabeza hacia atrás para darle un cabezazo. Él gira la cara para evitar el impacto y es mi frente la que se estrella contra su mejilla. Grito presa del dolor y la

rabia—. ¡Te mataré!

Estoy absolutamente desquiciada. La impotencia y la ira son una combinación letal. Me sujeta con más fuerza y pataleo para intentar salir de la cama. Si tan solo pudiera alcanzar el cuchillo, tendría una posibilidad de apuñalarlo en ese corazón negro.

—Soy más fuerte que tú —murmura en mi oído—. Asúmelo de una vez.

Me relajo poco a poco contra su pecho hasta quedarme muy quieta. Dejo escapar un sollozo y él hace justo lo que esperaba; afloja un poco su agarre.

—No puedo respirar —me quejo.

Dominic comete el error de soltarme. Ni siquiera vacilo. Le hundo el codo en el estómago y me abalanzo hacia delante. Me atrapa del tobillo justo cuando estoy a punto de salir de la cama. El impulso me tira al suelo y él termina encima de mí. El puñetazo que le doy lo pilla completamente desprevenido. Me río satisfecha porque creo que le he partido la ceja.

—¿Qué cojones...? —Davide abre la puerta.

Dominic y yo giramos la cara al mismo tiempo. Él nos mira horrorizado. Pobrecito, se ha quedado en shock. Andrea aparece de inmediato a su lado y masculle una palabrota.

—¿Necesitas que te la quitemos de encima? —bromea su amigo.

—¡Cerrad la puta puerta! —les ordena Dominic.

Andrea le da un codazo a Davide para que reaccione. Este se agacha con disimulo para recoger el cuchillo que hay tirado a sus pies. Aprovecho ese momento para agarrar del pelo a Dominic y le clavo las uñas en la mano que tiene en mi cintura para que me suelte. Un sonido bronco escapa de su garganta, pero el maldito no me suelta.

—¿De verdad que no quieres que...? —comienza a decir Davide.

—¡Fuera! —ruge Dominic—. ¡Largaos!

Es increíble la autoridad que desprende, a pesar de la situación en la que acaban de pillarlo. Davide y Andrea se largan sin rechistar. Mierda, se han llevado el cuchillo. De todos modos, me niego a rendirme. Estiro el brazo para agarrar la pata de la mesita de noche. Quizá logre quitármelo de encima si consigo impulsarme hacia delante y pegarle una buena patada en los huevos.

Dominic consigue meter una rodilla entre mis piernas. Me lanza una mirada furiosa. Es evidente que ha adivinado mis intenciones. La próxima vez tendré que ser más rápida.

—Se acabó. —Se las apaña para volver a inmovilizar mis muñecas. Me sujeta los brazos por encima de la cabeza. Tiene razón. Ahora no tengo nada que hacer. Aprieta la mandíbula y acerca su rostro al mío. Sus ojos echan chispas—. Estate quieta de una puta vez.

—Pégame —lo provocho. Es oficial: he perdido la cabeza—. Lo estás deseando.

—Nunca le he puesto la mano encima a una mujer.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—¿En serio? —Su voz resume sarcasmo—. Puedes intentar escapar. Puedes apuñalarme

cientos de veces. Puedes pegarme. Puedes dejarme en evidencia delante de mis mejores amigos. Puedes hacer lo que te dé la gana. Ponme a prueba, Lucrezia. Te adelanto que el resultado siempre será el mismo: te arrastraré de regreso a mi cama porque tu lugar está a mi lado. Si consigues escapar, removeré cielo y tierra hasta encontrarte. ¿Te ha quedado claro?

—Como el agua —jadeo debajo de él.

—El truquito de fingir que te cuesta respirar no va a colar de nuevo —me advierte con la boca a escasos centímetros de la mía—. Cuánta rabia tienes dentro.

—Muchísima cuando se trata de ti.

—Hace unos minutos, cuando te follé con los dedos, no recuerdo que te resistieras en absoluto.

Me arde la cara por culpa de la vergüenza. Estoy tan abochornada que ni siquiera puedo mirarlo a los ojos. Tengo ganas de llorar porque me siento muy culpable. No logro entender que le permitiera hacer algo así.

—Voy a soltarte y luego me pondré de pie. No vas a hacer ninguna tontería, ¿de acuerdo?

Asiento sin mirarlo. Me duele todo el cuerpo y estoy agotada. Soy incapaz de volver a enfrentarme a él en este momento.

Siento una inesperada sensación de abandono cuando se levanta. La calidez deja paso al frío. Este hombre me ha robado la capacidad de razonar. A su lado soy peor persona de lo que ya era. Jamás he sido violenta. Siempre he calculado mis movimientos. No soy impulsiva. ¿Cómo he podido perder tanto los papeles? ¿Qué diantres me pasa?

—¿Te has hecho daño? —Me ofrece una mano—. ¿Te duele algo?

Todos los músculos por culpa del esfuerzo que he hecho para intentar matarlo. Pero él se ha limitado a esquivar mis golpes y no me ha tocado. Ni siquiera ha perdido los papeles cuando le he gritado que me golpease en un burdo intento por demostrar que es un mal hombre.

Acepto su mano porque estoy agotada. Me pilla desprevenida al sostener mi rostro con delicadeza para inspeccionarme. Me duele la frente porque le di un golpe en la mejilla. Eso es todo.

—Estoy bien —musito sin poder mirarlo—. Tú te has llevado la peor parte.

Dominic me examina con calma. Gira mi cabeza a uno y otro lado, me palpa los brazos en busca de moratones y me pregunta si me duelen las costillas. Quiero que me deje en paz. Su preocupación solo me hace sentir peor. Estoy preparada para que me grite. Lo único que no puedo soportar es que me trate con afecto.

Respiro aliviada cuando se marcha. Me siento en el borde de la cama y me tapo la cara con las manos. No entiendo por qué no se ha defendido. No me entra en la cabeza que haya puesto mi bienestar por encima del suyo. Soy incapaz de odiarlo cuando derriba todos mis prejuicios.

Regresa al cabo de unos minutos con un botiquín de primeros auxilios y un paño con hielo que me obligaba a ponerme en la frente.

—Casi no me duele.

—Evitará que se hinche —insiste—. Podrías tener una conmoción cerebral. Me has pegado muy fuerte. Tienes que avisarme si estás mareada o tienes ganas de vomitar.

—Estoy bien —le aseguro.

Es la pura verdad. Él, por el contrario, no puede decir lo mismo. Observo horrorizada la sangre que mana de su antebrazo y la herida que tiene en el hombro. También tiene la mejilla hinchada y la ceja izquierda partida. Aprieto los labios y aparto la mirada.

—Puedo coserte —me ofrezco.

Él me mira con recelo. Es lo mínimo que debo hacer por él.

—Ya lo hago yo.

—Tengo buen pulso. Apenas te dejaré cicatriz. Estoy acostumbrada a coser a Massimo y a sus hombres. Sé lo que me hago.

—No lo dudo —responde con ironía—. El problema es que no me fío de ti.

Abre el botiquín, se sienta lejos de mí y comienza a enhebrar la aguja. Va a coserse a sí mismo porque soy una bruta. Dejo el paño con hielo en la mesita de noche y me vuelvo hacia él. No puedo retroceder en el tiempo, pero sí ahorrarle un poco de dolor.

—Déjame hacerlo —le pido—. Te juro que no intentaré nada raro. Me sentiré menos culpable después de haberte cosido. Por favor.

—Es injusto que pronuncies dos palabras con las que sabes que me tienes a tus pies.

Para mi sorpresa, me entrega la aguja y el hilo. Primero le desinfecto las heridas de la ceja y la mejilla. Tiene el cabello rubio despeinado y los ojos cansados. Su expresión es la viva imagen de la derrota. Se me encoge el corazón por haberle hecho tanto daño. Las palabras salen de mi boca antes de que pueda medirlas.

—Lo siento —musito con sinceridad—. Lamento haberte herido.

—Querías matarme.

No hay acritud en sus palabras. Solo ha puesto las cartas sobre la mesa.

—Esto te va a doler un poco. —Dominic no se inmuta cuando le clavo la aguja en el antebrazo—. Estaba muy enfadada conmigo misma y me he desquitado contigo.

—¿Por qué estabas enfadada? —pregunta con tacto.

—Porque he dejado que me tocaras y me ha gustado.

Sus ojos se oscurecen. Sus labios se curvan en una sonrisa que no es en absoluto arrogante. Parece feliz y tranquilo.

—A mí también me ha gustado mucho tocarte. Creo que es justo que sepas que ha sido la experiencia más erótica de mi vida. ¿Hace que te sientas mejor?

—No. —Me halaga, pero no me hace sentir mejor—. Estoy furiosa porque te he permitido hacer lo que te diera la gana conmigo después de que me dijeras que ibas a matar a mi hermano.

—Lucrezia...

Levanta el brazo para acariciarme la mejilla.

—No me toques. Ya casi he terminado. —Deja caer la mano—. Te va a quedar una cicatriz minúscula.

—Me importa una mierda la cicatriz. Al menos tendré un recuerdo de ti.

Pongo los ojos en blanco. No puede hablar en serio.

Termino de coser la herida del antebrazo y empiezo con la del hombro. Es un paciente muy bueno. La mayoría de los hombres de Massimo se comportaban como unos críos llorones cuando tenía que darles puntos. Cualquiera diría que eran criminales despiadados.

—Ya está. —Cierro el botiquín y respiro aliviada—. ¿Puedo darme una ducha? Quiero limpiarme la sangre.

—Lucrezia. —Me sostiene el rostro para que lo mire—. No tienes que pedirme permiso para utilizar el baño. Esta también es tu casa.

Acabo de apuñalar a mi marido y él está muy tranquilo. Tengo demasiado que asimilar. Cierro los ojos porque no tengo fuerzas para descubrir lo que hay en los suyos.

—No estoy enfadado. —Su boca se posa en mi frente y me abraza—. Me gusta que sepas defenderte. Nunca me habría casado con una mujer frágil.

Dominic Falsone acaba de darme un beso en la frente. Contengo el aliento. Sus brazos no deberían reconfortarme. Cielo santo, no quiero que me suelte. Me ablando sin poder evitarlo. Tengo muchísimas ganas de llorar.

—Quiero... —carraspeo— necesito una ducha.

Dominic me suelta y huyo en dirección al baño, que se ha convertido en mi refugio cuando necesito poner distancia entre nosotros. Aunque algo me dice que no importa lo lejos que esté de él, pues Dominic siempre encontrará la forma de llegar hasta mí.

Capítulo 28

Dominic

Lucrezia y yo mantenemos la distancia los siguientes dos días. O, al menos, hacemos todo lo posible por permanecer lo más lejos posible el uno del otro, ya que estamos encerrados en el dormitorio. Apenas hablamos o nos miramos. Bueno, yo sí que la miro a ella, pero cada vez que intento llamar su atención, está demasiado ocupada viendo la tele o leyendo un libro que ha cogido prestado de la estantería. Se le da de lujo ignorarme.

Menos mal que no ha intentado apuñalarme de nuevo. Nunca imaginé que un cuerpo tan delgado y frágil pudiese tener semejante fuerza. Me costó defenderme. No habría vacilado en hundirle el cuchillo en el pecho si fuese otra persona, pero lo último que quería era hacerle daño. Así que tuve que apañármelas para evitar que me matase mientras intentaba protegerla de sí misma.

Debería estar furioso.

Si Camilla o cualquiera de mis amantes hubiera intentado matarme, habría ignorado la regla que me impuse de no hacer daño a las mujeres. Sin embargo, con Lucrezia no dejo de hacer excepciones. No logro entender por qué su actitud solo consigue que me guste más. Joder, siempre he sabido que hay algo muy mal en mí, pero nunca imaginé que acabaría prendado de la hermanita de mi mayor enemigo. Porque mi obsesión llega hasta tal punto que podría clavarme un puñal en el corazón y me arrastraría detrás de ella para retenerla a mi lado.

Iba muy en serio cuando le dije que jamás me habría casado con una mujer frágil. No quiero una esposa dócil ni cobarde. Lo que más me gusta de Lucrezia es que tiene agallas y es la clase de persona que no se da por vencida. ¿Cómo no iba a gustarme si es una mujer tan fuerte que me produce admiración?

Alguien llama a la puerta. Les he dicho a mis hombres que no se atrevieran a molestarme. Davide y Andrea no han vuelto a aparecer por aquí desde que les grité que se largaran. Mis amigos creen que no puedo manejar a mi esposa. Tal vez tengan razón; no voy a dominar a Lucrezia porque me gusta que me plante cara. Estoy cansado de sumisas que hacen lo que les pido. No sabía cuál era mi tipo de mujer hasta que ella entró en mi vida.

—Largo —le ordeno a quien está aporreando la puerta.

—Dominic —dice Ludovica—. Es Antonella.

Me levanto como un resorte y tardo medio segundo en abrir la puerta. La expresión de Ludovica me preocupa de inmediato. No me molestaría si no fuera importante.

—¿Qué le pasa?

—Tiene gripe. No le baja la fiebre y no para de toser. El médico ya viene de camino.

—¿Y me lo dices ahora? —le recrimino hecho una furia.

Ludovica no se intimida. Es la única mujer —aparte de mi esposa— que no me tiene

miedo.

—Dejaste muy claro que no querías que nadie interrumpiera tu luna de miel.

Voy directo a la habitación de mi sobrina. La niña está tumbada en la cama, tiritando debajo del edredón. Un nudo de inquietud se forma en mi pecho. Puede que sea el líder de la ‘Ndrangheta, pero la impotencia me consume cuando se trata de mantener a salvo a mi sobrina. Me siento en el borde, le aparto el pelo sudado de la cara y le doy un beso en la frente. Está ardiendo.

—¿Me voy a morir? —solloza.

—Nunca dejaré que eso pase —la tranquilizo. Hay un paño y un recipiente con agua en la mesita de noche. Humedezco el trapo, lo escurro y se lo coloco en la frente. Antonella se estremece—. Te prometo que te encontrarás mejor.

—Tengo frío. —Hace un puchero—. Quiero a mi mamá.

Mi corazón se resquebraja sin remedio. Antonella empezó a preguntarme por su madre hace un par de años. No me quedó más remedio que enseñarle algunas fotos y explicarle con delicadeza que su mamá estaba en el cielo. Desde entonces no ha dejado de echarla de menos en determinadas situaciones: las funciones escolares, las noches de tormenta o las gripes que suele coger porque es una niña algo enfermiza. He hecho todo lo posible por ser un buen padre para ella, pero nunca podré sustituir a la figura materna que no ha tenido.

—Hola, ardillita —la saluda Lucrezia.

Estaba tan asustado que ni siquiera me he dado cuenta de que me ha seguido hasta la habitación de Antonella. Mi sobrina sonríe con debilidad al verla. Mi esposa rodea la cama y se sienta en el otro extremo. Le acaricia la mejilla con ternura y le coge la mano.

—Me encuentro mal —se queja.

—Lo sé, ardillita. —Lucrezia se tumba a su lado y la niña se abraza a su cintura—. Tu tío tiene razón. Estarás mejor después de que te vea el doctor. ¿Quieres que te cante una canción?

Antonella asiente y luego esconde el rostro en el pelo de Lucrezia. Ella le canta con dulzura: *«quando sono solo sogno all'orizzonte e mancano le parole, sì, lo so che non c'è luce in una stanza quando manca il sole, se non ci sei tu con me, con me, su le finestre, mostra a tutti il mio cuore che hai acceso...»*.

Tiene una voz muy dulce. Le canta mientras le acaricia el pelo como si fuera una madre cariñosa. Mi sobrina se relaja y se queda adormilada. No puedo dejar de mirarla hipnotizado. Es una imagen preciosa y a la par dolorosa.

El doctor aparece al cabo de unos minutos y Lucrezia se levanta para que pueda examinar a la niña. Después de auscultarla, le receta un medicamento para bajarle la fiebre, una solución salina y me recomienda que esté hidratada en todo momento.

—Voy a prepararle una sopa de pollo —se ofrece Lucrezia—. Tengo la receta de Marcella, mi nana. Es la sopa que me daba cuando estaba resfriada. Es el mejor remedio contra la gripe.

—Yo soy la que prepara la comida de la familia —protesta Ludovica. Le lanza una

mirada ofuscada a mi mujer—. Puedo cocinar una sopa de pollo.

—Déjala —le pido, e ignoro el gesto atónito de Ludovica—. Gracias, Lucrezia.

Ludovica aprieta los labios, pero toma la sabia decisión de guardar silencio. Me quedo con mi sobrina y vuelvo a mojar el paño. Ella farfulla una protesta cuando se lo coloco en la frente.

—Está frío.

—No te has quejado con Lucrezia.

—Ella canta mejor que tú.

—Cierto.

—Me cae bien. ¿Ya no estás enfadado con ella?

—No lo estoy —admito.

—¿Ahora podemos ser amigas? —pregunta esperanzada.

—Lucrezia ya forma parte de nuestra familia. Es mi mujer, así que podéis ser amigas.

—Me gusta mucho Lucrezia. ¿Puedo llamarla mamá?

La pregunta me pilla desprevenido. Ludovica carraspea detrás de mí. Sé lo que está pensando. No puedo obligar a Lucrezia a formar parte de la vida de Antonella por mucho que mi sobrina desee tener una madre.

—Tu mamá está en el cielo —le digo con tacto. Mi hermana se quedó embarazada de un idiota que se desentendió de ella, así que siempre me he considerado el padre de mi sobrina—. Lucrezia puede ser tu... madrastra.

Antonella frunce el ceño.

—Las madrastras de los cuentos son malas.

—Ella será buena contigo.

—Por eso quiero que sea mi mamá —insiste enfurruñada—. Es guapa, cariñosa y me cae bien. Sabe cantar y me encanta jugar con ella. Y te gusta, tío Dominic.

Me rasco la nuca. Mierda, qué situación más complicada. No tengo ni idea de cómo salir airoso sin herir sus sentimientos. Entiendo que quiere tener una madre, al igual que el resto de sus amigos del colegio.

Decido coger un libro y leerle un cuento para salir del paso. Lucrezia regresa al cabo de media hora con un humeante tazón de sopa. Se sienta a mi lado y me roza la pierna sin querer. Al darse cuenta de cómo la miro, pone los ojos en blanco y prueba la sopa. Luego se inclina para susurrarme al oído:

—Jamás envenenaría a la niña.

Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Yo soy su único objetivo. Sé que aprecia a mi sobrina.

—Hora de comer, ardillita —le dice a Antonella—. Si te comes toda la sopa, luego

podemos ver una película.

La niña obedece sin rechistar. Suele comer fatal. Es algo que irrita a Ludovica, que se esfuerza por prepararle sus platos favoritos para que se alimente como es debido. Por eso me sorprende que engulla hasta la última cucharada. Lucrezia la premia con un beso en la mejilla y luego enciende la tele.

—Tío Dominic —me aprieta la mano—. ¿Puedes quedarte con nosotras?

Lucrezia me mira de reojo y tensa la expresión. Es evidente que acabo de estropear sus planes. Sin embargo, se tumba al otro lado de la cama para que me eche junto a mi sobrina, de modo que la niña queda entre nosotros. Nos da una mano a cada uno y sonrío de oreja a oreja. Se acaba de salir con la suya.

—Quiero ver *Frozen*.

Lucrezia y yo intercambiamos una mirada de espanto. Ella intenta no sonreír al comprender que ambos pensamos lo mismo sobre la obra de Disney. A mitad de la película, Antonella bosteza y apoya la cabeza en el hombro de mi esposa.

—Te quiero mucho, Lucrezia.

A ella le brillan los ojos. Se ha emocionado. Estrecha a la niña con un afecto imposible de fingir y le da un beso en el pelo. Al cabo de unos minutos, las dos se han quedado dormidas. Me relajo y las abrazo para protegerlas de todo mal. Quizá tengamos una oportunidad después de todo. Sé que Lucrezia será incapaz de elegirme, pero cabe la posibilidad de que el amor que siente por mi sobrina sea suficiente para que permanezca a mi lado.

Capítulo 29

Lucrezia

Han transcurrido tres días desde que Antonella contrajo la gripe. No me he despegado de ella en ningún momento. No me avergüenza admitir que mientras la cuidaba me olvidé de la verdadera razón por la que me he casado con Dominic. Lo único que quería es que la niña estuviera bien.

Dominic no me ha obligado a regresar a su dormitorio. Me niego a decir que es nuestro. Este nunca será mi hogar. Me importa un comino que él insista en que esta casa es tan suya como mía. No soy tan ilusa. Aquí la experta manipuladora soy yo.

He pasado tres días maravillosos durmiendo con Antonella. Me inventaba cuentos, veíamos películas, jugábamos a las muñecas y nos disfrazábamos de princesas. A estas alturas ya he llegado a la conclusión de que me va a doler en el alma separarme de ella. Cada vez que me abraza, me sonrío y me dice que me quiere, el corazón se me hincha de orgullo.

Tenemos una relación preciosa. Ni siquiera sé por qué se me da tan bien. Mi madre no actúo como tal y es evidente que Antonella echa de menos tener una. Tal vez por eso encajamos. La pequeña Falsone saca lo mejor de mí. Casi me hace creer que soy una buena persona.

—Uno, dos, tres... —comienzo a contar. Oigo que sale disparada. Hoy hemos salido al jardín porque ya se encuentra casi recuperada. Ludovica ha intentado que volviera a la cama, pero le he parado los pies. La niña necesita respirar aire fresco. Me trae sin cuidado que no se fíe de mí. De hecho, he sido incapaz de no sonreír con satisfacción cuando Dominic ha intervenido para ponerse de mi parte—. Cuatro, cinco, seis, siete... ¡Escóndete, Antonella! ¡Voy a por ti!

Se ríe a poca distancia. Se ha ocultado detrás de un arbusto enorme. Finjo que no la he visto y camino hacia la otra punta.

—Uy, ¿dónde se habrá metido? —Doy una vuelta alrededor del cobertizo—. ¡Qué bien te has escondido!

Me alejo para que crea que va ganando. Luego la atraparé y le haré cosquillas. He planeado que horneemos galletas de mantequilla para la merienda. Me doy la vuelta para ir a buscarla justo cuando observo algo que me llama la atención. Dominic está hablando con una mujer pelirroja y voluptuosa. Me sobresalto al reconocerla: Camilla, su amante. La mujer de la que habló Davide y con la que lo vi aquel día desde la ventana de mi habitación.

Siento un regusto ácido en la punta de la lengua. He dado por hecho que Dominic no se ha acostado con otra mujer desde que nos casamos. Puede que me haya equivocado. Apenas lo he visto desde que me instalé en la habitación de Antonella para cuidar de la niña. No me extrañaría que se hubiera marchado a divertirse con otras. Me juró fidelidad el día que nos casamos, pero seguro que para él solo fueron palabras vacías.

¿Acaso pudo culparlo por acostarse con otras? Intenté matarlo y, desde entonces, me he mantenido muy alejada de él. Es lógico que busque consuelo en otras mujeres. Lo que no tiene sentido es que yo sienta el regusto amargo de los celos. Porque esta presión que siento en el

estómago no puede ser otra cosa.

Me percató de que me estoy hincando las uñas en las palmas de las manos. Doy un respingo. Debería darme la vuelta y regresar con Antonella, pero tengo la mirada clavada en Camilla. De lejos parece una mujer muy hermosa.

Ella gesticula con los brazos y él sacude la cabeza. Arrugo la frente. Ahora que me fijo con más atención, no parece que estén hablando, sino discutiendo. Algo me impulsa a acercarme a ellos. Necesito saber de qué va el tema.

—Lárgate antes de que pierda la escasa paciencia que me queda contigo —le ordena Dominic con frialdad.

La mujer tiene el rostro surcado de lágrimas. Intenta acariciarle el brazo y él le agarra la muñeca para detenerla.

—Se acabó —le espeta—. No te atrevas a montar una escena.

La suelta y ella se acaricia la muñeca con gesto dolorido.

—Sabes que te quiero. —Su tono suplicante me rompe el alma. Dominic la observa como si fuera un auténtico incordio—. Haría cualquier cosa para estar contigo. Nadie puede complacerte como yo. ¿Acaso has olvidado lo bien que lo pasamos juntos?

La bilis me sube por la garganta. Esta mujer ha tocado a Dominic. Y, por la adoración que brilla en sus ojos, está clarísimo que él también la hizo disfrutar. Por eso está tan desesperada por recuperarlo.

Estoy tan abochornada que no me atrevo a salir de mi escondite. Permanezco detrás del olivo y contengo la respiración. Sé que debería largarme. Lo que suceda entre ellos no es de mi incumbencia. No obstante, los celos son un sentimiento de lo más irracional y absurdo. Así que me quedo.

—Si vuelves a llamar al timbre, te juro que olvidaré que hubo una época en la que tu compañía me resultó placentera —le advierte Dominic con tono glacial.

Ella rompe a llorar cuando él la deja allí plantada. No sé cómo digerir el alivio que siento. Mi marido —el hombre que quiere matar a mi hermano—, ha sido muy cruel con una mujer que está obviamente enamorada de él. La ha rechazado sin una pizca de delicadeza. Debería ser una señal de alarma que me recuerde que Dominic Falsone no tiene conciencia. Sin embargo, una sensación reconfortante sustituye a los celos.

Debo de hacer algún ruido, pues ella levanta la cabeza y me fulmina con la mirada. Pongo cara de circunstancia.

—Hola —la saludo.

—Eres tú. —Su tono está repleto de resentimiento.

—Sí, soy yo. —Me acerco a ella con una mezcla de empatía y orgullo—. ¿Estás bien?

Deja escapar un bufido.

—¿Tú qué crees?

—Que nadie merece que la traten así.

—¿Acaso contigo se porta mejor?

Sopeso su pregunta. No puedo culparlo de haber sido cruel conmigo al principio, pero jamás ha sido indiferente. Tengo la certeza de que Dominic jamás me echaría de su vida como si nunca le hubiera importado. Como si no valiera nada y le diese igual herir mis sentimientos. He intentado matarlo en varias ocasiones y ni siquiera se ha vengado. Es obvio que soy importante para él.

—Sí —respondo con sinceridad—. A mí nunca me ha ordenado que me fuera.

Ella me mira atónita. No quiero hacerle más daño del que ya le ha causado Dominic. Solo espero que entienda que ya no tiene cabida en su vida. Le irá mejor sin él. Es una mujer muy atractiva. Seguro que encuentra a otro que la valore como se merece.

—Te crees muy especial. —Me señala con un dedo cargado de veneno y esboza una sonrisa torcida—. Ambas sabemos que solo se ha casado contigo porque ansía destruir a tu hermano.

Guardo silencio. Tiene razón. No voy a rebatir algo obvio.

—¿Qué crees que pasará cuando se cobre su venganza?

Doy un paso amenazante hacia ella. Dominic no le tocará un pelo a Massimo. Yo me encargaré de que eso no suceda, aunque tenga que matarlo para proteger a mi familia. Camilla retrocede con la cabeza bien alta y un brillo malicioso en los ojos.

—Dejarás de serle útil y entonces serás tú a la que eche de su casa —se responde a sí misma—. Y yo estaré más que dispuesta a regresar a su lado cuando me llame. Porque siempre termina haciéndolo.

—Tu falta de amor propio resulta patética. No me extraña que se haya cansado de ti. —Camilla se sobresalta cuando corto la distancia que nos separa y le hablo a escasos centímetros de la cara—. Y ahora lárgate de mi casa.

La pelirroja me observa con odio antes de subirse al coche. El corazón me va a mil por hora. Solo quiero que se vaya. No respiraré tranquila hasta que desaparezca de mi vista.

—No te hagas ilusiones. Él será incapaz de enamorarse de ti porque nunca superará la muerte de Fiorella. No se habría casado contigo si ella siguiera viva. Todavía la ama. —Sus palabras me hieren de forma desprevenida—. Tal vez yo no sea rival para ti, pero buena suerte intentando competir con una muerta. El peso de su recuerdo siempre se interpondrá entre vosotros.

Me quedo hecha un flan cuando por fin se marcha. Ojalá no hubiera conseguido envenenarme. No me entra en la cabeza que, de repente, sienta envidia de una joven que fue asesinada hace muchos años. Pero no puedo evitar preguntarme si Dominic la quiso tanto como ha insinuado Camilla. Y, maldita sea, no entiendo por qué esa posibilidad me cabrea tanto.

Porque ha conseguido que te sintieras especial.

«Cállate».

¿Te duele darte cuenta de que en el fondo no le importas tanto?

«Eso no es...».

Me doy de bruces con Dominic. Ni siquiera he sido consciente de que he echado a caminar hacia la casa. Mierda, me he olvidado de Antonella. Debo regresar a buscarla. Seguro que ya se está impacientando.

—Estás enfadada.

Me sujeta por los hombros. Me aparto airada y lo fulmino con la mirada. Sí, estoy muy cabreada.

—Lo he visto todo —le explico. Él entorna los ojos—. Has echado a esa mujer como si no te importara.

—Porque no me importa.

—Eres un mal hombre.

—¿Hubieras preferido que le hiciera caso cuando me suplicó que la llevara a mi habitación? —Su pregunta me hace dar un salto—. A Camilla le ha dado igual que ahora esté casado. Se ha presentado en nuestra casa creyendo que podríamos seguir acostándonos. No iba a quedarme de brazos cruzados mientras te faltaba al respeto. Así que la he puesto en su sitio. Tiene que entender que tú eres la única mujer que quiero en mi cama. De lo contrario, que se atenga a las consecuencias.

Abro los ojos de par en par. Dominic me pone dos dedos en la barbilla para que lo mire.

—Tengo un millón de defectos. No soy un buen hombre. No soy amable ni paciente. No tengo decencia ni piedad con mis enemigos. Pero hay algo que sí puedo prometerle: tú siempre serás la única. No necesito ni quiero a otra. Te seré fiel hasta que exhale mi último suspiro —dice con vehemencia—. Ha sido así desde que entraste en mi vida y te convertiste en mi perdición. Solo te deseo a ti. Solo quiero estar contigo.

—¿Y si yo no quiero estar contigo? —farfallo.

Dominic esboza una sonrisa peligrosa.

—Creo que te has llevado una impresión equivocada, *cariño* —dice con tono grave—. No estar conmigo jamás será una opción. He permitido que duermas con Antonella porque ella te necesitaba. Lamento que hayas dado por hecho que no ibas a regresar a mi cama. Esta noche volveremos a dormir juntos. Me importa una mierda lo mucho que me desprecies mientras pases todas las noches a mi lado. Incluso si nunca vuelves a permitir que te toque. Incluso si me observas como si fuera lo peor que te ha pasado en la vida. Porque merece la pena, Lucrezia. Cada segundo que estás a mi lado es un jodido privilegio al que no estoy dispuesto a renunciar.

—¡Lucrezia! —me llama Antonella—. ¿Quieres una pista? Estoy rodeada de flores moradas.

La niña me ofrece la excusa perfecta para salir pitando. No quiero ni estoy preparada para hacer frente a las palabras de Dominic. Es... demasiado. Porque, cuando me mira como si fuera la única mujer que de verdad le importa, me cuesta tanto odiarlo que casi me olvido de la razón por la que me casé con él.

Capítulo 30

Lucrezia

Un brazo me atrapa por la cintura y una mano me tapa la boca. Pataleo para evitar que me encierre en la biblioteca, hasta que unos labios suaves se posan en mi cuello. Reconozco su olor.

—Tranquila, soy yo —me susurra Angelo.

No me relajo del todo. El muy idiota va a lograr que nos pillen. Lo primero que hago en cuanto me suelta es cerrar la puerta con cuidado de no hacer ruido. Luego me vuelvo hacia él.

—¿A ti qué te pasa? —le recriminó—. Vas a conseguir que te descubran.

Angelo parece diferente. No sabría decir por qué. Me observa con los ojos entrecerrados. Entonces lo entiendo. Hay suspicacia en su mirada. Una emoción nueva y peligrosa que no había visto nunca.

Mierda.

—No he podido hablar antes contigo. Estuviste tres días encerrada con él en su habitación. Y luego no te despegaste de su sobrina —me recrimina—. Me estaba volviendo loco, Lucrezia.

«Pero no hiciste nada», pienso para mis adentros. Algo me dice que Dominic hubiera echado la puerta abajo. No le habría importado correr el riesgo si hubiese creído que yo estaba en peligro. No sé por qué estoy tan segura. Simplemente lo sé.

—¿Te ha hecho daño? —se preocupa—. ¿Te ha obligado a...?

Niego con la cabeza. No me obligó, ese es el maldito problema.

—Estoy bien —le aseguro—. Puedo manejar a Dominic. No te preocupes por mí.

—Nadie puede manejar a ese cabrón —me contradice asustado—. Es imprevisible. Te matará si sospecha de ti.

No lo ha hecho.

He intentado matarlo dos veces y solo he conseguido que quiera retenerme a su lado.

—Sé cuidarme sola. Tú eres el que me preocupa. Dominic sabe que uno de sus hombres me ha estado ayudando. —A él se le cambia la expresión. Es evidente que está muerto de miedo. Tiene razones para estarlo—. No quiero meterte en problemas, Angelo. Tenemos que mantener la distancia.

—¡No puedo protegerte si me alejo de ti!

—Habla más bajo —le pido angustiada—. Ya te he dicho que no necesito que nadie cuide de mí. Puedo lidiar con Dominic. Te va a parecer una locura, pero jamás me pondrá la mano encima ni me obligará a acostarme con él. Tiene un código. No es esa clase de hombre.

Angelo me mira con incredulidad.

—Ha logrado embaucarte. —Suelta una carcajada perpleja—. Como a todas.

—Sé quién es Dominic —respondo a la defensiva.

—Parece que lo has olvidado después de que te haya echado un polvo. No sabía que fueras tan facilona.

No le doy una bofetada porque no quiero armar jaleo. ¿Cómo se atreve? Aprieto los puños. En este momento, dejaría con gusto que Dominic acabara con él. Es un idiota. Solo intento protegerlo de la ira de mi esposo.

—Lucrezia, perdona. —Se viene abajo al percatarse de que ha metido la pata—. Ya sé que nunca dejarías que él te tocara. Es que estoy acojonado.

Me muerdo el labio. Si él supiera lo que le he permitido hacer a Dominic... No tengo perdón. Contárselo solo le haría más daño. Lo único que puedo hacer por él a estas alturas es salvarle la vida. Se lo debo.

—Tienes dinero suficiente para escapar. Debes largarte antes de que Dominic averigüe la verdad. Múdate con tu madre a aquel pueblo del norte de España del que me hablaste. Allí estaréis a salvo.

Me mira perplejo.

—No voy a abandonarte.

—Lo harás. —Le acaricio la mejilla. Ojalá me hubiera enamorado de él. Entonces estaría tentada de seguirlo—. Ella depende de ti. Los buenos hombres no abandonan a sus madres.

—¿Y qué hay de ti?

—Lo tengo todo controlado. —Le guiño un ojo—. ¿Alguna vez te he dado la impresión de que no sé cuidar de mí misma?

—No puedo dejarte con él. —Sacude la cabeza—. Puedes venir con nosotros.

—Me casé con él por una razón.

A veces, parece que se te olvida. Y no te culpo.

Los dos nos tensamos al escuchar unos pasos que se acercan. Me entra el pánico y miro a mi alrededor. Agarro a Angelo de la mano y lo conduzco hacia las cortinas. Tendrá que servir de distracción.

—Escóndete ahí.

Él se pone rojo.

—No voy a...

Le doy un beso para que se calle y corro la cortina. Se le ven los pies. Tengo que evitar que miren en su dirección. Corro hacia la librería y me pongo de puntillas para alcanzar un libro en el momento que la puerta se abre de par en par. Marco, el *consigliere* de Dominic, me observa con la misma suspicacia que Ludovica. Está claro que Andrea y Davide se fueron de la lengua y ahora todos saben que apuñalé a mi marido. Me ven como una amenaza.

—¿Estás sola? —me pregunta con palpable desconfianza.

Miro a mi alrededor y me río.

—¿Tú ves a alguien? —*por favor, que no mire hacia la cortina*—. Estoy buscando un cuento para Antonella.

—He oído voces.

—Suelo hablar en voz alta cuando me cabreo. Hace un rato he discutido con Dominic. No me ha gustado cómo ha tratado a Camilla.

Retuerzo la verdad en un intento desesperado por desviar su atención.

—Su amante.

—Ajá. Le gritó y la trató fatal.

Marco se rasca la barbilla. Parece pensativo.

—Ninguna mujer le ha importado demasiado a Dominic. No entiendo por qué contigo es diferente.

Excepto Fiorella.

—Le soy útil. Está disfrutando al hacerle daño a mi hermano.

—Creo que es más complicado que eso.

Marco mira a su alrededor en busca de algo. Me subo a la escalera para alcanzar el libro más alto y finjo que me tropiezo en un peldaño. Él masculla una maldición y corre a ayudarme.

—Ten cuidado.

—Gracias. —Le sonrío y agarro el ejemplar de *Cuentos de Perrault*—. Este libro le va a encantar a Antonella. De pequeña era mi favorito.

Noto que Marco se ablanda cuando hablo de la niña. Me acompaña a la salida sin dejar de escudriñar cada rincón. Me agarro a su brazo para que me preste atención justo cuando está a punto de mirar donde se esconde Angelo.

—Sé que no te caigo bien. Al menos créeme en una cosa: jamás haría daño a Antonella.

—Pero le harías daño al hombre que ella considera su padre —me contradice sin acritud—. Reconozco la determinación que hay en tus ojos. Es el mismo brillo que vi en los suyos el día que prometió que se vengaría del hombre que asesinó a su familia. Siempre tuve la esperanza de que Dominic se enamorara de una buena mujer que lograra curar las heridas de su alma. Pero el amor es muy extraño.

Me quedo paralizada por el estupor. No puede estar hablando en serio.

—Él no...

Marco me observa con algo cercano a la empatía.

—Ahora entiendo por qué dijo que erais almas gemelas. —Su revelación me deja boquiabierta. Marco me abre la puerta para que pase primero—. Por eso voy a vigilarte muy de cerca. Si él considera que sois tan parecidos, significa que eres muy peligrosa. Así que me veo en la obligación de advertirte que, si intentas hacerle daño otra vez, te mataré y luego asumiré las consecuencias. Porque quiero a Dominic como si fuera mi hijo.

Salgo aturdida de la biblioteca.

Sé distinguir una amenaza vacía de una declaración de guerra. No cometeré el error de subestimar a Marco. Pero se equivoca en algo: yo no soy la puta alma gemela de Dominic. De lo contrario, tendría que admitir que soy un monstruo, igual que él.

Capítulo 31

Dominic

No puedo creer que las cosas estén saliendo tan mal.

Davide y Andrea discuten sobre la estrategia. Es la primera vez que no tengo un plan. Siempre sé lo que hacer y soy capaz de improvisar sobre la marcha si la situación lo requiere. Ahora me he quedado en blanco.

«¿Y si yo no quiero estar contigo?».

La pregunta de Lucrezia no ha dejado de atormentarme durante el resto del día. Pensé que estaría contenta de saber que mandé al infierno a Camilla porque no tengo ojos ni pensamientos para otra mujer que no sea ella. Pero resulta que no logro descifrar a mi esposa. Qué complicado es el matrimonio.

Después de la muerte de Fiorella me prometí que jamás acabaría atado a otra mujer. Y aquí estoy: obsesionado con mi esposa, la mujer que me pone las cosas difíciles y a la que tengo que arrastrar a mi cama para que duerma a mi lado.

Estaba convencido de que casarme con Fiorella sería una buena opción porque ella era servicial y amable. Nunca discutimos. Mis padres y mis hermanas la adoraban. Estar con ella era muy fácil. Eso era lo que me atraía de mi prometida: la certeza de que el matrimonio sería un camino de rosas porque ella siempre me dejaría salirme con la mía.

Aparto a Fiorella de mi cabeza. Todavía me duele pensar en ella. Le hice demasiado daño. Está muerta por mi culpa. Es una herida que no ha cicatrizado después de ocho años.

—¿Qué opinas? —me pregunta Andrea.

—¿Sobre qué? —respondo aturdido.

Davide resopla.

—Joder, Dominic. Cualquiera diría que te trae sin cuidado que *Il Diavolo* se haya aliado con Bernardino Bagarella.

Ah, seguimos hablando de eso. No debería haberme pillado desprevenido que Massimo haya utilizado a Bernardino para acabar conmigo. Intenté ocultar la muerte del sobrino de Bernardino, pero mi antiguo socio empezó a impacientarse cuando Michele no apareció por ninguna parte. Se puso a hacer preguntas y al final no me quedó más remedio que masacrar a los albaneses para explicarle por las malas por qué tuve que deshacerme de su sobrino. Sí, ya sé que Lucrezia me ahorró la molestia, pero habría terminado matando a Michele cuando ya no me fuera de utilidad. Si cargo con esa muerte es porque no voy a permitir que Bernardino intente vengarse de Lucrezia. La protegeré a toda costa, aunque ella no quiera estar conmigo.

Me rasco la barbilla. No sé cómo salir de este embrollo.

Massimo se cabreó bastante después de que le hiciera creer que le corté una mano a su hermana. La gota que colmó el vaso fue que llegara a sus oídos que nos habíamos casado. *Il*

Diavolo ha comprendido que no voy a devolvérsela y ha decidido iniciar una guerra. Supongo que cree que me divorciaré de Lucrezia si me pone contra las cuerdas. Resulta hasta gracioso. Cómo se nota que no me conoce.

—Tiene nuestro cargamento y a tres de nuestros hombres —me recuerda Davide como si lo hubiera olvidado—. ¿Qué vamos a hacer?

—Nada.

Me miran como si no me hubieran entendido bien.

—Va a matarlos si no haces algo —me recrimina Andrea—. No eres de los que dejan en la estocada a los suyos.

Tiene razón. De todos modos, ellos sabían el riesgo que corrían. Son daños colaterales. No puedo salvarlos sin renunciar a Lucrezia.

—No tengo otra opción. —Me encojo de hombros—. Hemos perdido cuatro millones y a tres buenos soldados. Haceros a la idea. A veces hay que perder una batalla para ganar la guerra.

—Claro que tienes otra opción —insiste Andrea. Davide le hace un gesto para que se calle, pero mi amigo continúa—. Puedes darle lo que te pide.

Me pongo rígido. A Davide se le escapa una risita nerviosa. Andrea me observa como si no me reconociera.

—No voy a entregarle a Lucrezia.

—¿Por qué no? Es su hermano. Estará mejor con él que contigo. Podría entenderlo si fueras a dársela a Bernardino, pero, al fin y al cabo, Massimo solo quiere proteger a su hermana. Todos sabemos que te has encaprichado de ella. —Le lanzo una mirada asesina, pero él continúa—. Te apuñaló. No te soporta. Solo se casó contigo para matarte. ¿Qué más necesitas para librarte de ella? ¡El trato que te ofrece *Il Diavolo* es un regalo caído del cielo!

—No voy a divorciarme de ella —digo tajante.

—No puedes anteponerla a tus hombres.

—Es justo lo que estoy haciendo —le aclaro—. Si vuelves a sugerir lo contrario, atente a las consecuencias. Lucrezia es mi esposa y la tratareis con el respeto que se merece. Sois mis amigos, pero dejaréis de serlo si tengo la impresión de que no la protegeréis con vuestra vida.

Andrea se ha quedado sin habla. Davide suelta un silbido.

—Te ha dado fuerte.

Como si no lo supiera.

—Ahora es una Falsone —les recuerdo—. La he elegido. ¿Podéis respetar mi decisión?

Davide me pone una mano en el hombro.

—Me cayó bien desde que intentó apuñalarte. Cualquier persona que te plante cara merece mi respeto. Pero tengo una duda. Si intenta volver a matarte, ¿debo defenderla a ella o a ti?

—Soy perfectamente capaz de controlar a mi mujer —le ladro.

—Claro, claro. —Se ríe. Luego le da un codazo a Andrea—. Si tú la has elegido, para nosotros ya forma parte de la familia.

—Es una Morello —masculla Andrea.

—¡Es mi esposa!

Mi amigo inspira hondo. Sé que solo se preocupa por mí, pero necesito que entienda que haría cualquier cosa para que Lucrezia permanezca a mi lado. Ni siquiera hace falta que ella me ame. Eso no cambia lo que siento.

—De acuerdo —responde de mala gana—. Ahora forma parte de la familia.

Salgo del despacho para dar la discusión por zanjada. Espero haber resuelto el tema. A Marco y Ludovica también les he dejado claro que deben tratar a Lucrezia como una más de la familia. Si alguien vuelve a pronunciar la palabra «divorcio», juro que lo estrangulo. No voy a separarme de ella. Fin de la maldita historia.

Voy a la librería. Lucrezia está tumbada en la alfombra. Al verla se me acelera el corazón sin remedio. El fuego de la chimenea ilumina su piel pálida. Me parece tan preciosa que no poder tocarla es una tortura. Ella sigue leyendo el libro y ni siquiera se vuelve para mirarme.

—Tenía la esperanza de que me privaras del *placer* de tu compañía.

—Mi compañía, a veces, te resulta placentera —le recuerdo.

Pasa una página y mantiene los ojos clavados en la lectura, pero me enseña el dedo corazón. Me rio sin poder evitarlo. Me encanta que sea tan guerrillera.

—¿Qué estás leyendo?

—El último libro de Paul Auster —responde con sequedad.

—¿Te estás gustando?

Se gira hacia mí. Tiene las mejillas arreboladas.

—¿En serio? No solo me obligas a dormir contigo, sino que también tengo que darte charla.

—Eres de lo más...

Me lanza el pesado libro a la cabeza y lo esquivo de milagro. Se pone de pie y me mira con regocijo. Me froto la cara. Sé lo que pretende. Quiere llevarme al límite para que pierda los papeles. Qué lista es.

—Creí que ya habíamos dejado muy claro que no voy a ponerte la mano encima.

—Te odio tanto que suelo olvidar las promesas que me haces. Nuestro matrimonio carece de confianza. Estamos abocados al fracaso, *mi amor* —pronuncia las dos últimas palabras con retintín.

—Te casaste conmigo para matarme. No te preocupes, ya casi lo he olvidado. Fallas tan a menudo y le pones tan pocas ganas que empiezo a creer que me estás cogiendo cariño. Dime una cosa —se sobresalta cuando la acorralo contra la estantería— ¿por qué te quedaste a espiar mi conversación con Camilla?

—Pasaba por allí y no pude evitar oírlos.

—Te quedaste porque en el fondo estabas celosa. Necesitabas cerciorarte de que ya no había nada entre nosotros.

Se estremece cuando le acaricio la mejilla. Puede mentirme, pero su cuerpo siempre me dice la verdad. Noto que se le acelera el pulso. Separa los labios, como si esperase que la besara.

—Me da igual que tengas amantes —balbucea cuando le acaricio la base de la garganta—. De hecho, es un alivio.

Enarco una ceja.

—¿Cómo dices?

—Si sacias tus necesidades con otras, no tendrás ganas de acostarte conmigo. Así no me veré en la obligación de rechazarte.

Empujo mi cuerpo contra el suyo y a ella se le escapa un gemido entrecortado. Apoyo mis manos en sus mejillas. Acerco mi boca a escasos centímetros de la suya.

—Te equivocas —le espeto con una rabia que me nubla el juicio—. Siempre tendré ganas de follarte. Ese es el maldito problema, Lucrezia. Que no puedo pensar en tocar a otra. Que solo quiero estar contigo.

Le doy un beso en la barbilla. Me fascina el ruidito ronco que brota de su garganta.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—No...

—Demasiado tarde. Has jugado con fuego. Ahora voy a darte otra lección que jamás olvidarás.

Capítulo 32

Lucrezia

—¿Qué vas a...?

Soy incapaz de terminar la frase al ver que Dominic se arrodilla delante de mí. Llevo una falda larga y vaporosa que tiene una abertura que llega hasta la rodilla. Mete la mano dentro. Pongo los ojos como platos. No sé qué pretende, pero tengo la impresión de que debería detenerlo porque va a gustarme demasiado.

—Sexta lección —dice con voz ronca—. Deberías creermelo cuando te digo que no quiero estar con otra mujer. Tú eres la única que deseo. Mi dulce y obstinada mentirosa.

Me agarra el tobillo derecho y su otra mano me acaricia la pantorrilla. Doy un respingo. Tengo que decirle que pare. Me agarro a la librería y separo los labios con la intención de ordenarle que se detenga. Coloca mi pierna en su hombro y me da un beso en el interior del muslo. Mi cuerpo se incendia. Las palabras mueren en mi boca antes de que las pronuncie.

—¿Quieres que pare?

No.

«Sí».

Como le digas que pare, te mato.

—Pídeme que frene, Lucrezia. —Su respiración cálida me hace cosquillas en el interior del muslo. Dominic espera un tiempo prudencial. Estoy temblando como un gorrión. Esboza una sonrisa ladina y me da un beso en la pierna—. Los dos sabemos que quieres que te folle como una buena chica.

Murmullo algo inentendible cuando me da otro beso. No es justo. Soy incapaz de razonar cuando está entre mis piernas. Quiero gritarle que se aleje de mí. Vale, no quiero. Debería pedirle que me deje en paz. Su boca recorre el interior del muslo. Deja un reguero de besos cálidos y breves que me aceleran el corazón. De repente, me da un pequeño mordisco que me roba toda la cordura. Al infierno. Lo deseo tanto que tengo que agarrarme a sus hombros para no caerme. Dominic se ríe y me entran ganas de matarlo. Me sostiene por las caderas para estabilizarme y hunde la cara en mis bragas. Escucho cómo gruñe satisfecho al percatarse de lo mojada que estoy.

Tengo ganas de sollozar cuando sale de entre mis piernas. Me arden las mejillas y tengo las rodillas flojas. Lo miro atónita. No puede dejarme así. Estoy a punto de agarrarlo del pelo y ordenarle que termine lo que acaba de empezar. Menos mal que no es necesario. Es el vivo reflejo de la arrogancia mientras me baja las bragas muy despacio. Luego se las guarda en el bolsillo del pantalón sin quitarme los ojos de encima. Me quedo sin aliento.

—Estoy deseando descubrir a qué sabes. —Se cuela de nuevo entre mis piernas. Me acaricia con la lengua desde el tobillo hasta la pantorrilla. Sus movimientos son lentos y calculados—. Tu coño es mío.

No puedo contradecirlo. Es imposible que le grite que ninguna parte de mi cuerpo le pertenece cuando apoya la boca en mi clítoris y se me escapa un gemido. Me lame con avidez. Su lengua me atormenta de una forma deliciosa. Es demasiado bueno. Demasiado lento. Demasiado perfecto. Como si supiera qué tiene que hacer para derribar mis defensas. Como si entendiera mejor que yo lo que me gusta y lo que necesito.

—Dios mío... —Arqueo la espalda y hundo las manos en su pelo. Me retuerzo de placer—. No pares, por favor. Dominic, no pares...

Me folla con la lengua como nadie lo había hecho nunca. Le tiro del pelo. Creo que le hago daño, pero mi reacción parece excitarlo más. Muevo las caderas para buscarlo. Me restriego contra su boca. Me entrego por completo. Me vuelvo completamente loca. Presiona la palma de su mano en mi bajo vientre, lo que consigue intensificar la sensación.

—No te detengas... —No me importa suplicar. Quiero más.

—No voy a parar hasta que te corras para mí —me promete—. Joder, eres deliciosa.

Me agarra del culo para sentarme sobre sus hombros. Me maneja con tanta facilidad que estoy convencida de que podría hacer conmigo lo que le diera la gana. No lo detendría. En esta posición puede devorarme mejor. La presión de su boca contra mi coño es perfecta. Enredo los dedos en su pelo y lo obligo a mover la cabeza. Creo que eso le ha gustado. Me penetra con la lengua y mi espalda choca con la librería. Los libros llueven sobre nosotros y Dominic levanta un brazo para protegerme. Me sorprende que sea capaz de pensar con claridad, ya que lo único que yo quiero es que me folle con esa lengua experimentada hasta que me deje exhausta.

El placer que me invade parece demasiado bueno para ser real. Su boca no me abandona cuando dejo caer el cuerpo hacia delante. Me sostiene por las caderas mientras sus lametazos se hacen más lentos, hasta que el orgasmo me abandona para dar paso a una sensación tibia y reconfortante.

Estoy demasiado agotada y satisfecha para sentir vergüenza. Ha sido maravilloso. No tengo fuerza para negarlo. Por eso no me aparto de él en el momento que me pone en el suelo con delicadeza. Ni tampoco me resisto cuando captura mi boca.

—*Mía* —murmura contra mis labios—. Y yo soy tuyo. Nunca lo dudes.

No lo contradigo. Sería del todo ridículo que lo hiciera después de lo que acaba de suceder. Envuelvo su cuello y lo atraigo para que me bese de nuevo. No quiero pensar. Su boca es la droga más adictiva que he probado en mi vida. Me encanta que me bese como si siempre se quedara con ganas de más. Como si no fuera suficiente.

—Vamos a la cama.

Me coge en brazos antes que de exista la posibilidad de que pueda protestar. Me agarro a su cuello y escondo la cara en su pecho. No me atrevo a mirarlo ni a hablar porque no diría nada coherente.

Sube las escaleras conmigo a cuerdas como si fuera muy fácil. Me consta que está en buena forma física, pero a pesar de mi constitución delgada, soy una mujer muy alta. Por eso me asombra que me cargue como si pesara muy poco. Dominic me deja en su cama con delicadeza y, en este instante, tengo la impresión de que soy su posesión más preciada. Luego se desabrocha

la camisa, la tira al suelo y se tumba a mi lado. Me arde la cara al mirarlo. Espero ver una sonrisa arrogante, pero está inusualmente tranquilo al abrazarme. Cierro los ojos y apoyo la mejilla en su pecho.

Pensé que me había traído a la cama para follar. No me entra en la cabeza que no me exija que le devuelva el favor. De hecho, lo haría con gusto. No quiero sentir que estoy en deuda con él.

—Si quieres, puedo...

—Lo he hecho porque me apetecía —me lee la mente—, no para que tengas que darme algo a cambio.

Me acaricia la espalda con cariño. Es como si estar abrazados en la misma cama fuera lo más normal del mundo. Siento el impulso desesperado de alargar el brazo para coger el cuchillo que guardo debajo de la almohada y apuñalarlo en el pecho. Tengo que acabar con él. Debo romper esta ilusión. He de...

Dominic me coge de la muñeca y me da un beso en la palma de la mano.

—Me deshice de él esta mañana —adivina mis intenciones—. Déjame cuidar de ti. Finge durante unas horas que no me odias, Lucrezia.

En este momento, no lo odio en absoluto. Mañana tendré tiempo de arrepentirme. Ahora lo único que quiero es rendirme al cansancio y permitir que me abrace. Estoy calentita y a salvo. Sé que es ridículo, pero tengo la certeza de que mi marido no permitiría que nadie me hiciera daño.

Me relajo de golpe. No sé qué pensar de él. No me gusta que me guste.

Dominic me estrecha entre sus brazos y me da un beso en el pelo. Se me escapa una sonrisa genuina. Menos mal que no puede verme la cara. De lo contrario, entendería que me cuesta tanto despreciarlo que estoy convencida de que me ha arrobado algo máspreciado que mi cuerpo.

Massimo estaría muy decepcionado de mí. Ignoro la punzada de culpabilidad y decido que, por esta noche, puedo fingir que estoy casada con un buen hombre. Mañana me preocuparé de las consecuencias.

Capítulo 33

Dominic

Me desarma cuando se pone mimosa.

No es consciente del poder que tiene sobre mí. No se hace una idea. De lo contrario, podría exigirme cualquier cosa y yo haría lo imposible para complacerla. No hay nada que no fuera capaz de hacer para que sonriera. Rompería cualquier regla. Mataría a aquellos que se interpusieran entre nosotros. Daría mi vida para salvar la suya.

«Creo que me estoy enamorando de mi mujer».

No me asusta tanto como imaginaba. De hecho, me parece tan natural como respirar. Porque en el fondo sabía que era inevitable no caer rendido a sus pies. Lo comprendí cuando la vi medio desnuda, aferrada a aquella diminuta toalla, y en lugar de querer matarla, sentí el intenso anhelo de hacerla mía.

Lucrezia se ha quedado dormida encima de mi pecho. Me gusta que no haya intentado alejarse de mí. Sé que por un instante ha sopesado la posibilidad de coger el cuchillo que tenía escondido debajo de la almohada y que yo —para evitar más riesgos—, devolví al cajón de la cocina. Me parece que la entiendo. Me desea casi tanto como me odia. Ahora debe de estar lidiando con la culpabilidad porque siente que ha traicionado a su hermano. Ojalá pudiera hacer algo para evitar su sufrimiento.

Puedes perdonarle la vida a Massimo.

«Ni de coña».

La envuelvo con mis brazos y le doy un beso en el hombro. Ella murmulla algo en sueños y suspira. Parece un angelito. Cualquiera diría que es la misma mujer que intentó envenenarme, me puso un cuchillo en la garganta y me apuñaló varias veces. El recuerdo me la pone dura. Estoy convencido de que los psiquiatras se forrarían conmigo. Lo mío no es ni medio normal.

Soy muy feliz. No puedo evitarlo. Me siento orgulloso de haberla colmado de placer. Por eso me negué a que ella me devolviera el favor. Quiero que entienda que soy perfectamente capaz de satisfacerla sin esperar nada a cambio. Otra cosa es que me muera de ganas de enterrarme dentro de ella y correrme como un loco. De repente, abre los ojos y me pillá observándola con una sonrisa de idiota. Al principio me mira como si no entendiera qué hace entre mis brazos. Después frunce el ceño y se tensa. Le doy un apretón cariñoso en el codo y la observo con cautela. Para mi sorpresa, se le escapa un bostezo y vuelve a relajarse.

—Buenos días, dormilona.

—¿Qué hora es? —pregunta con la voz ronca.

—Las seis y cuarto de la mañana.

—Tengo hambre.

No me sorprende. Anoche nos acostamos sin cenar.

—¿Qué quieres desayunar?

—Cualquier cosa.

—¿Dulce o salado? ¿Prefieres tortitas o tostadas? Dime lo que te apetece, Lucrezia —le pido, ansioso por complacerla.

—Lo mismo que a ti. —Se despereza con parsimonia. Me ofrece una sonrisa tímida—. Un chocolate caliente estaría bien.

Estoy a punto de protestar cuando se aleja de mí. Tengo que contener el impulso de agarrarla de la mano para que vuelva a la cama. Se encierra en el baño sin mirarme. De mala gana, me levanto sin molestarme en ponerme una camiseta y bajo a la cocina. A esta hora nadie estará despierto. Por eso me llevo una sorpresa al encontrarme a Ludovica. Me echa una mirada por encima del hombro y frunce los labios.

—Por fin apareces. —No hay recriminación en sus palabras, sino algo parecido a la amargura—. Sabes que me gusta, pero no sé si puedo fiarme de ella. Me enfada que intentase matarte. ¿Y si al final se sale con la suya?

—Creo que empiezo a caerle bien.

Sóñar es gratis.

Ludovica pone los ojos en blanco.

—No se parece en nada a Fiorella.

—Lo sé —respondo irritado. No me gusta que las compare. Fiorella forma parte de un pasado que estoy intentado dejar atrás—. Ni se te ocurra mencionarla delante de ella. No quiero que se sienta incómoda.

—No lo decía en el mal sentido. Cuando os prometisteis, estaba convencida de que vuestro matrimonio estaba abocado al fracaso —contesta para mi sorpresa—. Todos adorábamos a Fiorella. Era muy dulce y estaba locamente enamorada de ti. Te lo perdonaba todo.

Aparto la mirada, avergonzado. Tiene razón. Por eso no quiero pensar en ella.

—La habrías destrozado. Fiorella era demasiado buena para ti —reflexiona con pesar—. Ahora, por el contrario, tengo la impresión de que Lucrezia podría hacer lo mismo contigo.

—Solo intenta proteger a su hermano —la defiende—. Por eso me gusta tanto. A ti te pasa lo mismo. Te cayó bien porque sabes que tiene agallas.

—¿Qué pasará cuando te cobres tu venganza? Sabes que no será capaz de perdonarte. Deberías dejarla marchar antes de que seas incapaz de renunciar a ella.

Ese barco ya zarpó hace demasiado tiempo.

—Deja de darme la chapa. Quiero llevarle el desayuno a la cama.

Ludovica refunfuña, pero me da un manotazo cuando voy a encender el fuego. Sabe que soy un inepto en la cocina. No me queda más remedio que quedarme de brazos cruzados mientras ella prepara el desayuno. Unos minutos después regreso al dormitorio con una bandeja repleta de fruta cortada, tostadas con mermelada, tortitas, zumo de naranja y dos tazas de chocolate caliente.

Lucrezia se hace la remolona en la cama hasta que huele la comida.

—Ha sido Ludovica —le explico—. Me sabe mal llevarme el mérito.

Se ríe. Me gustaría hacerla sonreír más a menudo.

Me hace un hueco en la cama para que me siente a su lado y desayunamos mientras vemos la tele. No hace falta que hablemos. Me conformo con disfrutar de su compañía. Tampoco quiero obligarla a hablar de lo que sucedió anoche entre nosotros. Sé que todavía no está preparada para afrontar sus sentimientos. Puedo esperar.

Es increíble que coma tanto. Se acaricia la barriga y vuelve a desplomarse en el colchón. Su cabello negro está desparramado por la almohada y me mira con esos ojazos verdes que me dejan sin aliento.

Soy el tipo más afortunado del mundo.

—¿Puedo dormir un ratito más? —Se tumba de lado—. Los domingos me gusta quedarme en la cama hasta mediodía.

Le aparto un mechón de la cara. Me alivia que no se aleje de mí.

—Puedes hacer lo que quieras. Tu cama. Tu casa. Tú decides.

Me sorprende que no me contradiga. Se ha despertado de buen humor, así que aprovecho para darle un beso en la frente y luego salgo de la cama. Quiero quedarme a su lado, pero seré incapaz de no tocarla. He tomado la decisión de ir despacio. La próxima vez será ella quien me busque porque no soportaría que se arrepintiese de lo que suceda entre nosotros.

Capítulo 34

Lucrezia

Salgo a dar un paseo por el jardín para despejarme. Mi cabeza es un hervidero de dudas. Lo que más me sorprende es que esta mañana, al despertarme, no tuve ganas de pelear con Dominic. Me pilló desprevenida que no sintiera tantos remordimientos como esperaba. De hecho me molestó que se marchara después del desayuno.

En el fondo sé que era cuestión de tiempo. Siempre he sabido que dejarme llevar sería inevitable. Solo lo he retrasado porque quería demostrar que soy mejor que él. Tal vez no lo sea. Algo me dice que Dominic y yo nos llevaríamos muy bien si él no fuera un Falsone y yo una Morello.

—Angelo. —Doy un respingo al encontrármelo de bruces—. Pensé que te habías marchado.

Estaba convencida de que no tendría que volver a preocuparme por él después de nuestra conversación del otro día. Sé que le aterra la posibilidad de que Dominic lo descubra. A estas alturas lo hacía de camino a España.

—Dentro de una hora recojo a mi madre.

Me relajo un poco. Supongo que solo quiere despedirse. Está cometiendo una imprudencia. Me cabrea que sea tan necio. No fue capaz de salvarme cuando creyó que Dominic estaba abusando de mí, pero ahora tiene la desfachatez de ponernos en peligro. Cada día lo soporto menos, y eso me hace sentir fatal porque lo he utilizado para llegar hasta aquí.

—Buen viaje —le deseo con sinceridad—. Tienes que irte antes de que...

Angelo me agarra del codo y me arrastra dentro del cobertizo. Si no grito ni me resisto es porque temo que alguien nos descubra. No sé cómo podría salir airoso de este lío. Dominic me matará si descubre que he estado acostándome con Angelo. No me cabe la menor duda.

—Te vienes conmigo.

El brillo enloquecido de sus ojos me confirma que ha perdido el juicio. No puede hablar en serio. Dominic removerá cielo y tierra hasta encontrarme. Él me lo dijo. No es de los que hacen falsas amenazas.

—No puedo. Él me buscará.

Lo que en realidad me apetece gritar es que no quiero acompañarlo. Porque no estoy enamorada de él. Sin embargo, si lo hago, él reaccionará mal al darse cuenta de que lo he utilizado.

—¡No lo hará! —exclama con desesperación. Me coge la cara y me empuja contra la pared. Hago una mueca porque me está haciendo daño—. Puedo protegerte. Confía en mí, Lucrezia. Nunca te he fallado. ¿Por qué cojones me miras así?

Tengo los ojos llenos de lágrimas. Me está asustando. La situación se me ha ido de las

manos. Ya no lo controlo. No sé cómo manejar a esta nueva versión de Angelo. Él me suelta y masculla una palabrota. Me encojo por instinto cuando le da un puñetazo a la pared, a escasos centímetros de mi cara.

—Me estás asustando —balbuceo.

—Puedo ser igual de peligroso que él —me advierte con un tono que me hiela la sangre—. ¿Eso es lo que tanto te gusta de tu marido? ¿Te pone cachonda que te trate como una puta?

Le pego una bofetada con tanta fuerza que le dejo la marca de mi mano. Angelo parpadea incrédulo.

—No soy una puta. Al menos él nunca me ha hecho sentir como tal.

Angelo se acaricia la mejilla.

—No te habría insultado si no te comportases como una zorra desagradecida que quiere librarse de mí porque ya no le soy de utilidad —me ataca lleno de rabia—. Dime una cosa, ¿alguna vez te he importado?

—Pues claro que sí —miento como una bellaca.

No puedo corresponder sus sentimientos, pero tampoco quiero que sufra ningún daño.

—¡Mentirosa! —grita fuera de sí. Me agarra de los hombros y me besa a la fuerza. Le doy un mordisco que consigue enfurecerlo más—. ¡Te ha lavado el cerebro! Tienes que venir conmigo.

—¡Suéltame!

Me aplasta contra la pared y vuelve a besarme. Forcejeo con todas mis fuerzas para quitármelo de encima. No puedo permitir que el pánico me venza. Estiro el brazo para buscar algún arma en la estantería. Rozo unas tenazas. La puerta del cobertizo se abre de par en par. Aprovecho la distracción para agarrarlas por el mango y le propino un golpe en el costado. Respiro aliviada al quitármelo de encima. Solo entonces soy consciente de que hay tres hombres en la entrada. Davide y Andrea están atónitos. Dominic es el fiel reflejo de la ira.

—Dominic... —musito, convencida de que va a matarme tras haber descubierto la verdad.

Angelo se incorpora a duras penas y retrocede al ver a mi marido. Su rostro está lleno de angustia. Comprende lo que está a punto de suceder y levanta los brazos. Me resulta tan patético que me cuesta mirarlo.

—Es una zorra. —Me señala—. No merece la pena, Don. Ella...

Dominic atraviesa el cobertizo como una exhalación y lo derriba de un puñetazo. La sangre de Angelo salpica el suelo. Me tapo la boca, horrorizada. A Angelo no le da tiempo a cubrirse. Mi marido lo golpea una y otra vez como si fuera un saco de boxeo. Angelo resuella y se encoge en posición fetal. Dominic lo está masacrando. Le está dando una brutal paliza. Se me saltan las lágrimas, pero soy incapaz de no mirar.

Todo es culpa mía.

Lo va a matar.

Tengo que detenerlo.

—Rata traidora. —Dominic le pega una patada en las costillas—. ¿Cómo te atreves a insultar a mi mujer?

Abro los ojos de par en par. No puedo creer que esté furioso por eso. Doy un paso vacilante hacia él y alguien me detiene. Davide sacude la cabeza y Andrea se interpone en mi camino.

—Mala decisión —murmura Davide—. Déjalo que se desquite.

—Lo va a matar...

—Con suerte será rápido.

Dominic le aplasta la garganta con el pie. Angelo se retuerce por la falta de aire. Lo agarra del tobillo mientras mi marido lo observa como si fuera un gusano al que todavía no quiere aplastar.

—¿Cómo te atreves a besarla sin su consentimiento? —Presiona el pie con más fuerza. Angelo empieza a ponerse morado—. ¿Cómo te atreves a intentar llevártela de mi lado? ¿Cómo te atreves a creer que te elegiría a ti?

—¡Dominic! —grito aterrada—. ¡No lo hagas!

Él deja de asfixiar a Angelo y se vuelve hacia mí. La ira que emana debería asustarme.

—Pagaré por haberte hecho daño.

—¡Lo utilicé! —admito en un intento desesperado por salvarle la vida—. Se ha enamorado de mí. Es culpa mía. Págalo conmigo. Yo soy la única responsable.

Su expresión es insondable. Tarda varios segundos en negar con la cabeza.

—Te prometí que le cortarías las manos y se las daría de comer —me recuerda con el esbozo de una sonrisa maliciosa que me estremece—. Podría haber contemplado la posibilidad de darle una muerte rápida. Pero ha cometido el error de besarte a la fuerza e intentar apartarte de mi lado. Eso, cariño, es algo que le costará muy caro.

—Por favor... —sollozo—. Su muerte pesará sobre mi conciencia. Por favor, por favor...

Dominic me ignora, se cruje los nudillos y se arrodilla para quedar cerca de Angelo. Lo agarra del pelo y le da una bofetada para que lo mire. Angelo está temblando como un ratón delante de un gato.

—Me lo voy a pasar en grande.

Se pone en pie y le hace un gesto a Davide para que me saque del cobertizo. Logro zafarme antes de que me agarre del brazo y echo a correr hacia mi marido. Lo abrazo por la cintura para interponerme entre él y Angelo.

—Perdónale la vida —le suplico desesperada—. Me dijiste que me darías todo lo que necesitara sin que tuviera que pedirte. Ahora te lo estoy pidiendo.

Dominic se queda rígido.

—Pídeme otra cosa.

—¡Me dijiste que pondrías el mundo a mis pies! —le recuerdo sin dejar de abrazarlo—. Solo necesito que le perdones la vida.

—No —gruñe.

—Por favor —sollozo—. Por favor, Dominic.

Me sostiene por los hombros para apartarme de él. La intensidad de su mirada me consume. No me importa derrumbarme si consigo salvarle la vida a Angelo. No quiero que muera por mi culpa. No podré vivir con algo así.

Me acaricia la mejilla para secar una lágrima.

—¿Lo amas? —pregunta dejando entrever su vulnerabilidad.

—No —respondo sin vacilar—. Solo lo utilicé para llegar hasta a ti. Te juro que no he dejado que me tocara desde que nos casamos.

Parece satisfecho y tengo la débil esperanza de que recapacite.

—Él no me hace disfrutar como tú —digo con sinceridad—. Nunca he sido suya.

—Lo sé —responde más tranquilo. Sostiene mi rostro y me da un beso cálido y breve—. Pero voy a matarlo de todos modos.

Me sobresalto y le doy un empujón.

—¡Eres un puto mentiroso!

Sonríe como si le hubiera hecho un cumplido.

—Ya tenemos algo más en común.

Davide me arrastra fuera del cobertizo mientras grito, me retuerzo e insulto a mi marido. No me rindo cuando me lleva de regreso a la casa, a pesar de que sé que he perdido. Peleo con uñas y dientes porque así consigo mantener a raya los remordimientos. Hasta que me encierra en el dormitorio. Entonces rompo a llorar porque la muerte de otro hombre pesará sobre mi conciencia.

Capítulo 35

Lucrezia

Dominic no cena con nosotros. Yo no tengo apetito y no pruebo bocado. Intento sonreír cuando Antonella me mira preocupada. Por la noche le leo un cuento, la arropo y le digo que la quiero. Intento no llorar al salir de su habitación e ir directa al dormitorio.

Camino de un lado a otro durante más de una hora, hasta que me doy por vencida y salgo de la habitación. Le he preguntado a Marco si Angelo estaba muerto y me he ganado una mirada exasperada. Nadie me cuenta nada. En el fondo casi prefiero que Dominic lo haya matado, pues eso significa que no lo sigue torturando. La culpa es una losa de hormigón que me oprime el pecho y me impide respirar. No consigo llegar al final de las escaleras. Me agarro al pasamanos y abro la boca para tomar una bocanada de aire que no llega a mis pulmones.

—Lucrezia —dice alguien con tono preocupado.

Levanto la cabeza y me encuentro con los ojos azules de Dominic. Levanto los brazos cuando sube un escalón. Él se detiene al comprender que no quiero que se acerque a mí.

—¿Lo has matado? —pregunto resollando.

—Todavía no.

Mi alivio se desmorona al mirarlo con más detalle. Tiene la camisa salpicada de manchas de sangres y los nudillos enrojecidos. No necesito preguntarle qué ha sucedido en el cobertizo.

—Eres un monstruo.

Me sonrío con algo parecido a la tristeza.

—Te hice una promesa el día de nuestra boda.

«Si otro hombre te toca, le cortaré las manos y le obligaré a comérselas. Y luego lo mataré lentamente para que todos sepan que yo no comparto lo que es mío».

—Te odio —musito con los ojos llenos de lágrimas.

Subo los escalones con torpeza y me tropiezo un par de veces. Echo a correr cuando grita mi nombre. Las lágrimas me nublan la vista. No sé cómo consigo llegar hasta la habitación de invitados. Me encierro y echo el pestillo, a pesar de que estoy convencida de que Dominic no vendrá a buscarme.

Todavía vive.

«Ya no puedo salvarle la vida».

¿Tú crees?

Me siento con la espalda pegada a la puerta y me abrazo las rodillas. No sé cómo podría conseguir que Dominic cambiase de opinión. Su rabia es tan intensa como mi culpabilidad. Entiendo que debe ser contundente. No puede perdonar a un traidor. Daría la imagen de ser un Don débil y sus hombres no lo respetarían. De todos modos, no pierdo nada por intentarlo. He

cometido muchos errores a lo largo de mi vida. Sé que no voy a enmendarlos, pero al menos puedo hacer todo lo que esté en mi mano para salvar a Angelo.

Voy al cuarto de baño, me lavo la cara y me miro en el espejo. Me cepillo el pelo y aliso las arrugas del camisón de seda. Me avergüenza desear lo que estoy a punto de hacer. Es una bestia. Un mal hombre. Lo último que debería despertar en mí es lujuria. Y, sin embargo, su reacción me demuestra que es un hombre muy peligroso, capaz de todo para obligarme a permanecer a su lado. Lo que me produce un montón de sentimientos confusos a los que no quiero enfrentarme.

Entro en nuestra habitación sin llamar. Dominic se queda sorprendido. Acaba de salir de la ducha y solo lleva una toalla blanca anudada a la cintura. Al mirarme se queda quieto.

—Pensé que no querías dormir conmigo —dice con cautela—. Puedo irme a otra habitación si prefieres nuestra cama.

—No te vayas.

Enarca las cejas. No se lo esperaba.

—¿Qué...? —Traga saliva al ver que me bajo un tirante del camisón. Sus ojos echan fuego—. ¿Qué haces, Lucrezia?

—¿Tú qué crees?

Deslizo el otro tirante y aferro el camisón contra mi pecho. Solo tengo que levantar las manos para que la tela resbale por mi cuerpo. No llevo ropa interior. Separo los labios y lo miro expectante. Ahora le toca mover ficha. Sé que lo está deseando. Por eso me pilla desprevenida que masculle una palabrota, se pase una mano por el pelo y me dé la espalda. Su rechazo es un duro golpe para mi orgullo.

—Sé lo que intentas —dice enfadado—. Crees que le perdonaré la vida si te acuestas conmigo.

—¿No quieres follarme?

—Sabes que sí —responde con voz queda—. Lo que me cabrea es que te valores tan poco para ofrecerme tu cuerpo a cambio de la vida de ese miserable.

—Me valoro lo suficiente para saber que no podré vivir con el remordimiento de que lo hayas matado por mi culpa.

—¡No es culpa tuya! —Se da la vuelta y me atraviesa con la mirada—. Eligió traicionarme. Ahora tiene que asumir las consecuencias. Le di un buen trabajo y la oportunidad de escalar en la ‘Ndrangheta. Confíe en él. Por eso va a recibir un castigo.

—Es culpa mía —insisto avergonzada—. Lo manipulé. Sabes lo bien que se me da.

Esboza una sonrisa irónica.

—Imagino que fuiste muy persuasiva. —Da dos pasos y se cierne sobre mí como un depredador. No retrocedo porque ya no le tengo miedo—. Puedo entender que te prefiriese a ti. Eres un premio absolutamente tentador.

—Entonces...

—No voy a perdonarlo —me interrumpe—. Porque, si hubiera estado en su lugar, te habría protegido con mi vida en lugar de permitir que te casaras con tu mayor enemigo. No te merece. Y eso, cariño, me enfada todavía más.

Me muerdo el labio. Una parte de mí sabe que Dominic tiene razón. Él jamás se habría quedado al margen mientras yo me metía en la boca del lobo. La otra es lo bastante obstinada para dejar caer el camisón y retarlo a que me lleve la contraria.

Sus ojos se encienden al verme desnuda. Se deslizan por mi piel con lentitud. Levanto la barbilla y soporto su escrutinio. Es la primera vez que me ve sin ropa. No sé si le gustaré. No soy tan voluptuosa como su antigua amante. Quizá me encuentre insulsa o...

—Vístete —me ordena con frialdad.

Me encojo como si me hubiera golpeado. Me cubro con los brazos.

—No te gusto —digo en voz baja.

Dominic arruga la frente.

—Ese no es precisamente el problema.

—Supongo que no tengo tantas curvas como Camilla, pero pensé que...

Dominic me coge en brazos y me roba un beso que me pilla por sorpresa. Se me escapa un gemido. Me aferro a sus brazos mientras él aplasta su boca contra la mía. El beso es urgente y posesivo. No es la clase de beso que te daría un hombre que no te desea con cada fibra de su ser.

—Eres preciosa —murmura contra mis labios—. Nunca lo dudes, Lucrezia.

—Por un instante he creído que te había decepcionado —admito abochornada.

Me aparta un mechón de la cara. Sus dedos rozan mi mejilla como si estuviera hecha de un material muy preciado. Cada roce enciende el fuego que hay en mi interior.

—Eres mejor de lo que esperaba y más de lo que merezco. —Su boca se desliza por mi barbilla—. Y, pese a todo, jamás renunciaré a ti. Por eso me cabrea que te entregues a mí por los motivos equivocados. Quiero que seas mía porque lo deseas de verdad, y no porque intentes hacer lo correcto.

—Te deseo.

—Lucrezia...

—Te deseo y, a veces, también te odio —le confieso—. Pienso en ti y me enfurezco. Pienso en ti y quiero matarte. Pienso en ti y quiero que vuelvas a tocarme. Pienso en ti a todas horas.

—No juegues conmigo —me pide con tono trémulo. Sostiene mi rostro y me mira de una forma tan vulnerable que comprendo que tengo tanto poder para destruirlo como él a mí—. No soy un buen hombre. Ya lo sabes.

—Yo tampoco soy una buena persona. —Echo la cabeza hacia atrás para buscar sus labios—. Supongo que tenías razón: somos tal para cual.

Esta vez soy yo la que toma la iniciativa. Le rodeo el cuello y lo atraigo hacia mi boca. La

suya sabe a whisky y a una promesa de sexo salvaje. Es un beso lento y comedido. Un prelude de lo que está a punto de suceder en cuanto lleguemos a la cama.

Dominic me agarra del trasero y presiona mi cadera contra su erección. Le muerdo el labio para contener un grito. Es evidente que mi reacción le encanta. Nos besamos hasta que tenemos que apartarnos para recobrar el aliento.

—Nunca te compares con ella. —Sé que se refiere a Camilla. Agradezco que no pronuncie su nombre—. No está a tu altura. Eres mi esposa; no pierdas el tiempo pensando en quien hubo antes de ti. Lo único que debe importarte es que para mí siempre serás la única.

Sus palabras me hacen sentir poderosa. Lo empujo hacia la cama y él retrocede sin quitarme los ojos de encima. Una mirada como la suya no puede mentir. Porque me observa como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida.

—¿No te importa que haya estado con muchos hombres?

La chispa que prende en sus ojos me confirma que me he columpiado. Pero no quiero que haya más mentiras entre nosotros. No estoy dispuesta a fingir que soy inexperta o ingenua. Es la primera vez que quiero ser real con otra persona. Necesito que me acepte. Que me vea tal y como soy y, aun así, decida que quiere quedarse conmigo.

Dominic coge mi mano y me da un beso en los nudillos.

—Me da igual con cuantos tipos te hayas acostado —contesta con sinceridad—, porque lo único que me importa es que yo seré el último.

—Cuánta arrogancia.

Me lanza una sonrisa chulesca y luego me agarra de la cintura para sentarme a horcajadas encima de él. Su erección me roza los muslos. Los dos gemimos. Le muerdo el cuello y luego le doy un puñado de besos.

—Demuéstrame que mereces ser el último —lo provoco—. Soy muy exigente.

—Nunca he estado tan seguro de algo.

Su mano se cuela entre mis piernas. Me acaricia tal y como ya sabe que me gusta. Le clavo los dientes en el hombro para ahogar un gemido. Me da un tirón del pelo para que lo mire a los ojos.

—No me ocultes tu placer —me ordena—. Y mírame a la cara cuando te corras.

Hay algo más íntimo en sostenerle la mirada mientras me masturba que en lo que está haciendo en realidad. Lo observo con los ojos nublados de deseo. Parece que mi reacción y los gemidos que brotan de mi garganta lo excitan mucho. Me atrevo a buscar su erección. La tiene enorme y gruesa. Deslizo el pulgar por la punta.

—Lucrezia...

—¿Era esto lo que querías que hiciera cuando te pillé masturbándote en el baño?

—No —responde con un gruñido—. Quería que te la metieras en la boca.

Me bajo de su regazo a pesar de que él intenta detenerme. Sus pupilas se dilatan cuando me pongo de rodillas. Adivina lo que estoy a punto de hacer y recoge mi pelo en su puño. Agarro

su polla con ambas manos. La tiene muy grande y no sé cómo voy a metérmela entera en la boca.

—Es enorme —admito contrariada.

—Suelo soñar que me corro dentro. Pero no hace falta que...

Le doy un lametazo en la punta y observo su reacción. Echa la cabeza hacia atrás, entorna los ojos y empuja mi cabeza contra su polla. Me gusta que se muestre autoritario. Apoyo las manos en sus muslos, separo los labios y chupo con suavidad. A él se le escapan profundos gruñidos de satisfacción que me confirman lo mucho que le gusta lo que hago. Me inclino hacia delante para tragármela entera. De repente, pierde el control y arquea las caderas para penetrarme con más fuerza. Se me saltan las lágrimas y me sostiene por la nuca, como si creyera que voy a parar y no pudiera soportarlo.

Ni de coña. Soy demasiado competitiva y estoy muy cachonda.

—Ah, joder, Lucrezia... —Sus embestidas se aceleran—. Qué buena eres.

No me rindo aunque me escuece la garganta. Ya está cerca. Lo noto. Acompaño el movimiento con mis manos y él gime como un animal antes de correrse. Me lo trago todo. No le doy la satisfacción de saber que es el primer hombre al que le permito hacer algo así. Me suelta, se pasa una mano por el pelo y me sonrío. Está despeinado y guapísimo.

—¿Ha sido mejor de lo que habías imaginado?

Asiente y se ríe. Luego me ayuda a ponerme de pie, me coge la cara y me da un beso largo. Lo pillo desprevenido al darle un empujón para que se tumbe en la cama. Frunce el ceño y me mira sin saber a qué ha venido eso. Me tumbo a su lado, separo las piernas y comienzo a tocarme.

—¿Quieres que te ayude? —Su pregunta casi parece una súplica.

—Primero mira cómo lo hago. —Abro más las piernas para que no se pierda ningún detalle. Me acaricio el clítoris muy despacio y luego me meto un par de dedos. A él se le entrecorta la respiración—. Así es cómo me gusta.

—Sé cómo te gusta —replica mirándome embobado—. Deja que te dé placer, por favor.

Le pongo un pie en el pecho y él masculla una maldición. Estoy casi a punto. Me enloquece la forma que tiene de mirarme. Está deseando abalanzarse sobre mí. Aparto el pie. Es todo lo que necesita para agarrarme del trasero y hundir la cara en mi coño. Entierro las manos en su pelo y arqueo la espalda.

—Ah, joder.

Lo hace tan bien que me pregunto a cuántas mujeres les habrá regalado algo así. Aparto ese molesto pensamiento de mi cabeza. Lo único que importa es que ahora es mío. Las demás son historia.

—Eres espectacular —dice con veneración. Me penetra con dos dedos y apoya la boca en mi clítoris. La combinación es maravillosa. Me lleva al límite hasta que ya no puedo soportarlo más y estallo de placer—. Eso es. Córrete para mí.

Me tumbo bocarriba, exhausta. Creo que me muero. Él me observa con esa sonrisita de chulo que me dan tantas ganas de abofetear. Le doy un codazo sin fuerza y se ríe. Murmura algo

sobre que no lo apuñale y me entra la risa floja. Quiero más. Dentro de unos segundos, cuando recuerde cómo volver a respirar.

Me tumbo de lado para contemplarlo. Mi corazón se salta un latido. Nadie me había mirado así. Es... como si me viera de verdad y aceptara todo lo que soy. Las partes buenas y malas. A pesar de las mentiras y los intentos de asesinato. Porque ninguno de nosotros es perfecto.

Lo necesito tanto que es una locura. Le paso las manos por el pecho. Tiene un cuerpo perfecto. Suave, musculoso y duro. Presiono mis labios contra los suyos. Nos besamos despacio hasta que volvemos a ser una maraña de extremidades enredadas. Dos cuerpos sudorosos que se necesitan.

—¿Quieres que me ponga un condón?

Es todo un detalle, pero quiero sentirlo por completo. Llevo un implante anticonceptivo. No tenemos de qué preocuparnos.

—Estoy limpia y protegida. ¿Y tú?

—También. —Me da un beso—. Eres un sueño hecho realidad.

Le muerdo el labio inferior y luego lo lamo. Ahora vuelve a tenerla dura y yo sigo estando muy excitada. Le pongo una mano en el pecho y lo miro a los ojos. No voy a andarme por las ramas con él. Hay algo que me preocupa y será mejor que lo sepa antes de que arruine el mejor polvo de mi vida.

—No quiero que me hagas daño.

Se queda aturdido.

—Nunca te haría daño a propósito.

—Lo sé, pero la tienes enorme.

Tiene la poca vergüenza de sonreír y me entran ganas de matarlo. No pretendía agrandar su ego. Solo estoy constatando un hecho. Él la tiene muy grande y yo soy muy estrecha.

—No te dolerá. —Me da un beso en el hombro—. Lo prometo.

No sé por qué me fío de él. Me tenso un poco cuando se cuela entre mis piernas. Percibe que algo no va bien y me da un beso en la punta de la nariz que me saca una sonrisa. No debería ser tan dulce. Me descoloca.

—Tranquila. —Me besa la barbilla—. Pídeme que pare si es demasiado.

Asiento con los ojos cerrados. Lo voy a matar si no cumple su promesa.

Captura mis labios y su mano me acaricia hasta que vuelvo a estar húmeda y preparada. Entonces se agarra la polla y la frota contra mi coño. Abro los ojos y se me escapa un gemido. Le acaricio la espalda para que sepa que va por buen camino. No hace falta, lo sabe.

—Confía en mí —me pide. Acto seguido presiona la punta contra mi abertura. Se me escapa el aire que estaba conteniendo y le clavo las uñas en los hombros. No me duele. Es jodidamente intenso. Increíble. Se queda quieto para que me adapte a él—. Pídeme que siga.

—Sigue —logro murmurar.

Se lo toma al pie de la letra. Se hunde muy despacio hasta que encuentra un tope. Desliza una mano entre nosotros y me acaricia el clítoris. El placer deshace cualquier atisbo de dolor. Dominic espera con paciencia a que me adapte a su tamaño. Apoyo los talones en su trasero para que sepa que pueda seguir. Estoy muy mojada y se desliza por completo en mi interior.

—Lo sabía —dice cuando me penetra del todo. Apoya la frente en la mía. Ambos estamos temblando—. Sabía que estás hecha para mí.

Se mueve fuerte y rápido. Me encanta. Le clavo las uñas en la espalda, consciente de que le dejaré marca. Él acelera el ritmo. Sus embestidas se hacen más profundas. Deja caer la cabeza en mi hombro. Me besa.

—Justo así. *Ah*.

—Me voy a correr si sigues haciendo ese ruido.

No sé a qué se refiere. Le rodeo la cintura con las piernas para que no se aparte. Ya casi estoy. A él también debe de sucederle lo mismo, pues se mueve más rápido. No puedo soportarlo más. Le tiro del pelo y me dejo ir. Acepto todo lo que me ofrece. Me entrego sin reservas.

Dominic se corre con unos segundos de diferencia y se desploma soltando un gruñido de satisfacción. Se echa a un lado para no aplastarme, pero su brazo está tendido sobre mi abdomen como si se negara a dejarme marchar.

—Necesito una ducha —protesto.

—No te muevas. Hueles a mí. —Me acaricia la cadera. Noto que le cuesta respirar—. No te vayas de mi lado.

No me quedo porque me lo ordene, sino porque me apetece. Luego podré limpiarme. Ahora prefiero estar con él.

Le acaricio el pelo y él inclina la cabeza para estar más cerca. Me muerdo el labio. Ha sido demasiado bueno. No tengo remordimientos. Y, por cómo me mira, estoy convencida de que él sabe lo que siento.

Capítulo 36

Dominic

No recuerdo la última vez que fui tan feliz.

Envuelvo a mi esposa con una toalla y la abrazo por la espalda. Ella no me rechaza. A pesar de todo, sigue a mi lado. No logro entenderlo. Sabía que no me haría cambiar de opinión y, aun así, se acostó conmigo de todos modos. Ahora debo luchar contra la tentación de darle lo que quiere, porque mi corazón no ansía otra cosa que hacerla feliz.

Nos hemos duchado juntos. He explorado cada centímetro de su cuerpo. Soy el cabrón más afortunado del mundo. Por eso voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que se quede conmigo. Quiero que me elija. Lo único que de verdad me importa es que decida permanecer a mi lado. No quiero obligarla. Ya no. Prefiero que sea libre y se quede conmigo por voluntad propia. El problema es que no tengo ni idea de cómo convencerla. Nunca seré lo bastante bueno para ella. ¿Quién en su sano juicio decidiría amar a un monstruo?

—Tenemos que hablar —dice cuando regresamos al dormitorio. La miro agobiado. No sé cómo reaccionaré si admite que se arrepiente. Para mí es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ahora lo sé—. No pongas esa cara. No podemos ignorar nuestros problemas. No quiero que el sexo sea una tirita.

—A mí no me importa.

Pone los ojos en blanco. Me siento en la cama y le hago un hueco para que se eche a mi lado. Me alivia que no me rechace. Me mira con esos ojos verdes cargados de preocupación y me entran muchas ganas de volver a tumbarla en la cama y recorrer su cuerpo con la boca.

—¿Qué hay dentro de esa cabecita? —pregunto—. No más mentiras.

—Estoy cansada de mentir —suspira—. Ahí va la primera verdad de la noche: quería acostarme contigo para que le perdonaras la vida a Angelo.

—Ya lo sé.

Por eso me enfadé tanto. No logro entender que sienta remordimientos por culpa de ese idiota. Angelo es el único responsable de su destino. Eligió traicionarme. Sus motivos son lo de menos. Además, demostró ser peor que la escoria cuando la insultó para intentar salvar el pellejo. Solo por eso merece todo lo que ha sucedido en el cobertizo. Tengo ganas de más.

—Segunda verdad: he terminado acostándome contigo porque me apetecía muchísimo. Y lo he disfrutado. Ni siquiera me siento culpable. Eres mi marido. Me casé contigo por las razones equivocadas, pero no tengo fuerza para seguir luchando contra esta atracción.

Su confesión me pilla desprevenido. Me alivia que no se arrepienta. Eso significa que tal vez tengamos una oportunidad si juego bien mis cartas.

—Tercera verdad: todavía no estoy preparada para que hablemos de Massimo.—Me tenso al escuchar su nombre y me relajo al sentir sus dedos en mi brazo—. Mi hermano siempre

se interpondrá entre nosotros. Si tengo que elegir entre salvarlo o luchar por nuestro matrimonio, siempre escogeré a mi familia. Por eso te pido una tregua. No hagas nada contra él hasta que me permitas defenderlo por última vez. Has esperado ocho años. Seguro que puedes tener algo de paciencia mientras yo hago un esfuerzo para ser valiente. Cuando llegue el momento, no habrá más secretos entre nosotros. Te lo contaré todo. Si te importo tanto como dices, tienes que prometerme que esperarás a que esté preparada para contarte toda la verdad.

No sé a qué se refiere. Entiendo que Lucrezia esconde muchos secretos. Tiene miedo de que no la acepte. Lo que no sabe es que no hay nada que pueda contarme que cambie lo que siento por ella.

—Te prometo que no le haré daño. Por el momento —concedo de mala gana—. Pero debes entender que no hay nada que puedas contarme que me haga cambiar de opinión.

—Quizá —musita—. Vale la pena intentarlo.

Voy a cumplir mi palabra. No atacaré a Massimo hasta que ella se abra del todo conmigo. Necesito que confíe en mí, aunque estoy convencido de que seguiré pensando lo mismo después de que intente hacerme cambiar de opinión.

—Última verdad —concluye nerviosa—. Sigo teniendo la esperanza de que le perdones la vida a Angelo.

Me lo temía.

Lucrezia me observa con cautela. Sabe que no puede manipularme. Sí, he caído rendido a sus pies. Pero, a diferencia de Angelo, no han sido sus mentiras o artimañas lo que me han cautivado. Me gusta tal y como es. No necesita ser otra persona conmigo.

—¿Por qué? —intento entenderla—. Su vida no está en tus manos.

Frunce los labios.

—Yo lo convencí de que te traicionara. Es mi culpa.

—No lo obligaste a tomar una decisión. No importa si lo hizo porque te amaba o porque quería más dinero del que yo le ofrecí. Mis hombres saben cuál será su destino si se atreven a traicionarme. Ya es mayorcito. Que asuma sus putos errores.

—También deberías estar enfadado conmigo. Cuando nos descubriste, di por hecho que ibas a matarnos. No logro entender por qué no me hiciste daño.

—¿Quieres oír una verdad de mi parte? —Le toco la mejilla y la miro con una ternura que solo me nace dedicarle a ella—. Me estoy enamorando de ti. La mitad de mi corazón ya es tuyo, y la otra está esperando a que decidas que quieres quedarte a mi lado. ¿Cómo iba a herirte si lo único que ansío es que correspondas mis sentimientos?

Se queda perpleja.

Separa los labios y va a decir algo. Sacude la cabeza como si no entendiera lo que acabo de decirle.

—Ni siquiera necesito que sientas lo mismo que yo —admito avergonzado—. No soy un buen hombre. Soy un criminal y un asesino. Entiendo que nunca puedas llegar a amarme.

—Podría quedarme a tu lado —musita con la voz entrecortada. Ahora soy yo el que la miro atónito—. Solo necesito confiar en ti.

Me pide algo demasiado difícil. La vida de Angelo a cambio de su confianza. El maldito problema es que soy incapaz de negarle nada porque quiero hacerla feliz. Me cabrea que el precio que deba pagar por su felicidad sea el de perdonar a un hombre que la insultó, le pegó e intentó secuestrarla.

—Lo indultaré.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda frenarlas. Es demasiado tarde para resarcirme. Ella solloza aliviada y me abraza. Hunde la cara en mi pecho y me da las gracias. La estrecho entre mis brazos y le doy un beso en la frente.

Mierda.

¿Qué cojones acabo de hacer?

Capítulo 37

Dominic

—Es un error —insiste Andrea—. Te vas a arrepentir.

Ignoro a mi amigo y abro la puerta del cobertizo. El hedor de la sangre, el sudor y la orina me hace arrugar la nariz. Al menos podré liberarlo de su sufrimiento.

Andrea me pone una mano en el hombro cuando doy un paso.

—Lárgate.

—Si estuviera en tu lugar, me gustaría tener a mi lado a una persona que me recordara que estás a punto de cometer el mayor error de tu vida.

—Estoy haciendo lo correcto.

—¿De veras? —Enarca una ceja—. No deberías habérmelo contado si no querías que te convenciera de lo contrario.

Tiene razón. Le he hablado de la promesa que le he hecho a Lucrezia. Por eso mi amigo siente la necesidad de hacerme cambiar de opinión. Ya es demasiado tarde. He tomado una decisión y asumiré las consecuencias.

—Quédate fuera —le ordeno.

Andrea suspira decepcionado, pero hace lo que le digo. Entro en el cobertizo y cierro la puerta. Una bombilla parpadea en el techo. La luz mortecina ilumina el cuerpo amoratado de Angelo. Está atado a una silla. Ha visto tiempos mejores. Mis manos le han provocado tanto dolor. Era algo personal. No podía permitir que Andrea o Davide se encargasen del trabajo sucio.

Lo he disfrutado muchísimo.

Se remueve al verme. Sus ojos destilan pánico. Forcejea con las ataduras. La mordaza le impide gritar. Las lágrimas corren por sus mejillas. Entiendo que a Lucrezia le resultara tan fácil manipular a este despojo humano. Es patético.

—No grites —le advierto. Le quito el trapo de la boca. Al menos tiene la decencia de guardar silencio—. ¿Te arrepientes de haberme traicionado?

—Sí, Don —lloriquea como un niño—. Por favor, apiádate de mí.

—No hace falta que me supliques por tu vida. Mi mujer ya lo hecho. Se siente culpable. Cree que es responsable de lo que te ha pasado. Me duele verla tan triste, ¿sabes? —Me arrodillo para quedar a su altura. Angelo me observa atemorizado—. Le daría cualquier cosa que me pidiese. Nunca pensé que mi mayor debilidad sería una mujer. Qué te voy a contar a ti, ¿no? Es preciosa, inteligente y obstinada.

Asiente como un imbécil y contengo las ganas de darle un puñetazo en el estómago. Me enfurece respirar el mismo aire que el hombre que la tocó antes que yo.

—Quiero ganarme su confianza. No hay nada que desee más en el mundo —le explico

con sinceridad—. Por eso le he dicho que te perdonaría la vida. No me ha quedado más remedio. No quiero que tu muerte pese sobre su conciencia.

—Gracias, Don —solloza aliviado—. Muchísimas gracias. Haré lo que me pidas. No te arrepentirás. Yo...

—No me des las gracias —le espeto con sequedad. Me pongo de pie. Su debilidad me asquea—. He tenido que mentirle por tu culpa.

—¿Qué...? —Abre los ojos de par en par al comprenderlo por fin.

Sonrío con malicia. Es más idiota de lo que pensaba si ha llegado a creer que iba a perdonarle la vida.

—Le pegaste, la besaste en contra de su voluntad e intentaste apartarla de mi lado. Tu traición fue imperdonable, pero lo que te ha sentenciado ha sido creer que tenías derecho a hacerle daño. —Saco la navaja que tengo en el bolsillo—. Tienes suerte. Voy a darte una muerte rápida y honorable, en lugar del final lento y doloroso que tenía planeado. Lo hago por ella.

—¡No! Por fa...

Le corto la garganta antes de que termine de suplicar. Ya está hecho. No hay marcha atrás. Entiendo que Andrea se pusiera de parte de Lucrezia. Al fin y al cabo, le he mentido. Pero ella no tiene por qué enterarse. Nadie le contará la verdad. Será feliz creyendo que le perdoné la vida a ese bastardo.

Siento la intensa satisfacción del trabajo bien hecho al limpiar la navaja en la camisa andrajosa del cadáver. Mataré a cualquier persona que se atreva a ponerle las manos encima a mi mujer. Porque no hay nada ni nadie que pueda cambiar lo que soy.

Capítulo 38

Lucrezia

Echo de menos a mi esposo.

No lo he visto en todo el día y me pregunto dónde se habrá metido. Es increíble que de repente me haga tanta falta. Solo le han bastado un puñado de orgasmos para tenerme a su merced. Ahora entiendo a Camilla. La pobre debe de estar pasándolo fatal. Nadie me había prodigado tanto placer como Dominic.

Me enfurezco al pensar en la pelirroja. Si vuelve a mi casa, le daré una buena tunda. Más le vale mantenerse alejada de mi marido. Siento tanto calor que me toco la cara. Estoy ardiendo.

—¿Te encuentras bien? —se preocupa Ludovica.

La estoy ayudando a preparar la cena para ganarme su confianza.

—Sí —miento. No me parece correcto admitir que estaba celosa de la examante de Dominic. Él no me ha dado motivos para desconfiar y no quiero parecer insegura—. ¿Sabes si Dominic vendrá a cenar?

—Ni idea. A veces pasa algunas noches fuera de casa.

—Habría avisado.

—Él nunca avisa. Un Don no tiene por qué dar explicaciones de lo que hace con su vida.

Me pongo mala al no saber dónde y con quién está. No pienso tolerar que se ausente durante varios días. No seré la clase de esposa que perdona una aventura. De eso nada.

—Soy su mujer. A mí me dará todas las explicaciones que le pida.

Ludovica se ríe, pero se calla al ver que voy muy en serio. Entonces asiente con aprobación.

—Tú eres la única capaz de meter en vereda a ese muchacho.

«Si está con otra, lo mato».

Yo te ayudo.

Doy forma a la masa de pizza y trato de mantener a raya los malos pensamientos. No tiene sentido que esté celosa. No me reconozco. Me ha dejado bastante claro que soy la única mujer que desea. Echó de nuestra casa a su antigua amante sin miramiento. Debería estar tranquila, aunque me mosquea que lleve tantas horas sin dar señales de vida. Al menos podría haber tenido la delicadeza de avisar de que no iba a venir a cenar. Así no me sentiría tan tonta.

Me voy a la cama después de comer con Antonella y Ludovica. No puedo pegar ojo. A las dos menos cuarto de la madrugada sigo despierta como un búho. ¿Dónde se habrá metido? ¿Por qué no me ha llamado? No puede hacer que le coja cariño y luego comportarse como un cretino. Por ahí no paso.

Le ha perdonado la vida a Angelo y ha decidido firmar una tregua temporal con mi hermano. No ha dejado de demostrarme que le importo. Y, cielo santo, el sexo es maravilloso. Así que no estoy dispuesta a permitir que sea un marido idiota.

Dominic aparece a las cuatro y veinte de la madrugada. Estoy tumbada de lado en la cama. Ni siquiera viene a darme un beso. Va directo al baño y escucho el grifo de la ducha. Al cabo de un rato se tumba a mi lado, me abraza y me da un beso en el hombro.

—Estás despierta.

—Vete a la mierda.

—¿Por qué estás enfadada? —pregunta extrañado.

—¿Tú qué crees?

—Ni idea. Prefiero que me lo digas para poder disculparme.

—O sea, que has hecho algo malo.

—Solo quiero saber por qué mi esposa me recibe tan disgustada. Si he herido tus sentimientos de alguna forma, te ruego que me disculpes. —Me estrecha contra su pecho y hunde la cara en mi pelo—. No quiero discutir. Te he echado mucho de menos, cariño. No podía dejar de pensar en ti.

—No me has llamado —le recrimino. Me doy la vuelta y le pongo una mano en el pecho para que se aparte—. Apenas nos hemos visto en todo el día. Ni siquiera desayunamos juntos. Pensé que vendrías a cenar conmigo. Podrías haberme avisado. Te he estado esperando.

—Vaya —dice sorprendido—. Lo siento, tienes razón. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. No estoy acostumbrado a dar explicaciones.

—Eso me han dicho —contesto con tonillo.

—Te juro que no volverá a suceder. La próxima vez te llamaré si me retraso.

—No seré la clase de esposa que te deja hacer lo que te dé la gana. Que te quede claro. Cenarás conmigo al menos cinco días a la semana. No pienso mendigar tu atención, Dominic.

—Soy un hombre muy ocupado.

Le pego un puñetazo en el hombro.

—Te estaba tomando el pelo. —Me coge la mano y me da un beso—. Hoy he tenido varios asuntos que resolver. No he podido venir antes. Te prometo que estaba deseando llegar a casa para estar conmigo. Siempre encontraré tiempo para ti. Eres mi prioridad, Lucrezia.

—¿Qué asuntos? —pregunto con recelo.

—Negocios.

Tengo la impresión de que no es del todo sincero conmigo.

—¿Has estado con otra? ¿Por eso te has duchado?

Dominic enciende la luz de la lamparita y me mira a los ojos. Está cansado y muy sereno. Solo parece un hombre que lleva un montón de horas trabajando fuera de casa.

—Estás celosa —dice sorprendido.

—Pues sí —admito sin tapujos—. Tengo un marido muy atractivo. Me cabrea que alguna de tus antiguas amantes quiera reconquistarte.

—Ni siquiera pienso en ellas.

—Más te vale. De lo contrario, las mataré y luego me ocuparé de ti.

—¿Quieres que te ayude a deshacerte de ellas para que te quedes más tranquila?

—¡No te burles de mí!

—No bromeo. —Se pone encima de mí y me da un beso que me ablanda—. Si alguna de ellas supone una amenaza para nuestro matrimonio, te juro que la mataré. Pero no tienes de qué preocuparte. Yo solo tengo ojos para ti.

Me da besitos por la garganta y el cuello. Ya está, no necesita más. Decido olvidarme del tema. No tiene sentido que desconfíe de él cuando me demuestra tal devoción. A la mierda los celos.

Separo las piernas para que se acomode y le rodeo el cuello. El beso que le doy es la prueba de lo mucho que lo he echado de menos. Este hombre me ha robado la capacidad de pensar con claridad. Por ahora no somos enemigos. Prefiero soñar con la posibilidad de que perdone a mi hermano y rendirme al deseo que me consume.

—Me gusta que seas celosa. —Me muerde el lóbulo de la oreja—. Eso significa que te importo.

No voy a entrar en una discusión sobre la dinámica de pareja tan tóxica que tenemos. Nuestra relación nunca será normal. Al menos funcionamos en el plano sexual. Ya es más de lo que tienen la mayoría de los matrimonios.

—¿Alguna vez te he dicho lo mucho que me gustan tus tetas?

Me sube la camiseta del pijama y me acaricia los pechos.

—A mí no me gustan. Son muy pequeñas.

—Son perfectas. —Su boca se cierne sobre mi pezón—. Tu cuerpo es perfecto.

Me pellizca un pezón y lame el otro. Le hundo las manos en el pelo para que siga. La forma que tiene de devorarme es maravillosa. Chupa y mordisquea mis pezones hasta que ya no puedo soportarlo más y le suplico que me folle. Él se ríe contra mi piel.

—Todavía no, paciente. —Su boca desciende hasta mi cadera—. Quiero demostrarte lo mucho que te he echado de menos. No podía dejar de pensar en ti. Ha sido una tortura, Lucrezia. Estaba en una reunión, escuchando a un montón de idiotas, y me he escabullido al baño para masturbarme mientras pensaba en ti.

—Ojalá me hubieras llamado. Me habría gustado oír cómo te corrías.

—Tienes una boquita de lo más sucia.

Lo agarro de la cabeza para que baje hacia donde más me interesa. Va dejando un reguero de besos cálidos por cada centímetro de mi piel. Levanto el culo para que me quite los

pantalones y las bragas. Se me acelera la respiración cuando acerca su boca a mi coño.

—Pídemelo por favor.

—Que te jodan.

Se ríe y me da un beso en la rodilla. Me excita este juego que nos traemos. Nunca le voy a suplicar. Aunque me muera de ganas.

—Debería dejarte con las ganas. —Se aleja por un instante y me dan ganas de lloriquear—. Qué va, no puedo. Me encanta estar dentro de ti.

Separa mis piernas y me besa justo donde más lo necesito. Suelto un gemido. Levanto las caderas y busco su boca con desesperación. Lo cojo del pelo para obligarlo a que me folle y no me siento satisfecha hasta que me penetra con la lengua.

Es maravilloso.

Qué bueno es.

—Dominic —murmullo su nombre a pesar de que me prometí que jamás lo diría—. Ah, joder.

—¿Te gusta cariño? —Me da un mordisquito en el interior del mundo—. Dime cuánto te gusta.

—Me gusta muchísimo.

Frota la boca contra mi coño y jadeo. La palabra «gustar» se queda corta. Es increíble.

—Nadie te folla como yo, ¿sabes por qué?

Me pega cuando no respondo. Abro los ojos de par en par. Nunca me habían golpeado justo *ahí*. Estoy tan aturdida que no encuentro mi voz. Quiero que vuelva a hacerlo. Dominic lo repite y gimo de placer.

—¿Sabes por qué?

—No...

—Porque tu coño es mío.

Debería llevarle la contraria para ponerlo en su sitio, pero esto es demasiado bueno para pararle los pies. Me retuerzo y enredo las manos en su pelo para que vuelva a enterrar la cara. Me retuerzo de placer y, justo cuando estoy a punto de tener un orgasmo, él me abandona y tengo ganas de matarlo.

—Eres lo peor.

—Todavía no.

Me coge de la cintura para levantarme y me da la vuelta antes de que pueda protestar. Me tira del pelo para que eche la espalda hacia atrás, de modo que termino con la espalda pegada a su pecho. Pasa un brazo por mi cintura y me acaricia el clítoris.

—Agárrate al cabecero.

Hago lo que me ordena sin rechistar. Me aparta el pelo y apoya una mano en el centro de

la espalda. Se coge la polla, separa mis piernas y me penetra con fuerza. Doy un respingo al sentir cómo me llena. Nunca me acostumbraré a lo grande que es.

—¿Es demasiado para ti? —me pregunta al oído.

—Puedo con tres más como tú —le vacilo.

Mi respuesta lo pone más cachondo de lo que ya está. Sale de mi interior y me penetra con más fuerza. Me agarra del pelo y lleva la otra mano a mis pechos. Me está follando sin piedad. Me está follando como siempre he querido que lo hicieran.

—Algún día, Lucrezia... —me promete con la respiración entrecortada— vas a agotar mi paciencia.

Me agarro al cabecero para no perder el equilibrio. Gimo sin importarme que alguien nos escuche. La habitación de la niña está al fondo del pasillo y suele dormir como un tronco. Quiero gritar muy fuerte para que todos sepan lo que sucede en esta habitación. Quiero que sus hombres sepan que soy suya y él me pertenece.

—¿Y qué pasará cuando agote tu paciencia, Don?

—Dilo otra vez —gruñe—. Llámame Don.

—¿Qué pasará, Don?

—Que te follaré ese pedazo de culo que tienes para que sepas que me perteneces por completo.

Joder.

Estoy a punto de perder el equilibrio. Él me pasa un brazo por la cintura para que no me desmorone. Sus embestidas se vuelven más rápidas. Está casi a punto. Giro la cabeza para encontrar su boca y lo beso con desesperación.

—No serías el primero. —Le doy un mordisco en la boca—. Pero si hubiera sabido que ibas a ser tan bueno, te habría esperado.

Dominic me tira del pelo, gruñe de satisfacción y se corre al mismo tiempo que yo. Me desplomo hacia delante y él cae a mi lado. Ambos jadeamos. Su brazo descansa sobre mi espalda.

—Cualquier día me vas a matar —masculla—. ¿Recuerdas cuando te dije que no me importaba no haber sido el primero? Lo retiro. Quiero matarlos a todos.

Me río sin poder evitarlo. Dominic me abraza y murmura algo sobre que despierto su instinto asesino. Me acurruco contra su espalda y sonrío como una boba cuando su boca se posa en mi nuca. Me encanta que sea cariñoso conmigo. Estoy convencida de que no le ha mostrado esa faceta a otra mujer.

—¿He logrado que dejes atrás tus celos?

—Sí —respondo sin dudar.

—Bien. —Me abraza con cariño y me da otro beso en el hombro—. Buenas noches, Lucrezia.

—Espera. —Me muerdo el labio. Quizá esté a punto de columpiarme, pero necesito saberlo. No quiero que nada se interponga entre nosotros—. Hay una mujer que me hace sentir insegura.

—¿Quién? —se tensa—. ¿Camilla se ha atrevido a volver? Porque si ha sido tan estúpida de poner un pie en nuestra casa...

—No es ella —lo tranquilizo—. Pero me dijo algo que me hizo mucho daño.

—¿Qué te dijo esa idiota?

Dominic me da la vuelta para que lo mire a los ojos. Estoy colorada como un tomate. Temo que se enfurezca si la menciono. No quiero hurgar en su herida.

—Lucrezia —insiste.

—No quiero que te enfades conmigo.

—No puedo, eres mi debilidad.

Recuerdo las palabras de Camilla y vacilo. No estoy del todo segura. Mi esposo me acaricia la mejilla con ternura. Le prometí que no habría más mentiras entre nosotros. Debo hacer un esfuerzo para que nuestro matrimonio funcione.

—Me dijo que serías incapaz de enamorarte de mí porque nunca superarás la muerte de Fiorella. Y que tal vez ella no fuera rival para mí, pero que me deseaba buena suerte intentando competir con una muerta, ya que el peso de su recuerdo siempre se interpondría entre nosotros.

Dominic permanece inmóvil. Me asusta haberme pasado de la raya, pero al menos ya lo he soltado. Necesito descubrir si la sigue amando. Aunque me duela, debo saber si podré llegar hasta su corazón. De lo contrario no tiene mucho sentido que sigamos casados.

—En primer lugar —dice con tono gélido—, voy a hacer una excepción a mi regla. Si Camilla vuelve a cruzarse en mi camino, se arrepentirá de haber nacido.

—No quiero que...

—Y ahora voy a hablarte de la mujer con la que estuve a punto de casarme —continúa roto de dolor—. Si no lo hice antes es porque siento mucha vergüenza de haberme portado tan mal con ella.

Capítulo 39

Lucrezia

La tristeza infinita de sus ojos me hace arrepentirme de haberle preguntado por ella. Todavía la sigue amando, y eso me rompe el corazón. Soy una mala persona por intentar competir con una joven que tuvo un final tan trágico. Lo que pasa es que me duele en el alma ser consciente de que él jamás me habría elegido si ella estuviera viva.

No me gusta ser su segunda opción.

—Fiorella y yo nos conocíamos desde que éramos unos críos. Ella era la ahijada de mi madre. Crecimos juntos y le tenía muchísimo cariño —me explica emocionado—. Mi familia la adoraba. Para mis padres era como una hija más, y mis hermanas eran sus amigas. Era una chica muy dulce y simpática. Se hacía querer por todos.

Una lágrima traicionera resbala por mi mejilla al imaginar a la muchacha a la que mi padre le arrebató el futuro. Dominic se queda callado al darse cuenta de que estoy llorando.

—No te lo cuento para que te pongas triste ni te compares con ella —me tranquiliza, pero soy incapaz de no sentir empatía por su difunta prometida ni equipararme en vano con ella. Dominic me seca la lágrima con su pulgar. Aprieto su mano contra mi mejilla para que no me suelte—. No quiero herir tus sentimientos, Lucrezia.

Es inevitable, pienso para mis adentros. Esta historia me va a doler. No sé si seré capaz de soportar el hecho de que hubo una mujer que lo fue todo para él.

—¿Quieres que siga? —pregunta con tacto.

Asiento sin decir nada. Supongo que soy masoquista.

—Hay algo que debes saber de mí —continúa—. De pequeño admiraba a mi padre y sentía la necesidad de que se sintiera orgulloso de mí. A diferencia de otros Don, él era un hombre justo y respetado por los suyos. En el fondo siempre supe que jamás sería tan bueno como él, así que no pude resistir el impulso de conquistar a Fiorella cuando ella empezó a mirarme de otra forma. Porque sabía de sobra que mis padres veían aquella relación con buenos ojos, y por encima de todo quería ganarme su aprobación.

Se queda callado y respira hondo. Le está costando sincerarse conmigo. Apoyo mi mejilla contra su mano para que sepa que puede contarme la verdad. Sé que seguiré eligiéndolo a pesar de todo. Qué tonta soy. Tendré que compartirlo con ella. No me queda más remedio.

—Me fijé en Fiorella por los motivos equivocados —dice con un suspiro—. Era muy buena conmigo. Demasiado comprensiva y amable.

Lo miro sin entender. Hay algo que no me cuadra. Está hablando de ella como si lamentase que lo hubiera amado. No lo entiendo.

—Y yo era muy joven y egoísta para casarme por el único motivo que de verdad merece la pena. Pensé que podía tenerlo todo: a la esposa perfecta, el beneplácito de mi familia y seguir

haciendo lo que me diera la gana.

Guardo silencio. Empiezo a sospechar por donde va, pero no quiero interrumpirlo hasta que termine de sincerarse.

—No pretendo justificarme. Fiorella se merecía a alguien mejor que yo. A un tipo que la respetase y no le pusiera los cuernos con la primera chica que se le cruzara por delante. A alguien que le diese su lugar. Pero, como ya te he dicho, yo era demasiado egoísta. Lo quería todo. Por eso me prometí con ella. Porque sabía que Fiorella siempre me perdonaría mis fallos —explica abochornado—. La elegí porque estar con ella era muy fácil.

—Oh, Dominic... —Le aprieto la mano para que sepa que no lo juzgo. Solo tenía dieciocho años. ¿Quién no quiere tenerlo todo cuando es tan joven?

—Ella no tendría que haber estado aquel día con mi familia. Podría haber evitado que muriese si hubiera roto con ella. Su muerte es la que más pesa sobre mi conciencia. Por eso nunca hablo de ella. Me avergüenza haber sido tan... —cierra los ojos y busca las palabras adecuadas—, ojalá hubiera tenido el valor de romper nuestro compromiso. Le habría salvado la vida. ¿Sabes que era virgen? Se estaba reservando para el matrimonio mientras yo me acostaba con cualquier chica que me sonriese. La violaron antes de matarla. Por mi puta culpa. Podría haberlo evitado.

—No fue culpa tuya —digo horrorizada—. No podías saber lo que iba a pasar.

—Ella no habría estado en mi casa si le hubiera confesado que no estaba enamorado.

Me muerdo el labio. No puedo creer que la sinvergüenza de Camilla me haya hecho sacar un tema tan doloroso. No tenía ni idea de que Dominic se culpaba de la muerte de su difunta prometida. Ni siquiera siento alivio de saber que no la amaba.

—Siento haberte pedido que me hablastes de ella.

—Yo no. No podía seguir ocultándolo. Me he quitado un peso de encima —admite—. Y entendería perfectamente que te replanteases estar con un miserable como yo.

—Dominic. —Me pongo encima de él y le sostengo la cara para que me mire a los ojos—. Todos hemos sido un poco egoístas con dieciocho años. A esa edad damos por sentado que tenemos derecho a coger todo lo que se nos antoje sin asumir las consecuencias. Sí, deberías haber sido sincero con Fiorella. Pero ¿sabes qué? Creo que ella habría permanecido a tu lado a pesar de todo, porque el amor es el sentimiento más irracional y generoso. No necesita ser correspondido para existir.

Le doy un beso para que entienda que sigo queriendo estar a su lado. Agradezco que me haya abierto su corazón. Ahora haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo a sanar sus heridas.

—Tú y yo somos un equipo —le sonrío con franqueza—. Quién lo hubiera dicho. Una Morello y un Falsone.

Me mira maravillado y mi corazón da saltitos de emoción.

—No voy a permitir que te sigas culpando de su muerte, ¿me oyes? El único culpable ya está muerto. Ojalá se esté pudriendo en el infierno.

Dominic me aparta un mechón de la cara y deja su mano en mi mejilla.

—Tengo muchísima suerte de que decidieras matarme.

Enarco las cejas.

—Me parece que estás desvariando.

—No, qué va. Si no hubieras tenido tantas agallas, jamás te habría conocido. Me alegro de que me obligaras a casarme contigo.

—Fue una propuesta de matrimonio un pelín abusiva —bromeo.

Me tumbo encima de su pecho. Estoy agotada. Me alegro de que por fin hayamos hablado de Fiorella. Dominic me acaricia la espalda y se me escapa un suspiro.

—Lucrezia.

—Uhm...

—Para mí siempre has sido tú. Incluso cuando te odiaba. Desde que apareciste en mi vida supe que no podría amar a otra mujer que no fueras tú —me confiesa.

Sus palabras se llevan cualquier rastro de incertidumbre. Cierro los ojos y me siento de maravilla cuando me abraza. Jamás imaginé que sería capaz de enamorarme de Dominic Falsone, pero ahora tengo la impresión de que será inevitable.

Dominic se queda dormido al cabo de un rato, pero yo no puedo pegar ojo. Salgo de la cama con cuidado de no hacer ruido y abro el balcón. Me pongo una bata porque corre una brisa fresca.

¿Vamos a hablar de lo que harás si decide que no perdonará a tu hermano?

Me tapo la cara con las manos y contengo a duras penas las ganas de llorar. No quiero despertarlo. La verdad es que no tengo ni idea de lo que haré si Dominic sigue odiando a Massimo después de que le cuente toda la verdad. Tengo la esperanza de que recapacite, incluso si eso implica que no pueda volver a mirarme de la misma forma.

Él no es el único que guardaba un secreto. Lo que pasa es que el mío es más imperdonable que el suyo.

Me froto los brazos para entrar en calor. Estoy convencida de que Dominic se quedara horrorizado cuando le cuente toda la verdad. Tengo que hacerlo. No voy a vivir con una máscara durante el resto de mi vida. Estoy cansada de mentir a las personas que me importan.

Un maullido me saca de mis pensamientos. Me sobresalto al descubrir un gatito negro agazapado detrás de un macetero. Es un cachorro. No tendrá más de seis meses. Es negro como el tizón, excepto por una mancha blanca en la pata trasera derecha. Me agacho y extendiendo el brazo para que me huela. Se acerca con desconfianza a olfatearme.

—¿De dónde has salido? ¿Y tu mamá?

El gato se acurruca contra la palma de mi mano. Me da muchísima pena, pero sé lo que piensa Dominic sobre las mascotas. Antonella me ha suplicado que lo convenza de que le permita tener un animal de compañía. Por lo visto, lleva muchos años pidiéndoselo.

—¿Tienes hambre?

El gatito maúlla y me lo tomo como un sí. Lo cojo en brazos, lo escondo dentro de mi bata y me asomo al dormitorio. Dominic sigue dormido. Camino de puntillas hasta que salgo de la habitación. Luego bajo a la primera planta y voy a la cocina para buscar algo de comida. No sé qué puedo darle a un gato. Al final abro una lata de atún y lleno un cuenco de leche sin lactosa.

El gatito devora la comida en cuestión de segundos y se relame los bigotes. Luego se tumba bocarriba para que lo acaricie. No sé por qué la gente suele decir que los gatos son ariscos. Este animalillo es adorable.

—Mañana te daré de comer. Ahora tienes que irte.

Se tumba encima de mi pie y maúlla con tono lastimero.

—Lo siento, mi esposo no quiere mascotas. Tienes que entenderlo —le explico con tristeza—. Te alimentaré por las noches. Es lo único que puedo hacer por ti.

El gatito se acurruca encima de mi zapatilla. Con todo el dolor de mi corazón, lo cojo en brazos y lo saco de la casa. No puedo mirarlo al cerrar la puerta. Me siento fatal. Regreso a la cama con el corazón hecho trizas. Ojalá Dominic me permitiese adoptarlo.

—Me has dejado —protesta cuando me tumbo a su lado. Me abraza con posesividad—. No vuelvas a irte de nuestra cama, Lucrezia. No me gusta dormir solo. Contigo duermo mejor.

—He ido a hacer pis —miento, a pesar de que le dije que ya no le mentiría más. Solo es una mentirijilla. No cuenta—. No me voy a ningún lado, tonto.

—Menos mal...

Su respiración acompasada me informa de que ha vuelto a caer rendido. Pongo mi mano encima de la suya y cierro los ojos. ¿A dónde iba a ir? Este es mi hogar. El problema es que no estoy segura de que siga siéndolo cuando le cuente toda la verdad, pues tengo miedo de que sea él quien me pida que me vaya.

Capítulo 40

Dominic

—Es una niña —me informa Marco—. Ha pesado tres kilos y cien gramos. Está sana.

Nunca imaginé que una noticia semejante me agradaría. Tampoco soy tan terrible. Jamás le haría daño a un bebé. Lo que no me entra en la cabeza es que en el fondo me alegre por ellos. Supongo que lo hago porque Lucrezia se sentirá aliviada de estar al tanto, y a estas alturas, su felicidad es primordial para mí.

—Gracias, Marco.

Mi *consigliere* se acerca al minibar y coge el decantador de whisky. De repente, lo piensa mejor y levanta la botella de cristal para inspeccionar el líquido ámbar.

—Tendrías que probarlo para saber si está envenenado. Es muy lista. Nunca deja rastros.

Marco deja el decantador en la mesa y opta por encender un puro. Sonrío sin poder evitarlo. Es increíble que mi *consigliere* tenga miedo de Lucrezia. Él jamás lo admitiría, pero sé que le preocupa que ella pueda hacerme daño. No va del todo desencaminado, ya que mi esposa es la única persona con el poder de arrancarme el corazón del pecho.

—No sé qué es lo que te hace tanta gracia —me sermonea. Le da una calada al puro y pone mala cara—. Debería estar encerrada. Solo así podrías evitar que te traicione.

—No voy a hacer tal cosa —respondo molesto—. Estoy tratando de ganarme su confianza. Y te recuerdo que ya he dejado bastante claro que esta es su casa. Lucrezia puede ir donde le plazca sin que nadie la vigile. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua —contesta con sequedad—. Se infiltró en nuestra familia, te obligó a casarte con ella, intentó envenenarte, te apuñaló y utilizó a uno de tus hombres. ¿Hay algo que no podrías perdonarle?

Sopeso la respuesta durante un par de segundos.

—No —admito con una sonrisa. Sus motivos para ponerla en mi contra son en realidad muestras de la fortaleza de mi esposa. He elegido a una mujer astuta, resiliente y decidida. ¿Cómo podría querer apartarla de mi vida? Tengo muchísima suerte de haberla encontrado—. Le di razones de sobra para que intentara matarme y lo de Angelo terminó antes de que nos casáramos. No le guardo rencor por ser una Morello. Ya no. Pierdes el tiempo intentando hacerme cambiar de opinión.

—No hace falta que lo haga. Ella te abandonará, y los dos sabemos que tú has perdido la cabeza hasta tal punto que serías incapaz de obligarla a quedarse. Ahora te importa demasiado.

Aprieto los puños para contener el temblor de mis manos. Soy demasiado orgulloso para aceptar en voz alta que ha dado en el clavo. Maldito sea. Cómo me conoce.

—No deberías haber matado a Angelo si ella te importa tanto. Si lo descubre, se sentirá traicionada.

—No va a enterarse.

—Eso espero. —Me pone una mano en el hombro y me mira con afecto—. Sabes que eres como el hijo que nunca tuve. Te quiero de todo corazón, Dominic. Te equivocas al creer que Lucrezia no me gusta. La aprecio porque la has elegido, a pesar de que sea una Morello. Nada me haría más feliz que terminases la guerra con su hermano. Estoy agotado de ver como el odio te ha consumido durante los últimos ocho años.

—Pero...—adivino.

—Deberías contarle la verdad si quieres tener una oportunidad de que vuestro matrimonio funcione. Las relaciones cimentadas en mentiras están abocadas al fracaso.

Marco me deja a solas con mis pensamientos. Joder, ahora estoy rayado. Sé que hice algo terrible al traicionar la frágil confianza que mi esposa depositó en mí. Pero mi *consigliere* se equivoca. Lucrezia no tiene por qué enterarse de la muerte de Angelo.

Un par de copas de whisky después, voy a nuestra habitación con la esperanza de encontrarla allí. Ha estado todo el día jugando con Antonella mientras yo atendía varios compromisos. Ahora la quiero solo para mí. Siento una necesidad tan profunda que estoy convencido de que nunca me saciaré de ella. No entiendo por qué algunas personas son infieles. Yo me cortaré las manos antes de tocar a otra mujer. ¿Para qué iba a engañar a Lucrezia? Es preciosa y me satisface en todos los sentidos. Solo la deseo a ella.

La puerta de la terraza está abierta. La escucho hablar con alguien y camino a hurtadillas para espiar su conversación. Seguro que mi sobrina sigue acaparando su atención. Por eso me llevo una sorpresa al ver que está hablando en voz baja con un gato negro. Me cruzo de brazos y la observo con una sonrisa. No sabía que le gustaran los gatos.

—Tienes que irte antes de que él vuelva.

Frunzo el ceño. ¿Se refiere a mí? No entiendo por qué le pide al gato que se vaya por mi culpa.

—Vamos. —Lucrezia lo deja en el suelo y el gato suelta un maullido lastimero. Ella se cruza de brazos y sacude la cabeza—. Te he dado de comer. No puedo hacer más. ¡No me mires con esos ojitos! Sé que puedes bajar por el canalón. Eres pequeñito pero ágil.

El gato se encarama a sus pies para llamar su atención. Lucrezia suspira. No entiendo por qué intenta deshacerse de él. Es evidente que le ha cogido cariño.

Se agacha para acariciarlo entre las orejas y el felino ronronea agradecido.

—Lo siento, no puedes quedarte. No quiero que Dominic se enfade conmigo. —Doy un respingo. He debido de haberla oído mal. No me enfadaría si adoptase un animal callejero. Me duele que crea que le haría daño a un gato. Tengo muchos defectos, pero no soy esa clase de hombre—. Venga, gatito. Vete de una vez.

Retrocedo hasta entrar en la habitación. No quiero pillarla desprevenida. Prefiero que ella se explique. Me escuece demasiado que dé por hecho que disfruto con la violencia hacia un animal. A ver, ya sé que no soy una buena persona, pero tampoco soy un monstruo despiadado. Tengo algún que otro valor.

—¡Lucrezia! —la llamo para advertirla de mi presencia—. ¿Dónde te has metido?

—¡Un segundo! —exclama agobiada. Masculla una palabrota—. ¡Ya voy!

Salgo de nuevo a la terraza en el momento que ella esconde al gato detrás de su espalda. No culpo al minino. Es imposible separarse de Lucrezia una vez la conoces.

—¿Qué estás ocultando? —intento no sonreír.

—Nada. —Se pone colorada—. Creí que estabas ocupado.

—Siempre tengo tiempo para ti. —Me cruzo de brazos—. Lucrezia, enséñame lo que escondes.

—No.

—¿No? —Enarco una ceja—. Creí que habíamos decidido dejar de mentirnos.

—Te vas a enfadar.

—Lo dudo.

—Jura que no me vas a echar la bronca.

Suspiro exasperado. No entiendo a qué viene tanto drama. Solo es un gato.

—No puedo prometerte que no me cabrearé si no sé de qué se trata. Tampoco es que a ti te importe hacerme enfadar. No me tienes miedo, ¿o sí?

Evalúo su reacción. Me destrozaría saber que a estas alturas sigo asustándola. Tiene que entender que jamás le haría daño. De lo contrario, lo estoy haciendo fatal.

—Pues claro que no te tengo miedo. —Pone los ojos en blanco—. Es que no quiero que te burles de mí.

—No voy a hacerlo.

Lucrezia me enseña el gato. Lo abraza contra su pecho como si sintiera la necesidad de protegerlo de mí. Alargo el brazo y acaricio a la criatura. Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—No estás enfadado.

—Un poco sí. Me molesta que des por hecho que le haría daño a un animal.

—¡Nunca he pensado que le harías daño a Romeo! —exclama escandalizada—. Te lo he ocultado porque sé que no dejas que Antonella tenga una mascota. Me ha estado dando la tabarra para que te convenza de que le compres un perro, así que sabía lo que dirías cuando te enseñara a Romeo.

—Le has puesto nombre. —Se me escapa una sonrisa. Menos mal que no me veía como una amenaza para el gato—. ¿Quieres quedártelo?

—Sí...

—Vale.

—¿Vale?

—Eso he dicho. Esta es tu casa. No sé por qué no termina de entrarte en esa cabecita tan lista. Puedes tener un gato, un perro o un loro. No tienes que pedirme permiso. Podrías cambiar

la decoración, plantas palmeras en el jardín o pintar de rosa nuestra habitación y no movería un dedo para impedírtelo. Solo quiero que te sientas cómoda. —Le acaricio la mejilla con cariño—. Este es tu hogar. O, al menos, espero que algún día puedas llegar a considerarlo como tal.

—Así que ibas en serio cuando dijiste que me darías todo lo que quisiera...

—Absolutamente todo.

Aplasto mi boca contra la suya. Me encanta el sonido áspero que escapa de su garganta cada vez que nos besamos. Sé que ella no es consciente de que lo hace. El gato ronronea entre nosotros. Sostengo su rostro y la beso con más profundidad. Tiene una boca suave, cálida y perfecta.

Le brillan los ojos cuando nos separamos. Deslizo el pulgar por su mejilla. Romeo maúlla para llamar mi atención. Le acaricio la cabeza y Lucrezia me sonríe con dulzura.

—Que conste que no dejo que Antonella tenga una mascota porque es muy irresponsable. Davide le regaló un hámster por su séptimo cumpleaños. Desapareció a los tres días. Nunca supimos qué fue de él.

—Vaya. —Se muerde el labio—. No te preocupes. La enseñaré a responsabilizarse de Romeo.

—Buena suerte.

—Me hace más caso que a ti.

—Es verdad.

Para qué negar lo evidente. Lucrezia consigue que mi sobrina coma verduras sin rechistar y no proteste por ir al colegio. La reprende cada vez que le da una mala contestación a un adulto y ha logrado que pida las cosas por favor y se vaya a la cama antes de las nueve y media. Es una buena influencia para la niña.

—Romeo necesita una cama, comida, un arenero y un rascador. Hay que ir a la tienda de animales.

—Le pediré a Andrea que me acompañe.

—Yo iré contigo —decido para su sorpresa—. ¿Qué? ¿No puedo pasar tiempo con mi mujer?

—He dado por hecho que preferirías ocupar tu tiempo en cosas más importantes.

—Tú y Antonella sois lo más importante para mí.

La sonrisa que me ofrece va directa a mi corazón. Me estoy acostumbrando a hacerla feliz. El placer que siento cada vez que me sonríe no tiene precio.

—Me consientes demasiado.

Le paso un brazo por los hombros y le doy un beso en el pelo. Me encanta cómo huele.

—Me gusta consentirte. —Romeo ronronea cuando ella le acaricia—. Me ha salido un rival.

—Luego podríamos ir a tomar un helado.

—Lo que quieras.

—¿Siempre vas a dejar que me salga con la mía?

—No.

Entorna los ojos. No me cree. Hace bien.

—Dijimos que no más mentiras.

—¿Para qué iba a tener una esposa si no puedo consentirla?

—Por eso Antonella está tan malcriada —me acusa sin perder la sonrisa.

—Menos mal que has llegado para ponerla firme.

Lo que no le digo es que también ha puesto mi vida patas arriba. Solo hay una cosa que puedo negarle; la más importante para ella. Porque el odio es tan intenso y peligroso como el amor. Y, a pesar de lo mucho que la amo, no puedo renunciar a vengarme del hombre que asesinó a mi familia.

Capítulo 41

Lucrezia

—¡Quiero llamarlo Brownie de chocolate! —decide Antonella.

Dominic y yo intercambiamos una mirada de circunstancia. El pobre Romeo está aterrado. Antonella se ha puesto eufórica al saber que he adoptado al gato. Dominic ha sido muy generoso. No sé de qué me sorprende. En la tienda de animales no dejaba de insistir en que cogiese todo lo necesario para el gato. Luego fuimos a tomar un helado y enfrente había una boutique a la que me animó a entrar. Gasté más de diez mil euros en quince minutos, así que le pregunté si su tarjeta tenía un límite. Él me miró como si me hubiera vuelto loca y luego me aseguró que le sobraba dinero para comprar la tienda entera. Sí, me encanta tener un marido rico que no escatima a la hora de mimarme.

—Se llama Romeo —le dice su tío—. Es el gato de Lucrezia.

La niña se pone roja de furia.

—¡Podemos compartirlo! —coge al gato en brazos por si a alguno de nosotros se le ocurre arrebatárselo—. Romeo Brownie de Chocolate. Creo que le gusta.

—Es un nombre peculiar —intento no reírme—. Romeo Brownie de Chocolate está un poquito agobiado. ¿Por qué no lo dejas descansar?

—Quiero jugar con él.

—Es un bebé —le explico—. Necesita dormir para crecer sano y fuerte. Por hoy ya ha jugado bastante.

—Oh. —La niña hace un puchero, pero deja a Romeo en el suelo. El gato huye de la habitación. Dominic se rasca la nuca. Cree que no será capaz de manejar a su sobrina, pero olvida que se me da bien manipular a los demás. Antonella solo necesita un poco de mano dura y muchos mimos—. No tengo sueño.

—Ponte el pijama —le ordeno—. Y lávate los dientes.

—Pero...

—Si mañana quieres jugar con Romeo, haz lo que te digo sin rechistar.

Antonella pone cara de pena y le lanza una mirada lastimera a su tío. Dominic abre la boca —seguro que para decirle que puede quedarse despierta un rato más—, y le doy un codazo para que no caiga en su trampa. Tenemos que ser firmes. Ahora somos un equipo.

—Vaaale —se rinde al comprender que no se ha salido con la suya.

Antonella coge el pijama con estampado de ositos panda y va al cuarto de baño. Dominic me mira impresionado. Soy su mujer y Antonella se ha convertido en mi responsabilidad. Voy a educarla como si fuera su madre. Buena suerte a cualquiera que intente impedírmelo.

—Me das miedo.

—Eres un blando. —Le clavo un dedo en el costado—. Hace contigo lo que quiere.

—Igual que tú.

—Menudo Don de pacotilla —me burlo.

—¿Te acuerdas de cuando te esposé al cabecero de nuestra cama? —me invade una mezcla de rabia y deseo de lo más inapropiada—. Pórtate mal y atente a las consecuencias.

—A mí no me amenes, cariño. Sé dónde guardas los cuchillos.

Me agarra del cuello y me besa con fuerza. El mordisco que me da en el labio inferior me pillas desprevenida. Pasa la lengua por la zona en la que me ha mordido y se me escapa un gemido. No ha nacido un hombre que comprenda mi cuerpo mejor que él. Me entran ganas de matarlo cuando se aparta de mí y me lanza una sonrisa satisfecha porque es un jodido arrogante.

—Las mujeres violentas son mi debilidad. Olvidas que me pone que me apuñales.

—No lo he olvidado. Es otra prueba de que estoy casada con un psicópata —contesto con el corazón acelerado por culpa de su beso—. ¿Sabes lo que tampoco he olvidado?

—¿Qué? —me mira con interés.

—Que una vez te vi tener una fantasía conmigo en la que era yo la que te ataba al cabecero de la cama. Y parecías disfrutarlo un montón.

Estoy convencida de que su orgullo lo obligará a negarlo, pero esboza una sonrisilla ladina.

—Es una fantasía muy recurrente. Mi mente me juega malas pasadas cuando se trata de ti.

—¿Te gustaría que lo hiciera? —pregunto extrañada.

Estoy dispuesta a probar cualquier cosa que se le ocurra. No tengo el menor reparo. Pero dudo que él lo disfrutase. Mi esposo es un hombre poderoso y bastante autoritario. Necesita estar al mando. Le van otro tipo de cosas que sé que puedo darle.

Lo medita durante unos segundos, pero al final niega con la cabeza.

—Me parece que mi subconsciente intentaba decirme que me rindiera a lo que sentía por ti —me explica sin tapujos—. Prefiero ser yo el que te ate al cabecero, Lucrezia.

—Eres arrogante, tóxico y posesivo. A lo mejor soy yo la que está mal de la cabeza.

—¿Sabes lo que de verdad me pondría? Follarte esa boquita tan sucia y provocadora que tienes.

Me pongo de puntillas para cortar los centímetros que nos separan y le susurro al oído:

—Esta noche estoy un poco mandona. Prefiero ser yo la que se siente en tu cara y se corra en tu boca.

Dominic se atraganta con su propia saliva. Antonella sale en ese momento del cuarto de baño. Pongo una expresión angelical y él me agarra del codo.

—Tú sigue poniéndome a prueba —me dice en voz baja—. Así tendré una excusa para follar algo más que tu boca.

—¿De qué habláis? —nos pregunta la niña con recelo—. Siempre os estáis besuqueando. Los papás de mi amiga Aurora nunca se dan besos en público. Sois unos pesados.

—El papá de tu amiga no tiene una esposa tan guapa. Pienso besuquear a Lucrezia a todas horas. Si te molesta, cierra los ojos.

—¡Dominic! —lo reprendo.

Antonella resopla y él se encoge de hombros.

—Has dicho que soy un blando con ella —me recuerda.

Su sobrina le saca la lengua y viene a darme un abrazo para castigarlo. Siempre me abraza como si tuviera miedo de que la abandonara. La estrujo con fuerza. Adoro a esta renacuaja a la que le huele el pelo a fresas y con la que tengo que discutir para que se coma las acelgas.

—No me molesta que os besuquéis —me explica cuando la arropo en la cama. Dominic nos observa desde la entrada con una expresión de orgullo—. Me gusta que el tío Dominic sea bueno contigo. Y tiene razón; eres muy guapa.

—Tú sí que eres guapa, ardillita. —Le hago cosquillas y se retuerce de la risa—. Buenas noches, te quiero.

—Lucrezia. —Me agarra la mano—. Te quiero mucho. Por favor, no te vayas de casa. Te juro que me portaré bien.

Se me encoge el corazón ante su petición. No puedo prometerle que me quedará para siempre. Lo que estamos viviendo es una tregua con fecha de caducidad. No estoy segura de poder convencer a Dominic de que firme la paz con mi hermano. Si no es capaz de perdonarle la vida a Massimo, le pediré el divorcio. Y si se niega, encontraré la forma de huir.

—Por ahora me quedo. —No quiero engañarla. Estoy cansada de tantas mentiras—. Duérmete, ardillita.

—Vale, mamá.

Se da la vuelta, abraza a su osito de peluche y cierra los ojos. Salgo de la habitación con los sentimientos desbordados. Me estoy enamorando de Dominic, pero hace mucho tiempo que amo a Antonella. Si las cosas no salen como espero, me va a doler en el alma despedirme de ella.

—Me preguntó si podía llamarte mamá —dice Dominic con tono de disculpa—. No quiero que te sientas obligada. Le dije que serías su madrastra, pero ya sabes que no me hace ni caso. Hablaré con ella para explicarle que...

—No —decido en un impulso—. Si nuestro matrimonio funciona, me gustaría muchísimo ser su madre. Es decir, jamás suplantaré a Chiara. Simplemente quiero que sienta que puede contar conmigo. No me molesta que me llame mamá. Para mí es el mejor regalo. Pero deberíamos averiguar si tenemos un futuro juntos antes de que se haga ilusiones, ¿no crees? No quiero herir sus sentimientos.

—Tienes razón. —Dominic me abraza y comienzo a sentir que este podría ser mi hogar definitivo—. Eres demasiado buena para mí. Un hombre decente te pediría que buscaras a alguien mejor. Lo siento, no soy un buen hombre. Soy egoísta; te quiero solo para mí.

—Yo tampoco soy buena.

Pone cara de no dar crédito. Me entenderá cuando le cuente todos mis secretos. Estoy segura de que dejaré de parecerle tan buena, ya que lo que hice es imperdonable.

—Hay algo que debo contarte.

—¿De qué se trata? —pregunto preocupada.

—No es una mala noticia —me tranquiliza—. Tu sobrina nació esta mañana. Ha pesado tres kilos y cien gramos. Está sana.

Los ojos se me llenan de lágrimas. La hija de Massimo y Sofía ha llegado al mundo. Me duele haberme perdido su nacimiento. Al menos sé que todo ha salido bien.

—¿Cómo...? —Un creciente horror me revuelve el estómago—. Me prometiste que por el momento ibas a dejar en paz a mi hermano. Si te has acercado a él, te juro que...

—Tengo mis contactos. No he faltado a mi palabra. Pensé que querrías estar al tanto de su nacimiento y le pedí a alguien que me mantuviera informado. Eso es todo, Lucrezia. Puedes confiar en mí.

—Vale —respiro más calmada—. Siento haberte juzgado mal.

—No pasa nada —contesta un poco tenso—. Y ahora vamos a la cama.

—¿Para que folles mi boquita sucia y provocadora?

Sus ojos se encienden.

—Solo si te corres en mi cara.

Esta noche va a ser maravillosa.

Capítulo 42

Dominic

Me encanta ducharme con Dominic. Siempre me quita la ropa con devoción y acaricia cada centímetro de mi cuerpo como si fuese la primera vez que me ve desnuda. Es maravilloso que mi esposo sienta tal obsesión por mí. Creo que nunca me acostumbraré a la forma que tiene de mirarme. A través de sus ojos siento que soy la mujer más hermosa del mundo.

Ya sé que nuestra relación no es perfecta. Es posesivo y muy protector. Celoso hasta la médula. Un hombre tóxico en potencia. No fue de farol cuando me dijo que despertaba su instinto asesino y quería matar a todos los hombres con los que me he acostado. Estoy segura de que los exterminaría uno a uno si le dijese sus nombres. Su actitud debería ser una *red flag*, pero el único miedo que tengo es que lo nuestro pueda tener un final. Porque nadie me entiende mejor que Dominic. Somos las últimas dos piezas de un puzle muy complicado.

No necesito que sea perfecto. No quiero que sea dulce, amable y respetuoso, aunque me ha demostrado que también lo es. Me estoy enamorando de sus partes grises y oscuras. No soy la clase de chica inocente que necesita un buen hombre. Puedo lidiar con Dominic y estoy convencida de que él jamás me hará daño.

Termina de enjabonarme la espalda y se ocupa de mis tetas. Me muerdo el labio para contener un gemido. Lo hace muy bien. El caso es que no me apetece agrandarle más el ego. Tampoco hace falta gritarle que nadie comprende mi cuerpo mejor que él.

Dominic enrolla mi pelo en su puño y tira de mi cabeza hacia atrás. Su boca se desliza por la curva de mi cuello y me da un mordisquito en el hombro.

—No me ocultes tu placer —ordena—. Eres jodidamente preciosa y adoro los ruiditos que haces. Me encanta cómo gimes.

—No quiero que seas un creído. Mi obligación conyugal es mantener tus pies en la tierra.

—Tarde. —Me da la vuelta y me acaricia los pezones con la boca. Los tengo duros y doloridos por culpa de sus caricias—. Ya sé que soy el único que consigue humedecerte con una sola mirada.

—Estás muy subidito...

—Porque toco el cielo cada vez que te follo, cariño.

Su boca se cierne sobre mi pezón y succiona.

Oh.

Joder, qué bien se le da.

Es un egocéntrico de mucho cuidado y no se lo reprocho en absoluto.

—No me extraña que esa pelirroja tan odiosa quisiera recuperarte... —farfullo.

Dominic levanta la cabeza para fulminarme con sus ojazos azules. Está enfadado. Pone

una mano en mi rostro, otra en mi cadera y me empuja contra la pared de azulejos. Su cuerpo firme se aprieta contra el mío. El agua resbala entre nosotros.

—No vuelvas a mencionar a otra mujer mientras te doy placer —me recrimina indignado—. En esta ducha, en nuestra cama, en cualquier lugar que decida follarte, solo estamos nosotros. El puto mundo deja de existir cuando te toco, Lucrezia.

—¿Y después? —lo provoco.

—Después, cariño, sabes que sigo pensando en volver a estar dentro de ti. A todas horas. Estoy un poquito obsesionado contigo.

—Me consta.

Se me escapa la risa cuando hunde la cara en mis pechos. Los devora como si fuera lo más delicioso que ha probado en su vida. Cierro los ojos y no contengo los gemidos. Ya no. Es su regalo por ser tan bueno.

—Qué tetas más bonitas.

—Solo lo dices porque te dije que las tenía muy pequeñas.

—Hoy quieres llevarme la contraria, eh. —Me da un azote en el culo que me pilla desprevenida, por lo que doy un pequeño salto. Él me sostiene por las caderas para que no resbale—. Debo castigarte. No me gusta que seas una esposa tan desconfiada.

—¿Vas a follar mi boquita sucia y provocadora? —pregunto emocionada al recordar lo que me dijo hace un rato.

—Vas a sentarte en mi cara y te voy a comer ese coño tan prieto y cálido que tienes. Para que entiendas de una vez lo mucho que me gustas y no te atrevas a dudar de mí.

—Menudo castigo más... raro.

Dominic esboza una sonrisa peligrosa. Luego me saca de la ducha cogiéndome en brazos y ni siquiera se molesta en secarnos. Estoy muy mojada cuando me deja en la cama. Me mira como si no pudiese creer la suerte que tiene. Se me acelera el corazón y me arde la piel. Ya no tengo frío.

Mi esposo se tumba bocarriba y me observa impaciente.

—Siéntate en mi cara.

Trago saliva. Siempre he querido hacer algo así, pero nunca me he atrevido a probarlo. Me daba vergüenza que me juzgasen por ser una zorra avariciosa. Menos mal que Dominic está dispuesto a cumplir todas mis fantasías.

—Te voy a asfixiar —rio con nerviosismo.

Dominic se inclina hacia delante y me sostiene la barbilla.

—Que no te quepa la menor duda de que puedo comerte el coño y seguir teniendo el control de la situación. Yo soy el que está al mando, cariño —me advierte con tono grave—. Y ahora siéntate en mi cara para que pueda saborearte.

—Eres un puto controlador.

—Sí. —Sus ojos echan chispas—. Y a ti te encanta.

Me agarra de las caderas para que me siente a horcajadas. No siento una pizca de vergüenza al deslizarme hacia arriba. Levanto el culo y me agarro al cabecero de la cama. Es una posición muy íntima, ver su rostro entre mis piernas desde aquí arriba. Respiro de manera entrecortada. Ni siquiera me ha tocado y ya estoy muy excitada.

—Eres una reina.

Sus brazos se ciernen alrededor de mi cintura, obligándome a bajar hasta su boca. Veo las estrellas cuando apoya sus labios contra mi coño. Me aferro al cabecero y gimo muy fuerte. Madre mía. ¿Por qué no hemos probado esto antes?

—Muévete —me ordena. Me da otro azote—. Fóllame la boca.

Hago lo que me dice sin rechistar, lo que resulta glorioso. Me muevo hacia delante y atrás. Me refriego enloquecida contra su cara y él me lame con avidez y destreza. Es tan bueno que tengo ganas de llorar.

—Tienes un coño perfecto —me alaba—. Eres magnífica.

Tengo que agarrarme con fuerza al cabecero para no desplomarme en su cara. Su lengua se entierra en mi interior. Rápida, experta y confiada. Qué generoso es. Tan bueno que no quiero a nadie más.

—Ah, Dominic. —Echo la cabeza hacia atrás, a punto de rendirme al orgasmo—. Un poquito más rápido. Ya casi estoy...

Puede que él esté al mando, pero me da lo que le pido porque le encanta tenerme satisfecha. Eso le otorga un poder sobre mí que ningún otro hombre ha tenido antes.

Dejo caer un brazo y lo entierro en su pelo. Agacho la cabeza para mirarlo. Claro está, no puedo verle la cara. Lo tengo encerrado entre mis piernas. Ese pensamiento de pertenencia es todo lo que necesito para correrme. Me desmorono contra el cabecero y grito extasiada.

Dominic tiene las manos clavadas en mi trasero. No puedo dejar de temblar. Necesito algunos segundos para recuperarme de semejante placer devastador. Me gusta que no me pida que me aparte hasta que estoy preparada para levantarme. Entonces me tumbo a su lado, saciada y satisfecha.

—Ha sido... brutal —admito riendo.

Ya no me importa agrandarle el ego. Se lo merece. Se ha portado como un campeón.

—Ponte de rodillas.

Enarco las cejas. No puede hablar en serio. Estoy derrotada. Me duele todo el cuerpo después de semejante orgasmo. Dudo que pueda tener otro. Va a acabar conmigo.

—Te dije que algún día me follaría ese pedazo de culo.

Me invade una mezcla de pánico y deseo. Pues claro que quiero que lo haga, pero también tengo dudas. Él nota que algo no va bien y me observa sin pestañear. Puede ser mandón y posesivo, pero jamás me obligaría a hacer algo con lo que no me siento del todo cómoda.

—¿Cuál es el problema? —pregunta con tacto—. Necesito saberlo para buscar una

solución.

Mi poderoso Don, siempre tan pragmático.

—Solo lo hice una vez y no me... —Pongo cara de circunstancia. Es un poquito humillante hablar de algo así con él—... fue un desastre. No me gustó.

Mi esposo se tensa. Se tumba de lado, apoyándose en el codo. Sus ojos están echando fuego. No sé qué mosca le ha picado. Entiendo que le cabree que tenga un pasado sexual. A mí también me enfurece pensar en todas las mujeres que hubo antes que yo. Sin embargo, no puedo hacer nada. Me conformo con ser la última. *La única*. Eso es lo que importa.

—Dime su nombre.

—¿Qué?

—El nombre del idiota que te hizo daño —exige furioso—. Voy a matarlo.

—Ah. —Me relajo al comprender por dónde va—. Fue consentido. No me forzó a hacer algo que no quisiera. Pero fue raro e incómodo. No lo disfruté y tuvimos que parar. Desde entonces le he cogido un poco de miedo.

Dominic masculla una palabrota y se pasa la mano por el pelo. No sé si está más cabreado porque otro llegase antes que él, o porque me haya quedado con un mal recuerdo.

—Puedo matarlo —insiste.

—Gracias, pero no hace falta —intento no sonreír. Es adorable cuando se pone en plan mafioso protector y vengativo—. No quiero que mates a nadie por mí.

—Si cambias de opinión...

—Cariño, fue consentido y un desastre. Esas cosas pasan a menudo.

—Conmigo no —determina, y contengo el impulso de poner los ojos en blanco—. Yo siempre te haré disfrutar.

Qué creído es. A ver, tiene razones para mostrar tal seguridad. He de reconocer que conoce todos mis puntos débiles. Jamás un hombre me había hecho disfrutar tanto. Somos sexualmente compatibles. Es mi alma gemela.

—Te gustará —me promete con calma—. No soy ese inútil. Pero si no te sientes cómoda, no tenemos que hacerlo. Hay mil cosas que tengo planeadas para ti.

Me envalentono. Quiero probar cosas nuevas con él. Sé que Dominic se detendrá si se lo pido. Y ahora me pica la curiosidad.

—Vale.

Esboza una sonrisa, incapaz de disimular su satisfacción.

—¿Segura?

—No lo sé —admito—. Ya lo iremos viendo sobre la marcha.

Echo un vistazo a su grueso miembro erecto. Sería más fácil si no la tuviese tan grande. Es la primera vez que me asusta que esté tan bien dotado. ¿Y si no me cabe? Trago saliva. Ojalá la tuviera más pequeña. Así no dudaría tanto.

—Ni siquiera te he tocado y ya la tienes dura —protesto.

—Me pasa cada vez que pienso en estar dentro de ti.

Me pilla desprevenida al moverse con rapidez. Me agarra de las caderas, me da la vuelta como si fuera una muñeca y me tumba bocabajo. Su boca se pierde por mi espalda. Intercala besos húmedos y cálidos. Levanto el trasero para facilitarle el acceso. Introduce un dedo en mi culo y gimo a modo de protesta porque no me lo esperaba. Soy demasiado estrecha. Esto no va a funcionar. Aunque... *vaya*, me relajo al sentir su mano acariciándome el coño. Me está dilatando mientras me da placer y es... *guau*.

Así sí.

Dios, sí.

Vale, quizá haya una posibilidad de que lo consiga. Si sigue tocándome de esa forma, logrará que el placer enmascare al dolor. No tardo en estar húmeda y preparada de nuevo. Dominic lo nota y, sin dejar de masturbarme, frota su polla contra mi culo. Está jugando conmigo. Lo ha hecho con tanta naturalidad y destreza que ahora deseo que me penetre de una vez.

—De rodillas, cariño.

Hago lo que me pide sin rechistar. Se las apaña para seguir acariciándome mientras introduce la cabeza de su polla en la entrada de mi culo. Me pongo rígida y cierro los ojos. Una mezcla de dolor y deseo me obliga a contraer los músculos. Él me da un beso en la espalda.

—Relájate, Lucrezia —me tranquiliza—. No entrará si estás asustada.

—Es muy grande —lloriqueo.

—Puedes con ella —me anima—. Iré despacio.

Permanece muy quieto dentro de mí, pero su pulgar traza círculos sobre mi clítoris. No sé cuánto tiempo pasa hasta que muevo las caderas en busca de más. A él se le escapa un gruñido de satisfacción. Se está conteniendo para no ir a más. Debo de estar matándolo al obligarlo a ir tan lento.

—¿Quieres más?

—Sí.

—Tienes un culo perfecto. —Me da otro azote y se hunde un poco más—. Podría morir dentro de ti. Joder, qué estrecha eres. Qué puta maravilla.

Sus palabras consiguen romper la barrera que nos separa. Arqueo la espalda para buscarlo y soy yo la que se pega más a su gruesa polla. A él se le escapa una palabrota.

—Sé buena conmigo si no quieres que me pase de la raya. Porque me estás torturando. Voy a perder el control, y te juro que quiero ser bueno. Pero si no dejas de moverte así...

—Fóllame sin miedo.

—Dios, menos mal.

Dominic empuja con fuerza, lo que me hace gritar. Se queda quieto y me pregunta si va

todo bien. Tengo los ojos llenos de lágrimas porque ha sido muy intenso. Y, sin embargo, quiero más. Necesito más. Me voy acostumbrando a él y asiento con la respiración entrecortada. Él retrocede muy despacio, se agarra a mis caderas y vuelve a penetrarme.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —murmura con voz ronca—. Me destruirás si te largas, ¿lo sabes? Joder, cariño. Tu culo es una pasada.

Acompaño sus movimientos porque no pienso quedarme al margen de algo tan maravilloso. Me encanta cómo me folla. Es increíble.

—Sabía que no me harías daño —digo jadeando.

—Jamás —gruñe mientras se entierra hasta el fondo—. Me habrías partido el corazón si no me hubieras dejado tenerte por completo. Quiero que seas mía en todos los sentidos. Quiero saber que soy el único, cariño.

—Lo eres...

Me tira del pelo y se introduce con más fuerza. Ambos gemimos por el intenso placer que nos desborda.

—Estás hecha para mí. Eres tan perfecta. —Sus embestidas se aceleran. Está casi a punto. Deslizo una mano hacia mi coño para darme placer a mí misma—. Qué buena eres. Joder, cariño. Quiero besarte mientras me corro dentro de tu culo.

Se inclina para buscar mis labios y echo la cabeza hacia atrás. Nuestras bocas chocan con desesperación. Gimo contra sus labios al correrme, y pocos segundos después siento cómo me llena. Pierdo el equilibrio, devastada por semejante placer, y mi marido consigue sostenerme antes de que me desplome en el colchón. Me abraza con ternura. El corazón me va a explotar.

—Ha sido impresionante. —Me acuna contra su pecho y me da un beso en la mejilla—. Dime que te ha gustado tanto como a mí.

—Dios, sabes que sí.

Deberíamos limpiarnos, pero la verdad es que tampoco me importa oler a él. Experimento una sensación de pertenencia que es maravillosa.

—Abrázame hasta que me quede dormida.

—No tienes que pedírmelo. Sabes que duermo mejor a tu lado. Despertar abrazado a ti es un privilegio.

Apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos.

—Tenías razón —le confieso emocionada—. Nuestra casa. Mi hogar.

Hincha el pecho y me abraza con más fuerza. Ninguno de los dos saca el tema que tanto nos preocupa. Esta noche no. Hoy quiero soñar que tenemos un futuro juntos. Mañana me preocuparé por el secreto que cabe la posibilidad de que nos separe.

Capítulo 43

Dominic

A Lucrezia le apetecía dar un paseo por la playa. Caminar cogido de la mano de mi mujer es una sensación tan rara como placentera. He empezado a ganarme su confianza. Que no la merezca es otra cosa.

Han transcurrido dos semanas desde que adoptó a Romeo Brownie de Chocolate. Antonella nos obliga a llamarlo por su nombre completo y yo pongo cara de que no me parece espantoso. Hemos convivido en una calma tan placentera como inestable. No me engaño, sé que tendrá un final. Por eso he exprimido al máximo cada segundo que pasamos juntos. Marco tenía razón: seré incapaz de obligarla a quedarse a mi lado. Nuestro matrimonio no merece la pena si ella es una prisionera en lugar de una mujer libre.

Lucrezia se detiene para quitarse los zapatos y camina descalza por la orilla de la playa. Le cuento qué tal me ha ido el día; omitiendo los detalles escabrosos porque dudo que le interese saber que hoy le amputé tres dedos de una mano a un idiota que creyó que era buena idea robarme cuatro millones. Se le da bien fingir que me está prestando atención, pero yo soy más bueno al calarla.

—Puedo escuchar cómo giran los engranajes de tu cabeza.

—Estaba pensando que nunca imaginé que me gustaría estar casada contigo. Si alguien me hubiera dicho que matarte se convertiría en un problema, le habría gritado que estaba loco. Que para mí siempre serías un enemigo.

Me gusta que sea capaz de hablar conmigo sin tapujos.

—¿Has sentido la tentación de asesinarme durante las últimas semanas?

—No —responde sin vacilar—. Me preocupa haberte cogido demasiado cariño.

Me río porque ambos sabemos que lo que siente por mí no es solo cariño. Lo veo en el brillo emocionado de sus ojos. No sé si algún día podrá llegar a corresponder mis sentimientos, pero tengo clarísimo que es algo más que una atracción.

—Quieres hablar de Massimo —adivino. Lo ha estado posponiendo y no me apetece que su hermano nos corte el rollo.

—Necesito contarte muchas cosas y no sé por dónde empezar.

—Por el principio —sugiero.

—No volverás a mirarme igual.

Quiero gritarle que no puede contarme nada que me haga cambiar de opinión. Mis sentimientos no son tan volátiles. Me casé con ella sabiendo que sería para toda la vida y ni siquiera sentía la mitad de lo que siento ahora. Así son las cosas.

—Venga, Lucrezia. No eres una cobarde.

—No se lo he contado a nadie —titubea—. Hice algo imperdonable.

—Nada de lo que hayas hecho me resultará imperdonable —le aseguro—. ¿Mataste a tu mejor amiga y la enterraste en el bosque? Me da igual. Si descubren el cadáver, conseguiré que otra persona vaya a la cárcel por ti. ¿Atropellaste a una ancianita y te diste a la fuga? No me importa, te seguiré queriendo. He cometido crímenes peores y tú estás a mi lado. Siempre te protegeré, pase lo que pase.

Me mira impresionada y me entran ganas de reír. No sé de qué se sorprende. Hace un tiempo me confesó que Michele Bagarella no era el primer hombre al que había matado. En aquel momento no me asusté. Me da igual que esa persona no se lo mereciera. Ella es mi mujer. Mi obligación es defenderla a cualquier precio. Y si resulta que ambos somos malas personas, nos reuniremos en el infierno y haré un trato con el diablo para salvar su alma a cambio de la mía.

—¿Sabes por qué me gusta tanto que Antonella me vea como una madre? —pregunta con una tristeza infinita—. Porque yo nunca sentí que tuviera una. Me crie sin su cariño y no quiero que Antonella sufra lo mismo. Tuve unos padres de mierda. Él era peor que el demonio y ella nunca fue capaz de quererme.

Guardo silencio. No sé qué decir. Tuve la suerte de contar con dos padres maravillosos.

—Massimo fue lo más parecido que tuve a un padre. Él se encargó de protegerme cuando las cosas se ponían feas en casa. Y créeme, tu familia no fue la única que sufrió la ira de mi padre. Él podía ser cruel de muchas formas.

Me pongo enfermo al imaginar el daño que pudo causarle. No sé por qué he dado por hecho que ella pudo escapar de su crueldad. Todo este tiempo tuve la esperanza de que él no le hubiera puesto las manos encima.

—No me pegaba —me lee la mente—. No le hizo falta. Solía desquitarse con mi hermano cuando era un niño. Una vez le dio una paliza tan grande que Massimo estuvo tres semanas sin poder caminar. Él jamás admitirá que le tenía pavor a mi padre. Es demasiado orgulloso, supongo que todos los Don sois iguales. Prefiere fingir que el pasado no le afecta.

—Si quieres que me compadezca de él...

—No he terminado —me interrumpe con aspereza—. Solo es el principio de la historia de mi familia desestructurada. El matrimonio de mis padres fue acordado. Mi padre se encaprichó de mi madre y mi abuelo la obligó a casarse con él. Ella soñaba con ser actriz y él quería una esposa bella a la que llevar a un montón de fiestas. Fue muy desgraciada. Creyó que él la dejaría en paz cuando le diera un hijo, pero mi padre siguió abusando de ella después del nacimiento de Massimo.

» Mi madre intentó suicidarse en un par de ocasiones, así que él la sometió a una férrea vigilancia. Al cabo de los años volvió a quedarse embarazada de mí. No sé a qué edad me di cuenta de que no había nacido en una familia normal. A mi padre le tenía pavor. Le gustaba intimidarme sin ponerme una mano encima. Algunas noches llegaba borracho a casa, entraba en mi habitación y me decía que no me mataba porque creía que le sería muy útil en el futuro. Que planeaba casarme con un socio de la Bratva que me violaría, o con un líder de la Yakuza que se había encaprichado de mí y que me partiría en dos con su katana. No dejaba de atormentarme

hasta que conseguía hacerme llorar. Luego me decía que se avergonzaba de que fuera tan débil y me advertía que mataría a mi madre si le contaba la verdad a Massimo. Mi hermano, por supuesto, sospechaba que sucedía algo e intentaba sonsacarme, pero estaba demasiado aterrada para confesarle lo que sucedía. Solo era una cría. Tenía ocho años la primera vez que él entró en mi habitación.

Cierro los ojos con impotencia. La misma edad que mi sobrina. Ojalá ese cabrón no estuviera muerto. Me encantaría resucitarlo para luego matarlo muy despacio.

—Cuando se marchaba, iba a buscar a mi madre para que ella me consolase, pero su puerta siempre estaba cerrada. Estuvo ausente durante mi infancia. Al principio era demasiado pequeña para entender lo que sucedía y le preguntaba a Marcella, mi nana, por qué mi madre estaba tan triste. Con el paso del tiempo comprendí que no puedes forzar a una madre sin instinto a querer a sus hijos. La pobre estaba viviendo su propio infierno, así que supongo que no puedo culparla. No me duele menos, pero Massimo y yo éramos los hijos de aquel monstruo. La prueba viviente de que él la tenía secuestrada.

» Sus constantes desplantes, sus miradas repletas de desprecio... Cada rechazo me obligaba a preguntarme si había algo mal en mí. No lograba entender por qué mi madre no me quería. Así que un día me armé de valor y se lo pregunté. Ella me miró a la cara, se echó a reír y me gritó que me odiaba casi tanto como a mi padre porque era igualita que él.

—Maldita fuera —mascullo horrorizado—. No tenía derecho a decirte algo así. Solo eras otra víctima.

—Massimo y yo éramos el recuerdo de lo que él le había hecho —dice con amargura—. Físicamente me parezco mucho a mi padre. Tengo sus mismos ojos. Me miraba y lo veía a él.

—No te pareces en nada a él, ¿me oyes? —le aseguro con vehemencia—. Siento en el alma haberte dicho que eras como él.

—Necesitas escuchar la historia al completo para tomar una decisión.

—No hay nada que puedas contarme que me haga creer que te pareces en algo a ese hijo de puta.

—Mi padre envió a Massimo a estudiar fuera cuando cumplió los dieciséis, así que mi hermano, mi mayor apoyo, no pudo defenderme de su crueldad. Intentó recabar los máximos aliados posibles para derrotar a mi padre mientras estaba en el extranjero, pero sabes de sobra que mi padre era un hombre muy poderoso. Contaba con muchos socios. Nadie le iba a hacer caso a un chaval.

Sé cómo funciona nuestro mundo. Tiene razón. El caso es que Massimo tenía veintiséis años cuando su padre asesinó a mi familia. Si yo hubiera estado en su lugar, me las habría apañado para derrocar a mi padre desde las sombras en lugar de mirar para otro lado mientras él masacraba a las familias de la competencia.

—Massimo fue sumando aliados a lo largo de los años. Se hizo respetar y fue menoscabando la autoridad de mi padre. Tuvo que hacerlo con cuidado de no despertar sus sospechas, ya que sabía que un paso en falso implicaría que mi padre me castigara en su lugar —me explica con serenidad, pese a las lágrimas que surcan sus mejillas—. Estaba a punto de

derrocarlo. Iba a dar un golpe de estado magistral. Lo tenía todo muy bien planeado. Pero no contaba con que mi madre decidiera escapar en el momento más inoportuno. Se cargó sus planes el día que conoció a tu padre, se enamoraron y huyó con él. Te juro que no sé en qué estaba pensando. Ella sabía que mi padre haría lo imperdonable para recuperarla. Se volvió loco. Jamás lo había visto tan fuera de sí, y te aseguro que perdió los papeles en muchas ocasiones.

» Creo que sospechaba que mi hermano planeaba algo en su contra, así que antes de ir a buscar a mi madre me envió con su mayor aliado. ¿Te suena de algo el nombre de Tomasso Vannucci?

Tengo ganas de vomitar. Hay muy pocas cosas que me revuelvan el estómago. Por supuesto que sé quién era. Una escoria a la altura de su socio. Un proxeneta al que le encantaban las menores de edad. No me entra en la cabeza que su propio padre la entregase a aquel monstruo.

—¿Te tocó? —pregunto horrorizado.

Lucrezia sacude la cabeza y el alivio me invade.

—Mi padre sabía que Massimo intentaría impedir que asesinara a tu familia, así que lo puso en una encrucijada. Le dijo que iba a casarme con Tomasso. Por aquel entonces yo solo tenía catorce años. Lo obligó a elegir: salvar a tu familia o protegerme. Massimo no lo dudó y fue a buscarme. Estaba desesperado por salvarme y me encontró antes de que me reuniera con aquel animal. Creyó que él y sus hombres podrían llegar a tiempo para salvar a tu familia, pero ya era demasiado tarde. Lo siento, Dominic.

—Mientes —susurro conmovido.

Lucrezia me empuja con tanta fuerza que casi consigue tirarme de espaldas. Sus ojos echan fuego.

—¡No te atrevas a pensar que me inventaría algo así! —grita furiosa—. ¿No era la historia que esperabas oír? Supongo que habrías preferido que aquel desgraciado me violara repetidas veces a cambio de salvar a su familia.

—¿Cómo puedes pensar algo así? —replico dolido—. Se me revuelven las tripas solo de pensar que estuviste a punto de caer en manos de Tomasso Vannucci.

—Pues yo vivo con la carga de saber que mi hermano me eligió en lugar de salvar a nuestra madre y cinco personas inocentes. ¿Sabes por qué no lo dudó? Porque para él, su familia siempre fue lo primero. Al igual que para ti, Dominic. Por eso no sois tan distintos.

—Si se trata de alguna artimaña para que lo compadezca...

Lucrezia me abofetea con saña y me lanza tal mirada asesina que no protesto. Me ha pegado muy fuerte, pero ahora sé que me lo merezco. No ha mentido. Esto lo cambia todo.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—No me habrías creído. Al principio no te fiabas de mí y tampoco me diste motivos para pensar que eras un hombre con el que se podía razonar. Odiabas tanto a Massimo que habrías dado por hecho que me inventaría cualquier cosa con tal de defenderlo.

Tiene razón. No la habría escuchado. La rabia y el ansia de venganza me cegaban por

completo. No hubiese creído nada de lo que saliera de su boca.

—¿Me crees ahora? —pregunta agobiada—. Te he metido en muchas ocasiones desde que entré en tu vida, pero jamás me inventaría algo así. Mírame a los ojos y dime que confías en mí, Dominic.

Hago lo que me pide. Me pierdo en sus ojos verdes y veo tristeza y miedo. La asusta que dude de ella.

—Confío en ti.

—Vale. —Toma una profunda bocanada de aire—. De lo contrario, te habría pegado.

—No hiciste nada imperdonable, Lucrezia. Tu padre te vendió a esa sabandija. No te culpes de lo que le sucedió a mi familia. —Hago una pausa y pronuncio unas palabras que hace unos minutos consideraba impensables—. Tu hermano tomó la decisión más lógica. Yo también habría salvado a mi familia.

—Te he dicho que no tomes una decisión hasta que escuches toda la historia. Y, por desgracia, todavía no ha terminado.

La miro extrañado. No sé qué más puede haber. Tuvo dos padres de mierda. Uno la maltrataba psicológicamente y la otra no era capaz de quererla y la comparaba con un monstruo. Ya ha sufrido suficiente. No me extraña que haya aprendido a sobrevivir a base de mentiras. Tuvo que hacerlo para escapar de aquella pesadilla. Es una mujer muy fuerte.

—Mi padre falleció tres meses después de asesinar a tu familia.

—Lo sé —digo con amargura—. El karma no siempre es justo.

—Él sabía que Massimo no desaprovecharía la oportunidad de hacerle pagar por sus crímenes, así que se encerró en su fortaleza. Estaba protegido por un centenar de hombres. Nunca se quedaba a solas. Se volvió muy precavido.

—Maldito cobarde...

—Lo era —asiente—. Pero yo fui más lista. Al fin y al cabo, me educó el peor de los monstruos.

La verdad se va abriendo paso poco a poco. Al principio la observo aturdido, hasta que se quita del todo la máscara y levanta la cabeza para que la vea tal y como es.

—Me colé en la cocina y envenené su comida sin que nadie lo supiera. ¿Quién iba a sospechar de mí? Era dulce, amable y obediente. Todos, incluido mi hermano, pensaban que era débil. Ninguno de ellos habría imaginado que sería capaz de hacer algo así.

—Lucrezia...

—Le suministré dosis muy bajas para que enfermase poco a poco. Aquella noche sufrió un mareo y se fue pronto a la cama. Había dos guardias delante de su puerta que me dejaron entrar cuando les dije que solo quería darle las buenas noches a mi padre. No pusieron en duda mi palabra. ¿Por qué iban a hacerlo? —habla con tono ausente—. Estaba muy débil. Parecía la sombra del criminal que me había aterrorizado durante tantos años. Al mirarme lo comprendió de golpe. Fue la única vez que lo vi asustado. Le expliqué que lo había envenado y que estaba allí para matarlo. Le dije que no solo lo hacía por mí, sino también por Massimo, mi madre, tu

familia y todas las personas inocentes a las que había hecho daño. Me suplicó que le perdonase la vida. ¿Te lo puedes creer? Aquel monstruo me rogó que no lo matase. Pero no sentí nada. Lo asfixié con una almohada porque sabía que no dejaría marcas. Y luego me marché como si tal cosa. A la mañana siguiente, el médico concluyó que había fallecido por causas naturales. Nadie sospechó de mí.

—Joder, Lucrezia —digo impactado.

—Maté a mi propio padre. Nunca he sentido remordimientos. Jamás me he arrepentido. Sé que hice lo correcto —argumenta convencida—. Pero me vi obligada a seguir siendo una impostora para que nadie dudara de mí. Una joven tímida, amable y servicial que jamás ha roto un plato. Massimo, mi cuñada, mi dulce nana; ninguno de ellos me conoce en realidad. Porque mi mayor temor ha sido que mi hermano descubriese la verdad y no pudiera quererme. Al fin y al cabo, ¿quién sería capaz de amar a alguien como yo?

Capítulo 44

Lucrezia

—Yo —responde Dominic.

—¿Qué?

—Yo soy capaz de amarte. De hecho, es lo más fácil que he hecho en mi vida.

—Dominic... —murmuro emocionada.

Había dado por hecho que estaría horrorizado después de que le contase la verdad. Por eso no me entra en la cabeza que me siga mirando como antes. ¿Acaso no ha oído nada de lo que le he dicho? O quizá no quiere herir mis sentimientos. Es imposible que me quiera tras haberle confesado mi mayor pecado.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que la mitad de mi corazón era tuyo y que la otra estaba esperando a que decidieras quedarte a mi lado? —Su expresión se torna vulnerable—. Bueno, te mentí. Hace mucho tiempo que las dos mitades te pertenecen.

Algo bello y poderoso nace en mi interior. Una sensación cálida que me arropa por completo. Porque Dominic me ve de verdad y no ha salido huyendo. No necesito ser otra versión. No soy perfecta. Ni siquiera estoy segura de ser una buena persona o merecer su amor. Y es... joder, es maravilloso.

—No hay nada que pueda cambiar lo que siento por ti, Lucrezia. Espero que sepas que mis sentimientos seguirán siendo los mismos, incluso si decides dejarme. Porque para mí siempre vas a ser tú. —Me coge la mano derecha y esboza una sonrisa tímida—. Me destrozarás si te marchas. No sé si algún día podré aprender a vivir sin ti, ya que todo es mejor contigo. Pero, cariño, quiero que seas libre y decidas quedarte a mi lado.

Trago saliva.

Dominic no me obliga a estar con él, sino que me ofrece la posibilidad de marcharme. No hay mayor prueba de amor. Prefiere renunciar a mí si eso conlleva mi felicidad.

—¿Me darías el divorcio si te lo pido?

Me aprieta la mano sin hacerme daño.

—Sí.

—¿Y qué hay de mi hermano? ¿Sigues queriendo vengarte de él? —me temo.

—No quiero que te sientas atada a mí para proteger a Massimo —pronuncia su nombre sin resentimiento—. Ya no puedo odiarlo. Si hubiera estado en su lugar, habría tomado la misma decisión. De todos modos, tampoco podría haberle hecho daño a sabiendas de que al hacerlo te partiría el corazón.

—¿Habrías renunciado a tu venganza por mí? —pregunto perpleja.

Me acaricia el dorso de la mano y asiente sin vacilar.

—La venganza no tenía demasiado sentido si me arrebatava a la mujer de la que me he enamorado.

—Siento haberte quitado la posibilidad de vengarte de mi padre. Entiendo que no puedas perdonarme...

—¿Me tomas el pelo? —me interrumpe—. Todos estos años he lamentado que ese cerdo tuviese una muerte tan dulce. Me enfurecía no haberle dado el final que se merecía. ¿Y sabes qué? No se me ocurre un mejor final para el asesino de mi familia que haber muerto a manos de su propia hija. Tu confesión me ha dado paz. Y por eso te doy las gracias.

—Asesiné a mi padre —digo con voz trémula—. ¿Qué clase de persona hace algo así?

—Una valiente y cansada de sufrir injusticias.

—No soy una buena persona, Dominic.

—¿Y? —Se ríe como si hubiera dicho una tontería—. Yo tampoco soy un buen hombre y dudo que eso te asuste. No necesito que seas buena, cariño. No fue tu bondad, tu compasión ni tu dulzura lo que me enamoró de ti. Te quiero porque eres fuerte y leal. Te amo porque luchas con uñas y dientes para proteger a los tuyos. Tus pecados me importan una mierda. No necesito a un ángel. Te quiero a ti. Solo a ti.

Lo agarro de la camisa para besarlo con ganas. Él me abraza por la cintura y aprieta su boca contra la mía. El corazón se me va a salir del pecho. Nunca me había sentido tan bien. Sus labios saben a hogar. Por fin puedo ser yo misma con otra persona. Y es increíble. No voy a renunciar a lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Mi hermano se va a cabrear cuando le cuente que no quiero divorciarme de ti.

Me mira como si no me hubiera oído bien, hasta que su expresión se llena de alivio. Por lo visto, solo le importa la parte de renunciar al divorcio. Mi esposo me estrecha entre sus brazos y me da un beso en la frente.

—Tengo mucho de lo que hablar con mi cuñado.

—Querrá matarte.

—Que se ponga a la cola. La lista es larga.

El comentario consigue hacerme reír.

—Te guarda rencor por haber intentado matar a su mujer —le advierto—. Hará todo lo posible para separarme de ti.

—¿Tú quieres estar conmigo?

—Sí.

Me sonrío muy tranquilo.

—¿Qué te dije, Lucrezia? —Me da un beso tierno—. Que todo lo que me pidas será tuyo. La única persona que puede separarme de ti eres tú. Y ahora que sé que quieres estar a mi lado, nada ni nadie te alejará de mí.

—Qué arrogante eres. —Le pego en el brazo—. Al menos podrías fingir que mi hermano

te intimida un poco.

—Ni lo más mínimo. Tendrá que aprender a llevarse bien conmigo. Conseguiré caerle bien.

Me muerdo el labio. Desprende tal seguridad que no me atrevo a llevarle la contraria. Por desgracia, estoy convencida de que mi hermano vendrá a buscarme y se llevará una desagradable sorpresa cuando descubra que quiero quedarme con mi esposo. Por primera vez en mi vida, no sé cómo manipular a Massimo para salirme con la mía.

El futuro me resulta tan desconcertante como aterrador.

Capítulo 45

Lucrezia

—¿Segura? —me pregunta con un brillo codicioso en los ojos.

—Sí.

No he dejado de darle vueltas desde aquel día. Quiero que me espose al cabecero de la cama y me folle como si fuera suya. Porque lo soy. Y él es mío. Lo bueno del sexo es que solo tiene los límites que le impongas. Ahora confío en él más que nunca.

Dominic se quita la corbata y me ata las muñecas al cabecero. Luego me observa con orgullo. Su mirada incendia cada centímetro de mi piel. Tengo puesta una de sus camisas blancas y no llevo bragas.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Lo que quieras.

—Eso por descontado.

Me desabrocha muy despacio los primeros botones de la camisa hasta que puede ver mis tetas. Las mira con tal devoción que al final tendré que creer que le parecen perfectas.

—De repente eres una buena chica, eh. —Mete la mano entre mis piernas y me acaricia el interior del muslo—. Has llegado a la conclusión de que si te portas bien, te follaré hasta que no puedas caminar derecha.

—Dominic... —Separo las piernas y levanto las caderas. Necesito que me acaricie justo ahí. Anoche apenas nos vimos y lo he echado mucho de menos. Hoy se ha tomado el día libre porque está cumpliendo al pie de la letra lo que le exigí de pasar más tiempo juntos. Incluso le ha pedido a Ludovica que lleve a Antonella de excursión al acuario porque sabe que no me gusta gritar mientras lo hacemos si la niña está despierta. Así que hoy tenemos la casa para nosotros solos y pienso gemir hasta desgañitarme—. Cabrón arrogante, no pienso suplicar.

Se ríe y captura mi boca. Su mano va directa a donde más lo necesito. Gruñe satisfecho al descubrir lo húmeda que estoy. No tarda en penetrarme con dos dedos. Tiro de las ataduras y le muerdo el labio. Me encantaría tocarle el pelo. Me desespera estar a su merced y, al mismo tiempo, me vuelve loca. Menuda sensación tan contradictoria.

—¡Ah! —chillo bien fuerte, a punto de correrme—. ¡Ah!

Grito sin importar que sus hombres me escuchen en el instante que la puerta se abre de par en par. Dominic y yo giramos la cara al mismo tiempo. Pongo los ojos como platos por culpa de la conmoción. Pero *¿qué demonios...?*

—¡Apártate de ella! —grita mi hermano hecho una furia.

Massimo aparece en nuestro dormitorio como un ángel vengador. Tiene el rostro congestionado por la ira. Nunca lo había visto tan enfadado. No me da tiempo a decir nada. Todo sucede a gran velocidad. Ni siquiera veo la pistola con la que dispara a Dominic. Mi marido se

desploma hacia delante y chillo angustiada.

Joder, le ha pegado un tiro.

Un chorro de sangre mana de su brazo izquierdo. Mis ojos aterrados se cruzan con los suyos, pero él está demasiado preocupado por protegerme. Me cubre con su cuerpo como si creyese que mi propio hermano sería capaz de dispararme. Ni siquiera tiene el impulso de sobrevivir. Porque me ama y siempre antepondrá su vida a la mía.

—¡Hijo de puta! —brama mi hermano—. ¡Quítale tus sucias manos de encima!

—¡Massimo! —le grito—. ¡No!

No me escucha. Está desquiciado. Nos ha visto y ha sacado una conclusión precipitada. Me ha escuchado gritar y estaba atada. Ha dado por hecho que Dominic estaba abusando de mí. Mierda, tengo que frenar esto.

—Massimo, no es lo que pare...

No me da tiempo a terminar la frase. Mi hermano derriba a Dominic de un puñetazo. Lo tira al suelo y lo golpea sin piedad. La habitación se llena de desconocidos y estoy medio desnuda, pero los dos únicos hombres que me importan son mi marido y mi hermano. El problema es que estoy esposada al cabecero y no puedo interponerme entre ellos.

Massimo lo va a matar si no hago algo. No es justo. Dominic ni siquiera ha tenido la oportunidad de defenderse. Le ha pegado un tiro y luego se ha abalanzado sobre él cuando mi esposo solo intentaba protegerme de su ira.

Ni siquiera tengo tiempo de preguntarme cómo nos ha encontrado. Forcejeo con las ataduras para liberarme. Tengo que hacer algo. No puedo permitir que lo mate.

—¡Para! —chillo angustiada al ver que le pega un puñetazo tras otro—. ¡Massimo, no le pegues!

Dominic gruñe cuando mi hermano le hunde el puño en el ojo. Sé que está malherido y ha perdido mucha sangre. Las sábanas blancas están teñidas de rojo. Pero mi marido aguanta los golpes con estoicidad y comprendo lo que sucede. No le devuelve los puñetazos porque me prometió que no le haría daño. Se está dejando masacrar por mi culpa.

—¡Defiéndete, Dominic! —le ordeno alterada.

La petición confunde a mi hermano. Por primera vez, se queda quieto y me observa contrariado. Dominic aprovecha la oportunidad para empujarlo y quitárselo de encima. Se tambalea hacia mí con gesto dolorido. Qué idiota. Tiene que huir antes de que Massimo lo mate.

—¡Aléjate de ella, miserable hijo de puta! —le espeta Massimo—. Todavía no he acabado contigo. Voy a hacer que te arrepientas de haber nacido.

Dominic me cubre con su cuerpo y le lanza una mirada asesina a mi hermano.

—No voy a dejar que un puñado de idiotas vea desnuda a mi mujer —le ladra mientras me abrocha los botones de la camisa. Su cuerpo es un escudo que impide que los demás me vean—. A mí sí me importa su dignidad, gilipollas. Diles a tus hombres que cierren los ojos o se los arrancaré de cuajo.

Massimo se sobresalta. Está rojo de ira, pero fulmina a sus guardias para que salgan de la habitación. Dominic termina de vestirme y luego me desata. Acuna mis mejillas y me observa preocupado.

—¿Estás bien, cariño? ¿Estás herida?

—No, pero tú sí —baluceo sin poder contener las lágrimas—. Tu hombro. Estás sangrando.

—No es nada. Solo es una herida superficial. Mi cuñado tiene una puntería de mierda.

Massimo no puede soportarlo a más. Lo agarra del brazo herido y lo empuja hacia atrás. Dominic esboza una mueca dolorida. Contengo el aliento. ¡Eso ha sido jugar muy sucio! ¿Cómo se atreve a sujetarlo del brazo malo?

—¡Está herido! —le recrimino a mi hermano.

Massimo deja de mirar a Dominic y me observa como si no me reconociera. Salgo de la cama y corro a interponerme entre ambos. No voy a permitir que vuelva a tocarlo, sobre todo si Dominic no piensa hacer nada al respecto. No están en igualdad de condiciones.

—¿Qué haces, Lucrezia? —protesta conmocionado—. He venido a rescatarte. ¡Te estaba violando!

—Qué va. —Me tapo la cara con las manos. Cielo santo, qué bochorno—. ¡Era algo consentido!

—No. —Massimo sacude la cabeza. Está horrorizado—. Te ha lavado el cerebro. No voy a permitir que me hagas creer que tú y él...

Massimo se interrumpe. Observa mis manos como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué pasa?

—Tus manos...

—¿Qué pasa con mis manos? —Las mira como si fuesen dos extraterrestres—. Massimo, me estás asustando.

—¡Hijo de puta! —Se abalanza sobre Dominic y logro interponerme entre ellos justo a tiempo—. ¡Me hiciste creer que le habías cortado una mano!

—¿Qué? —mascullo horrorizada. Me vuelvo hacia mi esposo, que no lo niega. Se encoge de hombros y asiente de mala gana. Ay, Dios. Con razón Massimo está tan enfadado—. ¡Dominic!

—Fue antes de que nos casásemos —me explica—. Quería hacerlo sufrir.

Intento respirar hondo. Vale, de acuerdo. Lo puedo llegar a entender. Por aquel entonces nos odiábamos y todavía no sabía la verdad. Hizo algo terrible, pero puedo perdonarlo. No es el fin del mundo.

—Jamás me ha tocado —le explico a Massimo.

Mi hermano aprieta la mandíbula.

—Por lo que he presenciado hace unos minutos, no es del todo cierto.

Dominic deja escapar una risilla y Massimo da un paso amenazante hacia él. Mi marido se pone a mi lado y levanta la cabeza para sostenerle la mirada. Quiero estrangularlo por ser tan arrogante en este preciso momento. Por supuesto, no va a esconderse detrás de mí.

—Me refería a que no me ha hecho daño —le aclaro ruborizada—. Lo que suceda entre Dominic y yo no es asunto tuyo. Ya no soy una niña.

Massimo se frota la cara. No da crédito.

—Yo no soy el puto monstruo de la historia —me recuerda dolido—. No sé cómo habrá conseguido lavarte el cerebro. Me da igual. Te vienes a casa conmigo.

Dominic se pone delante de mí.

—De eso nada.

—Este es mi hogar —le aclaro a mi hermano—. Él es mi marido.

—Vas a divorciarte.

—No —respondo sin vacilar—. Tenemos mucho de qué hablar. Deja que me vista, guarda la pistola y mantengamos una conversación civilizada por el bien de nuestras familias.

—Ese desgraciado es mi enemigo —declara mi hermano—. No forma parte de mi familia. Tú sí. He venido para rescatarte.

—Creo que ha quedado bastante claro que no quiere que la rescaten —interviene Dominic con frialdad—. Solo por curiosidad. ¿Cómo has entrado en mi casa? ¿Dónde están mis hombres?

—Estás esposados en la planta baja —le explica mi hermano—. No soy tan sádico como tú. No he venido aquí a hacer una masacre. Tus hombres no tienen la culpa. Me llevaré a mi hermana y luego te mataré.

—¡Massimo! —chillo angustiada—. Si le haces daño a mi marido...

—No será necesario —dice alguien con tono jocoso. Todos nos volvemos hacia el hombre que aparece en el umbral de la habitación—. Ese placer es mío. Él mató a mi sobrino. Tengo que vengarlo.

—Bernardino —masculla Dominic con desprecio—. El que faltaba.

—¿Me echabas de menos? Primero me pusiste en aprietos con los albaneses. Casi la palmo cuando creyeron que los había traicionado. Una jugada maestra, siempre has sido muy listo. Y esa es tu mayor condenada. Das por hecho que todos te temen demasiado para plantarte cara. Pero te has ganado un montón de enemigos a lo largo de los años —Bernardino se planta al lado de mi hermano—. El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—Qué práctico —sisea Dominic.

—No me importa quién lo mate —resuelve mi hermano—. Solo lo quiero muerto.

—No vais a... —Doy un paso vacilante y mi esposo me agarra la mano para que me detenga. Massimo y Bernardino están armados, a diferencia de nosotros. Eso no impide que sea temeraria—. No vais a matarlo.

—Por favor, llévate a tu hermana —le pide Bernardino con tono aburrido—. Ya se le pasará el disgusto cuando le encuentres un marido mejor.

—Que sea rápido, Bagarella —responde Massimo.

Bagarella.

¿De qué me suena ese apellido?

—No —me susurra Dominic al leerme la mente.

Claro que sí.

Es el tío de Michele Bagarella, el hombre que maté por equivocación cuando intenté envenenar a Dominic. Se ha aliado con mi hermano para vengarse de mi esposo. Es culpa mía.

—Sácala de aquí —le pide Dominic a Massimo, como si, a pesar de que ambos le estuvieran apuntando, él siguiera al mando de la situación. —No tiene por qué verlo.

—Vamos, Lucrezia —dice Massimo.

—¡No! —me echo a un lado antes de que me atrape y observo a Bernardino con determinación—. Él no mató a tu sobrino.

—Lucrezia... —murmura Dominic con los dientes apretados.

Bernardino entorna los ojos. De repente, he captado su atención. Sé lo que tengo que hacer. No voy a permitir que mi esposo cargue con mi crimen para protegerme. De eso nada.

Capítulo 46

Lucrezia

Bernardino me evalúa con suspicacia. Cree que le miento para proteger a Dominic. Voy a tener que ser más convincente si quiero salvar a mi marido, porque si algo tengo clarísimo es que no voy a permitir que entregue su vida a cambio de la mía. Estamos juntos en esto. Massimo y Bernardino no van a arrebátarmelo.

—Chiquilla, deja de meterte en los asuntos de los adultos —me regaña Bernardino—. Vete con tu hermano. Él sabe lo que de verdad te conviene.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos. No voy a permitir que me trate como una cría que no se entera de nada. Estoy cansada de fingir. A la mierda la máscara. Asumiré las consecuencias.

—Tu sobrino era una puta escoria —escupo con desagrado. Mis palabras consiguen el efecto deseado. Ya no me observa como si fuera una niña que le está haciendo perder el tiempo, sino que me mira como si quisiera matarme—. No sabes cuánto me alegro de haber sido yo la que acabase con su patética vida.

—Lucrezia, ¿qué haces? —Massimo me sacude por los hombros como si intentase sacarme de un trance—. ¿Has perdido la cabeza? ¡No lo defiendas! No puedo creer que seas tan tonta. ¿En serio vas a sacrificarte por nuestro mayor enemigo?

—Sácala de aquí —le pide Dominic. El temblor de su voz lo delata. Está asustado—. Solo está mintiendo para salvarme.

—Me casé con Dominic con la intención de matarlo. —Forcejeo con mi hermano cuando intenta sacarme a rastras de la habitación—. Envenené su whisky y el idiota de tu sobrino murió en lugar de él. ¡No sabes cuánto me alegro! Tengo entendido que era un puto pedófilo. Le he hecho un favor al mundo.

—¡Se acabó! —Massimo me coge en brazos y me arrastra hacia la puerta—. No voy a permitir que sigas poniéndote en evidencia.

—¡Alto! —Bernardino nos apunta con la pistola. Mi hermano se ve obligado a frenar porque no puede cargar conmigo y encañonar a Bernardino al mismo tiempo—. Eres una mentirosa.

—Pues sí —admito sin pudor—. Pero hoy me ha dado por decir la verdad. Maté por error al cerdo de tu sobrino. Utilicé raíz de belladona. Tuvo que sufrir mucho antes de palmarla.

Bernardino tiene los ojos desorbitados. Massimo se queda paralizado por el estupor. Aprovecho su conmoción para alejarme de él y correr al lado de Dominic, que masculla una maldición y me mira como si fuera él quien quisiera matarme.

—No voy a permitir que me salves —le aclaro por si le quedaba alguna duda.

—No la escuches. —Dominic me ignora y le habla a Bernardino—. Está mintiendo. Está

loca por mí. Les pasa a todas. Ya lo superará.

Bernardino nos mira sin entender nada. Sus ojos calculadores vagan de Dominic a mí. Gira la pistola de uno a otro sin saber a quién debería disparar. Massimo sale de su estado de shock y encaña al que era su socio hasta hace unos segundos.

—Ni se te ocurra disparar a mi hermana —le advierte—. O eres hombre muerto.

—Esta zorra quiere jugármela.

—Solo intenta protegerlo —me defiende Massimo—. Se ha enamorado de él.

No lo niego. Le doy la mano a Dominic para dejar clara mi postura.

—Pues sí que eres tonta —se burla Bernardino—. Pensé que estabas con el memo de Angelo. Cómo sois las mujeres. Le dais vuestro patético corazón al primero que os mete la polla en el coño. Todas sois igual de putas.

No entiendo por qué sabe lo de Angelo, pero tampoco voy a cuestionarlo en este momento.

—Cómo vuelvas a insultar a mi mujer... —le advierte Dominic.

—¿Qué? —Bernardino lo señala con la pistola—. ¿Me vas a fulminar con la mirada? Esta vez no tienes la sartén por el mango.

—Yo te puedo pegar un tiro —le recuerda Massimo—. Así que te sugiero que no vuelvas a insultarla si no quieres que te reviente la maldita cabeza.

—Yo la mato a ella y luego tú me matas a mí —dice Bernardino con sorna—. Pero al menos le quito a Dominic algo que parece importarle mucho.

—Vas a matar a la persona equivocada. —Dominic da un paso al frente. Actúa como si tuviera la situación controlada, pero sé que está aterrado porque necesita salvarme—. Ella no mató a Michele. Mírala, no podría matar ni a una mosca. Es inofensiva.

Bernardino me observa con suspicacia. Está claro que no sabe qué pensar.

—¿Intentas salvarlo? —me pregunta—. ¿Es eso? Porque te aclaro que no merece la pena que te sacrifiques por tu marido. ¿Cómo has podido perdonarlo después de lo que le hizo a Angelo?

Lo miro sin entender. Angelo está en el norte de España con su madre. De repente, Bernardino se ríe con malicia.

—Ah, no lo sabes —me lanza una mirada lastimera—. Angelo no solo hizo un trato contigo. También se puso en contacto conmigo. Me contó que te estaba ayudando a acabar con Dominic y me suplicó que lo ayudase a escapar. A cambio me reveló muchos secretos de su Don que hoy me han ayudado a llegar hasta aquí. Es increíble lo estúpido que puede llegar a ser un hombre cuando se enamora.

Dominic se tensa a mi lado. No sé de qué va esto. De acuerdo, no conocía a Angelo tan bien como creía. Ahora resulta que estaba compinchado con Bernardino.

—Aquella noche no se presentó contigo. Fue una lástima. Te habría rescatado y entonces tu hermano me habría debido un favor, y luego me habría cargado a Angelo y Dominic me

habría debido otro.

—Te habría matado —le aclara mi esposo con frialdad.

—Bueno, ya nunca lo sabremos. —Bernardino se encoge de hombros—. Estuve preguntándome qué le pasó a Angelo, hasta que hace unos días, envíe a uno de mis hombres a casa de su madre para recabar información. Lo reconozco, me podía la curiosidad. La pobre mujer está muy enferma. Le quedan tres teledíarios. Y ahora su salud ha empeorado porque tuvo que enterrar a su hijo.

—No es cierto... —musito horrorizada.

No puede ser. Dominic me prometió que lo había indultado.

Miro a los ojos a mi marido, que no lo niega. Retrocedo impactada. Es increíble lo rápido que puede romperse un corazón. El peso de la verdad me destroza por completo.

—Sí, lo maté —admite Dominic—. Fue una muerte rápida.

—Me prometiste que le perdonarías la vida —susurro dolida.

—No puedes cambiar a un monstruo, cariño.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Me entran ganas de vomitar. Me siento tonta y traicionada. Confiaba en él. Hasta hace unos segundos habría puesto la mano en el fuego por mi esposo. Su engaño me desgarró el alma hasta dejarla hecha jirones.

—Me mentiste —le recrimino rompiendo a llorar—. ¿Cómo pudiste? Se suponía que ya no habría más mentiras entre nosotros...

Dominic me mira avergonzado. Tengo que contener el impulso de arrebatarle la pistola a Massimo y dispararle en el centro del pecho. Es un maldito embustero. Me miró a los ojos y me mintió mientras me estaba enamorando de él como una idiota.

—¿Sigues queriendo protegerlo, chiquilla? —se mofa Bernardino, que está disfrutando de lo lindo con la situación.

—Vámonos, Lucrezia. —Massimo me toca el brazo—. No tienes por qué ver esto.

Con esto se refiere al asesinato de mi marido. Se me encoge el corazón al comprender que no voy a volver a verlo. Porque lo amo a pesar de sus mentiras. Da igual que me haya traicionado. Mi amor no es tan débil. Sí, estoy furiosa con él. Me duele en el alma que me haya mentido porque lo amo sin remedio. Esa es la cuestión. Lo amo. Ni siquiera su engaño puede arrebatarme lo que siento.

—Sí —digo al fin.

Dominic respira aliviado. Massimo me agarra del codo para que lo acompañe fuera de la habitación.

—Sí, sigo queriendo protegerlo —le aclaro a Bernardino—. A pesar de todo, no voy a permitir que él cargue con la muerte de tu sobrino. Porque fui yo quien lo mató. Alguien tiene que decir la verdad por una maldita vez.

Capítulo 47

Dominic

Mi esposa me va a matar de un infarto antes de que el idiota de Bernardino me pegue un tiro. No lo entiendo. Sé que está furiosa conmigo ahora que sabe la verdad. Entonces, ¿por qué intenta protegerme? No tiene sentido. Le he fallado. Traicioné su confianza. Lo lógico es que estuviera encantada de que me maten porque así no tendrá que seguir casada con un monstruo.

«El amor nunca es lógico».

¿Me ama? No es posible...

—De verdad fuiste tú —dice Bernardino lleno de rabia.

Lucrezia saca pecho. Su expresión es el colmo del orgullo.

—Por fin lo entiendes —contesta irritada—. ¿Sigues pensando que soy una niña inocente?

—Mierda, Lucrezia —masculla Massimo.

—Qué zorra tan calculadora —la insulta Bernardino.

Ella le sonríe con suficiencia.

—Gracias.

Massimo está demasiado lejos de su hermana para llegar hasta ella. Apunta a Bernardino y le advierte que no dispare, pero él está cegado por el odio. No podrá salvarla antes de que esa sabandija apriete el gatillo.

Maldita sea.

Por primera vez en mi vida no sé cómo protegerla. Mi preciosa y obstinada mujer. Empeñada hasta el último momento en llevarme la contraria.

Intento hacer contacto visual con Massimo para que me eche un cable. El cabrón pega fuerte. Me duele la cara y creo que me ha partido una costilla. Es increíble que le esté suplicando ayuda al hombre que hace unos días era mi mayor enemigo, pero estoy dispuesto a todo con tal de salvar a Lucrezia.

—Tú tienes la puta culpa —le recrimino para llamar su atención—. Pensé que eras más espabilado.

Massimo me lanza una mirada furiosa. Por fin he conseguido que me mire. Bernardino es tan tonto que se relame y disfruta del espectáculo. Me acerco con disimulo a Lucrezia para estar más cerca de ella. Si consigo despistarlo, podré interponerme entre ambos y abalanzarme sobre él. Está demasiado lejos y no conseguiré quitarle la pistola. Lo más seguro es que me lleve un balazo, pero al menos Massimo tendrá la oportunidad de pegarle un tiro antes de que Bernardino dispare a Lucrezia.

—No sé por qué te llaman *Il Diavolo* —continúo con mi perorata—. Eres patético.

—¡Pelea de cuñados! —exclama Bernardino. El muy imbécil está disfrutando tanto como esperaba y baja la guardia.

—Dominic... —Lucrezia frunce el ceño, contrariada. No sabe a qué estoy jugando.

—Eres un puto idiota. El Don más inútil que he conocido en mi vida —sigo insultándolo.

Los ojos de mi cuñado echan fuego. Aprovecho que Bernardino mira en su dirección, como si estuviese en una película, para lanzarle una mirada suplicante y señalar con la cabeza a Lucrezia. Espero que lo haya pillado.

—Es una lástima que Marco me impidiese que te matara aquel día. A tu hijita le iría mejor en la vida si fuera huérfana. —A mi esposa se le escapa un gritito de horror. Bernardino se parte de risa. Sé que me estoy pasando de la raya, pero tengo que ser convincente—. No te haces una idea de lo bien que me lo he pasado follándome a tu hermanita. Tiene más agallas que tú. Tendrías que nacer tres veces para ser la mitad de valiente que ella.

Doy otro paso y cubro parcialmente a Lucrezia con mi cuerpo. Estoy cada vez más cerca de Bernardino. Massimo entorna los ojos y asiente en un gesto casi imperceptible al entender lo que me propongo. Menos mal. Por un instante he creído que iba a ser él quien me disparase.

—Porque es la mujer más maravillosa y testaruda que he conocido en mi vida. —Me pongo delante de ella cuando Bernardino vuelve a desviar los ojos hacia Massimo, que ya está preparado. Es ahora o nunca. No voy a dudar. Me reuniré con mis padres y mis hermanas. Al menos mi vida habrá servido para salvar la de la mujer que me ha robado el corazón. Massimo mira de reojo a nuestro enemigo y luego a mí. Está tan tenso como yo—. Hazme un favor. Cuida de ella.

Bernardino adivina demasiado tarde mis intenciones. Extiendo los brazos para proteger a mi esposa y me lanzo hacia delante para derribarlo. Lucrezia grita. Bernardino dispara. El pecho me escuece como si me hubieran apuñalado.

El impacto del disparo me tira de espaldas y un cuerpo suave amortigua mi caída. Espero que mi cuñado haya tenido buena puntería

. Veo un rostro borroso. Gotas de lluvia me salpican la cara. Unos preciosos ojos verdes. Una boca carnosa curvada en una mueca de espanto.

—¡Dominic! —creo que es la voz de Lucrezia. La escucho como si estuviese muy lejos—. ¡No me dejes! ¡No te atrevas a dejarme!

Estoy tan cansado.

Solo quiero cerrar los ojos y sucumbir al sueño.

Me cuesta respirar. Me ahogo en mi propia sangre.

—¡No puedes morir! —me grita desde la distancia—. ¡Todavía no me has pedido perdón! Me mentiste. Tienes que abrir los ojos y disculparte. Estoy muy enfadada contigo. ¿Quién te crees que eres para recibir un balazo por mí? ¡Idiota egocéntrico!

Abro la boca para decirle que soy su marido. Tengo todo el derecho del mundo a protegerla de cualquier mal que la aseche. No logro pronunciar una palabra. Tengo la boca llena de sangre.

Está llorando. Odio que llore por mi culpa. Que alguien la abrace por mí, por favor. ¿Dónde está el imbécil de Davide cuando lo necesito? Es el más blando de mis amigos. Él podría consolarla.

—¡Llama a un médico! ¡No te quedes ahí parado! —está histérica. Ojalá pudiera apretarle la mano y tranquilizarla. Me gustaría decirle que me voy en paz—. ¡No te lo perdonaré si muere, Massimo!

Mi dulce mujer está llorando porque me pierde. Hay un dolor absolutamente sincero en sus sollozos.

—Por favor, Dominic. Oh, por favor. No me hagas esto. Te perdono, ¿vale? Eres la única persona que me conoce de verdad. Te quiero. No me dejes... Quédate conmigo. Antonella y yo te necesitamos.

Te quiero. Las dos palabras más hermosas que uno puede escuchar antes de morir.

Capítulo 48

Dominic

Bip.

Bip.

Bip.

Tengo la boca seca. Me duele todo el cuerpo. Abro los ojos y un intenso resplandor me ciega. Vuelvo a cerrarlos y trago saliva.

¿Estoy en el cielo? Lo dudo. Mi sacrificio no puede haber sido suficiente para salvar mi alma.

Bip. Bip. Bip.

Me concentro en el pitido. Abro los ojos muy poco para acostumbrarme a la luz. Todo es blanco y aséptico. Huele a lejía. Creo que estoy en un hospital. Hay un hombre sentado al lado de mi cama que me observa con mala cara. Odio esta situación de inferioridad. Tengo cables por todo el cuerpo y apenas puedo mover los brazos. Tardo un angustioso momento en reconocerlo.

Mierda, ¿en serio? Él no. Cualquiera menos él.

—Hola —me saluda Massimo con frialdad—. Has estado cinco días en coma.

Cinco días. Estoy vivo. Asimilo que no he muerto y luego me concentro en lo verdaderamente importante: ¿Dónde está? ¿Conseguí salvarle la vida? ¿Está herida?

—Supongo que soy la última persona a la que quieres ver.

—Lu... —intento vocalizar—. Lu...

Massimo se pone tenso y me hace un gesto con la mano para que no hable. Lo fulmino con la mirada. A mí nadie me da órdenes, y menos este idiota por mucho que sea mi cuñado. Me lanza una sonrisa chulesca.

—Lucrezia está bien —me informa.

Me relajo de inmediato. Es lo único que me importa. Ya ni siquiera tengo ganas de pegarle. El odio va menguando hasta convertirse en una ligera rivalidad con la que puedo lidiar.

Massimo se inclina hacia delante. Apoya los codos en sus rodillas y me observa sin pestañear. Todavía está decidiendo si puede fiarse de mí.

—Le salvaste la vida. Es evidente que estás enamorado de ella.

Pongo los ojos en blanco. No me digas, *Il Diavolo*. No necesito que me hables de mis sentimientos. Hace bastante tiempo que asumí que la amo.

—Eso no significa que te acepte —me señala con un dedo—. No tengo por costumbre golpear a hombres indefensos, pero vuelve a ponerme mala cara y me lo replantearé.

—Gi... —intento vocalizar con gran esfuerzo—, gilipollas.

Massimo resopla.

—Ella me ha llamado cosas peores, así que no me ofendes. Llevo cinco días aguantando su ira. Me culpa de lo que te ha pasado y me ha amenazado con odiarme de por vida si tú morías —dice con tono resignado—. No eres bueno para mi hermana. Eres un puto psicópata. La quieres, lo capto. Eso no voy a discutírtelo. Te has sacrificado para salvarla y estoy en deuda contigo.

—Mi... mujer —mascullo, para que le quede claro que no voy a permitir que me aleje de ella.

—Que sí, que sí —contesta malhumorado—. Le pegó una patada en los huevos a uno de mis hombres y a otro lo apuñaló en la mano cuando intenté meterla a la fuerza en un avión de regreso a Sicilia. Me ha quedado claro que no voy a poder separaros.

Me duele todo el cuerpo al sonreír, pero lo hago de todos modos.

«Esa es mi chica». Estoy orgullosísimo de ella.

—Eso no significa que no vaya a pasar el resto de mi vida intentando convencerla de que se divorcie de ti —me señala con un dedo.

—Buena... suerte.

—Nunca me caerás bien.

—Tú... a mí... tampoco —respondo resollando. Antes muerto que permitir que mi cuñado tenga la última palabra.

—Y si me entero de que la tratas mal, la haces llorar, no le pagas cualquier capricho que se le antoje o te atreves a engañarla con otra, acabaré contigo —me advierte poniéndose en pie—. Más te vale hacerla feliz, Falsone.

—Ella... lo es... todo.

—Ella —aproxima su rostro al mío, tiene la mandíbula apretada—, ella es mi hermana pequeña y es demasiado buena para ti.

Le sostengo la mirada sin pestañear. No volverá a hablarme en ese tono cuando salga de esta maldita habitación de hospital. ¿Quién se cree que es para decidir qué es lo mejor para Lucrezia? Es una mujer adulta. La única persona que puede separarme de ella es la propia Lucrezia. La opinión de los demás me resbala.

—¡Aléjate de él! —le grita mi esposa.

Entra en la habitación como un vendaval y le da un empujón a su hermano. Massimo suspira derrotado y luego me lanza una mirada resentida. Levanta las manos en son de paz.

—No lo he tocado.

—Estoy... bien —la tranquilizo.

—Vuelve a interponerte entre mi esposo y yo, y te juro que te parto la cara —lo amenaza poniéndole un dedo en el pecho—. Lárgate, Massimo. Quiero estar a solas con mi marido.

No puedo resistir la tentación de dedicarle una sonrisa triunfal a mi cuñado, que se

marcha echando humo por las orejas. Lucrezia se vuelve hacia mí. Tiene los ojos llenos de lágrimas y su expresión es el colmo del alivio.

—No he podido venir antes —se excusa—. Las cosas han estado un poco tensas entre nosotros. El muy idiota creía que podía impedir que entrase a verte.

—Te... subestima.

—Y tanto —resopla—. No hables, estás sediento.

Lucrezia sale de la habitación y regresa al cabo de unos minutos que se me hacen eternos con un vaso con una pajita. Me acerca el vaso para que pueda beber. El agua alivia el escozor de mi garganta.

—¿Mejor?

—Sí.

Deja el vaso en la mesita de noche. Entonces me mira hecha una furia.

—¡Eres un idiota!

—Estaba siendo demasiado bonito... para ser verdad —consigo hilar una frase.

—¡Dejaste que te disparase!

—No había otra... opción.

—Te desmayaste en mis brazos. —Se tapa la cara con las manos. Ha roto a llorar. Intento estirar el brazo para tocarla, pero apenas puedo moverme—. Creí que te perdía. Han sido los peores cinco días de mi vida. Mi hermano intentó arrastrarme de regreso a Sicilia. Le he partido un diente a uno de sus guardias. Que le den.

Me rio con debilidad. Ay, me duele todo.

—Antonella no deja de preguntar por ti. Le he dicho que te habías ido de viaje, no sabía qué otra cosa inventarme. Ludovica está enfadada con el mundo y Marco sufrió un ataque de ansiedad del que ya se ha recuperado. Davide y Andrea se sienten culpables, pero les he dicho por activa y por pasiva que no tienen la culpa de que Bernardino supiera todos los entresijos del sistema de seguridad —me explica con la voz ronca—. Han sido cinco días de mierda. He estado a punto de volverme loca.

—Eres... fuerte. Más fuerte de lo que todos... creen.

—Estaba muy asustada.

—Ya estoy... aquí.

—Sí. —Se sienta en el borde de la cama y me aprieta la mano con delicadeza—. Te he echado de menos.

—¿No estás... enfadada?

—Te odio.

«Mierda, ya empezamos».

En este momento no tengo fuerza para discutir con ella. Necesito mimos. Soportaré sus

reproches en cualquier otro momento y pasaré el resto de mi vida intentando ganarme su perdón. Solo necesito que me dé un pequeño respiro.

—Te odio porque me mentiste. Te odio porque te sacrificaste para salvarme. Y, sobre todo, te odio porque intento odiarte y es lo más difícil que he hecho en mi vida. No puedo odiarte porque te quiero, Dominic.

—Ven... aquí.

—No —dice con firmeza—. Antes tienes que prometerme una cosa.

—Lo que... sea.

—Te ocuparás de que no le falte de nada a la madre de Angelo. Tendrá los mejores médicos. No podemos devolverle a su hijo, pero al menos haremos todo lo que esté en nuestra mano para salvarla. Tiene dos hijos más. Les darás dinero de sobra para solucionarles la vida.

—Hecho.

—Si vuelves a traicionar mi confianza, se acabó —me advierte categórica—. No me pongas a prueba, Dominic. No te habría perdonado con tanta facilidad si no hubiera estado a punto de perderte. He vivido con la incertidumbre de no saber si volvería a verte y eso me ha destrozado. Tienes suerte de que haya decidido vivir una vida basada en la sinceridad, ya que estoy cansada de tantas mentiras. Y la única verdad que conoce mi corazón es que te amo y quiero estar contigo.

Qué suerte tengo.

—Te quiero. —Hago un gran esfuerzo para acariciarle la mano—. No te... arrepentirás.

—Eso espero.

Se tumba a mi lado con mucho cuidado de no tocar ningún cable. Me duelen músculos que ni siquiera sabía que tenía, pero su cercanía alivia cualquier sufrimiento.

—Bésame... por favor —le suplico desesperado.

Necesito sentir sus labios. A la mierda los analgésicos. No hay nada más curativo que su boca.

Ella no se hace de rogar. Presiona su boca contra la mía y me besa con dulzura.

—Te quiero —repito. A partir de hoy, voy a decírselo todos los días—. Te quiero, Lucrezia.

—Ah. —Parece haber recordado algo. Me sonrío de esa forma que me desarma—. Romeo Brownie de Chocolate también te ha echado de menos.

Epílogo

Lucrezia

Antonella habla por los codos durante todo el trayecto en coche. Está emocionada por volver a ver a Sofía. Mi esposo no está tan contento, pero sabe que no le queda más remedio que acompañarme en este viaje. Ya han pasado cuatro meses desde que estuvo a punto de morir. Durante todo este tiempo ha hecho todo lo posible para que no me arrepintiese de haberlo perdonado, a pesar de que nunca he dudado de mi decisión.

Aprendes a descubrir lo que de verdad importa cuando estás a punto de perder al amor de tu vida.

Sí, traicionó mi confianza. Conozco al hombre del que me he enamorado. No es una buena persona, pero tampoco creo que sea del todo malo. Es dulce, atento y considerado conmigo. Adora a nuestra niña, porque Antonella ya es una hija para mí. Nos consiente y nos protege. Tal vez sea horrible para el resto del mundo, pero para nosotras es perfecto.

—Allá vamos —masculla de mala gana al salir del coche.

A lo lejos, Massimo y Sofía ya nos están esperando. Por fin voy a conocer a mi sobrina. Ha pasado tiempo suficiente para que estos dos cabezotas se hagan a la idea de que van a tener que soportarse. Menos mal que cuento con el apoyo de mi cuñada.

Antonella sale disparada hacia ellos. El primer impulso de mi marido es detenerla, por lo que le agarro la mano. Nuestras familias están unidas. Entiendo que él y mi hermano necesitarán dejar el rencor a un lado, limar asperezas y poner de su parte para intentar tener una relación cordial. Quien sabe. Quizá algún día puedan llegar a ser amigos.

—Hola —mi hermano lo fulmina con la mirada. Sofía le da un codazo—. Eh, bienvenidos.

—Gracias —masculla Dominic.

Me lanzo a los brazos de mi cuñada. La he echado muchísimo de menos. Sofía me llena la cara de besos y luego me muestra con orgullo a su hija. Giulia es una preciosa bebé de mejillas sonrojadas. Tiene su pelo rubio y sus ojos color avellana.

—Es igualita a ti.

—¿A que sí? Pero tiene el mal carácter de tu hermano —me confiesa en voz baja—. Vamos a dejarlos solos. Seguro que encuentran algún tema de conversación.

Dominic y Massimo se miran como si estuvieran a punto de llegar a las manos. A lo mejor lo único que necesitan es intercambiar un puñado de puñetazos. No seré yo quien se interponga entre ellos. Massimo adora a Sofía y Dominic me ama con locura. Estoy convencida de que encontrarán la forma de entenderse.

—Uy. —Señalo con la cabeza a Stefano, que está charlando con Mónica, la mejor amiga de mi cuñada—. ¿Y esos dos?

Acabo de ver cómo ella le ha tocado la entrepierna por encima de la ropa.

—Creen que no sé que follan a escondidas.

—Ah.

Menuda pareja más inesperada. En fin, cosas más raras se han visto. Como, por ejemplo, una Morello y un Falsone.

—Así que te has enamorado.

Mi cuñada me ofrece a Giulia para que la coja en brazos. La arropo con cuidado. Acabo de decidir que quiero tener muchos bebés.

—Hasta las trancas, ¿qué te parece?

Sofía observa a mi marido, que ha empezado a discutir acaloradamente con mi hermano. Las dos ponemos los ojos en blanco. Qué par de orgullosos.

—Me parece que él siente lo mismo que tú —sentencia—. Y me alegro muchísimo de que seas feliz.

En ese preciso instante, Dominic se percata de que lo estoy mirando y deja de prestar atención a Massimo para sonreírme. Mi hermano se pone todavía más furioso. Mi esposo le da una palmadita en la espalda, le pide que se relaje y lo deja hablando solo. Sofía se acerca a él para intentar calmarlo mientras Dominic camina con desenvoltura hacia mí.

—Podrías fingir que te intimida —sugiero—. Estás en su casa. Aprende a comportarte.

—Me portaré bien —contesta con cara de bueno. Luego señala a la bebé—. Te queda bien. Tiene tus mejillas.

—Eso no es... —Miro a la niña y me doy cuenta de que tiene razón. Mi corazón se hinche de orgullo—. *Oh*.

—Qué guapa eres. —Mi esposo me pasa un brazo por los hombros y me da un beso en la frente—. Te amo. Y quiero hacerte feliz. Fingiré que le tengo un poco de miedo cuando me amenaza con darme una paliza.

—Muy considerado por tu parte.

—Lo sé.

Antonella llega corriendo hacia nosotros y se abraza a nuestras piernas. Dominic nos mira con adoración. Sé lo que está pensando. Por nosotras es capaz de todo. Por eso lo amo con locura.

¿Te has quedado con ganas de más?

Si quieres estar al tanto de mis novedades, te animo a seguirme por Instagram **@Becca.devereux** o enviarme un email beccadevereuxautora@gmail.com

Tu opinión es muy importante para mí, por lo que te animo a dejar una valoración en Amazon. Espero de corazón que hayas disfrutado de la historia de Dominic y Lucrezia.

¡Muchas gracias por darle una oportunidad!